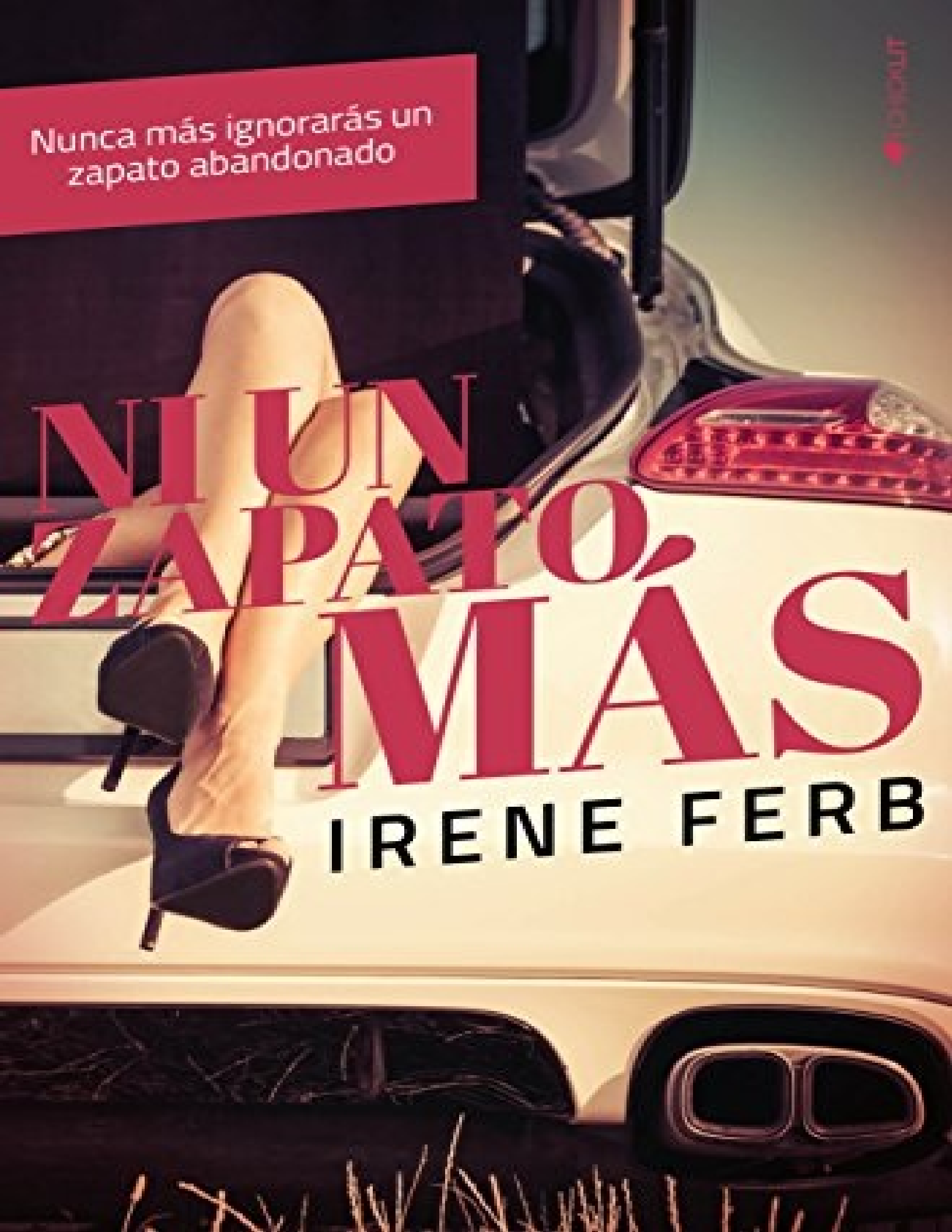


Nunca más ignorarás un  
zapato abandonado

POCKET

# NI UN ZAPATO MÁS

IRENE FERB



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2017

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.

Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2017

© 2017 Irene Ferb

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

Corrección: Elena Hernández

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[PRÓLOGO](#)

[Capítulo 1](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 2](#)

[Elda](#)

[Capítulo 3](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 4](#)

[Elda](#)

[Capítulo 5](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 6](#)

[Elda](#)

[Capítulo 7](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 8](#)

[Elda](#)

[Capítulo 9](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 10](#)

[Elda](#)

[Capítulo 11](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 12](#)

[Elda](#)

[Capítulo 13](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 14](#)

[Elda](#)

[Capítulo 15](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 16](#)

[Elda](#)

[Capítulo 17](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 18](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 19](#)

[Elda](#)

[Capítulo 20](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 21](#)

[Elda](#)

[Capítulo 22](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 23](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 24](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 25](#)

[Elda](#)

[Capítulo 26](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 27](#)

[Elda](#)

[Capítulo 28](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 29](#)

[Elda](#)

[Capítulo 30](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 31](#)

[Elda](#)

[Capítulo 32](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 33](#)

[Elda](#)

[Capítulo 34](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 35](#)

[Elda](#)

[Capítulo 36](#)

[Elda](#)

[Capítulo 37](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 38](#)

[Elda](#)

[Capítulo 39](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 40](#)

[Elda](#)

[Capítulo 41](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 42](#)

[Elda](#)

[Capítulo 43](#)

[Rubén](#)

[Capítulo 44](#)

[Elda](#)

[Capítulo 45](#)

[Rubén](#)

## Capítulo 46

Elda

## Capítulo 47

Rubén

## Capítulo 48

Elda

## Capítulo 49

Rubén

## Capítulo 50

Rubén

## Capítulo 51

Rubén

## Capítulo 52

Rubén

## Capítulo 53

Elda

## Capítulo 54

Rubén

Elda

Elda

Rubén

## PORQUE ME SALE DEL MOÑO

### Agradecimientos

A Mercedes Guijorro. Yo también te quiero aunque apenas nos llamemos. Eres una de las mejores personas que me he cruzado en la vida. Noble, amable y buena. Nadie se lo merece, pero tú mucho menos. Lo vas a lograr y cuando lo hagas disfrutarás de tu vida al cien por cien, estoy segura. Lo celebraremos como Dios manda (o un Mariano improvisado), pero juntas.

A Raquel Hernández. Te mereces ser la heroína de una novela maravillosa con un final feliz y más que justo. Eres fuerte, valiente y decidida, tanto que me dejas boquiabierta. Todo un ejemplo de mujer. Nunca pierdas la esperanza. Tu lucha es la de muchos.

A mi pequeña Eire. Quiero compartir una vida larga y maravillosa contigo. Espero que sigas siendo tan fuerte, curiosa, decidida y valiente cada día. Todas las páginas de tu libro están por rellenar y ni imaginas lo feliz que me hace saberte a mi lado. Te quiero, jineta.

## PRÓLOGO

Mis manos se mueven de un lado para otro lo que el reducido espacio les permite, palpando, tanteando, compulsas, nerviosas, ellas y toda entera yo.

Ellas van por libre, ellas sí, yo no, he perdido mi libertad, es lo único que alcanzo a saber. Ahora aprietan las cuencas de mis ojos, pareciera que quieren castigarme por lo que les está pasando. Injustas. Hasta donde sé yo no tengo nada que ver con esto. No, nada.

Respiro.

No puedo.

El aire entra y sale muy rápido de mis pulmones, como si no le gustara lo que ve dentro de mí. Miedo. Miedo profundo y verdadero. El miedo más hondo y menos lógico que he vivido jamás.

¡Despierta!

Ya lo estoy. Esto no es una pesadilla. El amargor de mi boca no lo provoca ningún mal sueño. Esto es pura verdad.

Como siga respirando a este ritmo me quedo sin aire en unos minutos. Obligo a mis anárquicas manos a empujar a mi pecho para que pare este ritmo mortal.

...Cálmate. Calma.

Me han secuestrado.

Decirlo me provoca otra racha de «inhala/exhala» superficial y errática.

Un trueno rompe mi silencio, y grito haciéndole la competencia del mismo susto. Nada ayuda a mis nervios, pero desde luego una tormenta infernal le suma una macabra dosis de realidad. Es el peor momento de mi vida. Sin duda.

Estoy a oscuras. Me muevo. Es decir, me mueven. Oigo un ruido de un motor...

Me han secuestrado. En un maletero. Alucino.

Antes me palpé. Mi ropa intacta, pero sin rastro de mis zapatos. Me los han quitado. Ahogo un grito de socorro. ¿Me van a matar? ¿A mí? ¿Saldré en las noticias? ¿Hablarán de mí? ¿Cuándo se van a dar cuenta de que he desaparecido? ¿Y si nadie lo hace? ¿Por qué estoy aquí?

El tropel de preguntas se ve interrumpido por un brusco salto del coche, que



me ha desplazado en el maletero, y me he golpeado en la cabeza. Me siento aturdida, lenta, han debido de inyectarme algo... Sí, ahora lo recuerdo.

Mi agitada respiración, el golpe en la cabeza y la certeza de que me han inyectado algún sedante son la excusa perfecta para darme por vencida y entregarme al sueño con un lamentable y derrotista deseo:

«Ojalá no vuelva a despertar nunca».

# Capítulo 1

## Rubén

MARIANA CARMEN. 43 AÑOS. MADRID. ESTRANGULADA.

A veces tengo la sensación de que sí hay algo o alguien que lo controla todo, y entonces caigo en la cuenta de que no debo de ser de su agrado; más bien su muñeco de vudú.

Soy consciente de que el que me ve desde fuera se cree que soy un tipo con suerte al que la vida le sonrío. Claro que desde lejos el devenir de los demás nos parece mucho más mágico e interesante de lo que realmente lo experimenta la persona en cuestión. Tendemos a idealizar, eso es una verdad tan universal como que si vas al dentista además de las muelas te sacan los ojos. Pero sí, en teoría, no debería quejarme; tengo trabajo fijo (aunque suene a topicazo, en los tiempos que corren es un tesoro), salud, una familia que me quiere, éxito con las féminas... Aunque nada es tan rotundamente irrefutable. No, nada.

Acepto que no estoy pasando por mi mejor momento. Y ya es mucho que lo acepte. Me ha costado darme cuenta más de lo que mi salud mental puede tolerar. No estoy deprimido, no creo que llegue a eso, más bien me siento desgastado. Tengo mis días. Y tengo mis noches.

Si mis dos últimos años cupiesen en un ovillo de lana y tirásemos del hilo hasta dar con qué me perturba, descubriríamos que todo comenzó con una ruptura y un traslado.

Una ruptura suficientemente traumática como para revolverme el estómago cada vez que me llega una invitación de boda. Para una vez que suelto el freno y me adentro en aquello que todos me decían que me iba a sentar fenomenal, una relación, voy y me estrello contra una ola monstruosa de esas que te pillan por sorpresa y te revuelcan y revuelcan hasta hacerte creer que vas a morir ahogado. Siempre he sido un vividor, alguien al que la palabra «noviazgo» le daba dentera; yo prefería disfrutar de todas las curvas que se me ofrecieran sin contratos ni etiquetas, con la temporalidad como principal enfoque, repitiéndome este eslogan «Si puedes comerte un escarapate entero, ¿para qué quedarte solo

con unas magdalenas?». Esa era mi teoría hasta que me confundí con Aridane, mi exjefa. Realmente surgió porque casi me asesinan unos rusos mafiosos de un caso que estábamos investigando en mi antigua comisaría; me sacaron de la carretera y sufrí un accidente en el que casi dejo de existir. Eso me hizo cambiar la perspectiva. Cuando ves la muerte tan de cerca sientes que debes hacer mucho más con tu vida. Y ahí estaba ella, Aridane, una mujer inteligente, guapa, divertida; mi amiga y jefa Aridane.

Sabía que me atraía, pero no quería intentar nada hasta que aquel accidente transformó mi escala de valores. Y ella en ese momento era lo que más necesitaba, su voz, su compañía..., pero me rechazó y se enamoró de otro. Primer palo. El caso es que creo que ese fue el detonante para querer aparcar mis aventuras y dedicarme solo a una mujer. Apareció Fátima y creí que era ella. Lo fue. Hasta que... Mejor otro día lo cuento. Segundo palo.

Me volqué en mi carrera, aprobé el examen para inspector y tras un año de estudio y otro en Ávila lo conseguí, pero me tocó fuera de Madrid y me he tenido que trasladar. Tercer palo. Mi antigua comisaría era mi vida. Mi familia.

Ahora vivo en Mar Menor, en Los Alcázares, sí, donde centenas de jubilados se creen que van a recuperar la suavidad de los bebés untándose de barro hasta las orejas. Apasionante, vamos... Lo único es que habito frente al mar, que no es poco, aunque cada vez que me asomo veo a esas figuras añosas paseando al sol y se me quitan las ganas de salir. ¿Dónde están esas bellas mujeres en bikini que patinan por el paseo marítimo? Aquí desde luego no, cuentan que en California.

Y, por si fuera poco, mi hermana Vera, la samaritana, decidió que para alegrar mis días y no ahogarme en la soledad, un cachorro de pomerania sería el mejor de mis amigos. No había raza más ladradora, juguetona, ansiosa y desobediente, no. Aquello es la revolución en forma de perra. Si pudiera hablar gritaría a los cuatro vientos: «¡Viva la anarquía!, ¡fuera las correas!, ¡hagamos nuestras necesidades donde nos plazca!». Cierto es que me entretiene y me da qué pensar y gracias a ella he hecho algunas amistades por aquí, además de los compañeros del trabajo. Mis vecinos. Dos hombres de lo más dispares. Julián, un prejubilado serio y formal como un ministro, y Rafa, un treintañero exfumeta más pasado que un pretérito, pero que, a veces, cuando se le descorre la cortina y le da por pensar, nos deja con la boca abierta.

Suena mi móvil. No creo que sea del trabajo. Hoy es sábado y estoy en mi día libre. Me imagino quién me llama. Efectivamente, mi hermana Vera. Descuelgo:

—¡Morenazo! —Imita la voz del anuncio—. ¿Qué haces?

—Limpieza general. Ya me conoces. Estoy lavando las cortinas a mano.

—Ja, ja, ja —ríe—. Hermanito, no olvides que he estado en tu casa y no tienes cortinas, algo que deberías solucionar porque con el trajín que me imagino que te traes por las noches vas a atraer a todos los voyeristas de la zona.

—Por eso no las pongo, hermanita, para detener a alguien...

—¿Cómo estás? ¿Te adaptas? —Cambia el tono jovial. Mi hermana no puede ocultar su preocupación.

—Ya sabes, poco a poco. Pero sí, estoy mejor.

—¿De verdad? —Desde las ondas telefónicas advierto su subida de ánimo.

—Sí, un poco, de verdad. Ya me voy haciendo, además comienzan a llegar turistas y seguro que la cosa se anima y se nos llenan los calabozos.

—El invierno ha sido duro, lo sé...

—Más que el pan de tía Enriqueta —la interrumpo. Nuestra madre se empeñaba en comprar el pan a Enriqueta y o te lo comías antes del mediodía o maduraba a piedra rompedientes de leche. Yo, sinceramente, lo desmigaba y lo usaba como armamento para mi tirachinas.

—¡El pan de Enriqueta! ¿Cómo te acuerdas de esas cosas, Rubén? Ja, ja, ja. —La siento desternillarse—. Si no fuera por ti habría olvidado toda mi infancia. En el reparto te quedaste con toda la memoria.

—Y tú con la belleza.

—¡Te quejarás! ¡No te digo! —Se toma un segundo—. Te escucho mejor, no sabes cuánto me alegro. Tienes que intentar hacer vida allí.

—Esto es temporal, Vera.

—Eso no lo sabes, Rubén. Hoy por hoy allí está tu comisaría y hasta que no te concedan otro traslado vas a tener que seguir. Has de adaptarte.

—OK. Me echaré unos barritos ahora por el cuerpo, creo que es la mejor manera de simpatizar con el vecindario.

—¿Vas a salir esta noche? —ignora mi broma.

—Sí, cenaré con Julián y Rafa y luego saldré de copas con Rafa.

—¿Con Spike? —Mi hermana le ha apodado, no sin razón, como al

excéntrico compañero de piso de Hugh Grant en *Notting Hill*—. No sé cómo aguantas a ese cromañón.

—Porque me hace reír y además me sigue el ritmo.

—Como continúes así, el que no te va a seguir el ritmo es tu hígado, Rubén. Tienes treinta y dos años, no eres un chavalín.

—¿No? ¡Vaya! ¡Qué bajón! Y yo que pensaba que no podía salir sin el DNI por si me lo piden.

—¡Eres imposible!

—Pero ¿me quieres? —Uso mi tono encandilador.

—Sabes que mucho, tonto. Tanto que pronto volveré a hacerte una visita.

—¡Otra! ¡Yo creo que te estás haciendo adicta a los *peelings* de barro! —bromeo—. No, en serio, ven pronto. Spike te añora.

—¡No me hables de ese pesado que se me quitan las ganas! Si consigo terminar unas cosas a tiempo en dos semanas me tienes allí.

—Te esperaré ansioso. Sabes que me encantan tus visitas.

—Te quiero, morenazo.

—Y yo, gitana.



Las cenas con Julián y Rafa siempre me destensan, aunque a mi estómago no tanto, porque me hincho a pizza hasta aborrecerla durante una semana. Y eso que Julián habitualmente nos trae alguna receta cocinada por él, es un adicto a todos esos programas de cocineros tan de moda, y nosotros somos quienes catamos sus platos, pero la pizza de segundo no puede faltar.

Podría decirse que somos tres tipos totalmente distintos, y sería tan cierto como erróneo. Nuestras vidas laborales lo son, nuestros orígenes también, pero, si rascas, no somos más que tres tíos solteros sin ganas de preocupaciones que lo único que desean es disfrutar un poco de la vida, de la forma que sea.

Nos sentimos un poco inadaptados. Cuando atraviesas cierta edad y no has estado casado o emparejado por muchos años la gente te ve como un bicho raro, alguien con alguna tarilla oculta. No estoy exagerando, es así. Cuando estoy en un bar conociendo a una mujer y me pregunta por mis relaciones, no hace falta ser inspector de policía para darse cuenta de sus pensamientos:

«¡Uy! Este es un vividor... ¿Ninguna relación larga? ¿A su edad? No me

fío».

Lo que no quiere decir que para un revolcón no les sirva, en eso no dudan. Empiezo a sentirme usado, soy su amante nocturno y un ignorado por la mañana. Pero bien. No estoy para rollos. Tampoco es que me lleve a una cada noche. A veces tengo la boca muy grande. Es cosa de hombres.

Julián tiene ya sesenta y cinco años. Se prejubiló hace dos. Trabajaba de seguridad en un hospital. Sufrió un accidente que le dejó secuelas en una rodilla y aceptó la prejubilación que le ofrecieron. Nunca se ha casado, dice no haber encontrado a la mujer de su vida, que ninguna le hizo plantearse el matrimonio y que ya está muy cómodo así, con su colección de monedas, su perro y la cocina. Es un hombre tranquilo, inteligente, de trato cordial y al que da gusto escuchar porque está lleno de sabiduría. Rafa es otra cosa... Treinta años. Es un *freelance* que trabaja probando y analizando videojuegos y juegos de mesa. Lo sabe todo. Lleva toda su vida dedicándola a los videojuegos y ahora se ha convertido en su profesión... ¡Cuidadito! Gana más que Julián y yo juntos. Quizás de estar todo el día encerrado en casa está un poco pasado de tuerca y a veces su comportamiento es extraño, su ropa (virgen de plancha) no ayuda mucho y su aspecto desarrapado le hacen ver como lo que es: un friki de tomo y lomo. Pero ¡ojo con él!, que es inteligente a rabiar, en su cerebro debe de haber más conexiones que en el de cualquiera con aires de erudito, lo único que de tanto fumar a veces la conexión se esfuma por el humo.

Nos servimos una copa en mi terraza a la vez que disfrutamos del sonido del mar. Vivo en una zona muy tranquila y por las noches no hay un alma por aquí. Las olas y las estrellas son el mejor reclamo para elegir mi casa. Julián y Rafa viven detrás de mí, en segunda fila y sus terrazas no son tan amplias, por eso siempre cenamos aquí, por eso y porque la casa de Rafa debe de ser alérgica a la aspiradora y a productos de limpieza y porque la de Julián da al patio de un vecino con un perro que no para de ladrar a la que te mueves.

Echo de menos mi vida en Madrid, las prisas, los cafés moca del Starbucks, la variedad..., pero es lo que hay. De eso hemos estado hablando durante la cena. Ellos detestan Madrid, les parece infernal y no entienden cómo se puede uno a acostumbrar a vivir con ese ruido, y yo les respondo que es un ruido de fondo, como aquí el de las olas, y que a tanto silencio, como se respira en esta zona, tampoco es fácil acostumbrarse.

Julián recoge las cajas de *pizza* y su ensaladera y se despide, él no suele acompañarnos en nuestras salidas nocturnas. Si te fijas bien, se le aprecia un leve cojear, puede parecer cansancio, pero yo sé que es por su lesión y que a cada paso que da con su rodilla maltrecha siente un calambrazo, aunque nunca le oímos quejarse.

—Zagales, no bebáis mucho porque se os nublarán los sentidos y luego pasa lo que pasa —bromea al despedirse.

—Eso díselo al Adonis, él puede elegir, yo no, así que prefiero estar borracho y creer que me estoy ligando a Beyoncé en vez de a Carlota la gafotas —le contesta Rafa.

—La de la última vez era infumable, Rafa, no voy a consentir que repitas —me pongo serio—, cuando me quise dar cuenta ya te habías marchado, pero tío, era lo peor...

—¿Sí? ¡Pues no veas cómo la... ! Es lo que tienen los bichos, que son muy agradecidos.

—¡Un respeto, chicos! —nos corta Julián—. No habléis así. Cualquier día os van a dar una buena patada en vuestras partes y con razón.

—Era broma —lo tranquilizo—, somos unos perfectos caballeros y no nos solemos comer un colín, pero esto que quede entre nosotros.

—Sí, ya lo veo. Bueno, me marchó, si me dejáis las llaves mañana os saco a los perros.

—Perfecto —decimos al unísono.

—Aunque tu Blanqui debe tener tal empacho que no creo que quiera moverse...

Los tres contemplamos a mi perra, tirada bajo la mesa de la terraza dormida profundamente. Lo normal cuando te pillas un atracón a bordes de *pizza* del tipo concursante de *Supervivientes* frente a una mesa repleta de panceta sin restricción. Blanqui se vuelve loca con nuestra comida y o le das o no te deja tranquilo. La noche de sábado es su mejor día. Ya cuando escucha el sonido de la moto del *pizzero* me parece verla sonreír.

Nos despedimos de Julián y entro en mi casa para asearme un poco y salir a darlo todo a un bar que hay en la zona de marcha. Solemos ir al mismo, la música no es horrorosa y algunas veces encuentro alguna sonrisa bonita con la que intentar pasar la noche. A ver qué tal se me da hoy.

## Capítulo 2

### Elda

SILVIA. 33 AÑOS. GUADALAJARA. APUÑALADA.

No me apetece salir. Me quedo en casa. Paso. Tras una semana dura en la universidad con el máster, que maldita la hora, y en la cafetería, no doy para más. Ya está amenazando el calor, así como cuando huele a tierra mojada y todavía no ha llovido. Cuando el termómetro sube dos o tres grados a la vez, varios días seguidos, los turistas emergen como mosquitos. Aparcan sus coches y no los mueven hasta que los Celsius caen de la misma forma que ascendieron.

La cafetería cada vez se llena más y encima hoy me he tenido que quedar a doblar turno para suplir a Jessica, que tenía un bautizo. Otro. Debe de ser la madrina de medio Murcia, porque cada dos fines de semana se ausenta utilizando la misma excusa. No me lo creo. Mi jefe, sí. ¡Vaya novedad! Es un hombre que ronda esa edad tan complicada para los varones, en la que se creen que todavía pueden resultar atractivos a las veinteañeras (cuando ni los miran), pero ellos se esfuerzan en coquetear y toman cualquier señal como indicio absoluto de atracción mutua. Mi compañera posee dos razones que rebosan por debajo del cuello, que suelen andar tan descubiertas que hablan por sí solas. Sin embargo, a su mujer, mi jefa, Olga, Jessica no se la da, creo que tiene preparado su finiquito en un cajón.

Tampoco tenía nada mejor que hacer y me lo pagan bastante bien. Lo que es de agradecer. Pronto podré comprarme un coche, el más barato del mercado, pero uno nuevo. Estoy harta de dejarme los cuartos en segundas manos que me duren dos días sin llevarlos al taller. Tengo cara de pardilla, mi padre siempre me lo dijo y, a pesar de que me sentaba fatal, ahora le doy la razón. Cuando me ven aparecer en los concesionarios se frotan las manos y me endiñan el coche que no quiere nadie.

No soy tonta. O eso creo. Pero en temas de automovilística sufro como un bloqueo mental y no me entero de nada de lo que me cuentan. Y encima padezco de otro mal peor, y es que nada me suele parecer feo, a todo le encuentro su



belleza oculta. Y hablo de todo, no solo de coches. Nací sin esa categoría en mi cabeza, igual que el que es sordo y no puede oír, pues yo no veo la fealdad en nada. Puede parecer romántico, pero es más bien un problema. Según mis amigas no tengo estilo vistiendo y combino fatal la ropa que me compro con ellas. No me dejan entrar a una tienda si no es acompañada porque puedo salir como un adefesio. También me afecta a más ámbitos, en concreto, a los hombres... Si tienen barriguita, me parece tierna; si tartamudean, me resultan valientes; si son calvos, la forma de su cabeza me parece sexi. Total que o salgo con ellas y me dan el visto bueno o no cruzo palabra con hombre alguno.

Aunque últimamente..., últimamente no consigo pensar en nadie que no sea él. Y es tan ridículo. A mis veintisiete años y ando enamoriscada de alguien con el que solo cruzo esta conversación:

—¡Buenos días! ¿Me pones un café moca para llevar y un donut? —Con su preciosa sonrisa matutina.

—Hola. ¿Con más chocolate que café, verdad? —Temblándome el labio de la vergüenza.

—Sí, buena memoria... —Lleva tres meses pidiendo lo mismo, sería idiota si no lo recordara.

—Son tres euros. Cuidado que quema. —Sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Gracias. ¡Que tengas buen día! —Otra vez esa brillante sonrisa que me hipnotiza.

—¡Y tú! —Admirando su espalda.

¡Y ya! ¡Nada más! Con eso me basta para sonreír todas las mañanas y no poder dormir por las noches de puras ganas de que amanezca para volverlo a ver. Y él sí que es guapo. Debido a mi falta de talento para clasificar, he ido adaptándome con el paso de los años y he aprendido a valorar a través de los ojos de los demás. Cuando este chico entra en la cafetería todas las mujeres lo miran, signo evidente de que no es cosa mía. Ves, soy una chica práctica y lista.

Nunca me he enamorado. He tenido relaciones, pero con nadie me he encontrado del todo en pareja, con ninguno de mis ex he sentido que formaba un equipo, que ese era el hombre de mi vida, que cualquier canción de la radio hablase de nosotros. No. Y, por supuesto, jamás he notado mariposas y sé que puedo. Cuando leo a Jane Austen o veo alguna peli romántica sí las siento, pero en la vida real, nada. Soy joven. Y no me pienso conformar. Como Elizabeth

Bennet. No. Si no estoy enamorada no iré más allá. Puedo vivir sola y tan feliz. ¡Hombre que sí! Me conformo con mi vida, me conformo con escribir sobre ello. Sí, escribo. Escribo historias románticas. Me sirven para vivir lo que yo no vivo y para evadirme; soñar y ser feliz. En la imaginación se esconden vidas de cuentos de hadas y yo pienso probarlas todas. La mía, la de verdad, haré lo que pueda por asemejarla.

Lo de nunca haber sentido mariposas no es del todo cierto, con él sí. Cada vez que se abre la puerta de la cafetería y aparece... ¡guau!, por mi estómago crecen un montón de crisálidas, gusanitos con incipientes alas, que desean despertar.

Cuando me lo cruzo por mi nuevo barrio también... Somos vecinos. Él no lo sabe. Vivo a tres casas de él. No estoy loca. Es casualidad. Es mi antiguo hogar de verano, el que era de mis padres antes de que fallecieran. Hace unos meses me decidí a volver. Con mis ahorros y parte de la herencia que tenía guardada lo he renovado (siempre con mis amigas al acecho, para que me quedase decente). Llevo tres semanas viviendo aquí, en mi casita de la playa. Me encanta escuchar el mar tan de cerca. Hipnótico. Motivador. Sabía que ya estaba preparada para vivir en mi antigua casa de vacaciones y así ha sido. Gracias a la remodelación no veo a mi padre cometa en mano o a mi madre insistiendo para que merendara un bocata de pan con mantequilla y azúcar (¿cómo pude sobrevivir a tal bomba calórica?). Lo que es la vida, ahora lloraría manantiales por ir a volar la cometa con él y mataría por aquellas meriendas envueltas en aluminio y amor.

Fallecieron casi de seguido. Mi padre era mayor que mi madre. Tuvo un cáncer de pulmón que arrasó con él en cinco meses. A mi madre la asesinó un infarto cerca de un año después. Tengo una hermana, pero vive en Nueva York y apenas hablamos. Esa es mi familia. Muy triste. Gracias a que mis amigas, Mónica, Cristina y Rosa, me acompañaron en todo momento no me sentí sola, ni me siento. Eso es lo que digo a todos, pero a veces sí. A veces se nubla el día y no hay foco, ni de ocho mil vatios, que consiga aclararlo. Esa es la verdad. Chsss.

Me encuentro en mi terraza trasteando con el portátil. Soy de escribir por la noche, me aprovecho de la luz de las estrellas para iluminarme y de las marítimas musas nocturnas. Levanto la cabeza. Oigo la voz de dos hombres

cerca de la valla de mi casa. Se acercan hablando. Sin más luz que la de los astros y la de mi portátil sé que es él. Sí, seguro. Ya conozco su acento cordobés y su varonil voz. Va acompañado de otro chico que vive por aquí. Están bromeando. Una furgoneta de nervios aparca dentro de mí. Me muevo descoordinada en mi asiento para intentar colocarme el pijamita con el que he salido a escribir ¡A quién se le ocurre! ¡Tonta, más que tonta! Sin saber cómo tiro el vaso de agua que reposa en la mesita y un estruendoso ruido de cristales rotos se alza justo cuando pasan por mi casa. ¡Lo que me faltaba! Consigo lo que no pretendía. Dos pares de ojos sobresaltados miran hacia mi casa.

Me levanto del susto, olvidando que estoy descalza. Un cristal cumple su hiriente costumbre atravesando la piel de mi pie.

—¡Ahhh! —exclama el dolor.

—¿Estás bien? —Reconozco su voz en la oscuridad. La del chico del moca.

—Sí, sí, no os preocupéis. —Me lamento. El pie me arde de dolor—. Solo, solo... un vaso de agua. No es nada.

Los dos chicos están parados frente a mi puerta. Apenas veo sus caras. Intento sonreír para que se vayan. No me sale. Lo único de lo que tengo ganas es de llorar por el dolor que me está provocando el maldito cristal haciéndose un hueco en mi planta. ¡Piecida! Llevo la mano a mi extremidad y siento un líquido caliente y viscoso saliendo a raudales por la herida. ¡Oh, no!

—¡Mierda! ¡Estoy sangrando! —Se me escapa.

—¿Quieres que te ayudemos? —Creo que es él, puede que no. Se me taponan los oídos. El dolor del pie cede. A mi pulmón izquierdo no le entra aire, al derecho tampoco. Me desmayo *ipso facto*.



Ya se han ido. Hace más de una hora y sin embargo sigo notando los latidos de mi corazón acelerados. Bochornoso. Me he desmayado frente a él por un poquito de sangre. ¡Vaya tortazo de realidad! ¿Qué clase de mujer independiente soy? Le he debido parecer una *crieja*. Con razón no dejaba de llamarme «niña».

Cuando he recuperado el sentido estaba tumbada en una hamaca de mi terraza con el pie colgando por fuera. Uno de ellos me echaba agua en mi extremidad con la manguera que tengo para el patio y el otro alumbraba con la luz de su móvil mi pie. Se me escapó un pequeño gemidito de dolor, suficiente

para avisarles de que me había despertado. Él habló primero, acercándose a mí:

—No te asustes. Te has desmayado por el dolor. Pasábamos por aquí cuando se te ha caído un vaso y un trozo de cristal se ha enganchado en tu pie.

—Sí, lo recuerdo —dije con una voz carrasposa como recién salida de un coma.

—¿Tienes luz en la terraza? Así no vemos nada —me dijo su amigo.

—Sí, entra en casa y justo al lado de la puerta.

—¿Y tienes gasas, pinzas, algo con lo que poder sacarte el cristal? —me preguntó él—. Somos de fiar, no te preocupes.

En ese momento me alegré de tener la casa recogida y de haberme preparado un pequeño botiquín.

—Sí, en el baño de la planta baja. La primera puerta a la derecha. En una cajita blanca en el armario del lavabo.

—¿Vas tú, Rafa?

—Sí, voy yo.

Acto seguido se alejó y poco después la luz se encendió y él y yo nos miramos frente a frente. Me sonrió. Yo a él no. Quería llorar. Convertirme en una pequeña mariquita y salir volando por sorpresa. Dudaba de si me había reconocido como la camarera de la cafetería e intentaba serenarme con su atenta y alegre mirada.

Tras el mareo, y sumándole los nervios que estaba pasando, mi boca no lograba articular palabra y mi mirada buscó mi pie para disimular.

—No te preocupes. Te he estado examinando y no parece un cristal grande, además está muy superficial. En un periquete te lo saco.

—¿Eres médico? ¿Enfermero?

—No —se rio y mi alma con él—, pero tengo una hermana que era un trasto y le he sacado tantas astillas y cristales que me he hecho un experto. Has tenido suerte.

—Ufff..., no sé yo. Igual me vuelvo a marear, soy muy susceptible.

—Pues mira, mejor. Si te mareas podré sacarte el cristal sin que te enteres. No hay mal que por bien no venga. —Volvió a sonreírme y se sentó a mi lado. Sin pedir permiso agarró mi muñeca para tomarme el pulso.

—¿Estoy viva? —bromeé.

—Eso parece por tu pulso y porque hablas, pero tu color de piel dice otra

cosa. —Sin soltarme la muñeca comenzó una suave caricia tranquilizadora, o eso pretendía él, porque con cada roce inyectaba altas dosis de cafeína en mis venas.

—¿Estoy blanca, no? Me suele pasar —le pregunté como al que le importa.

—Es normal... ¿Cómo te llamas?

—Elda.

—¡Uhhh! —Me pareció oírle al escuchar mi original nombre—. Elda, confía en mí, voy a intentar hacerte el mínimo daño posible. Luego te pones un poquito de hielo, te tomas un ibuprofeno y a dormir. Esta noche te toca quedarte en casa.

—No pensaba salir.

—Mal que hacías, una niña de tu edad no puede quedarse en casa un sábado por la noche. —Me guiñó un ojo.

—¿Niña de mi edad? —irrupí—. ¿Qué años crees que tengo?

—No sé..., pero eres muy joven como para quedarte en casa.

—Joven soy, pero vamos tengo veintisiete años, ya he salido suficiente.

—¡Ahh! ¡Pareces más chica!

—Ya lo sé, me lo suelen decir.

—¿Vives sola aquí? —Carraspeó—. Perdona, no es de mi incumbencia.

—Sí, sola. No pasa nada. Era la casa de mis padres y ahora yo la he reformado. Acabo de instalarme recientemente.

—Somos vecinos. Vivo tres casas más para allá. —Señaló a su derecha—. Si necesitas algún día algo no dudes en llamarme.

—Lo mismo digo —respondí—. Siempre y cuando no necesites a una enfermera.

Nos sonreímos. Y aunque podía escuchar a todo mi cuerpo bullir de excitación por estar tan cerca de él, me sentía segura y más yo que muchas veces. Suceso tan paradójico que todavía no consigo entender. Quizás la cafeína que inyectaba con sus caricias aclaraba mi mente.

Apareció su amigo con el botiquín y finiquitamos la conversación personal para pasar a: «Elda, respira hondo, no te muevas, tranquila...». Mi extremidad ardía, dudo de si por el dolor o por el contacto con sus manos. Su amigo le alumbraba con la linterna del móvil y efectivamente en menos de diez segundos sacaron el cristal. Tras lo que (con unas gasitas, un poco de betadine y un

esparadrapo) me cubrió y almohadilló la zona del pie dañada.

—¡Ya está, Elda! ¿Te he hecho mucho daño? —me preguntó mientras se incorporaba.

—No, nada. Lo has hecho genial. Muchas gracias.

—Ha sido un placer ayudar a una vecina en apuros. Ahora haz lo que te he dicho y mañana estarás como nueva —me recomendó con voz firme.

—Sí, lo haré.

—¿Quieres que te ayude a entrar en casa para que no apoyes el pie?

—No, tranquilo. Permaneceré un rato más aquí y ya luego voy a la pata coja —sonreí.

—Muy bien. ¿Quieres que limpiemos los cristales? —Parecía que no quería irse, pero yo no sabía cuánto tiempo iba a poder aguantar mi corazón latiendo a ese ritmo tan desorbitado.

—No, tranquilo, mañana ya lo haré yo.

—Pues, ¡hala!, ¡vamos, macho! —le dijo su amigo.

—¿Nos vamos? ¿Estás bien, Elda? —me preguntó, sentándose de nuevo en la hamaca, cerca de mí para tomarme el pulso a la vez que sus ojos escrudiñaban en los míos. Le sostuve la mirada. Me alegro, porque fue espectacular todo lo me hizo sentir. Fuego. Y a la vez un ser tan diminuto y frágil que bien podría sustentarme en su mano y acariciarme como a un pequeño pajarito.

—Sí, de verdad. No os preocupéis. Estoy perfecta. Muchas gracias por todo. Os debo una.

—Bueno, pues nos vamos. Descansa, niña, y ten cuidado. —Se levantó, después me hizo una suave e inolvidable caricia en la nariz antes de incorporarse del todo y alejarse de mí.

Su amigo, un poco tosco, todo hay que decirlo, me lanzó un tímido «cuídate» y se marcharon.

Y aquí sigo, una hora después, más aturdida que al principio. Con hormigueo en las zonas de la piel donde él posó sus manos y con una sonrisa de oreja a oreja. Él es mucho mejor de lo que creía, no solo deslumbra por su belleza (o eso creo), es caballeroso, amable, educado, hábil y simpático. Tiene un aire ligón, sobrado, pero normal siendo un tío tan alucinante. Debe acumular cientos de conquistas... Y aunque solo fuese por una vez no me importaría rendirme a él. No me importaría nada de nada.

## Capítulo 3

### Rubén

MIRELA. 21 AÑOS. BADAJOZ. SU CUERPO APARECIÓ FLOTANDO EN UN EMBALSE.

¡Uhhh! ¡Día soleado! La luz se cuele por mi enorme ventanal sin cortinas. Tengo persianas, pero cuando llegas a las cuatro de la mañana, acompañado, dispuesto a practicar el mejor deporte del mundo no hay espacio para quehaceres mundanos.

Sigue aquí. Me giro con cuidado para no despertarla. Es bonita. La luz del día no le sienta igual de bien a todo el mundo y a veces te llevas sorpresas desagradables. Es injusto. Las mujeres saben lo que alquilan en todo momento. Nosotros no disponemos de camuflajes favorecedores. Igual la ropa o un buen peinado, pero eso no nos transforma. Sin embargo, ellas pueden pasar de ser tortugas a gacelas. Hay toda una gama de productos en el mercado con el único fin de burlar a los hombres: rellenos, fajas, pestañas postizas, *push up*, extensiones, maquillajes cubrecráteres... ¿O no es verdad? Suelo tener buen ojo y no llevarme sorpresas, y en este caso a esta chica la luz del día le sienta realmente bien, tanto que se me ocurre cómo celebrarlo...



—¡Pues sí está rico el café! ¡Tenías razón! —le digo desde la terraza. Vamos a desayunar aquí y ella, Julieta, se ha empeñado en que hacía el mejor café del mundo y las tortitas más sabrosas.

Ha resultado ser una gran tipa, además de un bellezón de medalla de oro. Tiene veinticinco años, es profesora de infantil, acaba de salir de una relación tóxica de años y solo le apetece disfrutar de la vida. Me ha confesado que he sido el primer hombre con el que se ha acostado después de su ruptura, y aunque he sentido un amago de culpabilidad porque asumo que no ha tenido muchos más amantes, ella me ha agradecido haber «roto el melón» conmigo, un persona fiable. Viene con una bandeja de tortitas que huelen al mejor perfume existente, aquel que se come.

—Espero que te gusten. No me apaño del todo bien en tu cocina —. Sonríe mientras toma asiento vestida con un niqui mío que le llega hasta media pierna.

—Por lo bien que huelen imagino que me van a encantar. ¿Te gusta cocinar? —le pregunto para entablar conversación.

—Sí, sobre todo me apasiona la repostería. Es uno de mis sueños, montar una cafetería con todo tipo de dulces, bollos... —dice mirando a la nada o por lo menos no a mí.

—¿Y de esos que decoran tartas y *muffins* como en la tele? —le pregunto —. Están muy de moda, ¿no?

—Sí, no estaría mal. Si te soy sincera, alguna vez lo he pensado, ya he elaborado varias tartas personalizadas para cumpleaños y fiestas y han tenido éxito, pero de ahí a montar un negocio...

—Bueno, eres muy joven todavía, ya tendrás tiempo. Lo que sí te digo es que conmigo tienes a tu mejor cliente.

—Tú también eres joven, Rubén. Hablas como si fueras un viejo, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y uno, pero no sé, quizás por mi profesión —gesticula incompreensión y le aclaro—: Trabajo mano a mano con la maldad, con las mentiras, contra gente sin escrúpulos. No es fácil sentirse joven cuando estás ya de vuelta de todo —me confieso. Ya le conté anoche que era policía.

—Como si no te quedara ni un ápice de inocencia —afirma.

—Exactamente. Voy por la calle y solo veo posibles delincuentes, y si a eso le añades que tampoco me pillas en mi mejor momento... —le aclaro.

—Ni tú a mí —me sonrío y tiende su taza de café para que brindemos.

Es preciosa. Unos ojos verdes alargados son los absolutos protagonistas de su cara. Labios carnosos y mejillas sonrosadas. Melena rubia larga. Vamos, un mujerón con una sonrisa realmente bonita. Es bajita y menuda, pero muy ágil y fibrosa. Doy fe.

—¡Uy, perdonad! No os quiero molestar —nos interrumpen Julián y mi perra Blanqui, que se vuelva loca cuando este abre la valla y la deja entrar. No, no se enloquece por mí, sino por el olor de las tortitas. Esta perra vive por y para comer, olvídate de ser la mejor amiga del hombre, esta es la mejor amiga de todo aquel que tenga algo comestible y se lo ofrezca. Una interesada. ¡Qué mala suerte tengo con las hembras!



—Pasa, Julián, no te preocupes. ¿Quieres una tortita? Están de vicio.

El pobre se ha quedado pasmado mirando a Julieta. Es un hombre bastante tímido, por eso creo que nunca se ha casado, porque pierde su naturalidad frente al género femenino.

—No, no, gracias.

—¡Pruébalas! Te van a gustar y eso que yo suelo comerlas con caramelo de fresa, pero con cacao no están mal —le dice mi invitada.

—Yo tengo, si quieres. Vivo aquí al lado. —Le ofrece.

—Julián es un cocinillas —le aclaro.

—¡Ah! ¡Pues sí! —Se levanta para acompañarlo.

—Voy a cocinar una paella más tarde, si os apetece luego pasar estáis totalmente invitados.

—¡Yo me apunto! —exclamo—. ¿Comemos aquí?

—Perfecto. Aviso a Rafa. Usted está también invitada, señorita.

—¡Uy! ¡No me llame de usted! —irrumpe mi bella acompañante—. Me tengo que ir en breve. Comida familiar, pero, de nuevo, gracias por la invitación.

Julián y Julieta se marchan a por el caramelo y Blanqui se sube a mis piernas para pedirme un cachito de tortitas con un sinfín de lametazos y ojitos. Sé de sobra que el azúcar no les sienta bien a los perros, pero cada día dudo más que Blanqui no sea la reencarnación de alguna ex mía despechada que se quiere vengar por mis faltas.



Salgo a echar unas carreras por la playa con Blanqui, así ella se desfoga y yo quemo los excesos del fin de semana. Me gusta cuidarme. Me hace sentir bien. Recuerdo que Aridane siempre me llamaba «gallito de gimnasio», y antes lo era, pasaba largas horas entre las cuatro paredes de un gimnasio de moda, con mis coleguitas, a cual más cachas, pero ahora no. Ahora prefiero el deporte al aire libre, correr por la playa, a solas, escuchando música, es de lo mejor de día. Algo bueno tenía que tener esta zona: el mar. El *running* por la orilla, a la hora de la puesta de sol, es un regalo del que no me canso. Al no hacer tantas pesas he perdido algo de músculo en tren superior, pero quizás me veo mejor, más estilizado. Los años de musculitos y de camisas ajustadas ya han pasado a la historia.

Regreso y sin darme cuenta paso por la casa de mi vecina. Dudo si llamar para ver si está bien, pero no quiero parecer pesado. Me dejó un poco tocado esa chica... Desprendía un aire tan frágil. Cuando se mareó y casi cae de la silla salté la valla para asistirle y tomarla en brazos para tumbarla en una hamaca. No sé explicarlo. Me impactó su ligereza, su suavidad, y cuando abrió los ojos y me encontré con dos turquesas, rasgadas, pequeñas y brillantes me dio un vuelco el estómago. Y su voz, me resultó tan familiar... Cuando Rafa prendió la luz y la pude ver bien, lo entendí. Es la chica que me sirve el café todas las mañanas. Todas. Y yo sin verla... No hay más ciego que el que no quiere ver.

No, no voy a llamar. Solo era un cristal. Mañana le preguntaré.

## Capítulo 4

### Elda

ISABEL LAUREANA. 59 AÑOS. TOLEDO.  
MÁS DE TREINTA PUÑALADAS.

Me faltaba una intoxicación para complicarlo todo. Entre que me ha costado días apoyar bien el pie y que debí comer algo en mal estado, llevo tres jornadas de baja. Menos mal que ya me encuentro mejor. Cuando te atreves a salir a la calle sin preocuparte por los amenazantes e impacientes retortijones es que te estás empezando a curar. ¡Qué malo es estar malo! Y encima en soledad, sin un caldito de tu madre, una caricia, una persona preocupada por ti. ¡Cómo la he echado de menos! Ella era una fantástica enfermera sin título. Siempre se arrepintió de no haber estudiado, y yo, que fui la mejor testigo de sus cuidados, puedo confirmar que tenía madera de enfermera. Mi madre era tan buena...

La muerte de mi padre fue tremenda, pero la de mi madre arrasó con todo. Avasalladora. Él tiró la toalla desde el diagnóstico y fuimos testigos de su decadencia. Aunque nadie quería ese final, lo esperábamos. Pero ella falleció por sorpresa, dejándonos huérfanas, ella que siempre había estado tan pendiente de nosotras, más que de sí misma, desaparecía sin más. Un día está y otro no, y más te vale hacerte a la idea porque esto sí que no tiene arreglo. El vacío que se te instala nunca desaparece, se hace más llevadero y aprendes a vivir con él, pero duele igual que en los primeros momentos. No me engaño. El mundo sin ella es menos bonito. Por lo menos, mi mundo. Me convierte en un espectadora que va a ver una película pero se encuentra la sala vacía. Puede que el film me guste, incluso me emocione, me ría, llore o lo que sea que pretenda el director, pero al salir del cine y ver que no tengo a nadie con quien comentar me deja triste. Mal sabor.

Din, don. Suena la puerta de mi casa. Debe de ser mi amiga Rosa, es a la única a la que le dije que estaba pachucha, y ella, que es «muy madre», se habrá acercado a comprobar que me he comido lo que ayer me trajo. Me levanto del sillón todavía sin fuerzas. Cientos de alfileres se clavan en mis endebles piernas. Aquarius. Eso lo arreglaría, pero no tengo. Aunque ya no hay fiebre y no he

vuelto a ir al baño, he perdido energía y peso, y si ya estaba justita, ahora soy el espíritu de la golosina. Hasta yo veo que mi *look* es feo, vestida con una camiseta vieja y un pantalón de deporte, pero así me encuentro, no estoy para colores.

¡Sorpresa! ¡Ay, ay, ay, que se me doblan las rodillas! ¡Es él! ¡Es él! Es él, más guapo que nunca (o desde que lo conozco yo). Le ha debido dar el sol estos días porque le aprecio más moreno. En sus mejillas intuyo un leve sonrojo. No me hago ilusiones. Viene de correr, su indumentaria y el sudor que cubre su piel lo dejan claro.

—Perdona que me presente de esta guisa —comienza a hablar—, pero pasaba por aquí y quería saber qué tal estás. Como me temía, has debido de pillar el tétanos porque se te ve fatal —sonríe mientras se apoya en el marco de la puerta y no me hace sentir mal por decirme que me ve horrible.

—El tétanos no, pero algo peor seguro. Aunque ya veo la luz. Gracias por preocuparte. —Practico, al igual que él, eso de hablar de seguido, que, sinceramente, no sé cómo el impacto me lo ha permitido y no me ha dejado más callada que una amish en un *show* de *stripper* masculino.

—De nada. —Lanza una sonrisa cortés, con una pequeña inclinación de cabeza, a lo época de la regencia, que si Jane Austen se hubiera cruzado con este ejemplar en su vida, el señor Darcy sería un principiante a su lado. Así te lo digo.

Silencio incómodo. Un poco. Bastante. Crece el bochorno. ¡Oh, oh, me pica todo de la ansiedad!, ¿a que me empiezo a rascar el cuello como si tuviera la varicela y lo espanto? Di algo.

—¿Quieres un refresco? —Se me ocurre. La hospitalidad que me enseñó mi madre cuando alguien nos visitaba ha hecho mella en mí.

—Pues te lo agradecería, pero he venido con mi perra y la he dejado allí atada. Salgo con ella a correr.

Miro hacia donde me indica y observo una pequeña perrita pompón con cara de zorro. No le pega nada. Me imaginaba un labrador, un husky..., pero el perro de la Paris Hilton, pues no. Para nada.

—Déjala que entre. Es preciosa —le digo.

—¿No te importa? No te confíes, es muy mala, por algo tiene cara de zorrito. Es la reencarnación de Dalí, está loca. —bromea, y si ya era

impresionante de normal, ahora en confianza, más, mucho más.

—¡Anda! ¡Exagerado! —río—. Déjala pasar.

—Vale, pero cierra la puerta de tu casa si no quieres que se coma tu sillón. Aquí en la terraza puede hacer menos destrozos.

La aludida nada más entrar viene a por mí con su lengüita fuera y yo me agacho para recibir cientos de lametazos en cara y brazos.

Me río de nuevo.

—¡Pero si es supercariñosa!

—Por el interés te quiero Andrés. Eso significa «Dame algo de comer, vecina». Esta perra no da *puntá* sin hilo.

Me incorporo.

—¿Quieres un Aquarius o una Coca-Cola? —Al instante me doy cuenta de que ha hablado mi subconsciente. Soy yo la que quiere el Aquarius, pero no tengo.

—Lo que prefieras, me da igual.

—Voy a por ello. Siéntate si quieres allí, en la mesa. ¿Cómo se llama la perrita?

—Blanqui.

Antes de desaparecer por la puerta de mi casa, me giro para atreverme a hacerle la pregunta que lleva rondándome desde que mi camino se cruzó con el suyo.

—¿Y tú?

—Rubén. Me llamo Rubén.

Cuando cierro la puerta comienzo a dar saltitos como una loca hasta que mi pie me avisa de que la herida no está curada del todo, y lo último que quiero es volverme a desmayar delante de él.

## Capítulo 5

### Rubén

LUCINDA MARÍA. 43 AÑOS. TARRAGONA.  
ASESINADA A TIROS.

No sé cómo sucedió. Mi intención era preguntarle por su pie y regresar a casa a descansar, pero acabé cenando con ella arroz y pescado hervido, entre risas y bromas.

Elda es diferente. Me suena diferente. Desde el primer momento me lo pareció y a cada rato que paso con ella lo constato. Su imagen es frágil, tímida, aniñada, pero basta con cruzar una mirada con ella para averiguar que esconde una interesante mujer. Que se ruborice con facilidad es quizás lo que te hace etiquetarla, pero a ella, aparentemente, no le afecta, no cambia de actitud, no esconde su sonrojo, es más, lo verbaliza en alto y eso me hace sentir que estoy con una persona franca que admite sus carencias y les saca provecho.

Me resulta sencillo hablar con ella. Me siento cómodo. Y eso ya es mucho decir cuando es obvio que ando huyendo de las mujeres. Últimamente desertaba ante cualquier posible candidata a ocupar mi cama más de un día. Y es que no, no pienso en acostarme con ella... O sí, pero bueno, es que a mí me encanta el sexo, no hay más drama.

Definitivamente busco su amistad. Apuesto por que Elda y yo seremos grandes amigos. Nada más. A esta decisión llegué el miércoles por la noche, cuando regresé a casa, después de la cena, y me invadió, o me dejé invadir, por la nostalgia. Nostalgia de comer acompañado, de preparar la cena juntos, de ver la serie de turno acurrucados en el sofá, de sonrisas cómplices, de confiar en alguien... Me emborraché, no me quedó más remedio que ahogar las penas en alcohol, y cuando me desperté, resacoso perdido, decidí que no me podía volver a dejar llevar por mis ensueños, y que, claramente, el detonante había sido Elda. Elda abre un canal que ni me favorece ni quiero recorrer; digamos que ella enciende Divinity, pero yo me niego a ver nada que no sea Discovery. Aclaro que no es Elda en sí como mujer la que me provoca, sino mi relación con ella.



Es viernes. Como todas las mañanas entro en la cafetería a pedir mi café moca y mi donut. Ayer me atendió Elda, que, por fin, se incorporó al trabajo después de su afección. Abro la puerta y me invade el olor del local. ¿Existirá alguien al que no se le haga la boca agua con este aroma a calor, azúcar, harina, horno, a rico? Es una cafetería modesta, sin grandes preocupaciones por la decoración, pero huele que alimenta y por eso la elegí como mi lugar de desayuno. Además, me pilló al lado de la comisaría.

Alejo la mirada y me cruzo con unos ojitos azules, de largas pestañas y chispas en su interior. Mira que me he topado con miradas bonitas, pero la de Elda, ahora que la conozco, es de las más impresionantes. Ya me había fijado en sus ojos cuando pedía el café, pero ella solía esconderse tras la caja registradora o el mostrador. Ahora no. Ahora levanta la cabeza para saludarme y conseguir que un escalofrío de impacto entre por mi retina hasta el estómago... Es que siempre me han impresionado los ojos claros. Sonrío.

¡Vaya! ¡Lástima! Se acaba de esconder tras su móvil y he perdido su atención. Me acerco, no hay nadie esperando.

—¡Buenos días, niña! ¿Cómo vas? ¿Mejor?

Ella deja el teléfono a un lado y me satisface encontrarme con todo su interés. Percibo cómo sus mejillas van adquiriendo ese tono rosáceo tan particular que me hace entender que o no le soy indiferente o se ruboriza con un «buenos días».

—¡Buenos días! Pues bien, mucho mejor. Creo que empiezo a sentirme sana y con energías... He estado a punto de morir, ya me viste. —bromea y me hace reír.

—Doy fe. Hoy se te ve mejor color que ayer, todavía estabas paliducha.

—¡Vaya! Me alegro. Porque me espera un día duro. Luego tendré que ir a la universidad a pedir apuntes y a llevarles justificantes.

—No te he preguntado, ¿qué estudias? —Me intereso.

—Estudí Filología, pero ahora estoy terminando un máster en Literatura Hispanoamericana. Tengo otro en Traducción.

—¡Uff! Eres una ratilla de biblioteca, como si lo viera. —bromeo.

—Pues sí..., me encanta leer. —Se ruboriza escondiéndose detrás de las gafas.

—Y escribir —añado.

—¡Eh! —Percibo su consternación al levantar la cabeza—. ¿Cómo lo sabes?

—¿Recuerdas mi profesión, verdad? Mi especialidad son las escenas del crimen. Observo el entorno. Cuando te conocí desmayada estabas escribiendo en tu ordenador, eché un vistazo.

—¡Vaya fisgón! —Saca su brazo del mostrador para golpearme un hombro.

—Lo hice sin darme cuenta, te lo prometo —alzo una mano en señal de paz—, defectos de la profesión, seguro que cuando tú vas a una casa miras las estanterías para ver qué libros hay. —Sonríe confirmando mi hipótesis—. Tampoco leí mucho, pero lo suficiente para ver que sabes jugar con las palabras.

—En ello estoy. —Se sofoca—. Bueno, venga..., café moca con mucho chocolate y donut, ¿verdad?

—Eso es. —Asumo por su actitud esquivada que no le gusta hablar de su faceta de escritora.

—Pues marchando. Tendrás muchas cosas que hacer y muchos malos a los que detener —dice mientras me ofrece su espalda para prepararme el café.

—Ya me gustaría a mí..., pero esta zona es de lo más tranquila.

—Pues mira, yo me alegro. —Se da a vuelta para guiñarme un ojo.

Poco después entro en mi comisaria. Es nueva. Antes en esta zona no había ninguna y visto lo visto poca falta les hace. Somos dos inspectores, tres subinspectores y varios oficiales. Mi inspector jefe, Luis, es un hombre muy práctico, hábil y con dotes de mando, no como el comisario, que está a verlas venir y eso si viene, Genaro. Un abuelito a punto de jubilarse que cada dos por tres está de baja médica, dicen que era un *crack*, pero años ha. Yo, como acabo de acceder a inspector, no tengo todavía especialidad, pero mi objetivo es intentar entrar en judicial, puesto que soy criminólogo, y salir de aquí echando leches. A ver si convocan alguna prueba selectiva, porque a este paso... Quien piensa que ser policía es fácil no tiene ni idea. Desde que accedí no he parado de estudiar y lo que me queda. Pero, por muy quemado que esté, merece la pena. Mi trabajo me apasiona. Cuando tengo trabajo.

Como somos pocos, valemos tanto para un roto como para un descosido: robos, asaltos, agresiones, denuncias... En fin, un marmagnum del carajo.



Ahora estoy yo solo, la otra inspectora, Elisa, está de baja maternal y no la han cubierto. Por tanto, me toca todo; desde luego, aprender estoy aprendiendo.

Entro en la sala que tenemos habilitada para comer y me encuentro a varios de mis compañeros hablando con Luis, a veces hacemos las reuniones aquí. Es una habitación mucho más cómoda que la construida para ello. A Luis le gusta reunir al equipo completo todas las mañanas para hacer grupo y, de paso, repasar los casos pendientes. Sabe lo que hace. Ha creado muy buen ambiente.

Tras mi llegada avisan a dos oficiales que estaban trabajando en el ordenador y comienza la reunión. Por la cara que le veo a Luis, parece preocupado. A ver si hay algo nuevo...

## Capítulo 6

### Elda

MARÍA. 73 AÑOS. VALENCIA. DEGOLLADA.

Todavía me tiemblan las manos. Casi me pilla. Necesitaba hacer una foto a Rubén por varios motivos. El primero y el más importante: para enseñárselo a mis amigas y que valoraran ellas mismas, debido a mi defectuoso criterio. El segundo: porque desde que sé que es policía no dejo de pensar en darle el protagonista de mi próxima historia y para ello requería su imagen. Preciso de por lo menos una foto para crear a mis personajes. Generalmente los busco en internet y no tengo que andar robando posados, pero es que Rubén, mi vecino Rubén, bien se merece una novela. O tres.

Es mucho más simpático, amable e interesante de lo que fantaseaba. Tiene ese acento cordobés, un poco suavizado tras su paso por Madrid que le da un puntazo sexi. No como al que yo estoy acostumbrada a oír, que tiene menos sexapil que las manos de un pescadero. Mientras habla gasta muchas bromas, usa muchos dichos y comparativas, es divertido, espontáneo, natural... ¡como yo! De primeras soy un poco tímida, que sí, me cuesta presentarme o darme a conocer, pero cuando resuelvo los primeros momentos no me suelo amedrantar, aunque mis coloretos parezcan decir lo contrario. Cierto es que nunca imaginé sentirme tan a gusto con él, pero me sale solo. Me llega a pillar más joven y me hubiera muerto de la vergüenza, pero los años pasan y es cierto que cada vez una se siente más conforme consigo misma y gana arrojo.

Mi turno en la cafetería ha terminado. Aprovecharé para comerme una napolitana de jamón y queso con una Coca-Cola (tanto arroz me ha hecho añorar las grasas saturadas) y salir con tiempo a la uni.



Mi gozo en un pozo. Siempre la cosa se complica. Se ha acercado mi amiga Mónica y nos hemos liado a cotorrear y voy a llegar diez minutos tarde a la reunión que tenía con uno de mis tutores. Pero es que, como les había enviado la

foto de Rubén, se ha visto obligada a decirme en persona lo que pensaba de tal representante de las fuerzas y cuerpos del Estado. Mi sentido esta vez no ha errado. Confirmado. Rubén está para que se levante la acera a su paso, para que le hagan un anuncio de Coca-Cola, para que te dispare (sin balas) en el corazón. Todo esto ha dicho Mónica con su habitual desparpajo que me hace tronchar de la risa. Otra buena amiga.

Mis amigas son muy distintas. Rosa es «la madre», tiene novio desde hace muchos años y su vida está más que encaminada. Se preocupa por todo, se acuerda de toda nuestra agenda, te pregunta por el estado de salud de tus familiares (Charlotte York). Cristina es la más pragmática. Ella va al grano y se deja de rodeos y romanticismos. Cada día me doy cuenta de lo inteligente que es. Hila con una facilidad pasmosa y eso la hace la mar de resolutiva. Eso sí, no le pidas que se entusiasme con algo, porque nada le hace estremecer (Miranda Hobbes). Y luego tenemos a Mónica (Samantha Jones), la que nos cuenta todo lo que sucede en el mundo, sobre todo si tiene un matiz dramático. Aunque luego es muy graciosa, es la más chisposa, le saca punta a todo y nos hace reír a carcajadas. Yo soy... la romántica y soñadora, en nuestro más que comentado *Sexo en Nueva York* me ha tocado Carrie Bradshaw. La escritora. Y la protagonista. Mis amigas me quieren. Yo nunca sería la *prota*.

Llevamos juntas desde pequeñas. Ellas vivían aquí y nos veíamos todos los veranos. Yo no. Yo soy de Murcia capital, pero mis padres se compraron la casa de verano en mi infancia y las conocí. Veníamos todos los fines de semana, por eso no me quedé fuera del grupo con el paso de los años, que es lo que suele suceder con estas amistades estivales. Cuando mis padres fallecieron decidí mudarme. Conviví con Cristina, mientras me decidí a reformar mi casa. Llevaba un tiempo barajándolo y ahora no me arrepiento. Estoy más cerca de quien quiero estar. Ellas. Y el mar.

Aparco mi tartana en el *parking* de la universidad. Menos mal que no he pillado atasco. Justo antes de entrar me detengo ante un papel que hay pegado en la entrada y me recuerda lo que me ha estado contando Mónica. Es de una chica desaparecida. Ellas la conocen, yo no.

**DESAPARECIDA.**

Julieta Ramos. Veinticinco años. Cabello rubio largo y ojos verdes. Vista por última vez en Los Alcázares el miércoles 5. Vestida con camiseta roja, vaquero azul claro y zapatos rojos estilo bailarinas.

Rogamos que si alguien la ha visto avise a la policía o contacte con estos teléfonos.

## Capítulo 7

### Rubén

LISA JANE. 49 AÑOS. PALMA DE MALLORCA.  
ESTRANGULADA.

Si no lo veo no lo creo. Ahora que por fin teníamos un caso, va y conozco a la víctima. Cuando he visto la fotografía de la joven desaparecida casi me atraganto con el café. Julieta. La chica con la que me acosté el sábado y amanecí el domingo. ¿Será posible? ¿De dónde sale tanta casualidad? Apenas conozco a treinta personas y una de ellas es la protagonista del caso. Apoyándome unos segundos en una de esas taras que asolan al ser humano, y en mi caso más, la soberbia de crearme imprescindible, he dudado si confesar a mi inspector jefe que conozco a Julieta. Instantes después mi cordura me ha hecho rechazar esa opción. Si deben aislarme del caso, pues qué le vamos a hacer, pero no puedo ocultar posibles pistas. Ella me confesó que salía de una relación larga, algo tóxica y pegajosa, y quizás mi encuentro sexual con ella precipitó su desaparición. En estos casos, por muy típico que parezca, la pareja o la expareja suelen resultar culpables. Así está la vida...

Me acerco para hablar a solas con Luis. La reunión ya se ha disuelto y cada uno se ha ido a cumplir sus obligaciones. Luis me ha nombrado el inspector del caso (tampoco hay otro), pero antes he de sincerarme con él.

—¡Jefe!

Luis se da la vuelta, estaba guardando los últimos documentos en una carpeta de cartulina. Me sonrío.

—¡Estarás contento! ¡Por fin algo que te gusta!

—Bueno...

—Porque este caso huele mal —me interrumpe.

—Ya...

—Lo siento por la pobre chica, pero me da mala espina.

—De eso quería hablarle, jefe...

—Es que me da a mí que esa chica no se ha ido por voluntad propia, todo apunta a que...

—¡Conozco a la chica! —le corto. Aprecio un pequeño gesto de sorpresa en su faz antes de hablar.

—Bueno, normal, este pueblo es relativamente pequeño. ¡Qué mala pinta, pero qué mala pinta! Odio este tipo de casos, las que se lían, y como la prensa se entere y le interese, mira lo de Diana Kher que parecía un circo...

—Sí, pero... —No me lo está poniendo fácil.

—Es que cualquier cosilla que encontraban parecía la prueba definitiva y hacían ver a los policías como verdaderos ineptos.

Bla, bla, bla... Bla, bla, bla...

¡Se querrá callar ya! ¡Ni que se hubiera tragado a un argentino! ¡Qué verborrea!

—Luis, la conozco.

—Ya, ya me lo has dicho. Pobre chica. Como vea al de *Espejo Público* por aquí, sí, al alto ese que se está quedando calvo, como lo vea le tiro un repollo a la cabeza y no miento. Me estomaga ese hombre, no lo puedo evitar, siempre con su voz de descubridor y al final no dice más que *tontás*. ¿Sabes quién digo?

—Sí, Nacho Abad —le recuerdo. ¿Cómo se me ha ido tanto de madre la conversación?—. La conozco bastante. —Intento sonar rotundo.

Al fin consigo su atención. Ahora a ver cómo se lo digo.

—¡Ah, bueno! ¿Puede afectarte a la hora de investigar?

—No, creo que no...

—Tú verás. Estás a tiempo. Sé sincero contigo mismo, Rubén. Intentar separar las emociones en nuestro trabajo no resulta sencillo —sermonea en modo padre.

—A ver..., mucho no la conozco —trago saliva y suelto la bomba—, pero he tenido relaciones sexuales con ella.

Ahora sí su gesto se altera. Lo veo claro, está visualizando a Nacho Abad revelando la exclusiva a bombo y platillo y a la comisaría rodeada de *paparazzis* de todos los colores. Hasta ha dado un paso para atrás de la impresión y casi se choca con la mesa.

—¿Cuándo? Llevas poco aquí... —Carraspea incrédulo y yo no sé dónde meterme de la vergüenza.

—A ver... —Contar mis experiencias sexuales a mi jefe no es el mejor plan que había pensado para hoy, pero me armo de valentía, que no sé ni de dónde me

nace, para proseguir—: Este sábado. La conocí en una discoteca de la zona, Truco o Trato, nos fuimos a mi casa y durmió allí. Por la mañana desayunamos y ya está. No he sabido más de ella hasta ahora.

Luis, en silencio, se pasa la mano por la cara con fuerza. Es uno de sus gestos más característicos, cuando piensa con preocupación se estruja la cara y termina rascándose la barbilla, como si al contacto con los poros de su piel surgieran las soluciones. Suelen decirle que se parece a Resines, y no les falta razón.

—¡Madre mía! Es que no sé qué decir... —obvio contestarle: «normal, yo tampoco»—, podrías ser un sospechoso, ¿te das cuenta?

—Sí, claro, por eso se lo he dicho.

—Ufff... —El estrujamiento de cara resurge durante unos segundos hasta que, rojo como un pimiento de piquillo, levanta sus manos y las apoya en la mesa. Ganas me dan de esposarlo para proteger su cutis. Se le ha quedado peor que a Leonardo Dicaprio en *El renacido*—. Hemos de hacerlo oficial. Tus compañeros deben saberlo, espero que no te resulte desagradable, pero me veo en la obligación de sacarlo a la luz. —Su anterior tono coloquial es historia.

—Sí, sí, no pasa nada. Es una casualidad, jefe..., o no. No hablamos mucho, pero sí me contó que acababa de salir de una relación bastante tóxica y que ahora quería disfrutar de la vida. Puede que su expareja se enterara de su noche conmigo.

—Es posible. ¿No has tenido más contacto estos días?

—No, ya le he dicho..., desde el domingo, sobre las once que se fue a su casa, no he vuelto a saber de ella. Ni nos dimos los teléfonos, con eso le explico el alcance de la relación.

—Muy bien. Vas a tener que aclarar qué hiciste el miércoles desde las seis de la tarde para que no quede ninguna duda de tu inocencia. Lo hablaré con el comisario... a ver qué opina. ¿Tú quieres estar en el caso?

—Sí, jefe, por supuesto. Con más razón. Por lo poco que la conocí es una chica fantástica. Además, sé que puedo resultar útil.

—Sí y yo también... Se lo comento al comisario y te cuento. De momento, redacta un informe sobre tu relación con ella y qué hiciste desde las seis de la tarde del miércoles hasta el jueves. Como antes os he comentado, la última persona que la vio fue un vecino cuando salía de su casa sobre esa hora.

—Perfecto, me pongo a ello ahora mismo.

Parto de la sala tan acalorado que me metía en una sauna y ni enterarme, aunque comparado con mi jefe parezco Casper. No ha sido un trago fácil, más bien como ingerir lejía en jarras de cerveza. Pero es lo que tocaba. Si lo llego a ocultar y luego Nacho Abad lo hubiese sacado a la luz podría haberme convertido en sospechoso y haber ulcerado de por vida a mi jefe. De esta manera, las dudas se disiparán en cuanto puedan comprobar mi coartada. Gracias a Dios no pasé la tarde solo, cené con Elda. Mira por dónde mi reciente relación, amistosa, con mi vecina me va a ayudar.



Tras pasar toda la mañana de un despacho a otro, han decidido que sigo en el caso. Sigo, por decir algo, porque ni siquiera lo acabo de empezar. Dos compañeros han certificado mi cena con Elda. La han ido a buscar a la universidad y ella les ha confirmado que estuvo conmigo y que yo venía de correr con Blanqui y después me fui a casa, sobre las diez y media. Por tanto, no soy sospechoso y puedo quedarme. Luis ha pedido a todos mis compañeros discreción, porque puede que este sea el móvil.

Aunque no han llegado a transcurrir ni las cuarenta y ocho horas de rigor, apuesto a que algo le ha sucedido a Julieta. El haberla conocido me es más de ayuda que de estorbo. La etiqueté como una chica juiciosa, responsable, feliz. Ese día tenía una comida familiar y en ningún momento aprecié fastidio, sino todo lo contrario, mucho cariño hacia su familia y un reciente sobrinito que acababa de nacer. No parece que tuviera motivos para fugarse.

Aunque vivía sola, su casa se hallaba a escasos metros de la de sus padres, de hecho era de su propiedad. Los padres nos acaban de contar que se la habían regalado para que retomase su vida tras su ruptura con Alejo, su exnovio.

Los hemos citado en la sala de reuniones. Pobres, hasta el más ciego apreciaría su consternación. Son una pareja relativamente joven para tener dos hijas de más de veinticinco años. Venían sujetándose del brazo, el padre muy preocupado, en todo momento, por su mujer, y ella con ojeras y rastros inequívocos de haber llorado hasta secar la piel. Julieta es muy parecida a su madre, aun con ese mal aspecto, ha llamado mi atención la enorme semejanza.



Nos han contado que su hija pensaba acercarse a cenar con ellos tras salir del gimnasio y que cuando llegaron las diez y no tenían señales de ella empezaron a preocuparse. Al disponer de las llaves fueron a su casa y entraron, pero estaba vacía, y, no solo eso, no había rastro ni de su mochila de deporte ni de su móvil. Llamaron al gimnasio aunque ya había cerrado y no obtuvieron respuesta. Preguntaron al vecino de enfrente y les confirmó que se había cruzado con ella sobre las seis y que iba vestida con camiseta roja, creía que un vaquero claro y unas bailarinas a juego con la camiseta, pero que cargaba la mochila del gimnasio y que incluso le comentó que se iba a sudar un poco. Recorrieron posibles rutas diferentes hacia el gimnasio que está a diez minutos andando, y nada. Así que cogieron su coche y, mientras la madre llamaba a todas sus amigas y solo recibía negativas a cual más alarmante, condujeron por todas las calles del pueblo para buscarla, pero no vieron ni rastro de su hija.

El jueves por la mañana acudieron a la comisaría, pero al haber transcurrido tan pocas horas no pudieron levantar la denuncia, pero se les dijo que si hoy no se sabía nada, comenzaríamos a investigar, como ha sido el caso.

En estos sucesos es mejor no intentar profundizar mucho en la relación con los padres, porque puede resultarte peor que una tortura china. Solo escucharlos y se te encoge el corazón de pena. Yo no soy padre, o eso creo, pero recuerdo que cuando sufrí el accidente y pasé varios días en la UVI, veía la cara de mis progenitores y entendía su nivel de sufrimiento. Pero ellos me tenían ahí, me veían, maltrecho, pero me veían. No me puedo ni imaginar lo que debe de ser compartir miedo con la estresante incógnita.

Por mi aspecto y mi manera de expresarme puedo parecer frío, alguien a quien le resbalan los padecimientos de los demás, pero cuán distante de la realidad. Es más, me apoyo e inclusouerzo más mi humor para salir airoso de los dramas a los que te enfrentas en este trabajo. Es como si el caso en cuestión y las emociones que conllevan fuesen un río y yo caminara muy cerca, en las orillas, como mero espectador, con el chaleco salvavidas por si algo me empujara al agua. Pero si por hache o por be caigo al río, todas las pesadas emociones que suscita el caso se me aferran al chaleco e intentan hundirme en las profundidades de la corriente. Me ha sucedido pocas veces, sobre todo con casos de niños, pero lo paso tan mal que por eso intento trabajar desde una distancia de seguridad que me proteja.

Termino de redactar el modelo de denuncia por persona desaparecida que figura en la base de datos de Personas Desaparecidas y Cadáveres sin Identificar, de la Secretaría del Estado. De esta forma, la denuncia de la desaparición se incorporará de modo inmediato al sistema que realizará el cotejo automático de los datos del desaparecido con los de los cadáveres encontrados que todavía no han podido ser identificados, y que, en caso de posibles coincidencias, emitirá automáticamente alertas a la Unidad de Policía Científica o Criminalística competentes. Dios no lo quiera.

Ya les he encargado a varios compañeros que realicen las gestiones necesarias para comunicarles a otras unidades, autoridades y policías locales de la zona la noticia de la desaparición.

Luis y yo no hemos dudado en clasificarlo como una desaparición de alto riesgo, por lo menos de manera provisional, y, si en el plazo de veinticuatro horas no sabemos nada de ella, la ratificaremos, para poner en marcha el sistema de alerta por desaparición de alto riesgo (SADAR), con la consiguiente emisión de un aviso a la población y a sistemas análogos existentes a nivel internacional. Esta clasificación no se otorga en todas los casos, siempre en los de niños, en adultos no, pero en este. El no haber antecedentes de otras fugas, ser el comportamiento contradictorio a su actitud habitual, nunca llegar a su destino y no dejar mensaje alguno lo convierten en ello.

La de papeleo que hay que rellenar es para que lo conociera la gente. Más de una vez he escuchado a familiares quejarse por que estamos sentados y no hacemos nada. Se pensarán que jugamos al *mahjong* cuando estamos frente al ordenador... Si ellos supieran qué cantidad de informes que hay que cumplimentar (es peor que pedir una hipoteca), nos dejarían tranquilos.

Me preparo para visitar el piso de Julieta. Siempre se me han dado bien las escenas, si hay alguna pista, por rara que sea, algo que no encaja, suelo ser el primero en verlo. Espero que hoy también sea así y no haya perdido mi toque de no usarlo.



Julieta vive en un apartamento de dos habitaciones; su dormitorio y otro que usa de despacho y vestidor, un salón bastante grande y una cocina recién

reformada con muebles lacados en blanco. Nos hemos encontrado todo bastante ordenado, eso ya nos da una pista sobre su carácter. Alguien tan pulcro no suele desaparecer sin más.

He venido con un compañero, Paco, el subinspector con el que mejor me entiendo. Un tipo fuerte, inteligente y divertido, padre de familia actual (vamos que se han hecho una *in vitro* y le han venido dos criaturitas de Dios), pero que siempre encuentra hueco para algún comentario ingenioso.

Aquí, desde luego, no hay indicios de violencia, ni manchas de sangre ocultas, ni nada que te haga sospechar el carácter voluntario de la desaparición. ¿Por qué?

Si comienzas por la cocina, la nevera está llena de sustentos. Alguien que prevé que se va a marchar no compra alimentos frescos.

En los armarios de su habitación parece estar toda su ropa, me apoyo en que no hay hueco para más, y no se aprecian perchas vacías. Lo de los zapatos y bolsos es para hacer fotos y forrarse en Wallapop.

En el baño cohabitan los cientos y cientos de perfumes y cremas que tenía. Jamás había visto nada igual, Julieta debía de ser la cliente especial de muchas droguerías. No hay ningún espacio libre, todos sus productos están donde deben, lo que te da a entender que no preparó neceser.

En el despacho hemos encontrado su pasaporte y las llaves de su coche, que ya los padres nos confirmaron que estaba aparcado en su plaza de *parking*.

En el salón una barrita de incienso aparece gastada sobre su incensario, dando a entender que quería que la recibiera su aroma al volver del gimnasio y de cenar con sus padres.

¿Qué más se puede pedir? De manual, en los planes de Julieta no se hallaba la huida. Pongo la mano en el fuego y no me quemo. Paco opina lo mismo. Marchamos de aquí sin muchos progresos. Mi jefe me llama para rogarme que nos demos prisa, Alejo, el exnovio, nos espera en la sala de interrogatorios. Y me da a mí en la nariz que he allí al culpable de la desaparición.

## Capítulo 8

### Elda

ASCENSIÓN. 46 AÑOS. ASTURIAS.  
ASESINADA A GOLPES.

Mira que me han pasado cosas raras en la vida, pero que dos policías vengan a buscarme a la universidad se ha llevado el premio gordo. Y más para preguntarme por él. Por el culpable de que no dé pie con bola, del causante de que no me concentre ni en clase ni en las conversaciones con mis compañeros ni estudiando en la biblioteca. Creo que hay gente que ha nacido para estar soltera, y va a ser mi caso. En este estado soy un cacho de carne con ojos, un autómatas vagando por las calles a la que le brotan corazoncitos de las pestañas y dos suspiros por minuto. En clase me he visto a mí misma escribiendo su nombre en los bordes de mi cuaderno como una quinceañera ocupada. Cuando no estoy mirando la foto del móvil, maldigo el momento en que la hice, porque he agotado la batería de tanto abrir la galería de imágenes para recrearme en ese inalcanzable varón. En eso he de centrarme si quiero seguir con vida (en una de estas me pilla un coche o me despeño por las escaleras): en que Rubén jamás se fijaría en una mujer como yo, simple, desarreglada y normalita como una barrita de pan tradicional. A él deben de gustarle las baguetes, las chapatas, las de multicereales o vete saber cuáles, pero yo no. ¡Lástima de vida!

Menos mal que me han encontrado justo cuando aparcaba el coche. Llegan a preguntarme delante de todos los de mi clase y la vergüenza me habría atropellado, y a mis compañeros la insana curiosidad. Me habrían dado el día con sus preguntas, a lo Ana Pastor.

Los policías sabían quién era yo porque Rubén les ha debido decir que trabajo en la cafetería próxima a la comisaría. Acepto que he de estar para que me encierren, pero solo el hecho de pensar que él ha hablado de mí a alguien me provoca una sonrisa interior que no la conseguiría ni con un maratón de yoga con su mismísimo inventor (aunque sea una tradición ancestral alguien lo inventaría, ¿no?).

¿Y qué querían de mí? Extraño... Preguntarme qué había hecho el

miércoles por la tarde y si había visto a Rubén. Efectivamente, les he confirmado que pasamos cerca de dos horas juntos en mi casa y cenamos pescado hervido con arroz. Que él venía de correr con Blanqui y que se marchó sobre las diez y media. Eso ha sido todo. Pero no lo entiendo. Parecía que él fuese el sospechoso de algo cuando es el policía...

Son las diez y media. Siempre se me hace tarde cuando voy a la universidad, pero hoy mucho más debido al letargo más profundo e inútil en el que me he hallado nunca. Ni con la muerte de mis padres se me fue tanto la cabeza, todo lo contrario, me dio por estudiar. Sin embargo, con Rubén me entra la primavera y me altera la sangre, las neuronas, las hormonas y el entendimiento.

Aparco en la puerta de casa, en mi oscura calle. Se fundió la farola hace unos días y o la pongo yo o me da que hasta las próximas elecciones no va a haber repaso a las infraestructuras locales. Últimamente estoy pensando en adoptar una mascota, me gustaría que alguien saliera a recibirme y no encontrarme con mi hogar mustio y solo. Saco mis carpetas del asiento de atrás y cierro el coche.

¡Pumba! (provocado por chocar con un cuerpo ajeno y caída de todos mis enseres).

—¡Ahh! —grito en la oscuridad.

—¡Joder! ¡Cago en la...! —Voz masculina, *amacarrada*—. ¡Qué golpe! Creo que tus libros me han roto un dedo... ¿Qué llevas ahí? ¿El *Quijote*?

No articulo palabra del impacto (no el físico, que también, sino el psicológico, «¿la gente se entrena para ser maleducada?»). Y voy y como soy lerda perdida suelto:

—Perdona. —«¿¿Por qué te disculpas??», me grita mi escaso orgullo, que, aunque escaso, cuando aparece se le oye—. Me he dado la vuelta sin mirar. —«¡¡Otra vez!! ¿¿Eres idiota?? ¡Él es el que debería haberte visto y no tú, que estabas de espaldas! ¡Deja de pedir perdón!».

Me agacho para recoger mis apuntes y mientras bajo al suelo oteo la vestimenta del bestia parda este. Camiseta arrugada, pantalón militar y zapatillas más viejas y gastadas que los cojines de la casa de mi abuela. Él, todo un caballero, ni hace el amago de ayudarme, pero tardo poco y me levanto dispuesta a echarle una miradita de resquemor profundo.

¡Anda! Es el amigo de Rubén, el que lo acompañaba el día que se cayó el vaso de agua. Aunque es escasa la iluminación, esa cara tan particular no la olvidaría nunca. Debe de ser feo, pero yo no puedo confirmarlo. Lo que sí salta a la vista de cualquiera es su aspecto desaliñado, pelo rubio a cachos, un tanto grasientillo o mal aclarado, nariz aguda y torcida, labios finos y mirada un tanto borrosa (cuando te mira).

Él parece haberme reconocido por su gesto de sorpresa al cruzar retinas.

—¡Pero si eres tú! ¡La torpe vecina!

¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Una tiene su dignidad!

—Tampoco es que tú seas de lo más ágil, vamos, que ibas por la calle, me podías haber visto... ¡Es que ni apostá!

—¡Con esta luz! Si no se ve nada y menos a alguien tan pequeño como tú —me responde el gigante (de la mala educación).

—¡Pobres de los niños que se crucen contigo! Los irás aplastando a todos. —Por no decir que les apestará el tufo a porro que emana cada poro de su piel y ápice de su ropa.

—Generalmente a estas horas están acostados... Visto lo visto, tú también deberías.

—¿Visto el qué? Tú no ves tres en un burro.

—En sentido literario... No se te da bien la noche, te cortas con un cristal, aplastas con tus libros a un transeúnte. A las pruebas me remito. —Hace un gesto de seguridad con sus manos alejándose de mí y a mí me entran ganas de lanzarme a su cuello para estrangularlo. Porque me saca dos cabezas si no se iba a enterar el orangután este.

—Venga, muy bien..., un placer, hasta la próxima. —Me hago a un lado para apartarme.

—¿No me vas a preguntar si me duele el pie? ¿Te vas sin más? ¡Arjjj!

—Ve a urgencias, yo me mareo con estas cosas. ¡Vamos, Saruman, colega! —Le escucho llamar, me imagino que a un perro que me ha parecido ver a unos pasos nuestros. Lo que me hace pensar que Saruman se tenía que llamar él, no el perro—. Para que veas cómo son de agradecidos los humanos.

—Cuando te encuentras con un maleducado de tomo y lomo lo que menos se te ocurre es agradecerle algo..., pero vamos, tú mismo. Fúmate otro porro y seguro que se te pasa.

Y prosigo mi camino con un conflicto gestual. Sonrisa triunfadora por un lado y humo por las orejas por el otro.

Entro en mi casa cabreada y me apoyo en la puerta para intentar serenarme. Odio enfadarme y discutir, pero hay veces que resulta tan inevitable que es imposible esquivarlo, hasta el más santo de los santos (véase a ese maestro de la calma como Zidane) se ha visto envuelto en tanganas sin pretenderlo.

Dejo mis libros en una mesita de la entrada y voy a la cocina a beber un poco de agua para salir del trance. El agua lo cura todo, lo decía mi abuela, y se me ha quedado grabado, aunque ni con tres litros de agua se me pasa la mala uva que me ha puesto. Habrase visto tal sinvergüenza, maleducado y tosco personajillo. Encima se me ha quedado su perfume (no el de los porros, el de verdad) impregnado en la ropa. Es lo que tiene Brumel, que con poco perdura hasta la eternidad. Y yo lo odio. Huele tan artificial; me gustan los olores naturales, suaves, que no dejan rastro, los que hay que acercarse para percatarse de ellos, los otros cuando invaden mis fosas nasales solo logran marearme y ponerme dolor de cabeza.

Subo a mi habitación a cambiarme para poder meter mi ropa en la lavadora. Ahora pensaré qué me hago de cena. Suena el timbre de mi puerta. ¡Oh, no! ¿A que va a ser el payaso este de nuevo? Mira que no respondo... Prefiero no bajar.

Vuelve a sonar el timbre. Cojo aire profundo y, resignada, bajo las escaleras al grito de «ya voy». Espero y deseo que venga a pedirme disculpas. Abro la puerta.

—¿Qué quieres ahora? —pregunto con muy mal tono mientras abro.

—¡Vaya! ¡Qué recibimiento! —Es Rubén. Creo que una rodilla se me ha doblado sola de la conmoción y la otra está haciéndose fuerte sujetando todo mi cuerpo. Me recoloco—. Perdona la hora...

—No, perdóname tú a mí, pensaba que eras otra persona.

—¿Tu novio, quizás? —Eleva sus cejas, con lo que consigo una más bella, aún, panorámica de sus ojazos color miel. Precioso.

—No, no tengo novio. Y espero, si algún día lo tengo, no abrirle así, de tan malas formas.

Consigo que Rubén se ría. Le hago un gesto para que entre en mi casa.

—¿Has cenado? —me pregunta. Se lo niego—. Pues espera, he dejado en el coche comida china, ¿te gusta?

—Me encanta —respondo.

—Perfecto, ve poniendo la mesa, ahora vengo, pequeña.

—A la orden. —bromeo intentando obviar lo que me ha provocado su «pequeña».

Minutos después, estamos frente a frente, en la mesa baja de mi salón, sentados sobre cojines con un montón de táperes de comida oriental. Rubén me ha aclarado, cuando le he visto con tal cantidad de comida, que compra de más para guardarla en la nevera para el día siguiente, pero (y esto me lo guardo para satisfacer a mi orgullo personal), que prefería compartirlo conmigo. Y ahora, entre tú y yo: «¡Ahhhh! ¡Ahhhh!». ¿Qué hace este *gentleman* trayendo cena a mi casa? Cuando se vaya y pueda dejar de contenerme me va a dar una crisis epiléptica (y no va a ser por la comida china, que quede claro).

He puesto música de fondo. Dvicio. Serán comerciales, pop, para chicas jóvenes o lo que tú quieras, pero me dan un buen rollo que ya ves tú lo que me importa. Mientras, lucho con varios tallarines fritos que se caen al suelo porque lo de los palillos será muy chic, pero a mí se me dan fatal (el temblorcillo de mis manos no ayuda mucho tampoco). Rubén carraspea y presiento que quiere decirme algo.

—Sé que te han ido a buscar dos compañeros míos a la universidad. Siento si te ha molestado.

—No, tranquilo..., no te negaré que ha sido un poco raro —admito.

—Me imagino. Quería explicártelo...

—Como quieras, pero yo no te he pedido explicaciones, Rubén. Entiendo que será cosa de tu trabajo.

Rubén me mira unos instantes, diría que con un matiz un poco asombrado.

—¿Siempre eres tan benevolente?

—No me gusta inmiscuirme en los asuntos de los demás si los demás no quieren que me inmiscuya. Creo que es perder el tiempo.

—Eres una chica práctica por lo que veo... Me gusta.

—Gracias. —Bajo mi cabeza al plato para no darle tiempo a que vea mi labio inferior temblar de la ilusión y mi cara avergonzada porque se me ha vuelto a caer un trozo de pollo al limón al cojín.

—Aun así, creo que te debo una explicación.

—Como quieras.



—Estamos investigando un caso. Una chica desaparecida. Se la vio por última vez el miércoles y mi jefe me ha pedido que dijese dónde había estado yo.

¡Vaya! Parece que la desaparición de esta chica me persigue. Primero mi amiga Mónica, luego veo un cartel en la universidad y ahora esto. Pero no entiendo...

—¿Y por qué quieren saber dónde has estado tú? ¿Es eso habitual? No lo sabía.

—No, claro que no. Pero yo conocía a la chica.

—¿Ah, sí? —Me sorprende.

—Vamos, tampoco mucho..., de una noche.

—¿De una noche? —se me escapa.

—Sí, de hecho del sábado pasado, cuando tú te cortaste. La conocí después, en un *pub*.

—¡Ah! Pero... Perdona, pero no lo entiendo. ¿Eres sospechoso por hablar con una chica en un *pub*?

—No, no soy sospechoso. Pero es que no solo hablamos. Pasó la noche en mi casa.

Es en estos momentos cuando me gustaría tener el cuajo de mi amiga Cristina y saber aparentar que me importa menos que el rugby lo que acaba de decir, pero, como no es el caso, se me han caído los palillos chinos al suelo con una gamba grasienta entre ellos.

—¡Ah! Eso lo cambia todo. —Intento sonar espontánea mientras recojo con una servilleta la gamba—. Si te hubieras traído a Blanqui estaría encantada con mi poca práctica con los palillos chinos.

—Sí, ya veo... Tiras más que comes. ¿Por qué no coges un tenedor?

—Por amor propio... —Retomo el hilo de la conversación—. ¿Y les ha servido lo que les he dicho a tus compañeros?

—Sí, claro. Querían despejar cualquier duda sobre mí antes de investigar el caso. En otra circunstancia no me dejarían llevarlo, pero aquí somos muy pocos.

—¿Eres el inspector de la desaparición de Julieta?

—Sí, ¿cómo sabes su nombre? No te lo he dicho.

Le confieso que mi amiga Mónica me lo cascó todo a mediodía y que luego vi el cartel.

—Yo no la conozco, pero por las fotos parece muy guapa..., normal que...

—Me callo.

—Sí, es muy guapa, además de simpática.

—¿Ibais a quedar más veces? —No sé por qué he dicho esto, ¡qué vergüenza!

—No. Fue algo de una noche... No estoy para relaciones y menos con un ligue de discoteca.

—¡Ah! Perdona la preguntita, no sé por qué la he hecho.

—Después de lo de hoy te mereces todas las respuestas que precisas. No te preocupes. Además, me gusta hablar contigo. Me devuelves al Rubén de antes.

—¿A cuál? —Me puede la incógnita.

—Al que era feliz...

¡Vaya! Ahora sí que me ha dejado patidifusa, *patimuerta*, *patiextasiada* y patinando de un gozo que no cabe en ningún pozo.

—A mí también me gusta hablar contigo. —Me sincero—. Siento que puedo confiar en ti, que eres alguien de fiar, a pesar de... —¡Ahh! ¡Que la lío! Espero que no haya oído esto último.

—¿A pesar de qué? —¡Vaya por Dios! Pues nada, a ser sincera...

—A pesar de ser tan atractivo. —Abochornada es poco.

—Ja, ja, ja... —Claro, se carcajea. No es para menos—. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho, tiene mucho que ver. Generalmente me corto. Soy un poco tímida cuando estoy con hombres como tú. Esa es la verdad. ¿Sueno a panoli, verdad?

Dejo de escuchar su risa y veo cómo escurre su trasero para acercarse a mí. Suelto los palillos antes de tirar algo más al suelo. Soy el objeto de toda su atención. Su mirada, su media sonrisa, su mano que lleva a mi boca para silenciarla y después introduce un mechón de mi pelo tras mi oreja. Y aunque podría estar tiritando, y lo estoy por dentro, no puedo dejar de mirarlo. No me ha pasado nada tan bonito en mi vida. Nada. Lo que me hace sentir este hombre es de lo más especial. Siento que crezco en mi pequeñez, cada poro de mi piel alerta, todo mi cuerpo cobra sentido y despierta del letargo en el que estaba inmerso, por eso no aparto la mirada, no quiero perderme nada de él.

—Tú no eres una panoli, ¿me oyes?

Afirmo tan nerviosa que dudo de que realmente esté afirmando.

—Eres un poco bicho raro, no te lo negaré, pero yo también. Todos lo somos. El caso es que tus rarezas y las mías parecen encajar, de ahí que estemos tan cómodos juntos. Y respecto a mi físico, tú no tienes nada que envidiarme. Eres bonita, Elda, y no dejes que nadie te convenza de lo contrario.

—Gracias —susurro. Sus palabras le han ido acercando a mí y está a escasos centímetros. Puedo oler su aroma, que como sospechaba es suave y fresco, también alcanzo a sentir el calor que desprende su piel. Ahora sí, me puede la presión y cierro los ojos. ¡Por favor! ¡Que se congele este momento ya mismo para quedarme así para siempre! Percibo el tacto de sus dedos en mi piel..., ¿en mi ojo? ¿Ehh? ¿Qué hace su uña en mi lagrimal? ¿Me va a dar un beso mariposa?

—Dicho esto, he de añadir —advierdo cómo se aleja de mí y yo despierto colapsada— que tú y yo solo vamos a ser amigos, ¿verdad?

Mi atónito silencio le hace explicar:

—Es que tenías una legañita...

¡¡Tierrita trágame enterita!! Esta es la cobra más bochornosa de la historia de las cobras. Chenoa, guapa, te acabo de quitar el reinado. ¡Qué vergüenza, por favor! ¡Me ha quitado una legaña! ¡Cómo debía de ser para que se haya atrevido a retirármela! Seguro que ha dicho «legañita» por no decir: «Es que tenías un legañón como un melón». ¿Se pensará que no me lavo la cara? ¿Creerá que voy más sucia que cualquier guerrero de *Juego de tronos*? ¿A quién le han quitado una legaña? A nadie, seguro que a nadie. ¡Ay, Dios mío! ¿Cómo salgo de esta? ¡¡Orgullo, deja de excavar el subsuelo cual gusano arrastrado y sube ahora mismo que te necesito!!

En respuesta solo logro alzar mis hombros. Era eso o llorar desconsolada, porque además del tema legaña no hay que obviar que ha dicho que solo vamos a ser amigos. Intento con todas las fuerzas que me sobran (el groso está intentando contener las humilladas lágrimas) poner cara de profunda aceptación.

—No es mi mejor momento y no quiero arrastrar a nadie conmigo. ¿Me entiendes? —me pregunta porque se ve que mi gesto no ha quedado como pretendía y más bien debo parecerme a Nicole Kidman comiendo wasabi.

—Sí, sí, claro. Tú y yo solo somos amigos... Fíjate, me has quitado una legaña y todo... —¡Nooooo! ¿Por qué he vuelto a sacar el tema? ¡¡Orgullo, que te he dicho que subas!!

—Mejor así, Elda. Hazme caso.

Rubén se recoloca después de nuestro momento... diríamos que pseudointenso y continuamos con la cena más *serpentil* de la historia.

## Capítulo 9

### Rubén

ANA. 40 AÑOS. LUGO.  
ASESINADA DE UN TIRO DELANTE DE SUS HIJOS.

Debe de rozar la ilegalidad, pero me fio de ella. Elda es una tumba. Lo sé. Además es de la zona y me sirve de ayuda. Tras un momento en el que la tensión sexual, por lo menos por mi parte, se ha apoderado del ambiente, pero lo he resuelto dejando las cosas claras (aunque admito que lo de la legaña ha sobrado, pero es lo único que se me ha ocurrido), hemos acabado hablando del caso.

El padre de Elda era policía y está acostumbrada a tratar sobre estos temas. Además, ha reconocido que le encanta la novela negra, escribirla y leerla, y, aunque nunca ha publicado nada, dice haber investigado mucho sobre ello. No conoce a Julieta, pero sí a Alejo, su exnovio. Causalidades de la vida, es el hijo de los dueños de la cafetería en la que trabaja. Al describirlo ha usado términos como «irresponsable, sin perspectivas, vago, juerguista», ¡vamos, una joyita de hijo! Y ha recordado que más de un fin de semana sus padres entraban en la cafetería preocupados por que su hijo no había llegado a casa, cuando no los escuchaba discutir porque les pedía dinero un día sí y otro también. Siempre le ha parecido un golfo de cuidado e incluso ha insinuado que alguna vez intentó seducirla a ella. Por lo poco que la conozco, él anda más que despistado, Elda jamás se fijaría en un *ninirracho* así.

Le he desvelado la escasez de lo sonsacado en su interrogatorio, gracias a un abnegado abogado que apenas le dejó hablar. Cual cobarde, Alejo se escondió tras él y solo alegó haber estado en el *gym* durante la tarde y en su casa, en la que vive solo, por la noche. No es una gran coartada, pero no por ello va a ser culpable...

Lo que sí sabemos es que Julieta pasó la tarde en el gimnasio y salió sobre las ocho y media. Un compañero lo ha comprobado. El local posee un sistema de fichaje con huella dactilar que te informa de la hora de entrada y salida de los clientes. Mañana podremos ver las imágenes de las cámaras de vídeo del local y buscar alguna otra, aunque es complicado que haya alguna más. Si no me

equivoco, tuvo que cruzar un parque y un descampado, con lo cual parece difícil que algún sistema la grabase, pero nunca se sabe.

Hoy no me ha dado tiempo a correr, así que cuando llego a casa Blanqui me espera sonriente y descansada, con toda la energía que la caracteriza, deseando pisar calle. Decido llevármela a dar un paseo nocturno por la playa y así pienso en todo lo sucedido en el día. He estado cerca de perder el caso por conocer a la víctima de forma íntima. Lo he podido solventar, pero no me ha hecho mucha gracia contar mi vida sexual en la comisaría, las cosas como son. Y, aunque intento separarlo, realmente estoy preocupado por ella. No puedo ni imaginar que algo grave le haya sucedido. Es tan joven y tenía tantos planes... Pero ¿dónde está?, ¿por qué no da señales de vida?

No se ve a nadie por la playa, así que me arriesgo a soltarla. Blanqui es muy de saludar a todo bicho viviente, humano o no, y no a todo el mundo ha de gustarle, pero reconozco que verla correr libre con su colita feliz mirando al cielo es de lo más gratificante. En el fondo, le estoy cogiendo cariño, o por lo menos el truco.

Tras más de una hora de libertad canina y saludos a amiguitos, Saruman corría por allí, regreso a casa con la cabeza más despejada. Rafa me ha contado su incidente con Elda en la calle, y en disposición de las dos versiones (Elda también me lo ha confesado), puedo decir que mi amigo es un torpe y que tiene menos habilidad social que un primate. Incluso diría que ella le gusta y es por eso que no da pie con bola cuando está cerca. Es tímido pero de los desagradables. Hay tímidos sonrientes y tímidos que parece que te perdonan la vida. Rafa podría ser el líder de estos últimos, sobre todo cuando se cruza con féminas, y si le gustan todo empeora a niveles vergonzantes.

Agotado de un día de lo más extraño caigo en la cama como un oso deseando invernar.



Regreso de mi paseo matutino con Blanqui para que haga sus necesidades y al llegar a la barandilla de mi casa reparo en algo que antes no había visto, quizás porque mi pequeño cachorro tiraba de mí como un San Bernardo hambriento. Hay un zapato rojo en el suelo. Solo uno. Es un zapato de mujer. Algo que siempre me ha hecho pensar... ¿Qué demonios hace un zapato

abandonado en el suelo? ¿Cómo ha llegado hasta ahí? ¿De qué forma se puede perder solo un zapato? ¿Tan borracho te hallas que no te das cuenta de que vas descalzo? Cosas de la vida... Nos acostumbramos a ver de todo por la acera y ya ni nos lo planteamos. Caminas al lado de vagabundos que ni miras, por no hablar de la de excrementos y basuras que hay que sortear, pero que tu mente no lo hace consciente, forman parte del mobiliario urbano. Pero a mí lo de los zapatos siempre me ha intrigado, lo reconozco.

—¡Hola, majete! —Oigo a Julián a mi espalda.

—¡Buenos días, Julián! —Mi amigo y su perro Lázaro me saludan.

—¿Qué haces ahí parado? ¿No quieres ir a trabajar?

Me río.

—No, estaba mirando el zapato este. —Se lo señalo—. Menudo melocotón debía llevar la propietaria para no darse cuenta de que iba descalza.

—Pues sí... —sonríe—. ¿Qué tal el trabajo? ¿Algo nuevo?

—Sí, por fin. Tenemos un caso... Bueno, si tú la conoces, ¿te acuerdas de la chica que viste el domingo por la mañana aquí, desayunando conmigo?

—Sí, claro, cómo olvidarla. —Me hace un guiño.

—Pues ha desaparecido.

Le resumo a Julián el caso, pero como tengo prisa aplazo la conversación para esta noche. Me gusta hablar con él. Su raciocinio es muy esquemático y práctico y puede servirme de ayuda.

Y sin más, dejo a Blanqui en casa y me preparo para salir y comprar mi desayuno preferido en mi cafetería favorita. Reconozco que me apetece volver a verla. Como amigo.

## Capítulo 10

### Elda

FRANCISCA. 71 AÑOS. VALENCIA.  
ESTRANGULADA Y ACUCHILLADA.

Hay mañanas en las que parece que caen autobuses del cielo y todos los pasajeros quieren desayunar en nuestra cafetería. Hoy es una de ellas. ¿Qué suele suceder esas mañanas? Pues que casualmente has descansado mal por la noche y no tienes el horno para que te pidan tanto bollo. Después de todo un día dedicando mis pensamientos a Rubén, la noche cursó por el mismo derrotero y ¡basta!, ¡ya está bien! Soy una mujer independiente, activa, supuestamente inteligente (a pesar de mis pequeñas deficiencias), que tiene otras muchas cosas en qué pensar, o eso creía hasta hace unos días. Pero hoy me he propuesto, y he avisado a mi fuerza de voluntad para que esté preparada, no pensar más en él y seguir con mi vida. Y lo he visto, sí, pero no me ha dado tiempo a conversar porque ambos teníamos mucha prisa. ¿Qué? ¿No estaba tan atractivo como otros días? No, no es eso. Estaba más, si cabe, pero no puedo perder el sentido por mi vecino el guaperas. ¡Que no! ¡Que me niego!

—Ha regresado tu admirador, el búho enamorado... —Se me acerca Olga, la dueña de la cafetería tendiéndome un capuchino calentito—. Mira que es raro el tipo.

Se refiere a un cliente de unos treinta y cinco años que viene unas dos veces por semana. Se pide un desayuno completo y se sienta en una mesa de espaldas al mostrador, para cada tres segundos mover su cabeza, a partir de un cortísimo cuello, y mirarnos con unos ojos grandes como los de los dibujos japoneses, que te hacen intimidar. A la hora se marcha, pero antes se acerca para dejarnos agradecidas propinas en el bote y sin decir «adiós» lo vemos desaparecer. A Olga le ha dado por decir que es mi admirador, pero realmente nos mira a las dos. Resulta un tanto incómodo, quizás por su apariencia tímida patológica, su gesto adusto como un inspector de Hacienda y su silencio constante. Olga asegura que no es feo, que de cara no está mal, yo tampoco lo creo, pero no me convence, hay algo en él... Siempre que lo atiendo intento ser amable para sonsacarle



alguna sonrisa y lo único que consigo es el pedido y un tímido y casi inaudible «gracias».

Pero hoy, después de toda la marabunta de clientes superada y con la felicidad renovada por mi reciente amistad con mi vecino, me armo de coraje para acercarme a él. Además, quiero alegrarle el día a Olga; con lo de su hijo Alejo la preocupación y las ojeras se han asentado en su dulce rostro.

—Verás tú... —le digo a Olga antes de salir del mostrador y, como respuestas, sus ojos se agrandan a juego con una sonrisa pícara.

—¡Vamos, valiente! —Me anima ella entre risitas.

Camino despacio pero decidida hacia la mesa del búho. Me da la espalda, pero justo cuando voy a llegar él ejecuta su particular movimiento nugal y disparo ante sus extraños ojos:

—¡Buenos días! ¡Vaya mañanita hemos tenido! No te hemos podido atender en condiciones. ¿Necesitas algo más? —suelto a carrerilla.

—No, gracias. —Todo él desprende bochorno.

—Acabamos de hornear un bizcocho que está para que te dé algo, ¿quieres probarlo? —Muestro mi mejor sonrisa ensayada.

—No, gracias. —Se levanta de golpe mirando al suelo como si la silla le diera calambrazos—. Yo... ya me iba.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué lástima!

—Sí, sí... —emite mientras recoge su bandolera—. Otro día, mejor.

—Vale. Otro día —le contesto a su espalda porque ya ha huido y está a un metro de mí.

Cuando desaparece por la puerta y miro a Olga la encuentro partiéndose de risa. Lo que quería.

—¿Pero qué le has dicho que ni nos ha dejado propina? ¡Pobre!

—¿Has visto lo que provoco en los hombres, Olga? —le pregunto cuando regreso al mostrador y miro hacia la puerta—. Huyen como los top manta cuando ven a un policía. No me voy a casar nunca.

—Hablando de policías... ¿Qué tal? Ya te he visto parlotando con el nuevo, ese morenazo que viene todas las mañanas. Ayer, cuando esperábamos a Alejo lo encontré por allí.

—Es mi vecino.

—Pues es muy guapo tu vecino. Te lo digo por si no te habías dado cuenta,

con eso de que no te fías de tu radar... Y otra cosa para señalar es que es funcionario, trabajo fijo.

—No es para mí, es decir, yo no soy para él.

—¡Lo dirás tú! —Me empuja—. ¿Por qué te subestimas tanto, Elda? Ese joven no es mejor que tú, nadie es mejor que tú. Hazme caso.

—Si tú lo dices...

—Aunque he de contarte que ayer hablé con él en la comisaría. Es el inspector de la desaparición de Julieta y fue muy amable con nosotros. Nos relajó lo que nos dijo. Su padre y yo íbamos como flanes cuando nos enteramos de que habían llamado a Alejo, pero él se tomó la molestia de salir a hablar con nosotros e informarnos de que no era nada más que una entrevista para averiguar algo sobre Julieta, y que Alejo no estaba detenido.

—¡Qué majo! —Se me cae la baba, y no es por el olor del hojaldre que acaba de salir del horno ahora mismo.

—Al principio no caí, sabía que me sonaba de algo, pero luego lo recordé. Es el chico que viene todas las mañanas y hace que te pongas más roja que el emoticono cabreado.

—¡No exageres! —Miento, descaradamente, y sé que no me cree.

—¡Ay, Elda! ¿Qué voy a hacer contigo?

Como ella ha sacado el tema decido preguntarle:

—¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal Alejo? —Me acerco para acariciarle un hombro.

—Rara, cansada, cabreada, preocupada... y bloqueada. Sobre todo bloqueada.

—Normal.

—Estoy preocupada por Julieta, la quiero mucho y solo de pensar que le ha podido suceder algo..., pero sé que mi hijo no le ha hecho nada. Es un cabeza hueca, no hay quien se haga con él, pero mi hijo no... no... —Se le humedecen los ojos y su garganta tiembla. Sabía yo que la anterior actitud aparentemente alegre no era más que una careta.

La abrazo. Olga no se merece pasar por esto. Ella no. Nos vamos a la trastienda para que pueda desahogarse mejor. Por supuesto, no le puedo contar nada de lo que Rubén me detalló ayer, aun así, dudo de que sea eso lo que necesita Olga ahora mismo, ella precisa desahogarse y llorar toda la tensión

acumulada.

—Nunca tengas hijos, Elda..., o sí, pero si los tienes asegúrate de educarlos muy bien —me dice con la voz tomada por la emoción—. Nosotros le hemos dado de todo a Alejo y mira..., pero ¿sabes qué no le dimos? —niego con la cabeza—, nuestro tiempo. Alejo ha vivido a capricho, es nuestro único hijo y nos volcamos en que tuviera de todo, que no le faltara de nada, pero mientras trabajamos en la cafetería de sol a sol y apenas nos veía. No lo hemos educado. Él se ha ido haciendo solo y, en estos casos, o la suerte no lo arregla o acaban con las peores compañías.

—Olga, teníais que trabajar, no has de culparte por ello. Vosotros lo intentasteis hacer lo mejor posible. Además, tu hijo es un poco irresponsable, ¿vale?, pero nada más.

—¡Ufff! Desconoces de la misa la mitad, si yo te contara... Es especialista en darnos disgustos, nos habla fatal, desmerecemos su respeto, según parece. Es duro, es muy duro ver que el niño que esperaste con tanta ilusión, que acunaste en tu vientre, al que le diste de mamar y te necesitaba para sobrevivir ahora te pisa y no le importas nada.

—¿Cómo no le vas a importar, mujer? Solo que está a otras cosas. Eso es porque te tiene. A los hijos nos cuesta mucho sincerarnos con nuestros padres y decirles que los queremos, y cuando se van nos arrepentimos de no habérselo repetido todos los días. —Hablo por mi propia experiencia.

—A veces creo que Alejo no es capaz de querer a nadie en condiciones. Es tan egoísta..., y al minuto me arrepiento de pensar así de mi hijo. Ni te imaginas lo duro que es dudar del que fue tu pequeño.

—¿Pero tú antes dijiste que estás segura de que no le ha hecho nada a su exnovia? —le recuerdo.

—Sí, lo he dicho, pero en ocasiones me nublo, recuerdo las que nos ha montado en casa en alguna ocasión... y opino que quizás... —Se lleva una mano a la boca para autointerrumpirse—. No quiero ni pensarlo, Elda. Creo que me moriría. De momento, ya su padre se empeñó en que fuera con un abogado que, por supuesto, corre de nuestra cuenta. Yo no estaba de acuerdo, pero parece que ahora mi opinión no es importante.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre hemos discutido mucho por Alejo, nos echamos la culpa

mutuamente, creo que esa es la causa. Pero esto nos supera —afirma arrugando la cara—. Imagínate, ahora en mi casa cada uno rema para una orilla y en silencio. —Se notan sus clases de poesía. Olga tiene una sensibilidad especial—. No nos atrevemos a hablar mucho del tema, parece tabú, porque hay tantos sentimientos contradictorios... Es que como le haya hecho algo...

—Ya, te entiendo.

—No se lo perdonaría jamás. Y no sé cómo se puede vivir así.

Las lágrimas han abierto la veda y ya corren a raudales por las mejillas de mi jefa.

—Bueno, no nos precipitemos. No se sabe nada de ella. Quizás no le haya pasado nada.

—Julieta nunca desaparecería sin más, Elda. Tú no la conocías, pero era una niña muy responsable y jamás haría pasar a sus padres por esto. No sabes cómo me duele hablar de ella en pasado, pero algo me dice que ya no está entre nosotros.

Me da un vuelco el estómago de puro horror.

# Capítulo 11

## Rubén

SORAYA. 37 AÑOS. ZARAGOZA. ASESINADA A TIROS.

Sin parar en toda la mañana, y eso que es sábado y se suponía que debía librar. Tras la reunión matutina donde resumimos lo recopilado, me entregué en cuerpo y alma a buscar algún posible vídeo de la zona por la que se figuraba que caminó de vuelta Julieta. Como sospechaba, no encontré nada, esto es Murcia no San Francisco. Nos falta que el gimnasio se digne a enviarnos el vídeo de su entrada y salida. Por lo visto, tienen no sé qué problema informático y no consiguen descargarlo. ¿Realmente estamos preparados para tanto ordenador? A veces pienso que nos viene grande esta era digital. A las pruebas me remito: disponen de un magnífico sistema de vigilancia del local y no saben usarlo, vamos con móviles de última generación que nos calculan hasta la grasa corporal, pero luego no nos damos cuenta de que nos llaman porque lo llevamos silenciado (toda una contradicción, si tienes un teléfono es para oírlo, ¿no?).

Citamos a tres amigas de la desaparecida y a su jefa, y las cuatro coincidieron en que algo ha debido de sucederle porque ella nunca se marcharía sin más. Las amigas me mostraron su chat de WhatsApp y el último mensaje que envió Julieta fue sobre las 18.20 informándoles de que iba a entrar a clase de *spinning* a darlo todo porque se había pasado con la comida. No han vuelto a tener noticias suyas.

Les hemos preguntado por su relación con Alejo. Aunque reconocen que fue más que tormentosa y que solo conseguían amargarse la vida mutuamente, ella nunca les confió (y ellas tampoco vieron) ninguna señal de violencia por parte de él. Las discusiones se contaban por minutos porque él salía a todas horas y no terminaba de comprometerse con ella. Rompieron y regresaron más de cuatro veces hasta hace tres meses, la definitiva. Ellas sabían de mi existencia. Una sí me ha reconocido porque la acompañaba ese sábado en el *pub* y, todo hay que decirlo, se le ha quedado la cara a lo «flipa, colega» nada más verme. Pero como no hay nada mejor que ser natural y sincero, le he confirmado

sus sospechas y le he informado de que soy el inspector del caso, pero que he tenido que aclarar dónde estuve el miércoles y, comprobada mi coartada, he quedado libre de toda sospecha, añadiendo que voy a esforzarme más, si cabe, en encontrar su paradero.

Rechazan la posibilidad de la existencia de algún enemigo o enemiga. Niegan con firmeza que Julieta tuviese problemas de dinero, de drogas o deudas con alguien y ninguna conquista por ahí, ni conocen a ningún admirador pesado. A parte de su *affaire* conmigo, no hay nada que resaltar. Su jefa ha adjuntado que la mañana del miércoles Julieta llegó más tarde porque tuvo una prueba médica, pero que después no sucedió nada especial en la escuela y que se despidió como todos los días.

Lo de la gastroscopia ya nos lo contó su madre. Se la hicieron el miércoles a las ocho y media, pero salieron más tarde, sobre las diez, por la sedación. Ella fue la que dejó a Julieta en el trabajo.

Tras estas entrevistas nos habíamos quedado sin ideas. No nos parecía algo personal, así que nos pusimos a buscar posibles violadores y gente fichada que se supiese que rondaban por la zona. Pero todo puede cambiar en un segundo, y así ha sido. Dos compañeros a los que había delegado la comprobación de la coartada de Alejo nos han traído noticias frescas. Un vecino le escuchó salir antes de las nueve de la noche y le oyó regresar muy tarde, con más que probables signos de embriaguez, ya que debió tropezarse por la escalera y lo despertó. (Hay vecinos que parece que están puestos por la policía para estos casos. Se saben, siempre por casualidad, los movimientos de toda su comunidad).

De nuevo hemos citado a Alejo para esta tarde. Antes picaré algo y prepararé el interrogatorio. Suena mi teléfono. Es Aridane. Sonrío y descuelgo.

—¡Hola, inspector! ¡Qué bueno saber de ti! Pensaba que habías muerto tragado por una de esas enormes olas del Mar Menor.

—¡Buenas, inspectora! Cómo se nota que ahora surcas los mares en el yate de tu novio y estás puestísima en mareas.

—Ya ves —reímos. Como cuando un olor te hace recordar un momento concreto, hablar con Aridane me traslada de inmediato a mi añorado pasado, a cuando mi trabajo y mi comisaría lo eran todo para mí y presumía de vida encauzada—. ¿Cómo estás?

—Pues me pillas trabajando en un caso interesante.

—¡Un caso! ¡Por fin! ¡Enhorabuena! —grita exagerada—. ¿Estarás feliz?

—Pues mira, al menos entretenido.

—Cuenta, cuenta... —me ruega.

Y me rindo a sus súplicas y le informo de la desaparición de Julieta, de hasta dónde hemos llegado y de mi nochedita con ella. Aridane y yo hacíamos un gran equipo (y espero alguna vez volverlo a formar) y sé que me puede echar un cable desde Madrid. La verdad es que había pensado llamarla, pero soy un desastre para encontrar momentos para telefonar a la gente. Cuando termino de resumir lo que llevamos de investigación, escucho con atención su opinión.

—¡Ufff! Está difícil, Rubén... Una chica normal, con una vida normal, no está forrada... Entiendo que si te has acostado con ella debe de ser un bombón, tú no te lías con cualquiera. —Aridane siempre se metía con mis conquistas siliconadas—. Yo te diría que no descartéis la violación o la agresión.

—Ya, en eso estábamos, hasta que hemos descubierto que Alejo nos ha mentido en su coartada.

—Sí, pero no tenéis pruebas de ello. Es solo un vecino que lo oyó, quizás no confiese nada.

—Bueno, ya le liaremos para que se crea que está pillado. Me aprovecharé del factor sorpresa y actuaré como si fuera una prueba más que válida.

—Siempre y cuando no esté su abogado. La gente ya se las sabe todas, Rubén, están hartos de series.

—Eso. Me las apañaré. Yo creo que confía en mí. Cuando lo he llamado le he dicho que eran solo unas preguntas, restándole importancia. No creo que venga el abogado.

—¡Qué tramposo estás hecho!

—¡Mira quién fue a hablar! ¿Quién tuvo citas a ciegas con los sospechosos de un homicidio y se vestía en plan Mata Hari para seducirlos?

—¿En plan qué? ¡Si iba de lo más normalita!

—¡Venga, hombre! —bromeo—. No había visto tus piernas hasta que investigamos ese caso.

—Ni las volverás a ver.

—¿«A» no consigue feminizarte?

—No, y mira que lo intenta el tío pesado.

Lleva dos años ya con «A» y si ella, la mujer menos enamoradiza con la que me he topado, se ha ennoviado, cualquiera puede. Nosotros solíamos quedar con ellos, me refiero a Fátima y a mí, lo que antes éramos «nosotros»; hace tiempo que ese pronombre se dividió en ella y yo. «A» es medio famoso, por eso lo llamamos así, para no levantar la mirada de curiosos, empezamos en tono broma y así lo hemos dejado. Viene de una familia con mucho dinero y abolengo y a pesar de todos mis prejuicios y de nuestro intrincado comienzo (porque ella se decantó por él en vez de por mí y eso hirió mi intacto orgullo) ahora puedo decir que es un tipo formidable y, sobre todo, hace tan feliz como se merece a Aridane. No han sido fáciles estos años para ellos. Ella pasó del anonimato a ser «la nueva conquista», tuvieron que lidiar con los desplantes de la familia de él, a la que no le hacía ni pizca de gracia que a su heredero se lo relacionara con el proletariado, pero se quieren y se compenentran a la perfección. Él le resta importancia a todo y consigue alegrar la vida de mi suspicaz amiga. La hace reír. Nunca he visto tan radiante a Aridane. Ella es, digamos, de ropa cómoda y él forja una diaria lucha extrema para que se vista más femenina, pero ni el mismísimo Hércules vencería.

—A paciencia no le gana nadie, más tarde o más temprano logrará que uses vestidos.

—No lo quiera Dios. Yo no soy de esas polis televisivas que van con tacones, me parece ridículo. Además, al final creo que le va gustando mis estilo —ríe.

—¿Todo bien? ¿Alguna novedad? —le pregunto. Cada vez que me llama auguro que me va a invitar a su boda.

—Pues mira sí, una muy importante. Me imagino que no recordarás que el viernes que viene es tu segundo cumpleaños.

—¡Ah! ¿Sí? —Efectivamente, lo había olvidado. Se refiere a cuando sufrí el accidente y me salvé por los pelos. Cuando estaba en Madrid lo celebrábamos juntos.

—¡Me lo temía! ¡Se te había olvidado!

—Ya me conoces...

—Pues resulta que tengo unos días libres, «A» también, y vamos a ir a verte y a celebrarlo. El viernes estamos allí.

—¿Sí?



—¿Te va bien, no?

—Sí, claro. Genial. —La verdad es que cualquier visita me saca de la monotonía.

—Pues avisa a todos tus amigos porque el viernes hay barbacoa y barra libre en tu casa. «A» paga.

Nos reímos. Lo que a nosotros nos supone un gasto porque tenemos menos dinero que un tío bañándose, a él le resbala por la perilla. Tras varias broncas para ver quién pagaba las cuentas de nuestras salidas él acabó convenciéndonos de que era absurdo que discutiéramos por eso, cuando a él le sobraban los ahorros. «La vida está para vivirla, no nos compliquemos la existencia con orgullos absurdos. Seamos prácticos». Ese es su lema. Cierto es que a veces lo sorprendemos y que en su cumple tiramos la casa por la ventana para devolverle tanta invitación.

—¿A todos mis amigos? ¿Quién te piensas que soy? ¿Mario Vaquerizo? — le respondo irónico.

—Bueno, tú avisa a quien quieras, pero que venga gente, no seas soso.

—Calcula tres o cuatro más y a mi perra, que cuenta como comensal.

La escucho reír. Gastamos alguna broma más antes de despedirnos. Me recuesto en mi silla de despacho apoyando bien la espalda. Sonrío. Me apetece este nuevo plan, retomar la sensación de familiaridad con gente que me conoce y no he de esforzarme en presentarme como me sucede a todas horas aquí. Luego pensaré a quién invitar, pero de momento voy a centrarme en comer algo y preparar la pequeña trampa a Alejo.



Si me hallara en mi casa me desabrocharía el botón del vaquero, los menús caseros que sirven en el restaurante vecino a la comisaría son tan desmesurados que siempre bromeamos con la cocinera; le decimos que nos pone esas bandejas para aletargarnos y así poder delinquir con total placidez en las horas de siesta. Es como ir a la cocina de una madre, nada de congelados, todo fresco, hasta la patatas fritas son caseras, eso ya es mucho, me entran ganas de llorar cada vez que las veo y los mejillones, los mejillones... ¡Ay, los mejillones!

He compartido mesa con Paco. Le he invitado a mi fiesta del viernes, a él y a su prole. Es el compañero con el que mejor me llevo y sé que aunque ya ha

pasado el primer año de horror y estrés con sus gemelos necesita evadirse un poco y quedar con gente que no sepa qué es un arrullo. Todos los que se lanzan a la aventura procreadora cuentan lo mismo: que las conversaciones sobre sus hijos lo monopolizan todo y que hay amigos que se transforman en *supernanis* y te narran, sin omitir detalle alguno, todos los logros de sus vástagos. Por eso, cuando le he dicho que si quería venir a una fiesta en la que nadie más se ha reproducido ha aceptado a la primera.

Nos despedimos de Loli, la cocinera más *empachadera* y entramos en la comisaría. Veo bastante gente para ser esta hora, me extraña. Rafael viene en nuestra búsqueda aclarando que ha habido un accidente y de ahí el lío, y añade que ha llegado Alejo y que ha venido solo.

En principio accederé yo a la entrevista y el resto la verán por cámaras. Aquí no tenemos esas salas de interrogatorios acristaladas tan televisivas como la que había en mi antigua comisaría de Madrid. Mi estrategia es clara. Soy el poli majete. En ningún momento he de hacerle sentir sospechoso, lo he citado para una entrevista, no para un interrogatorio y así he de remarcarlo. Hay muchas técnicas para extraer la información, tantas como sospechosos, pero a mí la que mejor se me da es la de ir de buen rollo, hacerme con su confianza y con paciencia llevarlos por donde quiero.

Me alegra que me hayan hecho caso y me encuentro a Alejo esperándome en una silla de mi despacho. Les pedí a mis compañeros que no le pasaran a la sala para que no se estresara. Voy hacia él y lo saludo con un apretón de manos que aprecio sudorosas; señal de que aunque se lo ve más relajado que ayer no está del todo tranquilo. Es un chico de veinticinco años. Alto, musculado de gimnasio, de esos a los que se les olvida que tienen piernas, y sus cuerpos desequilibrados parecen señales de ceda el paso. Su pelo es rubio oscuro al igual que su barba, y los ojos, un poco juntos y pequeños, le otorgan un rasgo infantiloides. Claro que cuando habla con un acento cerrado y aderezado de macarra de polígono no le echas más de quince años (por lo menos en edad mental). Sé que puede sonar insolente, ¿pero qué hacía Julieta con un tipo así? Seguro que intentar cambiarlo, algo típico en las mujeres. Se enamoran de los malotes para encontrar su lado bueno.

—¡Ufff, qué calor hace aquí! No hay manera de que vengan a arreglar el aire —exclamo intentando sonar creíble porque la frase es de lo más cutre—.

¿Me acompañas mejor a la sala de ayer? Se está más fresquito y hay una máquina de refrescos cerca.

—Sí, claro, macho. —Sí, se lo ha tragado y me ha denominado «macho»; lo tengo en el bote.

Lo conduzco hacia la máquina donde compramos sendas Coca-Cola mientras le voy contando que llevo poco aquí y que este calor húmedo me resulta de lo más pegajoso. Él hace algún comentario pseudogracioso y un pelín forzado, pero considero que ni se imagina la que le va a caer. Accedemos a la sala, que posee por mobiliario un archivo, una mesa rectangular y dos sillas enfrentadas y nos sentamos. Comienzo.

—¿Cómo lo llevas?

—¿El qué? —(Es tonto del culo).

—El cambio climático —le vacilo, pero en seguida prosigo porque su cara de siesta me da a entender que se cree que le pregunto por eso—. No, lo de la desaparición de tu ex.

—¡Ah! ¡Eso! —Muerdo mi lengua mientras aparento sonreír—. Pues no muy bien, macho. Le tengo aprecio y no quiero que le haya pasado nada chungo. Una cosa es que ya no sea mi pava y otra es que esté pasándolas canutas.

—Pero tú que la conoces, ¿crees que ella ha podido huir? ¿Que sea *motu proprio*?

—¿Perdona?

—Por propia iniciativa, perdona. —Me reitero, ¿qué hacía Julieta con este mendrugo?

—¡Ah! No te había entendido. No, ni de coña, ella nunca haría algo así.

—¿Y qué crees que le ha podido suceder?

—Ni idea..., eso es lo que me preocupa, algo malo me temo. —Dibuja cara de pena.

—Eso decís todos los que la conocéis... Me han dicho que esta tarde se ha organizado una batida con los vecinos. ¿Vas a ir?

—Ya, me lo han contado mis padres. No, yo no voy —pronuncia con firmeza...

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo piensa que yo soy el culpable y paso del rollo. No soy tonto. Además, no quiero ni pensar en que fuera yo el que la encontrase y

estuviese en mal estado... ¡Ufff!

—Te entiendo —lo animo.

—La gente me mira raro y se dan codazos a mi paso. O encontraréis al culpable o tendré que irme del pueblo. Esto no hay pavo que lo aguante, tú me entiendes.

—Bueno, se irá pasando. En cierto sentido es normal que piensen que eres tú.

—Ya, si lo pillo. —Se echa para atrás en la silla y da un sorbo a la lata de Coca-Cola—. Yo pensaría lo mismo, pero no le he hecho nada, de verdad. ¿Por qué, macho? Ya no era mi piba. Yo estaba haciendo mi vida por ahí.

—Sí, eso tengo entendido. Ella también. —Enfatizo esto último y dedico mi atención a observar su reacción. Como me temía, levanta la cabeza.

—¿Ella? —No se corta en preguntar.

—Sí, ella también y esto te lo digo a ti, pero no lo comentes por ahí. —Comadreo—. Se sabe que el fin de semana pasó la noche con alguien.

Como sospechaba, su gesto se altera, parece consternado. Levanta las cejas, abre la boca y mueve la cabeza de arriba abajo en plan chulesco. Esta actitud me da a entender que o es muy buen actor o no era conocedor de su lío conmigo.

—Pues qué bien. Me alegro por ella. ¿Y no será ese tío?

—No, tiene una coartada firme. —Obvio decir que soy yo, pero todo indica que él no lo sabía, con lo cual el móvil que se basa en que se enteró y enfermó de celos no encaja, pero puede estar engañándome—. Por cierto, tengo ciertas dudas sobre tu coartada. Lo que nos contaste ayer que hiciste el miércoles.

Nada. No es buen actor. Ha sido decir esto y su pierna derecha ha comenzado a temblaquear en el suelo y se ha bebido media Coca-Cola de un trago.

—¿Sí? Dime... —Y lo del tono de voz es para reírse en su cara. Claro que su garganta se habrá visto obligada a ejercer un esfuerzo sobrenatural por sujetar el gas que le ha debido provocar tal tragazo de bebida carbonatada. Tiene los ojos más abiertos que un dibujo japonés y el cuello más tenso que una columna romana.

—Te cuento: tú nos dijiste que fuiste al gimnasio, y eso lo hemos comprobado, pero luego afirmaste que llegaste a tu casa y no te ausentaste en ningún momento, ¿verdad?

Afirma con la cabeza y aprovecha para ir soltando gas (en silencio, no es tan chabacano).

—Pero tenemos pruebas de que saliste alrededor de las nueve de la noche y regresaste tarde.

—¿Pruebas?

—Sí, gente que te vio salir.

—¡Vaya! —se lamenta, y se acerca a la mesa para apoyar los codos y frotarse la frente en señal de estrés.

—¿Tendrás algo más que decir, no? ¿Quizás se te olvidó?

Alejo vuelve a apoyar la totalidad de su espalda en la silla, se cruza de brazos y gesticula una forma curiosa con los morros, mientras me mira atento. No insisto, espero a que él tome la palabra.

—¿Esto se va a hacer público?

—No te entiendo.

—Digo que si lo que yo diga aquí lo van a saber mis padres.

—En principio no, es cosa tuya.

—Vale —resopla—. Mentí. No estuve toda la noche en casa, me fui a un local de apuestas deportivas. No quería que mis padres lo supieran.

—¿Por ?

—Porque son unos pesados con esas cosas. Yo no tengo ningún problema con el juego, pero últimamente se me han dado un poco mal las apuestas y debo algo de pasta, tú me entiendes. —No le objeto a su segundo «tú me entiendes» porque voy de bueno, pero que este tuercebotas suponga que yo he de entender de líos de apuestas me calienta más que un sangriento capítulo de *Narcos*.

—¿A quién?

—¿Es necesario que te lo diga, macho?

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Bastante.

—Alejo... —le insto en plan padre.

—Unos veinte mil pavos.

—¡Joer, pues sí que se te han dado mal!

—Es que se me va la cabeza. Me vuelvo un poco loco cuando apuesto. —  
¡Menos mal que no tiene ningún problema con el juego!

—¿Me dices a quién le debes veinte mil euros?

—Sí, claro, ya puestos... Aquí todas las casas deportivas y todas las timbas de póquer las organiza el mismo, Chin Kun o sus socios, pero él en definitiva.

—¿Y cómo se las gasta Chin Kun?

—Pues mal, bastante mal..., imagínate.

No puedo creer la vuelta que acaba de dar la investigación. De todas formas hemos de comprobar que realmente Alejo pasó la media noche donde dice ahora, pero si es así quizás la desaparición de Julieta sea un ajuste de cuentas.

—¿Te ha amenazado?

—No hace falta que me amenace, ya sé yo que tengo que pagarle.

—¿Crees que ha podido dañar a Julieta para presionarte?

Su rostro aumenta tres tonos en rojo y una fina capa de sudor le hace brillar como una sandía.

—No, no..., no creo. No lo había pensado —carraspea—, pero no, ¿qué tiene que ver ella? Aunque... —Se calla.

—¿Qué? ¿Aunque qué? Alejo, es muy importante que nos cuentes, no es momento de guardarse nada, quizás esta sea la clave.

—Que conocen a Julieta. Acudió varias veces a apartarme de allí, incluso una vez en una timba se presentó para sacarme a rastras y Chin Kun justo pasaba por allí.

—¿Se fijó en ella?

—Claro, ¿y quién no? Julieta es un bombón. Me dijo: «Vete con esta bella mujer, no pierdas más el tiempo aquí» y después se dirigió a ella con algo como: «Si te cansas de salir con perdedores no dudes en buscarme».

—¿Ella dijo algo?

—No, qué va... Nos fuimos. A los días de aquello lo dejamos.

—¿Y desde cuándo le debes tanto dinero?

—Más de un mes... Pero se lo devolveré.

—Ya me dirás cómo, pero bueno no es asunto mío. ¿Algo más que añadir, Alejo? Si me estás contando alguna mentira más, la próxima vez esta entrevista no será tan amistosa. —Me pongo serio.

—No, no ¿qué más quieres, chaval? —Yo matándome a estudiar para que este memo me llame «macho», «chaval», ¡manda narices!—. Te lo he contado todo, te lo juro.

—Perfecto. Pues muy bien. Estamos en contacto. Quizás te requiramos en

más ocasiones. Debes estar localizado en todo momento. No lo olvides.

—Sí, sí..., pero ¿soy sospechoso?

—Si se confirma tu coartada, en principio no.

—Yo no he sido, yo nunca haría daño a nadie y menos a ella. Julieta ha hecho mucho por mí y yo no supe estar a la altura, es una gran tía.

¿Le creo? Puede que sí.

—Una última pregunta: ¿cuándo es la última vez que te viste con ella?

—¡Ufff! Pues no sé, chaval, hace bastantes días, tenía que recoger cosas de casa, ya sabes, de la ruptura. —Por desgracia, eso sí lo sé.

Me despido de él con prisa. Envío a dos compañeros a la casa de apuestas deportivas para que confirme el paso de Alejo por allí, y Paco y yo nos concentramos en encontrar al tal Chin Kun. Esto empieza a tomar color.

## Capítulo 12

### Elda

VICTORIA. 19 AÑOS. MALLORCA. ASFIXIADA.

¡No me lo puedo creer! ¡Justo hoy! El día que más tarde salgo de la cafetería se me rompe el coche. Me he quedado en el turno de tarde porque mis jefes querían participar en la batida que se ha organizado para buscar a Julieta y cuando, cansada como un maratoniano esporádico, soñaba con ir directa a mi hogar a descansar mis piernas exhaustas en el sillón, la tartana a la que llamo «coche» ha optado por jorobarme los planes. ¡Maldita!

A perro flaco... Espero que no se me haya roto del todo porque a este coche le tengo especial cariño, llevo ya más de seis años con él y juntos hemos hecho grandes cosas: viajar a Cantabria con mis amigas, a Madrid sola, incluso una vez salvó la vida de un vagabundo que estaba casi en coma en la calle y lo llevé al hospital; los médicos me dijeron que hubiera muerto en minutos si no llego a decidirme. La buena obra se saldó con cien euros de escrupulosa limpieza de los asientos porque vomitó en la parte de atrás, pero el saber que has salvado una vida bien mereció los gastos.

He llamado a mi seguro y me han asegurado (valga la redundancia, ahora toca creérmela) que en un tiempo prudencial (la prudencia es un concepto bastante voluble) me enviarán una grúa para llevar mi coche al taller. A esperar toca. «Fumando espero, al hombre que yo quiero...». Sentadita en un banco. Llevo ya media hora y lo que me queda. Son las ocho y media de la noche de un sábado en el que calculo que casi todo el mundo estará preparándose para salir a cenar y no recordando a Sara Montiel para que una grúa se digne a aparecer. ¡Qué vida esta! ¡Cómo echo de menos a mis padres! En momentos así, cuando me sucedían cosas inesperadas siempre los llamaba y ellos se presentaban para ayudarme, aunque fueran tonterías. La muerte me los ha arrebatado y ahora soy yo la que tiene que cargar con todo; puede parecer que no es mucho, pero cualquier bicho de este mundo necesita ayuda en un momento dado y yo ahora me siento más sola que nunca. Es lo que tiene haberme quedado huérfana. Se me



humedecen los ojos..., ¡lo que faltaba! Me voy a echar a llorar aquí mismo. Es otra de mis deficiencias, no dispongo de autocontrol lagrimal. Cuando la emoción llega a mis ojos no hay forma humana de frenar mis lágrimas, van por libre. ¡Oh, oh! Ya he abierto la veda, noto humedad en mis mejillas.

—¿Qué haces ahí plantada? ¿Dando de comer a las palomas? —¡Vaya! Rubén, el guapísimo Rubén. Ha aparcado el coche al lado del mío y me ha pillado in fraganti.

—Se me ha roto el coche. Estoy esperando a la grúa —le respondo enjugándome las lágrimas.

—¿Pero funcionaba antes? ¡Vaya coche! He visto carritos de bebés mejores que esto. —Sonríe mientras se acerca al banco para sentarse a mi lado. Lleva una mano a mi espalda para acariciarme y quizás sea porque estoy afectada y ya no distingo sensaciones, pero esto provoca que mis lagrimales se inunden y salten ríos salados a mis piernas. ¡Qué bochorno!

—Perdona si te he ofendido, soy un torpe y un desconsiderado. —¡No! ¿Por qué? Ahora la mano que tenía libre la ha depositado en mi pierna y la desliza suavemente, en un gesto fraternal, pero he de estar salida perdida porque me arde todo el cuerpo, y ¿qué provoca esto? pues otro mar de lágrimas. De pequeña tendrían que haberme comprado un casco porque estas anomalías deben de ser de tanta caída de cabeza.

—No, no es eso. —Sollozo con más vergüenza que pena.

—Tranquila, relájate. Estoy aquí contigo, tú llora.

¡La frasecita mágica! Pues nada me voy a deshinchar como una perla de baño.

Respiro hondo o al menos lo intento. Respiro... Poco a poco.

—¿Fue un regalo de tus padres? ¿El primer coche de tus abuelos? Explícamelo y así lloro yo también.

Consigue su cometido, hacerme reír y frenar a esta marabunta de pena que me ahogaba. Y ¿qué pasa?, pues que ahora me troncho de risa y él me mira de reojo con gesto aparentemente preocupado porque debo de ser el espécimen más raro que se ha cruzado en vida, algo así como la que cantaba: «No cambié, no cambié, no cambié...».

Y ahora no puedo parar de reír. Lo dicho, un casquito a tiempo...

—¡Mira que eres rarita! Pero te prefiero riendo, desde luego.

—¡Ay, perdona, Rubén! —logro frenarme—, te prometo que no estoy loca.

—Ya, eso dicen todos los que lo están... No me tranquiliza. —bromea.

Llevo una mano a su boca para callarle.

—No digas más tonterías o me volveré a echar a reír y ya has visto que soy un fracaso inhibiendo emociones.

Asiente con la cabeza.

—No lloraba por mi coche, ya ves tú, es una tartana, aunque le he cogido cierto cariño, lloraba porque en momentos así me acuerdo de mis padres y me siento más sola que la una.

—¡Vaya! —consigue zafarse de mi mano—, y encima viene tu vecino el gracioso a hurgar en la herida.

—Mi vecino es muy gracioso, sí.

—Eso decían...

—Pero no ha hurgado en la herida, ya estaba abierta. Al menos me ha hecho compañía.

—Y te hará, porque tú no estás más sola que la una. Me tienes a mí, Elda. ¿Va?

—Te acabo de conocer, Rubén...

—Y yo a ti. Pero seremos grandes amigos, te lo dije el otro día.

—¿Eres adivino?

—¡Qué más quisiera yo! Pero tengo unos añitos ya para saber cuándo conecto con alguien. Y si tú no me dices lo contrario entre nosotros fluye el buen rollo, ¿mentira?

—Verdad —le sonrío mirándole a los ojos (perdón, ojazos, grandes como soles).

—Pues eso. A partir de hoy que no me entere yo de que te sientes sola, tienes a tu hermana, a tus amigas y a mí.

—Te olvidas de Blanqui, tu perra me adora.

—Cierto, más que a mí. ¿La quieres? —Me tiende una mano para ofrecérmela. Reímos. ¡Cómo puede ser alguien tan majo y a la vez tan guapo! En teoría (la mía), los guapos son chulos y bordes.

—Sufro de labilidad emocional no diagnosticada, paso del berrinche a la carcajada en menos que canta Bustamante, como has podido observar —sonríe—. Además, cuando me entran ganas de llorar no puedo frenarme, me es

imposible.

—Bueno, pues mira, eso que te llevas, yo no soy capaz de llorar nunca y sé que a veces me vendría bien para desahogarme, pero no me sale.

—¡Mira qué distintos!

—Pues sí... ¿Por qué has salido tan tarde hoy de la cafetería? —Cambia de tercio porque se había instaurado una energía entre nuestras miradas algo extraña e íntima—. ¿No trabajabas en turno de mañana?

Le cuento lo de la batida para buscar a Julieta. Y, de paso, lo mal que está llevando Olga, mi jefa, las sospechas sobre su hijo Alejo. Al relatarme, como hizo ayer, lo que ha investigado hoy y que las hipótesis ahora se lanzan sobre un chino al que debe dinero Alejo, le prometo discreción total. Me siento como ese típico personaje de serie de polis que ayuda al FBI; si hay una nube de ellos: *Lucifer, El mentalista, Castle, Ladrón de guante blanco...*

Y viene la grúa. ¡Por fin! Rubén los ayuda y en diez minutos me siento en el asiento de copiloto de su coche para ir a nuestros respectivos chalets.

En el camino ponemos la radio y vamos cantando los temas que suenan. Los dos preferimos la música en español y coincidimos en bastantes grupos. No me puedo creer que converse tan relajada con el hombre que más me ha gustado en la vida.

Aparca en su puerta y se oye a su perra ladrar de la emoción.

—Te esperan como agua de mayo.

—Alguien tiene hambre... Esa no me quiere más que por la comida, te lo digo yo. Por cierto, te invitaría a cenar, pero he quedado con un amigo.

—No pasa nada.

—¿A qué hora irás mañana a trabajar?

—A las ocho —le respondo, cansada de pensar en el madrugón.

—Vale, pues espérame que te llevo.

—No hace falta, Rubén —le digo mientras atiendo cómo mira su móvil por un mensaje que le acaba de llegar.

—Es una foto de Julieta al salir del gimnasio, ¡por fin han arreglado el programa! —Me la enseña.

—Es muy joven... Espero que no le haya pasado nada —declaro impactada por ver su imagen.

Rubén la estudia atentamente.

—Lleva la ropa que nos dijeron, aunque..., espera un momento, ¡no jodas!  
—Sus ojos se han abierto de par en par y observo cómo acerca el *zoom* de la foto. Me sitúo a su lado para ver qué le ha llamado tanto la atención. Está enfocando a sus zapatos. Unas bailarinas rojas con un pompón de cuerdas en la puntera.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—¡La leche! Juraría que he visto este zapato esta mañana tirado aquí, en mi puerta.

—¿Cómo? —exclamo.

—Sí, había un zapato en mi acera como este. Además, lo vi con mi amigo Julián.

—¿Hablando de mí? —Escucho a mi espalda la voz temblona de un hombre—. ¿Dónde estabas? ¿Se te ha olvidado que habíamos quedado? He pasado antes.

—¡Hola, Julián! Te presento a Elda —le contesta Rubén.

—¡Ah! Ya entiendo..., perdona, ¿mejor quedamos otro día? —Desde aquí leo sus pensamientos, se cree que soy un ligue. Es un hombre mayor. Cuando me dijo que había quedado con un amigo me imaginé alguien más joven e incluso con pechos, no un jubilado con voz *parkinsoniana*. Se le ve cara de buena persona, a él sí, no como al memo de Rafa.

—¡No, no! A Elda se le ha roto el coche y la he traído. Vive por aquí, nuestra cena sigue en pie. Vas a alucinar con lo que te tengo que contar. Espera, voy a llamar a un compañero que está de guardia para informarle. Elda, ¿te quieres quedar a cenar?

—No, gracias, tengo cosas que hacer. Yo os dejo. Encantada Julián. —Le doy dos besos y me despido.

—Mañana a las ocho te llamo, ni se te ocurra ir sola, ¿vale? —me pregunta Rubén mientras espera que le descuelgan el teléfono.

Asiento. Puedo parecer un ser dependiente y aprovechado, pero es que he de consumir todos los ratitos que me regala este hombre y no se me ocurre mejor motivación al despertar que saber que lo voy a ver. Será una ración de chocolate extra.

# Capítulo 13

## Rubén

SILVIA. 35 AÑOS. GIJÓN. ACUCHILLADA.

Las tres de la mañana. Caigo en mi cama rendido. Se me ha complicado el descanso, pero mi mente no podía parar. Cuando me he dado cuenta de la concordancia de los zapatos y se lo iba contando a Julián (y él coincidía conmigo en que sí parecía el mismo), una cascada de hipótesis se ha adueñado de mi pensamiento y en vez de cenar nos hemos dedicado a buscar el zapato por todos los sitios. He despertado a medio pueblo, la ocasión lo requería.

He tenido que contactar con el encargado de la empresa de recogida de residuos, que se ha acordado de toda mi familia, y él ha avisado a la estación de referencia de residuos urbanos que está en Los Alcázares para que nos permitieran entrar con algún ayudante a buscar el zapatito, porque justo hoy han recogido y no estaba en ninguna basura cercana. ¿Cómo lo sé? Porque he metido la cabeza..., y no quiero hacer más comentarios. Menos mal que los dividen por zonas y la basura de hoy todavía no estaba mezclada con el resto.

¿Ha aparecido el zapato?

*Habemus* zapato rojo. Gracias al cielo. Nunca me he alegrado tanto al ver un pompón. Julián y yo nos hemos abrazado de la emoción. Es un gran tipo, otro se hubiese escaqueado, pero él me ha acompañado en todo momento. Empieza a parecerse al mejor amigo de por aquí y es un poco paradójico porque me saca treinta años, mínimo.

Ahora, después de una duchita (de las más deseables de mi vida) y tumbado en mi cama, caigo en un profundo y más que merecido sueño.



—Se te ve fatal, las cosas como son. —Me reconoce mi copiloto, Elda, cuando le cuento mi aventura nocturna entre residuos.

—Normal, y encima he tenido mogollón de pesadillas.

—No es para menos, si llego yo a meter la cabeza en los contenedores no

habría dormido en un mes.

—¡Ufff! Calla, calla, hay momentos en la vida que es mejor olvidar de raíz. Pero eso ya pasó, ahora lo que me tiene preocupado es qué narices hacía el posible zapato de Julieta frente a mi casa.

—Ya..., es tremendamente extraño, pero no puede ser casualidad.

—No, yo tampoco lo creo, como tampoco creo haya huellas.

—Sería idiota perdido..., o quiere que lo pillas. Nunca se sabe.

—¡Ay, Elda! ¡Qué confuso es todo! Falta confirmar que ese era su zapato, pero si lo era... esto se complica.

—Pues sí.

—Cambiano de tema. El viernes no hagas planes. Te invito a una fiesta en mi casa.

—¿Y qué celebras? —Me mira intrigada.

—Mi otro cumpleaños. Sufrí un accidente hace años y casi pierdo la vida. A mis amigos les encanta celebrarlo, vienen de Madrid, haremos una barbacoa, plan tranquilo, no te vayas a pensar...

La miro. Da pequeños golpecitos en el bolso que tiene apoyado en sus piernas. Entiendo que acudir a una fiesta en la que no conoces a nadie es un plan intimidante.

—Vale, creo que puedo. —He de añadir que me he alegrado bastante—. ¿Estará tu amigo el rarito?

—¿Rafa?

—Sí, ese. Es que ya sabes que no es que nos llevemos demasiado bien.

—Sí, vendrá, pero no te preocupes. Es un tanto original, pero a medida que lo conoces, le pillas el punto. A mi hermana también le sucedió y ahora hasta se ríe con él.

—No me veo yo..., pero bueno. ¿Estará tu hermana?

—No, ella vendrá la siguiente semana.

—Desde luego, no te puedes quejar, tienes más visitas que el papa.

—La verdad es que no.

Llegamos a la cafetería. Aparco y salimos.

—¡Muchas gracias, vecino! —me sonrío.

—De nada, vecina. Gracias a ti por aceptar mi invitación. Me apetece mucho que vengas —manifiesto en un amago sincero e involuntario—. Si

necesitas que te lleve luego al taller me lo dices. Ya tienes mi teléfono. Por cierto, ¿abre hoy?

—Sí, abre todos los días del año. Gracias, pero no creo que te moleste. Tú debes centrarte hoy en lo tuyo, que bastante tienes.

—Bueno, pequeña, como tú quieras..., pero si me necesitas llámame —le respondo.

Elda se acerca a mí y sin esperármelo se aúpa para darme un beso en la mejilla.

—Gracias, eres un amor. —Y se gira y se adentra en la cafetería mientras yo me quedo ahí plantado, alucinado porque un simple beso en la mejilla me haya impactado más que muchos en zonas infinitamente más erógenas. Soy un blandito con todo lo que se refiere a esta chica, quizás porque siento que he de protegerla, me inspira tanta ternura...

Conclusión mientras camino a la comisaría: Elda provoca en mí contradicción. Digo que solo quiero ser su amigo y no paro de ser yo el que la busca, el que se ofrece para pasar todo el tiempo con ella que pueda y eso quizás ella lo tome de otra manera. He de reiterarle que solo busco su amistad, porque ya se sabe que entre hombres y mujeres cualquier aclaración es poca.



Confirmado. El zapato pertenece a Julieta. Sus padres se han acercado a primera hora de la mañana, un tanto desaminados porque la batida de ayer fue un fracaso, y lo han reconocido por el número y el modelo, puesto que se lo compró con su madre. Ella se ha echado a llorar al verlo. Normal..., no es muy buena señal. La entiendo.

Se ha montado cierto revuelo en la comisaría con el tema. Hay quien piensa que lo dejaron tirado allí para que yo lo viera. Yo. El último chico con el que se acostó Julieta. Y no me parece nada descabellado. Si esa es una de las hipótesis, se abren nuevos caminos de investigación. Dos, para ser más exactos: enemigos míos (exconvictos, gente con sed de venganza por haberlos detenido, etc.), o algún enamorado de Julieta al que su *affaire* conmigo lo ha desequilibrado. Estas teorías tirarían por tierra el ajuste de cuentas por parte de la mafia china porque a ellos ni les voy ni les vengo yo, porque he de añadir que la segunda coartada que nos desveló ayer Alejo ha resultado del todo cierta. Ya hemos comprobado por

las cámaras del local su presencia en el centro de apuestas, y, como se bebió hasta el agua de los floreros, normal que tropezara en la escalera y su vecino lo oyera, lo que no sé es cómo no se mató.

Así es este mundo, hay un día que no sabes ni por dónde tirar y de repente se abren muchas posibilidades y no das abasto. Pero esto me anima más que me agobia, sé que voy a dar con ella, lo que no sé es cuándo, y el tiempo en estos casos es decisivo.

De momento, el famoso Chin Kun acaba de entrar en la comisaría. No ha hecho falta una orden judicial, ha optado por colaborar. Dos compañeros han ido en su búsqueda y ya lo conducen a la sala de interrogatorios. Me dirijo a la máquina de refrescos, tengo esa manía. Siempre que entrevisto a alguien llevo dos bebidas, una para el entrevistado y otra para mí. Cosas de intentar parecer el «poli bueno». Claro, que en este caso no sé qué refresco comprarle porque aquí no venden esos téis fríos que beben los chinos a todas horas. Bueno, ya me las apañaré.



Deslizo sobre la mesa una foto de Julieta para que pueda observarla.

—¿La conoces?

Chin Kun se toma un tiempo para contemplarla y yo me lo tomo para atenderle a él. Sonrisa picarona que quiere venir a decir que la desaparecida es un bombón (por ponerlo en fino), y añadido un detalle, de los más horteras para mi gusto, lleva incrustado un pequeño diamante en un colmillo. Estas muestras de poderío adquisitivo siempre me han consternado.

Chi Kun es un poco más alto que la media de sus compatriotas, delgado, amarillo, pelo negro con peinado normal y un gesto amable, no parece un mafioso de tomo y lomo.

—Yo no *conocel* a esta chica guapa. —Me devuelve la imagen.

—Sí, creo que sí la conoces. Un testigo afirma haberte visto hablando con ella en uno de tus clubs.

Chin Kun observa de nuevo la foto.

—No *conocel* o no *recoldal*. Yo *hablal* con muchas *mujeles* bonitas.

—Necesito que hagas un esfuerzo. Es la exnovia de un cliente tuyo, Alejo. Interpreta que está haciendo memoria y al poco prosigue:



—¡Ya *recoldal!* Muy bonita. Sí, *señol*.  
—Ha desaparecido hace unos días.  
—Yo *sentil* mucho —responde inmediatamente.  
—Alejo te debe dinero. Lo sabemos.  
—Y yo. Soy un *hombre* de negocios. *Pelo* yo no *entendel* qué *hacel* aquí yo.  
—Me mira a los ojos fijamente.  
—Pues yo te lo explico... ¿Estás seguro de que no has visto a esta chica más veces? Quizás hayas querido cobrarte la deuda con ella —le digo sin miramientos, pero con una sonrisa despreocupada para ver por dónde sale.  
—¿Qué *decil?* —Se sorprende—. Yo no soy un matón. Yo *coblo* las deudas en *dinelo*, nunca *hacel* daño a nadie. Soy buen *hombre*. *Hombre* de negocios.  
—No digo lo contrario, pero quizás tienes alguna pista... Es muy buena chica, su familia está muy preocupada.  
—Yo *entendel*, *pelo* no *sabel* nada. Alejo *debel dinelo* y yo *espelal* a *coblal* sin *hacel* daño a nadie.  
—No es lo que se dice por ahí... —Le aprieto un poco las tuercas.  
—La gente habla mucho, *pelo* no es de *fial*. Yo *coblo* deudas legalmente. —  
Es curioso, hasta le veo cara de bueno.  
—¿Entonces aseguras no saber nada del paradero de Julieta?  
—Sí. Yo nunca *halía* daño. *Poble* chica.  
—¿Por qué dices «pobre chica»?  
—No sé..., algo malo le *hablá* pasado *pala* que policía me *intelogue*.  
—Quizás se haya escapado —le corrijo.  
—¡Ojalá!  
—De todas formas, ¿podrías decime dónde estuviste el miércoles por la tarde? —Aunque es ridículo, se lo pregunto para que se vea sospechoso. Obvio pensar que él no habrá sido el ejecutor, para eso se habrán encargado sus matones.  
—Déjame *pensal*... ¡Ah, sí! *Mielcoles* *estal* en *Malbella*. Tengo *ployectos* allí.  
—¿Cuándo volviste?  
—El jueves *pol* la *talde*.  
—¿Lo puedes demostrar?  
—Sí, *cleo* que sí. Te puedo *dal dilecciones* y *nombres* de socios con los que

hablé.

—¿Dónde dormiste?

—En hotel. Allí también puedes *preguntal*.

—Perfecto. Muchas gracias. —Voy dando por finiquitada la entrevista. Aquí hay poco que rascar, y como siga voy a tener que corregirle con tanta erre no dicha. Claro, que habría que verme a mí hablando chino...

—Yo no *hacel* nada a esa chica. Se equivocan. No *peldel* tiempo conmigo. Yo *lespetal* mucho a las *mujeles*. Yo *estal lecién* casado.

La verdad es que parece sincero. A Chin Kun no se le ve el típico matón de barrio, pero fíate tú... Los orientales son mucho más fríos que nosotros, culturalmente han aprendido a esconder sus emociones y resulta muy difícil leer entre líneas con ellos, y a eso hay que sumarle sus rostros inexpresivos, que más parecen muñecos de cera; con razón apenas tienen arrugas. Aun así, le creo. No del todo, pero en un porcentaje mayor gana la opción de la inocencia. Quizás la aparición del zapato que ha descabaldo esta hipótesis también esté influyendo en mi criterio.

—Pues ya está. Muchas gracias por acudir.

—De nada. Si me necesitan llámenme. Yo *ahola estal pleocupado*. Le *lepito* que yo no *hacel* nada a esa chica. *Cléame*.

Chin Kun se levanta y me tiende su mano para despedirse. Nos sonreímos. Justo antes de que se vaya se me ocurre una última pregunta:

—¡Espere un momento! —le ruego.

—¿Sí? —Me mira interrogante.

—¿Le suena de algo? —Le muestro una foto del zapato rojo.

Chin Kun mira desde la distancia sin tomar la foto en sus manos hasta que se pronuncia:

—¿Zapato *made in* China? —Parece divertirse.

—¿No le dice nada más? ¿Le suena haberlo visto?

—No. Yo *nolmalmente* no *fijal* en zapatos. No *sel zapatelo*.

—Muy bien, perfecto. Ya se puede ir.

Ninguna reacción. No he notado nada más que una expresión curiosa que concuerda con la situación. Chin Kun desaparece de la sala. Yo me siento y permanezco dentro. Me bulle la cabeza. No sé por qué me da que el caso cada vez se complica más... Voy a tener que replantearme lo de mi lista de enemigos

y no me apetece nada desenterrar viejos recuerdos.

## Capítulo 14

### Elda

MARÍA DEL CARMEN. 48 AÑOS. VALENCIA. APUÑALADA.

Mi mente funciona como una noria. No cesa de girar y girar y a cada vuelta me recuerda la invitación de Rubén. Cuando estoy con él, de pura alegría, me armo de valor, valor que pierdo en la distancia. Le he dicho que sí a una fiesta donde no conozco a nadie y, aunque yo no soy extremadamente tímida, estas cosas sí me dan cierto reparo. Encima me llevo fatal con uno de los invitados y no tengo intención de mejorar mi opinión de él. Con los groseros ni me esfuerzo. Una cosa es que no vea la fealdad de las cosas, otra que esté ciega ante tales muestras de mala educación. ¡Venga, hombre!

Conocer al resto de sus amigos... me da apuro. Van a notar que me gusta, yo no sé ocultar estas cosas y lo último que quiero es que él cambie su comportamiento conmigo, porque aunque sea en plan amistoso me gusta como soy cuando él está cerca. Hay una canción que recita:

«No te enamoraste de mí, sino de ti cuando estás conmigo», pues por ahí van los tiros, además de que él me atrae más que un escaparate del Dunkin Donuts, su efecto en mí me eleva, me repolariza, como cuando enchufas tu móvil descargado a la electricidad y la pantallita se enciende. Luzco y nunca había experimentado tanta luz en mi interior. Ahora entiendo eso que dicen que cuando te enamoras deseas ser mejor persona. Cuando él me mira, de esa manera que me mira, que se me caen los palos del sombrero, me iría a un comedor benéfico y daría de comer con mis propias manos a todos los necesitados. Pero no estoy enamorada, no. Me gusta, sí. Enamorada, no. ¿Podría estarlo? Nunca lo sabremos. Para eso tendría que besar a la princesa del letargo en el que lleva sumida desde que la muerte de sus padres la hechizó y la dejó sin sentimientos profundos.

Cierro la cafetería, aunque me tocaba doblar porque hay una nueva batida en busca de Julieta a la que mis jefes querían volver. Ellos no se fían de Jessica para echar el cierre, mi compañera lleva poco y viene solo media jornada, es

despistada y siempre tiene prisa (además de bautizos). No, definitivamente, yo tampoco le dejaría las llaves de mi negocio.

Les he pedido salir antes, ya que he de ir al taller a por mi desvencijado pero todavía servible coche. Solo ha sido la batería, y ya de paso el cambio de todos los filtros y aceites (¿girasol? ¿oliva? ¿de ballenato? con mis conocimientos de mecánica pueden tomarme el pelo sin sudar), aun así, de momento, me sirve, no están las cosas para despilfarros.

Son las ocho y media y he de darme prisa. El taller está a quince minutos andando. Aunque él me lo ofertó por la mañana, no he querido llamar a Rubén para que me acercase. No hay que ser aprovechada y dispongo, gracias a Dios, de dos patitas que me pueden transportar. Lo malo es que está la tarde fea y oscura, acechando la tormenta, y que el camino transcurre por un descampado más un polígono, es decir, no es la Quinta Avenida, pero este siempre ha sido un pueblo muy tranquilo. Tranquilísimo. Tras lo de Julieta el miedo se me ha metido en el cuerpo, normal, pero tengo claro que no me debe restar autonomía, el miedo puede resultar un perfecto acompañante porque te activa, pero no debe incapacitarte. Mis libros de autoayuda han surtido efecto. Por lo menos de boquilla.

Como me temía, sin un techado donde resguardarme, se inicia la tormenta perfecta justo cuando cruzo por el descampado. Toda la luz que le quedaba al día desaparece como por obra del mismísimo Satanás, que parece que se ha cargado de un disparo al sol y las tinieblas se apoderan de mi camino. Comienzo a empaparme porque llueve a mares. He ahí que soy mujer previsora y he traído mi paraguas.

«Zassss! ¡Punnnn! ¡Trassss!».

Algo así resuena por estos lares. Me faltaba el huracán. Mi paraguas ha durado exactamente quince segundos abierto. Se lo ha llevado el viento.

«¡Crackkkk! ¡Pummm! ¡Crackkkk!».

—¡Ahh! —chillo. Un rayo ha caído muy cerca de mí y el trueno que lo acompañaba me ha dejado sorda, aturdida y, por qué no decirlo, cagadita de miedo.

No se ve nada, entre la lluvia, la oscuridad y el huracán que levanta la tierra podría ser la protagonista de una película de terror. Corro. No se puede hacer otra cosa. Pero no veo nada y no sé ni hacia donde voy. Esto solo me puede

pasar a mí.

Mis zapatillas cada vez pesan más, al igual que mi ropa, estoy por meterme en el interior del huracán para centrifugarme, porque así no llego a ningún sitio (al menos, me queda el sentido del humor).

«¡Plassss!».

—¡No, *joer!* —Cuando crees que nada puede ir peor... Me acabo de caer en lo que parece ser un charco. ¡Torpe! No se ve nada, pero un rayo lo ha iluminado. ¡Ahh! Me he torcido el tobillo, me duele, pero estoy tan congelada que ni siento ni padezco, e intento levantarme.

¿Me está ayudando Dios? ¿Quién me está alzando tirando de mis axilas? ¿Será producto de mi imaginación?

—¡Levanta! —Creo, y digo creo, porque otro trueno ha hecho vibrar (que no los haya roto...) a mi martillo, yunque y estribo.

Pero sí, alguien me iza para intentar incorporarme. Para mi gusto un pelín bruto, todo sea dicho. Cuando estoy en pie e intento zafarme de sus brazos para verle la cara recibo un codazo en toda mi mejilla que desplaza mi cerebro hacia el otro lado.

Totalmente aturdida por el puñetazo, noto que voy a desmayarme, no sin antes advertir cómo quien yo pensaba que me iba a rescatar me propina otro golpe en el costado, me sujeta con fuerza por el tórax e inyecta algo en mi cuello. Hago un esfuerzo sobrehumano por liberarme y me contorsiono todo lo que mi maltrecha anatomía me permite en tales circunstancias.

—¡Maldita sea! ¡Estate quieta! —Escucho y...

Adiós.

## Capítulo 15

### Rubén

CRISTINA. 37 AÑOS. BARCELONA. ASESINADA A TIROS DELANTE DE SU HIJA Y SU SOBRINA.

Los rusos. Algún secuaz de Paul, el hermano de Karina, el cuñado del padre de Aridane para ser más exactos. Lleva detenido varios años y una de las causas es que se demostró que él provocó mi accidente casi mortal. Además, no hay que olvidar que perdió un testículo cuando lo detuvieron y eso ha de subir las escalas del rencor al Himalaya. Pero yo no fui quien lo detuvo, ni quien lo disparó, por tanto no creo que sea su principal enemigo, ni mucho menos.

Niky Juárez, el cabecilla de una banda latina de tres al cuarto que se dedicaba a todo tipo de maldades: trata de blancas, narcotráfico, secuestros exprés... Lo detuvimos el año pasado en la comisaría en la que hice prácticas en Málaga. Me empapé de aquel caso; apenas satisfacía mis necesidades básicas, tras un mes de comida y sueño escaso, di con la clave para detenerlo. Me hice pasar por un cliente con ganas de trabajar para él y estuve una semana y media infiltrado, aprendiendo de él y su banda. Por alguna razón, quizás carencia de intuición, él se fio de mí y me lo enseñó todo. No fue fácil, tuve que hacer cosas de las que no me enorgullezco para parecer uno de los suyos y eso me perseguirá toda la vida, al igual que él. Cuando lo detuvieron y entendió que yo era policía me hizo la señal de la muerte deslizando un dedo por su cuello. Ese sí que me odia.

Y luego está Ramona. Una proxeneta de Marbella a la que también detuve el año pasado, lo que desmanteló todo su negocio. Me odia, especialmente a mí, el policía del que se había medio enamorado. Fingí ser un poli cansado, sin muchos principios éticos que acudía a su club cada noche, hasta que puso su atención (y mucho más que su atención) en mí. Poco a poco (y con algo similar a sexo peligroso que no pienso detallar), fui sonsacándole la información que necesitábamos y la apresamos. Esa mujer me detesta y una mujer dolida como ella puede confabular todo tipo de tramas para devolvérmelas con creces.

Y estos son los tres posible sospechosos que he introducido hoy en el caso

de Julieta. No se me ocurre ninguno más. Hemos vuelto a citar a sus amigas en solitario para ver si alguna era conocedora de algún posible amante, enamorado o exnovio rarito de Julieta, pero, excepto Alejo, nadie ha desvelado más opciones.

Callejón con pocas salidas. Eso es lo que siento ahora mismo. En el zapato no hay huellas, alguna parcial, pero nada concluyente. La batida de esta tarde ha durado poco porque ha comenzado la tormenta del siglo. Esta vez sí me he acercado por ver el ambiente, a los vecinos y a los voluntarios, es sorprendente la de veces que los propios culpables participan en este tipo de actividades.

Hemos recibido la lista del último mes de llamadas y mensajes de Julieta; mis compañeros han comprobado todos los teléfonos y dicen que no hay ninguno extraño. También estamos buscando el rastro de su móvil por los repetidores de la zona, pero va muy lento y todo apunta a que lo apagó en el gimnasio y nunca lo volvió a encender.

Quería ponerme con violadores y criminales que viven por la zona, pero con el tormentón se nos ha ido internet y he optado por marcharme a casa. Me estalla la cabeza de estar aquí encerrado, he malcomido y no he olido la luz del día. Necesito airearme y creo que con esta tormenta lo voy a lograr nada más salir.

¡Madre mía! ¡La que está cayendo! No he visto nada igual en mi vida. Corro entre charcos hacia mi coche para resguardarme de la lluvia y el viento. Cuando estoy dentro miro en dirección a la cafetería donde trabaja Elda. Está cerrada. No me ha llamado para que la llevase al taller. Me lo imaginaba, por otra parte, pero espero que no le haya pillado este aguacero mortal yendo para allá o dentro de la tartana que hace los usos de coche. Un pinchazo de intranquilidad atraviesa mi cabeza.

¿Me preocupo por Elda? Sí, me preocupo por ella. Además, después de cómo se abrió ante mí ayer, exponiéndome que a veces se sentía sola... ¡¡Vaya!! Escucho una voz que me indica que ella no se puede sentir sola, que yo he de hacer todo lo que esté en mi mano para que esa mujer sonría y sea feliz. ¿Por qué, Rubén? Creo que la veo como a una hermana por su inocencia y su candidez. Sí, eso es. No quiero más sentimentalismos que los necesarios y me hago tantas preguntas porque si fuera algo más tendría que barajar la opción de alejarme.



Conduzco despacio, lo que la visibilidad me permite, hasta llegar a casa. Esta tormenta no va a ayudar en nada a las batidas en busca de Julieta. No se me va de la cabeza que su cuerpo puede estar abandonado, desvencijado y expuesto en algún barrizal y que si es así se merece que la encontremos cuanto antes para darle sepultura como mandan los cánones. Creo que está muerta. Cada hora que pasa sin señales de ella son esperanzas que se apagan, y a mí casi se me han extinguido todas. Un desastre. ¡Ojalá esté equivocado!

Menos mal que esta zona es tranquila y aparco en la puerta de mi casa, porque si no me calaría hasta los huesos. La tormenta no cesa, parece el diluvio universal. Si me hubiera cruzado en el camino con un hombre con barba y un perro pensaría que era Noé construyendo el arca. Con quien sí me cruzo es con una gatita que está en mi patio resguardándose de la lluvia debajo de la mesa.

«¡Miau!», me dice mirándome a los ojos con una cara de pena tal que me veo cogiéndola en brazos y entrando en mi casa con ella. Pobre animalito, con tantos truenos y este vendaval creará que va a agotar las siete vidas del mismo miedo.

Me estoy haciendo un blandengue, lo admito. A ver si mi perra también y acoge a su enemigo natural con solidaridad.

## Capítulo 16

### Elda

YOLANDA. 48 AÑOS. SALAMANCA.  
DECENAS DE PUÑALADAS.

No, no..., no me puede estar sucediendo esto.

Inhalo/exhalo...

—¡Socorro! —chillo en balde. Es imposible que alguien me oiga con tal nivel de ruido fuera. La tormenta que me pilló desprevenida continúa y entre la lluvia, el vendaval y algún que otro trueno, oír mis gritos es meramente difícil, pero he de reconocer que hasta chillar «socorro» se me hace raro. Nunca antes lo había gritado o por lo menos en serio.

Me he despertado en la oscuridad y angustia de un maletero. ¡Estoy secuestrada en el maletero de un coche! Ignoro cuánto tiempo llevo aquí, pero si me baso en que sigue la tormenta asumo que no mucho. Creo que quien me asaltó no pudo inyectarme toda la dosis de lo que fuera en el cuello. Me duele la cabeza y el tórax. Recuerdo que me golpeó con rudeza antes de que me desmayara para que me estuviera quieta y así poderme pinchar, pero en uno de mis aspavientos logré apartar la aguja y el líquido se resbaló por mi piel. Palpo mi ropa... Estoy vestida y, aunque mojada, parece intacta. Mi bandolera, donde estaba mi móvil, no se halla por aquí. Lógico. Lo que creo que no llevo son zapatos, me ha quitado los zapatos... ¿Por qué? ¿Para que no corra? ¡Oh, Dios mío! Se me acaba de cruzar una idea... Una arcada de terror me asola porque puede que sea el mismo agresor que el del caso que está estudiando Rubén. Le dejaron un zapato de Julieta frente a su casa, puede que quien me ha secuestrado me los haya quitado para hacer lo mismo. ¡No, por favor!

—¡Socorro! —grito y golpeo el capó con todas mis fuerzas, tantas que las pierdo en un instante y me mareo.

Despierto. Las lágrimas de ansiedad desbordan mis emociones. Estoy aterrorizada, jamás he sentido tanto miedo. Hoy entiendo el verdadero significado de esa palabra. Y es desolador, no hay cabida para nada más, me impide moverme, pensar con claridad, todo mi ser tiembla por dentro.

¿Qué hago yo aquí? ¡Yo! ¡Elda! Soy una persona normal, no me llevo mal con nadie, intento hacer el bien. Si fuera muy popular, o una belleza como Julieta, pero yo paso desapercibida. Quizás se lo he puesto fácil al haberme aventurado sola por aquel descampado y no ha sido premeditado. Eso va a ser.

Sea como sea, a lo único que me alcanza el raciocinio es a que pinta muy mal. Nadie con buenas intenciones te encierra en el maletero de su coche, habiéndote golpeado antes, como si fueras un trapo de su propiedad. Me siento humillada, más débil que nunca y llena de rabia.

No puede ser..., no puede ser...

Pero es. Esa es la verdad.

Mi corazón va a mil por hora al igual que mi respiración, pero he de serenarme si quiero que me quede aire para respirar. No me puedo permitir hiperventilar. Recuerdo que lo vi una vez en *El Hormiguero*, que si te metían en un maletero te cuidarás de no agotar el oxígeno... ¡Espera un momento! ¡Haz memoria, Elda! En ese programa te enseñaban cómo poder escaparte. ¡Ayss! ¡Maldita sea! ¡No me acuerdo! Es que no puedo pensar, el temblor de todo mi organismo que está provocando este nivel máximo de miedo me impide acallar todas las voces angustiosas de mi interior y no encuentro el recuerdo de aquel programa. ¡Piensa, piensa!

No puedo.

No hay espacio en mi cabeza más que para la ansiedad.

Escucho menos ruido porque creo que el coche se ha parado. ¡Dios mío! ¿Me irá a sacar de aquí? ¿Qué va a hacer conmigo? Mi corazón se acelera aún más si cabe y mi llanto se apodera de estas cuatro paredes de chapa.

Oigo la melodía de un teléfono. No es el mío. Me resulta familiar, pero con tal nivel de nervios no adivino qué canción es. ¡Por eso hemos parado! Ya no lo oigo, ha debido descolgar. Escucho un portazo. ¿Habrá salido a hablar o me irá a sacar de aquí? ¡No quiero! ¡No quiero! ¡Quiero quedarme aquí! ¡No quiero que me toque!

Presto toda la atención que puedo, pero no escucho más que el viento y algún que otro trueno. Puede que haya parado de llover.

Transcurre algo más de un minuto y sigo sin oír nada. Quizás me haya dejado sola y venga luego a por mí. Tengo que aprovechar para intentar escapar, pero no me acuerdo cómo.

Algo de romper las luces traseras..., pero había que desatornillar y ni hay luz ni tengo yo pulso para quitar unos tornillos, además que eso era para que te viera alguien. Me parece muy arriesgado, no vaya a ser que esté por aquí cerca y me oiga.

Yo lo que quiero es salir, pero ¿cómo se hacía? ¿Cómo se abría el maletero? Era sencillo, recuerdo que lo pensé.

¡Un cable! ¡Había que tirar de un cable! ¡Eso es! ¿Y dónde demonios estaba el cable? Palpo en la oscuridad el centro de la puerta, donde debe estar la cerradura. No distingo nada, pero con este acelerar que gasto, normal, creo que no me he sentido más nerviosa en mi vida. Busco por los laterales, tampoco identifico nada semejante.

¿Por debajo de la alfombrilla? ¡Sí! ¡Ahora lo recuerdo con exactitud! Hicieron una broma en el programa; debajo de la alfombrilla tenían un calzador de hierro puesto a posta, y dijeron que casi siempre el cable estaba ahí. ¡Por favor que sea este el caso!

Elevo la alfombrilla lo que el espacio me permite y meto mis manos atacadas debajo de ella para intentar dar con el maldito cable que abre la cerradura... ¡Aquí hay uno! ¡Sí! ¿Será el que abre? ¡Ayss! ¿Ahora qué hago? ¿Tiro?

A ver, Elda, piensa. Es el momento idóneo, no te estás moviendo y parece que tu secuestrador no anda por aquí, lo único que tienes que hacer es tirar del cable y salir despavorida. Lo único. ¡Ja! ¿Y si está cerca? ¿Y si me voy y se lanza a por mí y me pega? ¿O me mata? Puede que me mate... ¡No puedo! ¡No puedo! Soy una cobarde. Nunca me han pegado una paliza y no me siento preparada para recibir más golpes. ¿Qué hago? ¿Qué hago?

Con los ojos apretados para no ver y la cara arrugada como una pasa tiro del cable. Nada. No funciona. ¿Quizás he tirado muy flojo? Cojo aire despacio y profundo. He de empujar con fuerza y es lo que voy a hacer ahora mismo. No puedo perder esta oportunidad. Agarro el cable con las dos manos y le imprimo toda el ímpetu que logro rescatar de la tiritona. Nada.

A los cinco segundos, antes de derrumbarme por el chasco, oigo «clic».

¡Se ha abierto! ¡Se ha abierto!

Levanto un poco la puerta con el peso de mi cuerpo para intentar oír algo. Resuena el viento que se cuele como un silbato en el maletero y nada más. No se

distinguen pasos. Quien sea no se ha dado cuenta de que he abierto el maletero... Es el momento. He de salir corriendo pero ya. ¡Ya!

Un, dos, tres... ¡No puedo!

«¡Vamos, hija, cariño! ¡Huye!». Prometo que acabo de escuchar la voz de mi madre. Y si mi madre me dice que corra eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

«¡Ahh!» grito en silencio mientras empujo con mis manos el capó y logro que se eleve lo suficiente para poder salir. Salto.

Mis pies descalzos tocan el suelo empapado. Corro. Corro mucho. Sin mirar atrás. Sin querer escuchar si alguien me persigue. Me hallo en la carretera de un camino embarrado que cruza lo que parece ser un bosque o un parque. No se ve apenas. Sin pensármelo me introduzco entre los árboles y voy sorteando todo lo que me encuentro a mi paso. Las ramas, arbustos y piedras del suelo me dañan, pero yo solo puedo correr. Me duele. Me escuece. Frío. Mucho frío. Y miedo, más miedo que cualquier otra cosa. Tengo que correr hasta que me quede el último aliento.

La lluvia comienza de nuevo tras un rayo cercano que ha iluminado mi camino. Efectivamente, es un bosque. El agua me refresca las heridas y limpia mi cara cargada de lágrimas de pavor. No sé dónde estoy, pero no me puedo permitir pensar. Toda mi energía se la envío a mis piernas y a mis pulmones para que resistan y me alejen de mi secuestro.

«¡Corre, Elda, corre!». Escucho de nuevo la voz de mi madre.

# Capítulo 17

## Rubén

ROSARIO. 72 AÑOS. ZARAGOZA.  
ASESINADA A MARTILLAZOS.

Vamos a ver. En mi vida he tenido animales y ahora resulta que me creo Frank de la jungla. ¿Qué hago yo con esta gata? ¿Le doy de comer? ¿Y qué le doy? ¿Leche? ¿Pienso de Blanqui? ¿Pan?

No tiene collar, por lo que entiendo que no será de nadie, pero dudo de si a los gatos no se les pone collar, porque no salen a la calle, ¿no?

Voy a llamar a Julián o a Rafa para que me ilustren porque estoy *acarajotado*.



Asunto resuelto. Le voy a dar un lavadito para que no nos pegue a Blanqui y a mí lo que no tenemos, luego leche en un pequeño cuenco y si mañana sigue viva y Blanqui no se la ha comido iré a comprar pienso especial para felinos. No, no me he vuelto loco. Podría dejarla en la calle, a la fría intemperie, pero es que hay una razón que prima sobre todas las posibles opciones que comienzan por «¿y a ti qué pepinos te importa esta gata?». Resulta que la minina es igual, y que no sea la misma, que Queca, la gata que tuvo Aridane hace años. Aquel animal resultó ser fundamental para resolver el caso de la A, el homicidio en el que los nombres de los tres sospechosos comenzaban por «a» y la víctima había escrito con su sangre una «a» en el suelo. Queca salvó la vida de mi amiga y encima ayudó con sus patitas activando el *zoom* del ordenador a que ella distinguiera una imagen en la pantalla esclarecedora. Por eso la he cogido, llámame loco, pero igual es la misma gata y viene a echarme un cable en el caso de Julieta.

¿Estoy perdiendo el norte?



No ha resultado tan difícil. La gatita se ha dejado lavar y después se ha

comido todo. Debía de tener hambre porque se lo ha bebido en un santiamén, quizás por la presión de ver a Blanqui mirando el cuenco con ansias. Y, sorprendentemente, no ha habido discusión. Blanqui ha ejercido de perfecta anfitriona y juraría que se la ha llevado a enseñarle la casa porque se han marchado juntitas las dos a inspeccionar el terreno. Ahora están dormidas una en su camita y la gata al lado de la perra sobre unos cojines que he depositado en el suelo. Si no lo veo no lo creo. ¿Mi perra se estará haciendo buena? ¿Hará lo del lobo de Caperucita y se la comerá esta noche?

Me tumbo en el sillón después de picotear algo y me entra una modorra reparadora. Después del día de hoy me ha venido bien preocuparme de otros menesteres y olvidarme un poco del caso Julieta.

¡Uhhh! Empiezo a soñar... Una persona golpea un tambor con sus manos resonando una melodía de lo más étnica, me traslada a África, bailo frente a una hoguera... ¡Pum, pum, pum! ¡Pum, pum, pum! ¡Rubén, abre! ¡Rubén!

¿Eh? Salto del sillón. Alguien llama a mi puerta desesperadamente. Me doy cuenta de que había introducido el ruido de la puerta en mi sueño. Voy hacia allá. Me tropiezo con Blanqui y la gata, que se me cruzan porque ellas también quieren ver quién llama con tanto ímpetu. Abro y lo que me encuentro es tan inesperado como aterrador.

—¡Elda! ¡Dios mío! —prorrumpo.

—¡Rubén! —Se echa en mis brazos y yo la recojo.

Viene empapada y si no he visto mal juraría que le he distinguido varias heridas en la cara y también en los brazos.

—Socorro, Rubén, socorro. —Llora en mi hombro desconsolada. La intento separar para poder observarla, pero me es imposible, Elda me estrecha con todas sus fuerzas. Siento que pierde el equilibrio de sus piernas y vuelca todo su peso en mí. Logro introducirla en casa y cerrar la puerta.

—Chsss, tranquila, pequeña, tranquila... —susurro mientras con mis manos acariciando su pelo intento transmitirle toda la protección que le quiero ofrecer.

Mis mascotas pretenden lo mismo que yo, Blanqui se sube a su pierna, regalándole besitos, y la gata se ha acurrucado entre sus pies. Por lo poco que consigo distinguir veo que va descalza y está dejando un charquito de sangre húmeda en el suelo. No entiendo nada, pero se me para el corazón de imaginar qué le ha podido suceder para que venga a mi casa en tal estado.

Pruebo a desplazarme un poco pero ella se revuelve.

—No me sueltes, Rubén, no me sueltes.

—Chsss, no pienso hacerlo, pequeña. Quiero llevarte al sillón. Estás agotada. Ven.

Elda se separa unos centímetros de mí para mirarme a los ojos y solo con ver su expresión entiendo que algo grave le ha ocurrido y una arcada de un terror desconocido para mí me revuelve el cuerpo. Intento que no se me note y me acerco para besarle en la frente.

—¿Qué te ha pasado, Elda? —pregunto en voz baja, para mí, porque sé que no me va a poder responder ahora mismo—. Ven.

La izo en mis brazos y ella se cuelga de mi cuello apoyando su cabeza en mi pecho como si no quisiera perder el contacto conmigo ni por un segundo. Percibo, al tenerla tan cerca, la fuerza con la que todo su cuerpo tiembla. No me extraña, está empapada, aunque me temo que no es eso lo que le hace tiritar.

—No, no me sientes, te voy a poner todo perdido. —Se preocupa al darse cuenta de que la conducía al sillón.

—¿Tú crees que me importa? —reclamo.

—No, Rubén, no... —Llora.

Sin hacerle caso me siento en mi sofá con ella en mi regazo y le acaricio la espalda. Desde esta nueva perspectiva afirmo que no lleva zapatos, que sus extremidades están tremendamente maltrechas y varias heridas le sangran. Continúa tiritando y yo me limito a ceñirla a mí con más fuerza para infundirle calor y a susurrarle palabras tranquilizadoras.

Blanqui me acerca espontáneamente su mantita y yo la uso para cubrirle los pies. Así permaneceré todo el tiempo que sea necesario hasta que consiga relajarla.



Se ha quedado dormida o quizás se ha desmayado de la tensión que emanaba. Venía exhausta. Su llanto ha ido mermando y su respiración regulándose. Me levanto con sumo cuidado y la tumbo en el sillón. Me permito observarla ahora con más detalle. Yo diría que la han asaltado. Una herida en su mejilla me deja claro que la han golpeado y que ella ha huido descalza. Las heridas que veo en sus brazos y piernas parecen arañazos del camino.



Voy en silencio a mi baño a por enseres para curarla y toallas para secarla.

Mientras que le susurro que esté tranquila, que soy yo Rubén, me desprendo de su ropa mojada, dejándola en ropa interior, y no puedo expresar la calma que siento al ver sus braguitas en buen estado. Si la hubieran..., no quiero ni pensarlo. Le seco el cuerpo y observo que en su costado sufre otro llamativo golpe. Elda, en un aparente duermevela, expresa que no me vaya y que no le haga daño. Desinfecto sus heridas y la cubro con una camiseta mía grande y además la envuelvo en una manta suave para que entre en calor.

Me siento de nuevo en el sillón y elevo su cabeza para apoyarla en mis muslos y así poder acariciarla. No sé qué más hacer. Un nudo de angustia se apodera de mí ahora que ya no sé en qué ocupar mi estrés mental. Quieto, me da tiempo a pensar y no se me cruza ningún planteamiento aceptable.

Elda poco a poco vuelve en sí y con sus ojos, ya menos enrojecidos, me hace entender que se encuentra mejor.

—¿Quieres algo? —le pregunto rozándole la mejilla con mis dedos.

—No, gracias..., no te vayas. —Agarra la mano que se deslizaba por su cara para sujetarla con fuerza.

—No me voy a ir, preciosa. Estoy aquí para ti —le sonrío.

—Gracias, Rubén. —Se toma una pausa—. No sabía dónde estaba, no sabía adónde ir, solo corría hasta que he llegado hasta aquí.

Sus ojos se vuelven a inundar de lágrimas y yo la insto a que no prosiga, a que espere a encontrarse mejor para contarme.

Nos miramos fijamente y no sé ni por qué, ni cómo, ni cuándo me encuentro encorvado besándola suavemente en los labios. En unos labios que saben a sal. Corrijo la dirección avergonzado y le regalo más besos en sus mejillas, en su frente, en sus párpados. Ella me lo permite y respira relajada.

—No voy a dejar que nadie te haga daño, ¿me oyes? —le pregunto al incorporarme clavando mi mirada en la suya. Y se lo digo desde la más profunda certeza, siento que es de las verdades más grandes que he dicho en mi vida.

Ella asiente.

—Me han secuestrado —declara.

—¿Qué? ¿Qué dices? —Me aturullo.

Ahora es Elda la que intenta serenarme a mí, incorporándose para sentarse a mi altura. Lleva ambas manos a mi estupefacta cara para atenderla.

—Rubén, escúchame, estoy bien, tranquilo. Cuando iba al taller a por mi coche, en un descampado que hay en el camino, comenzó a llover. Un hombre me asaltó por la espalda, me golpeó la cara y el pecho, intentó inyectarme algo en el cuello, algo que me durmió. Cuando desperté estaba metida en un maletero.

—¿Que esté tranquilo? No me pidas eso... Pero ¿quién? ¿Lo viste?

El movimiento de su cuello me indica, muy a mi pesar, negación.

—No pude ver nada, llovía mucho —se lamenta con una mueca asustada.

—¡Madre mía! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza de pura conmoción—. ¿Y cómo has escapado? ¿Te ha hecho algo?

—Que yo sepa solo me golpeó, pero estuve un tiempo sedada... No sé, no creo... —El silencio que fuerza me deja claro que hay temas que prefiere no plantearse; pasito a pasito.

—Tenemos que ir al hospital, ¿lo entiendes, no? —afirmo con rotundidad, quizás demasiada, pero es que no encuentro ahora ni un ápice de aplomo donde sostener mi rabia descontrolada. Hay que extraerle analíticas de tóxicos y explorarla por si... (yo tampoco puedo ni mencionarlo).

Ella afirma y continúa hablado:

—Recordé cómo se puede abrir un maletero desde dentro, lo vi en un programa. Lo logré y salí corriendo, sin mirar atrás, hasta que he llegado hasta aquí.

Me llevo, por vigésima vez, las manos a la cabeza. No me lo puedo creer. Han secuestrado a Elda, a mi vecina, a mi amiga, a ella, a Elda. Mi estado de nerviosismo crece inversamente al suyo, cada vez la encuentro más tranquila. Recapitulo lo que me ha dicho.

—Elda, ¡Dios mío! ¿Saltaste de un maletero? ¿Pero cómo?... ¡Por favor! Eres la persona más valiente que conozco. Te podía haber visto el secuestrador y...

—Chsss... Ya pasó, ahora estoy bien, contigo. Y tú no me vas a dejar sola, me lo has prometido.

Me hace reír con una mueca que han hecho sus labios al compás de sus ojos. Hoy crece en mí un nuevo sentimiento hacia ella, al anterior cariño le acaba de superar la admiración extrema. Admiro a esta mujer en todas sus formas. Elda se acerca a mí, suave, inocente, acariciando mis brazos hasta bajar a mis manos para sostenerlas. Percibo su tacto sedoso y debido a la cercanía alcanzo a inhalar

su aroma. Involuntariamente me veo separándome de ella instantes después y en su mirada celeste que estrella en la mía sin recatos identifico agradecimiento.

—Me gusta que estés cerca... —susurra, y por fin veo algo de ese rubor tan característico suyo.

—Y a mí me gusta estarlo, pero... —No confundamos, quería decirle, pero opto por ahorrarme una aclaración que nadie me ha pedido.

—Me transmites seguridad, Rubén... Ahora mismo solo necesito estar contigo. Sé que aquí estoy a salvo. ¿Te molesta que te lo diga? No quiero asustarte.

Una lágrima atrevida salta de su párpado y antes de que a esta la acompañen muchas más me atrevo a hacer eso que he querido hacer desde que ha llegado a casa.

—¡Ven aquí! —digo con un leve matiz de rabia por ser tan poco oportuno. Llevo una mano a su cuello para acercarla a mí y abrazarla como se merece alguien que ha pasado por tal situación—. Tú nunca me molestas, tonta.

—Ha sido horrible, Rubén —se lamenta.

—Elda, es probable que sufras un *shock*. Me temo que no sabes muy bien qué está pasando... Hay que ir al hospital y después a la comisaría a poner la denuncia. Te prometo que yo voy a estar contigo en todo momento, pequeña.

—Vale, pero no me dejes sola, solo tú me ofreces seguridad, Rubén.

—Elda, ya te lo he dicho. Voy a ser tu sombra. Te vas a hartar de mí.

Le preparo una manzanilla con tila que dejó mi hermana en un armario. Necesita serenidad para la batería de preguntas y análisis que le van a hacer ahora en el hospital y después nosotros en la comisaría. Va a ser duro, muy duro.

# Capítulo 18

## Rubén

MARÍA CANDELARIA. 50 AÑOS. TENERIFE.  
ESTRANGULADA. 14 AÑOS DENUNCIANDO.

Nunca me ha atraído el juego. Esa descarga de adrenalina artificial que te provoca el poder perder o ganar un dinero necesario. Ya descargo hasta calorías en mi trabajo, no me hace falta más. ¿Por qué digo esto? Porque creo que alguien quiere jugar conmigo y ese mismo no anda bien de la cabeza. Ese alguien ha secuestrado a Julieta y a Elda y en su locura me reta, como un psicópata de serie, dejando ante mí huellas de sus asquerosas hazañas.

Al principio ni lo imaginé, me hallaba demasiado bloqueado por mis sentimientos de protección hacia Elda como para hilar algo tan obvio. Solo quería contemplarla en buen estado y relajada, asegurándome de que ella viese en mí a una persona comprometida con su bienestar. El policía que llevo dentro estaba dormido por la conmoción, o el hombre que soy, que cuando cruzo la línea del cariño no me pidas raciocinio. Ha sido en el hospital mientras aguardamos algunos resultados y el visto bueno de los médicos para comenzar el interrogatorio, lejos el uno del otro, cuando he caído en la cuenta y le he preguntado... por qué iba descalza. Lo que me ha dicho me ha helado la sangre:

—No sé, él me los quitó, cuando desperté en el maletero ya no los llevaba.  
¿Crees que?

¡No! ¡No podía ser! Pero... ¿tanta casualidad? ¿Qué criminal se encarga de quitar el calzado a sus víctimas? Se me ha ocurrido algo aún más descabellado, de esas luces que se te encienden una vez al año, y he llamado a un compañero para que lo comprobara. Acierto de pleno, muy a mi pesar. Un coche patrulla se ha dirigido a mi casa, y ha encontrado frente a ella uno de los zapatos de Elda. Ya lo están examinando, pero con la lluvia me extraña que haya algo que analizar.

Si antes me quedaba alguna duda, después de esto no guardo ninguna. El caso está relacionado conmigo. Alguien con sed de venganza quiere dañar a mujeres con las que me he relacionado en las últimas semanas. Y eso me hace

sentir, además de rabia, torpeza, porque me han tenido que estar vigilando y yo ni me he percatado. ¡Menudo inspector! ¡Debo de ser el hazmerreír de la profesión! ¡Ni *Los hombres de Paco*!

La doctora que ha atendido a Elda desde el primer momento accede al *box* donde nos encontramos. Con un tono amable y sereno nos explica que no hay indicios de violación (respiro), que en la analítica que han extraído por protocolo están todos los valores correctos y que habrá que esperar un día o dos a que lleguen los resultados de toxicología. Las heridas son superficiales y las contusiones en cara y tórax no han provocado daños orgánicos. Por tanto, por su parte, le dan el alta.

Para no hacerla ir a la comisaría, Luis, mi jefe, y Paco se han acercado al hospital para que la entrevistemos entre los tres. Les he reconocido que me hallaba demasiado implicado para interrogarla yo solo.

Los presento. Elda se ha quitado el camisón hospitalario y se ha vestido con ropa de mi hermana que guardaba yo en mi casa. Está bonita. Sí, no viene a cuento, pero la certeza de saber que he estado a punto de perderla de vista para siempre me hace valorar su discreta y contenida belleza. Los alucinantes ojos que posee, tras la tormenta de llanto, ahora brillan más que nunca y las marcas de las heridas no provocan nada más en mí que ganas de abrazarla. Me estoy haciendo más blando que un merengue, me falta hablar de mariposas, de la luna y las estrellas y ponerme música de Laura Pausini a todas horas.

Elda retira las sábanas y se sienta en el borde de la cama para hablar con nosotros, que permanecemos en pie. Es Luis el que dirige la entrevista y Elda le responde concreta y tranquila. Me sorprende cómo ha gestionado el trauma vivido y cómo estoy frente a la Elda de siempre. Y lo que más me sorprende es que siento orgullo, estoy orgulloso de ella... Lo dicho, soy un moñas.

Tras las preguntas sacamos en claro que no lo vio, pero por lo que apreció cuando la agarraba para inyectarle el medicamento es un hombre de aproximadamente metro setenta y cinco, fuerte, pero no en exceso, y con una voz corriente. Ninguna característica más, ni olor, tatuajes en las manos, tics..., nada. Vamos, que puede ser cualquiera. Por no manejar, no manejamos ni color de piel.

Del coche tampoco sabemos nada, porque Elda no se giró cuando huía para poder verlo, y la zona en la que estaba creemos por la descripción que debe de

ser un pequeño bosque que se halla frente a la carretera de Avenida del Mediterráneo. Como es muy tarde, iremos mañana con ella para ver si consigue identificar exactamente la zona.

Poco más, es decir, nada. Con esto no llegamos a ningún sitio, pero me da igual, me vale con tener frente a mí, sana y salva, a Elda, y ya de una manera u otra conseguiré detener al culpable. Eso seguro, como me llamo Rubén y soy policía.

Y otra cosa... A partir de hoy cualquier zapato tirado en la calle me va a provocar náuseas. Va a ser difícil olvidar este caso.

# Capítulo 19

## Elda

LUCÍA. 46 AÑOS. MALLORCA. APUÑALADA.

Si no llega a ser porque la doctora me recetó varios sedantes no hubiera pegado ojo. De esas veces que estás tan agotada que no logras desconectar, como un bebé que llora desesperado porque no coge el sueño. Poco amiga de los fármacos, no quería tomar nada, pero Rubén me convenció, me trajo un vaso de Cola Cao calentito y una pastilla al cuarto de invitados donde he pasado la noche.

No he sufrido pesadillas y he dormido de un tirón, después del día de ayer me las esperaba mucho peor. Llevo un rato despierta y le ha dado tiempo a mi imperfecta cabeza a reflexionar. El primer pensamiento que me viene es alegría, una amarga alegría. He de repetirme que soy una afortunada, logré escapar de un maletero y salvarme de un secuestro. No sé de dónde encontré las fuerzas para hacerlo. A mi madre no la habría sorprendido; ella siempre me repetía que yo era mucho más fuerte de lo que aparentaba y que, sin embargo, mi hermana, la estoica mujer de hierro, si rascabas era mucho más débil e insegura que yo.

El segundo pensamiento que me asalta es miedo. Miedo porque me vuelva a suceder, porque regrese a por mí. Soy una cuenta pendiente y él no sabe que yo no recuerdo nada, que no lo vi. Si me volviera a secuestrar no sería tan valiente, me hundiría, o eso creo. La segunda vez que te quemas en una misma zona, ya no curas igual y te duele diez veces más. Creo que no podría resistirlo.

Y el tercer pensamiento es el profundo y más sincero agradecimiento que dedico a Rubén. Ayer se portó como un verdadero amigo, como alguien de mi familia, me cuidó, me protegió, no me dejó sola ni un instante, que era lo que necesitaba.

Cuando regresamos del hospital se negó en rotundo a dejarme en mi casa, cosa que agradecí infinito, pero no sabía cómo decirlo sin parecer una golfa de cuidado. Quizás la falta de confianza total, pero era de esas situaciones en las que, aunque parecen obvias, no sabes cómo sacar el tema, y yo a medida que

veía que nos acercábamos a nuestra urbanización más nerviosa me iba poniendo de pensar que me iba a tocar pasar la noche sola, pero no me atrevía a comenzar la conversación. Rubén lo solucionó sin necesidad de hablar mucho, aparcó frente a su casa, y dijo:

—Mañana iremos a tu casa a coger las cosas que necesites, de momento hoy pasas la noche conmigo.

Palabras que sonaron en mí a alivio puro. Es más, expresó su más firme intención de que permaneciera allí hasta que se resolviera el caso..., aunque eso ya me parece mucho. Infinito. Yo me encuentro bien, no me duele nada en exceso y he de retomar mi vida, aunque no sé cómo. La verdad sea dicha.

A pesar de que están las persianas bajadas se cuele la luz y eso me permite advertir cómo la puerta de la habitación se abre lentamente y aparece Rubén ante ella.

—¡Buenos días, dormilona! —Me saluda al darse cuenta de que estoy despierta.

—¡Buenos días!

—¿Puedo subir las persianas o la princesa piensa seguir durmiendo?

—¡Sube, sube! ¿Qué hora es? —le pregunto mientras la irrupción de la mañana tras las ventanas irrita mi nervio óptico.

—Tarde, cerca de la doce.

—¡Dios mío! —Salto como un resorte—. Tengo que irme a trabajar.

Rubén, en dos zancadas, me sujeta por los hombros y me empuja con suavidad para que vuelva a la cama.

—¿Dónde te crees que vas tú?

—A trabajar —le repito.

—Ni en broma. Hoy toca descansar. He hablado con tu jefa y lo ha entendido.

—¿Le has contado lo que me pasó?

—Sí, más o menos, necesitaba el teléfono de algún familiar tuyo y al pedírselo ha entendido que era algo serio. Vamos, le he dicho que ayer te agredieron y que estabas en mi casa. Con quien sí he hablado es con tu hermana.

—¿Con mi hermana? ¿Por qué? —exclamo alzando la voz.

—Porque es tu familiar más directo y debía saberlo.

—Pero eso tenía que decidirlo yo, ¿no crees? —manifiesto mi enfado sin



artificios. Me parece fatal que se haya entrometido hasta tal punto. Ahora mismo me voy de aquí. Rubén ha sobrepasado todos los límites. Intento incorporarme, pero él no me lo permite. —Déjame salir, Rubén.

—No te enfades, Elda, tenía que hacerlo. Debíamos avisar a algún familiar.

—¡Ah, sí! ¿Por qué? —protesto—. ¿Acaso soy menor de edad?

—No, no es eso..., pero has sufrido un trauma importante, aunque tú creas que estás bien, no es así, vas a necesitar apoyo...

—¡Y tú has decidido que me lo dé mi hermana! —le interrumpo más cabreada que una mofeta recién lavada. Tendría que haber llamado a mis amigas.

—Elda, soy policía, lo normal en estos casos es avisar al familiar más cercano y el tuyo es ella. Acudiste a mí, cosa de la que me alegro, no me malinterpretes, pero me veía en la obligación, por mi trabajo, de avisar a tu hermana.

Rubén habla desde un tono sosegado, pero no me convence.

—¿Y qué le has contado? —pregunto con desgana.

—Pues lo que te sucedió ayer.

—¿Con pelos y señales?

Rubén gesticula una mueca cansada, como si se estuviera hartando de mi cabezonería.

—No, Elda, le he desvelado lo justo y necesario. Te corresponde a ti hablar con ella. Por cierto, se ha quedado muy preocupada.

¡Ya! ¡Seguro! ¡Ja! Así funciona Alisa, ante todos se muestra como un ser perfecto y educado, pero por sus venas no corre ni una gota de sangre. Es fría y superficial. De las pocas cosas que he visto feas en mi vida es cómo se comportó con mis padres ante sus enfermedades. Cuando mi padre enfermó ella ya tenía planificada su marcha a Nueva York y no la canceló. Vino en dos ocasiones y la tercera fue a su entierro. Eso sí, cada vez que regresaba parecía un alma en pena, intentando gestionarlo todo, haciéndose la imprescindible, como si mi madre y yo fuésemos idiotas. Al año murió mi madre de un infarto y desde el entierro de mi padre no se habían visto. Ella alegaba que estaba muy liada porque estaba planificando su boda con su estupendo publicista americano y no podía volar a España. Vino al entierro, con la misma actitud arrogante, con aires de superioridad cada vez que presentaba a la gente a su flamante prometido y se marchó a los tres días. No canceló su boda, a pesar de que fue dos meses

después. Claro, que yo no fui. No nos hemos vuelto a ver. Tiene una niña de más de tres años y me envía fotos de ella, asegurándose de que, además de la pequeña, vea su precioso hogar de lujo. Me da rabia este sentir por mi hermana, yo no soy rencorosa, y siempre intento justificar los malos comportamientos de la gente, pero con Alisa no puedo, lo suyo es injustificable.

—Perdona si crees que me he entrometido..., pero es que en cierta parte lo estoy. Lo que te sucedió ayer ha cruzado la línea. Te considero una amiga y me duele pensar por lo que has pasado.

«Ya estamos con lo de que soy su amiga».

—No me entiendo con mi hermana y ahora habré de llamarla. Te agradezco todo lo que has hecho, pero creo que deberías habérmelo consultado —le respondo franca.

—Quizás, pero lo hecho, hecho está, no le demos más vueltas.

—Bueno, sí, pero no lo vuelvas a hacer —me reitero.

Rubén hace algo parecido a poner los ojos en blanco y me llama «refunfuñona» mientras sale de la habitación para traerme algo de desayuno. Aprovecho para ir al baño a asearme un poco. Me sobresalto al contemplar mi rostro en el espejo. Nunca me he visto con un golpe en la cara y me ha sorprendido. Hace real lo que parece que fue un sueño, un mal sueño.

Cuando regreso a la habitación me parece escuchar a Rubén hablar con alguien en la planta de abajo, pero en seguida sube y nos cruzamos en la escalera. Le pregunto intrigada:

—¿Hablabas por teléfono o hay alguien?

—Está Julián abajo. Se ha quedado contigo esta mañana. Yo tuve que salir a trabajar.

—¡Ahh! —Me asombro.

—Julián fue de seguridad la mayor parte de su vida, estás en buenas manos, además hay un policía en la puerta, el juez ha aprobado que tengas escolta durante unos días.

—¿Un escolta? —pregunto sobresaltada.

—Sí, es lo mejor. Eres una testigo y... te voy a ser sincero, existen algunas posibilidades de que el agresor quiera tomarse la revancha.

Se ve que el miedo ha pasado por mi cara porque en seguida Rubén corrige:

—Vamos a ver, lo normal es que no, pero es mejor prevenir que curar.

—Eso espero... —Ruego a Dios.

—A veces el hecho de que vean que tienes seguridad es un acto disuasorio y se marchan a por otra víctima —me aclara.

— O puede que los rete, ¿no? —cavilo en alto—. No podemos intentar entender a esas mentes perturbadas, ¿no crees?

—Efectivamente... Se nota que eres hija de un poli. De todas formas, creo que en este caso no va a volver, además, no te voy a dejar sola, cuando no estés conmigo o en un lugar seguro, Julián te acompañará.

—¡Pobre hombre! ¡Menuda breva le ha tocado! —refunfuño.

—¿Qué dices? Está encantado de poder ayudar, es muy activo. Os vais a entender bien. Aunque confío en mis compañeros, prefería que tuvieras más protección, él se ha ofrecido después de lo de hoy.

—¿De lo de hoy? Dirás de lo de ayer —le corrijo el despiste.

Rubén mueve la cabeza y pierdo su mirada que vaga de un lado a otro en señal de indecisión, pero si atiendo un poco más, creo vislumbrar desasosiego. Hay algo que no me quiere decir o no sabe cómo hacerlo.

—De lo de hoy... —insiste.

—¿Qué ha pasado hoy? —disparo de la misma intriga.

Rubén se acerca a mí y toma una de mis manos para acariciarla, lo que en situación normal me provocaría un «tsunami mariposal», pero que ahora lo único que logra es asustarme.

—¿Qué ha pasado? —incido alzando el tono.

—Elda, esta mañana dos caminantes han encontrado el cuerpo de Julieta. Me deshago de sus caricias para llevarme las manos a la boca.

—¿Está muerta?

—Sí, la han asesinado.

Una arcada que nace desde las profundidades de mi estómago me levanta de la cama para que vomite toda la ansiedad que me acaba de generar esta noticia.

## Capítulo 20

### Rubén

JANA. 32 AÑOS. SEVILLA. ESTRANGULADA.

¡Vaya manera de empezar la semana! No se me ocurre nada más desastroso. Cuando he recibido la llamada de mi jefe a las ocho me he temido lo peor. Quedé con él en que me tomaría la mañana libre para acompañar a Elda, por eso he descolgado con mucho miedo. Mi intuición, por esta vez, no me ha fallado, ¡lástima!

Unos jubilados que paseaban a sus perros al amanecer para desfogarlos tras los rayos y truenos de ayer se han encontrado el cuerpo semienterrado de Julieta. Se entiende que la tormenta lo ha descubierto, desde luego el camino era un barrizal y el homicida tampoco se esmeró mucho en ocultarlo, quizás intencionadamente.

No puedo describir con palabras lo que me ha provocado ver el cadáver de Julieta. Cuando contemplas cosas así o separas las emociones o caes al precipicio de la desolación. ¿Cómo existen seres humanos que pueden hacer daño a otros y deshacerse de ellos de tal forma? Cuando nos convertimos en cadáveres perdemos nuestra humanidad, una vez que dejas de respirar una máscara de cera te va envolviendo hasta parecer un desagradable muñeco, como si nunca tu cuerpo hubiera tenido vida, pero hay formas y formas y esta no era la que le correspondía a Julieta. Ella era un ser luminoso, activo, alegre, era una mujer muy bonita y lo que yo he encontrado hoy bajo el barro no le hacía justicia.

Después de analizar la zona hemos enviado el cuerpo al anatómico forense. Era muy complicado ver más allá del barro, pero lo que sí se distinguía era su ropa pegada al cuerpo, la vestimenta que reflejábamos en las fotos, excepto un zapato..., el zapato.

La noticia ha corrido como la pólvora y a estas alturas todo el pueblo es conocedor del trágico acaecimiento. Julieta ha sido asesinada. En unas horas sabremos más, pero el resultado es el mismo. A veces este trabajo tiene poco

sentido, ya puedo dejarme yo los cuernos para intentar detener al culpable que nunca les devolveré a esos padres a su hija, ni a sus amigos a su amiga, que es al fin y al cabo por lo que ellos lloran. Es como cuando te dejan, hagan como lo hagan nunca te parecerá bien, que si por pósito, que si fue demasiado cariñoso, que si no me miraba a los ojos... El caso es que te han dejado y eso te duele. Salvando las distancias, esto es igual, diga lo que diga la autopsia, Julieta está muerta, hayan abusado sexualmente de ella o no, haya padecido una muerte rápida o lenta, con dolor o sin él, lo que queda con el paso de los años es el vacío que ella ocupa en la vida de sus seres queridos. Claro está que es mejor tener una buena muerte, al principio consuela más, pero a la larga lo que duele es su ausencia, o eso creo yo... Quizás me he puesto excesivamente trascendental. Son demasiadas emociones desde ayer, tiempo de locos. Creo que me está afectando más de lo que debiera. Soy humano.

No he podido evitar visualizar a Elda y apostar a que si no llega a saltar de ese maletero podría haber tenido el mismo final. Por eso no sabía cómo decírselo, sabía que ella pensaría lo mismo y así ha sido. Obvio. Le he tenido que suministrar otro de los calmantes que nos recetó ayer la doctora para que se relajase y ahora descansa como un bebé.

He de irme a trabajar, pero me quedo tranquilo. Julián permanecerá en casa hasta que yo regrese y tenemos una patrulla de vigilancia en la puerta, no creo que nadie se atreva a venir. Además, los dos perros (Julián ha traído al suyo) son de ladrar a cada persona que accede a mi hogar. Me marchó con remordimiento de conciencia por hacerlo, pero necesito activarme o tanto pensamiento funesto me volverá majara.



El ambiente en la comisaría se ha enrarecido. Todos trabajamos codo a codo con la esperanza, pero para bien o para mal se nos fugó y ahora tenemos de compañera a la venganza y el afán de que no vuelva a ocurrir.

Luis me ve llegar y me llama a su despacho. Accedo detrás de él:

—¿Cómo está tu amiga? ¿Le has contado? —me pregunta mientras se cierra la puerta.

—Sí, y no se lo ha tomado muy bien, le he tenido que dar un sedante.

—No es para menos. Se ha salvado por los pelos. Tenemos que protegerla.

—En ello estamos. Me sorprende lo valiente que fue. —Me sincero.

—El ser humano cuando se ve en situaciones límites responde de maneras inimaginables —me responde él—. Mantengo cierta amistad con el forense que va a estudiar el cuerpo. —Cambia de tema.

—¿Sí? ¿Y te ha adelantado algo? —Tomo asiento.

—Sí, parece que falleció por varios traumatismos, en concreto apuesta por uno craneoencefálico que *a priori* pudo ser el letal.

—¿A golpes? ¿La mataron a golpes? —Me arde la rabia por dentro.

—Parece que sí, pero es pronto. Hay que esperar.

—¿Es buen forense? —le pregunto.

—De los mejores. Hemos tenido suerte... Otra cosa, hay que manejar a la prensa. Quería hacer una reunión para pedir a todo el mundo la máxima discreción, no se puede filtrar nada o se nos complicará más aún la investigación. También deberíamos manifestárselo a los familiares.

—Yo me encargo. Ahora reúno a los chicos y después me acerco a casa de los padres.

—Perfecto, entonces. Yo te iré contando novedades.

Me espera una tarde de contención, una tarde dura.

# Capítulo 21

## Elda

ARANZAZU. 40 AÑOS. BARCELONA.

Me asomo por la ventana y veo que el clima está mimetizado con mi estado de ánimo. Nublado, con amagos de tormenta. A otro tipo de paisaje las nubes le sientan bien, pero a la playa no. Parece triste, la arena no brilla y los contrastes del mar apenas si se aprecian. Así me encuentro yo, pequeña, más frágil que nunca y con un constante nudo en el estómago que me repite que me podía haber sucedido a mí. Debería dar gracias por amanecer libre y viva, pero no sé de dónde sacar fuerzas, las únicas que me quedan las dedico a llorar y a controlarme. Entiendo que se me pasará, que todavía sigo en *shock*, o eso me dicen todos, pero nada me gustaría más que el sol me iluminara para alegrarme por la nueva oportunidad que me ha brindado la vida.

Han transcurrido tres días. Hoy es miércoles y sigo aquí, en la casa de Rubén, aunque apenas lo veo. Él está centradísimo en la investigación y no dispone de tiempo para mí. Nos vemos por las noches y cenamos juntos. Él me cuenta las novedades del caso con extrema suavidad para que no me afecte y aunque yo se lo agradezco empiezo a sentir hartazgo de tanta condescendencia. Por el día su amigo Julián se queda conmigo. Es un hombre muy prudente, algo tímido de primeras, aunque poco a poco vamos encontrando conversaciones. De todas formas, yo suelo estar arriba, aprovechando para escribir, en este estado es lo único que me apetece, expresar lo que me ronda en forma de novela. Cuando Rubén llega Julián se marcha, eso sí, dejándonos la cena hecha, que cada día está más rica. Estos días hemos salido a la playa a pasear a Blanqui y yo llevo en mis brazos a Queca, la gata más perceptiva del mundo. No se separa de mí para nada. Me acompaña hasta para ir al baño, siempre pendiente de mí, creo que ella sí que es mi vigía, la que realmente vela por mí. Rubén apuesta que es la gata que tuvo Aridane, su amiga, y que le ayudó en un caso; este viernes desvelaremos el misterio porque la fiesta de cumple de Rubén sigue en pie. Conoceré a sus amigos, espero que mi estado de ánimo mejore, porque si no van a pensar que

soy una rancia de cuidado.

Bajo a desayunar junto a Queca y encuentro a Julián en la cocina leyendo el periódico. Al instante lo dobla; asumo que hay algo que no quiere que lea. Da igual, no pienso hacerlo.

—¿Qué tal estás, bonita? —me pregunta mientras me tiende una taza de café humeante.

—Ahora mejor —le sonrío—. ¿Y tú?

—¿Yo? —Se sorprende como si nunca nadie le preguntara por su estado. Me lo apunto, debo ser más considerada con él—. Yo, bien.

—¿De verdad? ¿No es un castigo tener que cuidar de mí?

Julián toma su taza de café, y cojeando, más de lo normal, se sienta frente a mí.

—Va a cambiar el tiempo y mi rodilla lo acusa —se explica—. Elda, lo que te ha pasado es... No tengo palabras, y no sabes cuánto me alegra poder ayudar. En cuanto me lo dijo Rubén acepté, y quiero que sepas que me vas a tener aquí hasta que todo se resuelva. No te mereces lo que te ha pasado y no quiero que vuelvas a sentir miedo.

—¿Tú has sentido miedo alguna vez? ¿De verdad? No un susto. —Me decido a preguntarle terminando de abrir la puerta de la sinceridad que se ha presentado ante nosotros.

Julián aprieta los labios y percibo cómo su mirada viaja a un pasado que no le es grato recordar. Sus manos tocan su rodilla.

—Cuando me hicieron esto. —Señala su articulación.

—¿Qué pasó?

—Lo típico —suspira—, entraron a robar en la farmacia del hospital donde yo trabajaba. Pasaba por ahí y oí ruidos. Iba solo. No avisé a nadie. Cuando me quise dar cuenta estaba dando el alto a dos encapuchados que se abalanzaron sobre mí y me golpearon sin piedad. No pude frenarlos ni avisar a nadie.

Es horrible. Se me ha erizado la piel de todo el cuerpo. No me cuesta imaginar lo que tuvo que padecer.

—Creí que me iban a matar, pero cuando más miedo sentí fue al despertar y darme cuenta de que no podía moverme. Pensaba que me había muerto. Fue algo extraño, perdí la noción del tiempo y de la realidad. Me costó reubicarme un tiempo. Tuvieron que ingresarme y todo.



Julián habla generalmente poco y despacio. Cada palabra que me acaba de decir va cargada de su horrible experiencia, hace que te llegue lo que le sucedió, es como un cuentacuentos, pero en este caso pesadillas.

—¿Qué secuelas te quedaron?

—A largo plazo la rodilla. Me la rompieron. Se subieron encima de mí y cuando escuche el crac... me desmayé. Aún hoy sueño con ese momento.

—¿Y por qué tanta saña? No lo entiendo.

—Ni yo... Los detuvieron. Están en la cárcel. Eran muy agresivos y yo me crucé en su camino, sin más.

—¿Te puedo hacer una pregunta tonta?

—Seguro que no lo es. —Me acaricia la cabeza.

—¿Los has perdonado?

Julián se levanta de la silla para llevar sendas tazas al fregadero.

—Sí, hace tiempo. No podía vivir con el rencor. Aunque prefiero no tenerlos como vecinos —ríe.

—Ni yo, ni yo. —Le secundo.

—Elda, tú y yo hemos vivido momentos traumáticos, por eso quiero que sepas que me tienes para lo que quieras. Aunque no sea de hablar mucho, no dudes de que estoy aquí —me dice mientras friega las tazas para ocultar su emoción. Sé que está aguantando las lágrimas.

—Muchas gracias, Julián, muchas gracias.



Llaman a la puerta. Miro el reloj. Las ocho de la tarde, se me ha pasado el día volado escribiendo. A veces ocurre, te sientas, empiezas a crear y cuando te quieres dar cuenta ni has comido. Resulta extraño que en este estado tan deprimente en el que me hallo consiga concentrarme, pero siempre he sido un bicho raro y se me da mejor escribir en la inactividad que cuando ando estresada.

—¡Elda! ¡Baja! ¡Tienes visita! —Me reclama mi guardián.

Paso por el baño para asearme. Me imagino que serán mis amigas y como me vean con estas pintas desaliñadas me van a hacer *trending topic* con el *hashtag*: #arjjj.

—Ahora voy —aviso a voz en grito.

Cuando creo que desprendo una imagen más presentable, bajo las escaleras

y... ¡sorpresa! No son mis amigas, ni se le parece, a punto de descender los últimos trancos resbalando porque se me han doblado las rodillas de la conmoción. Sentada en el sillón me examina de arriba abajo, apartando sus carísimas gafas de pasta de su hipermetropía, con una sonrisa complaciente y una melena rubia que brilla más que un almíbar, Alisa, mi hermana.

—¿Qué, qué haces aquí? —Me trabo a modo Porky cuando se despedía diciendo «Esto es todo amigos».

—¡Hola, Elda! —Se incorpora como lo haría Cleopatra, estira su vestido de topos estilo marinero, echa una sonrisita cómplice a Julián y viene hacia mí estirando los brazos sin dejarme más opción que acercarme a ella para abrazarla —. ¡Hermana! ¿Cómo no iba a venir después de lo que te ha sucedido? Es tan trágico... —Habla para todo el salón, a pesar de que estamos más pegadas que en años.

—No, no, no hacía falta. —Parece que el cerdito tartaja me ha poseído.

—¿*What?* ¿Cómo no va a hacer falta? ¿A mi única hermana la han secuestrado y yo no voy a venir a ayudarla? ¡*Oh, my God!*

Me separo de su «cálido» abrazo fraternal.

—Estoy bien, Alisa, de verdad, no hacía falta.

—En cuanto tu amigo policía me llamó cogí el primer vuelo. —Me ignora —. He dejado todo por venir a verte, pero sentía que era mi deber. *It's so terrible.* —Lleva una mano al pecho en plan tragicomedia venezolana. Y no sé qué me espanta más si su sobreactuación o el bilingüismo forzado.

—Siento que lo hayas hecho, quizás debería haberte llamado, pero se me olvidó.

Alisa pone los ojos en blanco.

—Lo entiendo, hermanita, pero ya estoy aquí yo para encargarme de todo, tú tienes que descansar. *Don't worry.*

Erizamiento global de mi vello corporal, pero de desagrado, no nos confundamos. Lo que acabo de escuchar me recuerda a... Y no, no pienso permitir que mi hermana se apodere de mis días. Alisa lo invade todo, no ha nacido para estarse quieta y mientras ella se mueve de un lado para otro resoplando por la cantidad de cosas que está haciendo por ti, tú te quedas en una esquina paralizada como un conejito asustado ante el tráfico, porque no deja que menees un dedo para que los coches no te aplasten. Si lo hace con buena

intención o no es discutible.

—Me voy a la cocina a preparar un pinchito para celebrar este reencuentro  
—nos interrumpe Julián.

Yo omito soltar que entonces prepare kilos de guindillas para que entienda la comezón que me arde por dentro.

Me dirijo al sillón a sentarme y Alisa me sigue.

—Se te ve muy bien —digo en un intento de parecer amable. Aunque es la verdad. Tiene un aspecto increíble (hasta para mí). Su piel luce un bronceado exquisito, su cabello no conoce el concepto punta abierta o el encrespamiento típico de zonas marítimas, su cutis más estirado que el de las comentaristas de *Sálvame*, y su figura es de profesora de pilates concienciada. Alisa y yo nos parecemos físicamente, las dos rubias con ojos azules, pero ella es «la más»; la más rubia y con los ojos más grandes, brillantes y azules. Somos como Renée Zellweger y su personaje Bridget Jones (yo la Jones)... ¡y a mucha honra!

—A ti también, si partimos de lo que te ha ocurrido. —Igual que yo no suelo ver la fealdad en nada, mi hermana sufre del efecto contrario, nada le parece bonito excepto ella.

—¿Qué tal todo? ¿Tu hija?

—Todo OK. Cally es una niña preciosa, muy buena y muy obediente. Estamos felices con ella. Se parece a ti, siempre lo he pensado.

—¿Y tu marido? —Reconozco que no recuerdo el nombre.

—¿Brandon? Muy bien, te envía recuerdos. No ha podido venir... Ya sabes, el negocio, ahora es socio de la agencia y aunque las cosas le van *wonderful* no para. No podía permitirse un viaje a España.

—Es que no hacía falta, te repito.

Alisa se acerca a mí en el sillón y toma mis manos.

—Elda, no te hagas la fuerte, que no cuela. Yo te conozco. No olvides de que soy tu hermana. Lo que te han hecho... *you are in shock*.

¡Estoy de la palabrita hasta la trompeta! Se ve que a todo el mundo ahora le gusta pronunciarla, les hará cosquillas en el paladar, ¿qué sé yo? Parece una moda, como lo de los «entrenos», ya nadie dice «entrenamiento».

—No estoy en *shock*, me siento aturdida, cansada y preocupada, lo normal, vamos. Pero soy capaz de analizar lo que me ocurre.

—Lo que tú digas. —Menea la cabeza incrédula—. Mientras venía he leído

las noticias, parece ser que la otra chica murió por un golpe en la cabeza y según se ha filtrado no hay signos de agresión sexual.

—No he leído nada... —Me excuso. Rubén me dijo que era probable que el forense dictaminara hoy el informe, pero no he querido hurgar en la podredumbre.

—Mejor, es mejor que te distancies de su caso. Tú lograste escapar y a ti no te va a pasar nada —dice mientras acaricia mi pelo y se le enredan los dedos en mis nudos.

—Sí..., gracias.

—Ahora que tu hermanita está aquí contigo no voy a permitir que nadie te haga daño.

«¿Cómo? ¿Arreando al asesino con tu bolso de Prada?», se me cruza la ironía y la detengo antes de enunciarla y quedar como una desagradecida.

—Gracias —repito.

La puerta principal se abre y entra mi poli favorito. El culito respingón y trabajado de mi hermana se levanta del asiento, probablemente de la impresión, porque la imagen de ver a semejante morenazo vestido de uniforme no lo mejora ningún americano potente.

—Rubén, te presento a Alisa, mi hermana —le digo con tono alegre pero gesto de fastidio que solo puede ver él porque mi hermana ya se halla frente a él inclinada para darle dos buenos besos.

¡Arjjj!

## Capítulo 22

### Rubén

TERESA. 47 AÑOS. HUELVA. ACUCHILLADA.

Lo mejor del día, sin duda alguna. El rato que llevo con Alisa y Elda constatando cuán diferentes son, tronchante. Nadie dudaría de su parentesco, eso sí, muy parecidas, aunque una es la sofisticación hecha carne y la otra el sumum de la naturalidad, un helado de trufa caramelizada contra una tarrina de nata y fresa de toda la vida.

Me ha sorprendido el carácter de Alisa, muy extrovertida, cercana, bastante habladora (de más, si me apuras) y se la ve angustiada por lo que le ha ocurrido a Elda. Parece una mujer algo controladora y muy segura de sí misma, la típica de «armas tomar», al contrario que Elda, que es más de «armas lejos de mí». Una acapara todo el espacio y a la otra ni se la siente respirar. Los caprichos de la genética, dos hermanas nacidas y criadas en el mismo seno familiar y parecen de razas distintas.

Aunque lo que más gracioso me está resultando son las caras de Elda ante el monopolio de la conversación de su hermana. Apenas ha abierto la boca, únicamente para hacer momos y burlas que solo veo yo, porque Alisa le da la espalda de continuo mientras me expone a mí todas sus hipótesis, dudas y actitudes que hemos de tomar ante el psicópata (como ella lo llama). En varias ocasiones me han entrado ganas de darle mi placa y decirle: «¡Hala! Pues ya te pones tú a investigar si tanto sabes, guapa». Pero me he aguantado porque esto es de lo más común. La gente ve tantas series de televisión policiacas que se creen del FBI o del CSI. O te lo tomas a risa o sales a tangana diaria.

Lo más curioso de Alisa es que es de esas personas que consiguen sustraerte toda la información que precisa sin que te enteres; sería una gran interrogadora. Me ha sonsacado, sin pestañear, el resultado del forense y el de las analíticas de tóxicos de su hermana, que estaban pendientes de recibir.

Vamos por partes, el forense ha dictaminado que Julieta falleció por un traumatismo craneoencefálico grave, aunque sufría varias contusiones aleatorias

por el resto del cuerpo. Más que por golpes directos apuesta a que son fruto de una precipitación. No hay evidencias de violación ni de malos tratos. Esto es todo (y es un pequeño alivio).

Con respecto a la analítica de Elda ya hemos recibido el resultado: le administraron propofol, un anestésico de acción rápida y de vida medida corta, eso quiere decir que en menos de una hora el efecto sedante se pierde. Es un fármaco de uso hospitalario, no se receta. Así que hemos de averiguar si se puede conseguir en el mercado negro o cómo demonios se hizo con el fármaco el secuestrador de Elda. Ya tengo a compañeros rastreando. Porque es muy importante esta pista, ya que el forense nos ha indicado que se han encontrado restos de propofol en Julieta, por tanto, si nos quedaba alguna duda de si era el mismo, ya la hemos resuelto. Tantas coincidencias escaman. Y una concurrencia más: salvando las distancias, Elda y Julieta se parecen. Las dos son rubias, con ojos claros y cara angelical.

Les hemos entregado los objetos personales a los padres. Unos seres deshechos a los que les va a costar la propia vida recuperarse de esto. Han echado en falta una cadena que siempre llevaba al cuello Julieta. Era de oro y ponía *carpe diem*. Nada más.

Pues todo esto lo he desvelado mientras cenábamos una rica ensalada de pasta que nos ha dejado preparada Julián. Un santo varón, eso sí, ha cogido las de Villadiego al valorar el percal y se ha llevado su ración a casa. Después de mucho insistir (no pensaba ceder en esto), he convencido a Alisa para que también se quede en mi hogar. Me parece más prudente eso que regresar a la suya habiendo un asesino suelto. Dispongo de hueco de sobra y además yo paro poco por aquí. No ha sido sencillo, es terca como una mula vieja, pero cuando creo que llevo la razón no me bajo de la burra aunque la mula venga a arrearnos coces a tutiplén. Elda alegaba que le daba igual, en la línea de estos días, la desgana hecha persona.

Cuando, por fin, su hermana se marcha a descansar a la habitación contigua a la de Elda, afectada por el *jet lag*, nos quedamos solos. Salimos a la terraza y colocamos las sillas en dirección al mar (y al coche patrulla que vigila desde hace días mi casa).

—¡Vaya vaya con tu hermanita! ¡Sois dos gotas de agua! —bromeo. A Elda le veo pocas ganas de reír—. ¿Cómo estás? —le pregunto con tono franco.

—¿La verdad? —Asiento—. Saturada. Me cansa ser el objeto de preocupación de los que me rodean, pero lo medio llevaba, ahora con Alisa entrometiéndose en todo no sé si voy a poder resistirlo.

—Podrás... Aunque es cierto que parece que a tu hermana le dan cuerda. — No me corto.

—Lo acapara todo. Le gusta hacerse la imprescindible, encima como estudió Psicología, pero nunca ha trabajado, soy como su rata de laboratorio — reprocha, y advierto en su tono más amargura de la que quiere aparentar.

—Bueno, pero lo hace por tu bien, eso no se lo negarás. —Intento rebajar su frustración—. En las formas quizás se exceda, pero la intención es lo que cuenta. Aparte de la visita de tu hermana, que es obvio que no te agrada en exceso, ¿cómo estás? Te noto muy apagada.

Elda toma aire resignada y se concentra en las vistas al mar. Yo, al contrario, prefiero mirarla a ella y así estudiar sus gestos.

—Ya, yo también me veo así..., sin energía. Y me da rabia porque debería estar feliz porque yo logré escapar y estoy viva, no como ella —sus ojos se cubren de humedad—, pero no puedo, no me encuentro. No sé si será miedo, cansancio, estrés... y no digas lo del *shock* que estoy harta de oírlo. —Se me adelanta.

—Debe de ser normal, Elda, de todas formas podrías consultar a algún psicólogo especializado. Yo te puedo encontrar uno.

Elda me mira con cara de agradecimiento.

—Prefiero esperar un poco, pero si no se me pasa claro que lo haré —sonríe—. ¡Vaya vecinita te has buscado! Soy un mar de problemas.

—El vecino te lo has buscado tú, que por mi culpa estás así.

—No digas eso —me reprende y arrastra su silla para acercarse y apoyar su cabeza en mi hombro mientras mira al mar. Me confunden estas muestras de cariño espontáneas que me regala Elda sin previo aviso, espero que tenga claro mi relación con ella, aunque es cierto que se agradece un abrazo (al estar tan lejos de mi familia necesito calor humano)—. Tú no tienes la culpa, tú no me metiste en un maletero, ni secuestraste a Julieta para asesinarla.

—Pero soy el motivo —admito.

—Eso todavía no está demostrado del todo...

Nos quedamos en silencio contemplando las vistas. Blanqui y Queca

descansan a nuestros pies. Y con la misma certeza con la que corren los minutos en la noche yo voy menoscabando en lo que me hace sentir Elda. Jamás me ha sucedido nada semejante con una mujer. Es cierto que suelo ser bastante protector con mi gente, pero con alguien que conozco de hace tan poco tiempo no. Elda me suscita tanta simpatía y confianza que parece ya alguien de mi familia en mi escala, y sin embargo apenas la conozco. Con ella no necesito ocultarme con poses, ni lanzar anzuelos conquistadores, no hace falta, no es ni mi objetivo ni se le acerca y apostaría que tampoco el de ella. Lo que encuentro en Elda es una amabilidad natural, un ser transparente sin dobleces, lo que dice es lo que piensa y actúa sin segundas intenciones. Ella apoya su cabeza en mi hombro porque así le ha reclamado su cuerpo y no significa que esté buscando algo más.

Este cómodo silencio persiste, otra irrefutable prueba que confirma lo anterior. Cuando te sientes a gusto con alguien, sin hablar, has cruzado el límite de la intimidad con éxito.

—Rubén, ¿tú crees que volverá a por mí? —me susurra.

—No lo sé, confío en que no. Pero si lo hiciera estamos preparados para detenerlo.

—Me asusta no saber defenderme si vuelve a por mí. —Gira su cuello y nuestras miradas se encuentra salvando el escalón de distancia que marca mi hombro.

Llevo una de mis manos a su frente y la acaricio. Sé que esto es lo que le ronda, lo que la mantiene tan apagada, el miedo, el veneno más paralizante que existe.

—No tendrás que hacerlo, Elda... No te pongas en el peor lugar. No puede acceder a mi casa sin saltarse la escolta, estás siempre acompañada, no creo que se atreva. Es normal que tengas miedo y me gusta que lo expreses y más si lo haces conmigo.

—Contigo puedo hablar, Rubén. Nos conocemos de tres días y sin embargo eres ahora mismo la persona de la que más me fío, con la que más protegida me siento. —De nuevo retorna su mirada al mar.

—Me alegra que me pienses así, Elda, de verdad. Soy quien te ha metido en esto y quien te va a sacar.

—¡Y dale! ¡Mira que eres cabezón! —Vuelve hacia mí y me revuelve el



pelo—. Tú no me has secuestrado. Tú me estás ayudando, menos con la llamadita a mi hermana, en eso sí que la has liado parda... —bromea.

Reímos. Pero después de la risa se nos quedan las miradas fijas la una en la otra y un silencio un tanto más incómodo se instaura porque va cargado de otro tipo de ambiente. Creo vislumbrar lo que acontece en su mente, nuestro pequeño beso la noche del secuestro, y lo creo porque es lo que transcurre por la mía. Fue un error, un confuso error. Elda me sonrío cómplice e íntima.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Sí, claro —le respondo.

—¿Me besaste por pena? —dispara.

Hubiera sido un momento idóneo para atragantarse si hubiera estado bebiendo, pero como no es el caso me quedo consternado y tardo unos segundos en responder.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me besaste la noche en que... ¿lo recuerdas? —No hay mucha luz, pero la suficiente para advertir el bermellón de sus mejillas.

—Claro que lo recuerdo, aunque esperaba que tú no.

—¿Por?

—Para ahorrarme este momento abochornante.

—Ahh...

Me separo un poco de ella para pensar bien qué le voy a decir y hacerlo de la manera más sincera posible. Quiero que me entienda a la primera. Comienzo:

—Elda, me dejé llevar por el momento y no pensé. Estabas tan cerca y te sentía tan débil que me surgió, pero no quiero dar lugar a error.

—¿Error?

—Sí, no quiero que pienses que ese beso significa otra cosa, porque no es así.

—Me hago cargo. —Percibo cierto matiz disgustado.

—Chsss. —La silencio llevando mi dedo a su boca—. Eres preciosa, inteligente, simpática, natural, eres diferente a casi todas las mujeres que conozco. Me encanta estar contigo, lo reconozco, desde que has aparecido en mi vida estoy más contento, vuelvo a ser el Rubén de antes. Pero te quiero a mi lado como amiga, no me pidas más porque no te lo daré.

—¿Y eso qué quiere decir? —me cuestiona y no sé por dónde salir.

—No quiero una relación y no veo en ti nada más que amistad... si tú quieres.

Elda se queda pensativa mirando al infinito. Creo que he sido un poco arrogante, pero es mejor prevenir que curar.

—Me parece bien, eso sí, no me vuelvas a besar. No estoy acostumbrada a tratar con chicos como tú y me puedes confundir.

—¿Como yo?

—Sí, de primer nivel.

—¡Anda ya!

—¡Te lo digo en serio! —Me empuja suave—. Normalmente me hago pequeña con la gente Ibiza, los guapos de gimnasio, así os suelo llamar, pero contigo no me pasa.

—Será porque nunca he ido a Ibiza —bromeo—. Yo creo que me ves con buenos ojos... De cualquier forma, te repito que eres preciosa, pero no eres para mí.

Elda se toma un tiempo para responder.

—Cuando era pequeña mis padres me llevaban a la feria y siempre me acababan comprando un algodón de azúcar porque me volvía loca. Yo lo intentaba condurar porque me lo podía comer de una sentada, mordía con la boca, cortaba con las manos... Acababa toda entera yo pegajosa y dulce y les pedía más, pero mis padres, muy juiciosamente, me lo negaban inculcándome así el placer de desear algo con muchas ganas porque hasta la siguiente vez que fuésemos no iba a volver a comerlo... Tú eres ese algodón, Rubén, desde el minuto uno que te vi, pero nunca jamás he creído que pudiera acceder a ti. Ahora que lo he hecho quiero condurarte, porque no sé cuánto tiempo voy a poder disfrutar de ti. Y me da igual la manera, si es como amigos o algo más, si me besas o no, solo quiero que estés cerca.

«¿Es o no la mujer más sorprendente del mundo? ¿De dónde sale tal nivel de franqueza?».

—Podrás estar conmigo siempre que quieras. Eres tan especial que no te voy a dejar escapar.

—¡Más te vale! Me voy a descansar, guaperas, estamos demasiado ñoños —me dice mientras se levanta—. ¡Que descanses!

—Igualmente. —La veo alejarse y subir las escaleras—. Hay algo que no

sabes, Elda, estoy tocado, muy tocado —le digo en silencio.

# Capítulo 23

## Rubén

KARLA BELÉN. 22 AÑOS. MELILLA. ESTRANGULADA.

20 meses antes.

Tiemblo. Y no son resquicios del constipado de la semana pasada. Tiemblo por dentro de emoción y de incógnita por lo que me puede deparar la vida. Es posible que en unos meses todo cambie. Depende de ella. De Fátima. Estoy decidido.

Hoy he recibido la noticia que esperaba; he aprobado el acceso a inspector. Voy a ser inspector de policía. Tendré que estudiar y salir de Madrid, pero merecerá la pena, estoy seguro. Y por primera vez no quiero emprender este nuevo giro solo, lo he pensado muchos días, he madurado la idea y se ha forjado en mí la decisión: quiero que Fátima me acompañe. Ella se ha convertido en alguien muy importante para mí. Nunca lo creí.

Comenzamos muy *light*, sin hablar de emociones ni de sentimientos. Sexo, cines, cervezas, risas, sexo de nuevo y cada uno a su casa, pero con el paso de los meses se ha ido convirtiendo en algo mucho más profundo. La extraño cuando no está cerca y es a la persona que más me apetece ver al salir de trabajar. Fátima me hace la vida fácil, es alguien práctico, resolutivo, aunque de primeras te pueda parecer una niña de papá, es mucho más que eso. Cierto es que no se complica la vida con nada, da carpetazo a los problemas con una naturalidad pasmosa, sencillamente pasa, y eso a mí me encanta. No es la típica mujer que se preocupa por todo, ella camina en la dirección que desea, haya lo que haya por delante. Si existe una persona con la que debo compartir mi vida, esta es ella; seguro. No creo en el amor, en ese concepto empalagoso que han inventado los que no se quieren a sí mismos, pero sí apuesto por elegir a alguien que te haga la vida más divertida, fácil y entretenida. Mi compañera, si ella acepta, será Fátima.

Pues bien, dicho lo dicho, le voy a pedir matrimonio... ¡Uhhh! Yo, Rubén, el tío que pasaba del compromiso, el que se reía de todas las invitaciones de boda de sus colegas, va a hacer lo mismo. Pues sí, es lo que hay. Y lo voy a

hacer esta noche. Ella vuelve de viaje y la voy a sorprender en el aeropuerto. Nos iremos a cenar y luego a pasear por el templo de Debod, donde nos dimos el primer beso y allí le pediré que sea mi mujer. Espero que diga que sí.



No lo entiendo. No sé dónde está. El pasaje entero del avión en el que se suponía que regresaba Fátima ya ha salido y ella no ha aparecido. Para colmo tiene el móvil desconectado. Se me ocurre llamar a su empresa, ellos deben saber en qué vuelo regresa, puesto que se lo compraron ellos. Quizás me he equivocado, pero en las pantallas no aparece ningún vuelo más que venga de Bruselas hasta la noche.

Pues si lo anterior era raro lo que me acaban de decir las secretarias mucho más. Me han asegurado por activa y por pasiva que Fátima no está de viaje, o por lo menos de viaje de su empresa, y después de mucho insistir me han confiado que está de baja. ¿De baja? Pero si ella estos días me ha estado llamando desde Bruselas (o eso me decía). Voy a ir a su domicilio, quizás allí encuentre las respuestas que busco. Seguro que hay una explicación lógica a todo esto.



Ya subo en el ascensor de su casa. Me ha contestado al telefonillo y creo, por su tono, que se ha sorprendido tanto como yo al encontrarme allí. Espero que tenga una buena excusa.

Llamo a la puerta. Me abre mi novia. Le veo mal aspecto, algo desaliñada y ojerosa. Va a ser verdad que está de baja, soy un estúpido, no sé por qué he desconfiado tanto antes... Pero entonces, ¿por qué me ha estado mintiendo estos días?

—Pasa, cariño. —Me invita con una sonrisa con la que intenta disfrazar sus nervios.

Accedo a su domicilio sin abrir la boca, no quiero precipitarme. Me encuentro el mundo al revés, su casa, que suele estar más perfecta que las cocinas de la tele, parece la habitación de un adolescente de libro.

—¿Qué ha pasado aquí? —cuestiono.

—¿Por qué lo dices? —me pregunta dándome la espalda para subir las

persianas de la terraza.

—¿Hace falta que te responda? —Ironizo.

—¿Lo dices por el desorden? —Se gira un tanto sarcástica.

—Entre otras cosas.

—No me encuentro bien y cuando alguien no se encuentra bien no pierde el tiempo en recoger su casa. ¿No te parece?

Es obvio que se avecina tormenta, los dos usamos para hablarnos ese tono suave falso cargado de rabia.

—Sí, en eso estoy de acuerdo, pero en lo que no es que te creía en Bruselas.

—No pude ir, me puse enferma. —Suaviza el tono.

—¿Y por qué me decías que estabas allí? —le reprocho yendo al grano del meollo.

—Por no preocuparte.

—¿Sí? ¿Qué te pasa?

—Nada, un constipado.

—Entonces no me hubiera preocupado y te podía haber ayudado.

—Vale, no te cabrees —se acerca por primera vez la Fátima de estos meses, alguien meloso y amable—, me gusta pasar las enfermedades sola, me vuelvo insoportable.

Pero no la creo. Y tengo mi razón.

—He llamado a tu empresa, allí me han dicho que tú no tenías ningún viaje a Bruselas programado.

—¿Por qué has llamado allí?

—Porque fui al aeropuerto a buscarte al vuelo que me dijiste y no estabas.

—Se habrán equivocado en mi empresa...

—Fátima..., llevas dos semanas avisándome de que tenías este viaje, allí me han dicho que no, y vengo y te encuentro en casa, ¿puedes tratarme como a alguien inteligente y decirme la verdad? ¿Qué te pasa?

—Nada... ¿Estás un poco paranoico, no? —Escucho cierto tono de burla y me calienta tanto que creo que voy a arder de la rabia.

—¡Vale ya, Fátima! ¿Me tomas por idiota? Tú no estás constipada, me estás ocultando algo y o me lo cuentas ya o me marcho ahora mismo y no me vuelves a ver el pelo.

—¡Vaya! ¡Qué pronto tiras la toalla! Me lo apunto —responde con los ojos

cargados de sarcasmo.

—No le des la vuelta a la tortilla que no cuele. ¿Me vas a decir qué sucede?  
—Mi ritmo acelerado va acorde a cómo me bulle el cuerpo por dentro.

—Tenía una intervención programada.

La estupefacción se apodera de mí. Camino al sillón para sentarme. Fátima, mucho más fría de lo habitual, permanece en pie y como yo no soy capaz de hablar prosigue:

—No te lo iba a decir porque era mi decisión, pero visto lo visto es inútil ocultarlo.

Mi corazón late aún más rápido. No me gusta cómo ha sonado. No me gusta nada. La animo con mi mirada cargada de preguntas a continuar. Ella toma asiento frente a mí.

—He abortado.

Como si una losa se cayera ahora mismo del techo sobre mi cabeza y me dejara conmocionado, así me siento. No lo entiendo.

—¿Has a-bor-ta-do? —Creo que silabeo porque dudo haberlo escuchado bien.

Ella asiente sin aspavientos.

—Eso he dicho.

—Pero ¿estás bien?

—¿No me ves?

Obvio su mala contestación y prosigo un poco más templado.

—¿Cómo ha sido?

—¿Tú qué crees? —responde en un tira y afloja que me está irritando cada ápice de paciencia disponible. Pero quiero entender, por tanto, prosigo:

—¿Sabías que estabas embarazada? ¿Por qué no me lo has dicho?

—No me entiendes —se levanta—, por supuesto que sabía que estaba embarazada, por eso he abortado. No ha sido natural.

Aprieto los labios con fuerza, quizás para acallarme y dejarme espacio para pensar antes de contestar. No me encuentro bien. Diría que me estalla la cabeza. Fátima se levanta, llevándose una mano al vientre, un acto involuntario, y a mí se me cae el alma a los pies. No puedo entenderlo.

—¿Pero cómo...?

—No te hagas el triste ahora y me montes el numerito del novio

responsable. Teníamos un problema y lo he resuelto.

—¿Esto de qué va? ¿Nosotras parimos, nosotras decidimos? —vomito.

Fátima sonrío.

—Pues mira, sí. De eso se trata. Estaba claro que no iba a tener un hijo contigo.

Me acaba de caer un rayo que me carga de indignación. El tono despectivo con el que me ha hecho referencia me desborda y la poca contención que estaba reteniendo salta todas las vallas.

—¿Conmigo? ¿Qué problema tienes conmigo? Bueno, ¿qué problema tienes en general? —grito—. Me estás diciendo que has abortado un hijo mío como si tal cosa, sin haberme dado la opción de opinar. Me acabas de fulminar, Fátima. No me esperaba esto de ti.

—¡Ah, no! ¿Y qué esperabas? ¿Que echara mi carrera por la borda para cambiar pañales?

—¡No, maldita sea! ¡Pero me lo podías haber consultado! ¡Esto es cosa de dos! Así no se resuelven las cosas..., así no.

—¡Venga, no te flipes ahora tú, que no cuele! Tú nunca hubieras querido ese bebé.

—Ahora nunca lo sabremos. —Me levanto y me dirijo a la puerta.

—¿Te vas? —me pregunta con la voz temblorosa.

—Sí y es probable que no me vuelvas a ver, ya te aviso.

—¡Ves! ¡Eso es lo que quería evitar! Lo hubieras hecho antes o después y me habrías dejado el mochuelo a mí.

No me puedo creer lo que oigo.

—Si me crees esa persona, te confirmo lo que antes te dije que era probable, no me vas a volver a ver.

—¿Me estás dejando?

—Fátima, por Dios, me acabas de decir que has abortado un hijo mío sin consultármelo, luego me has llamado poco más que gañán, ¿tú crees que pinto algo aquí?, ¿en serio?

Sus ojos se llenan de lágrimas de rabia mientras ve cómo me alejo de ella y voy hacia la salida.

—Te he dicho que he abortado, nadie ha dicho que fuera tuyo —sentencia.

Mis pies dan la vuelta y mi cuerpo herido le sigue. Me encuentro su rostro



enrojecido y una sonrisa que entiendo maquiavélica.

—¿Estás de broma, no?

Me clava su mirada y por primera vez parece que se piensa lo que me va a decir.

—Para que veas que no soy tan mala y tu moral te deje vivir, quizás no era tuyo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, Rubén, lo digo en serio. Nadie habló de fidelidad... No quería tener un hijo sin saber de qué padre.

Eso es lo último que pienso escuchar. Cojo el picaporte, abro la puerta y me marcho sintiéndome la persona más idiota de un planeta llamado Tierra.

# Capítulo 24

## Rubén

ALEXANDRA. 32 AÑOS. ZARAGOZA. APUÑALADA.

No es lo común, eso es verdad, pero nada en este caso lo parece. Vamos a interrogar a mis posibles enemigos. Todo apunta a que se trata de una venganza hacia mi persona, eso hemos resuelto Luis y yo tras la reunión de esta mañana y como no hay tiempo que perder me dirijo ahora mismo al centro penitenciario Alhaurín de la Torre para entrevistarme con Ramona. Me voy a pasar el día en el coche, pero mi apuesta más segura es ella. Esa mujer me detesta y la veo capaz de vengarse de esta forma, asesinando a las mujeres con las que he tenido relaciones. La clave ha sido la información que nos han desvelado nuestros compañeros de Marbella, la cosa ha cambiado y mucho; es por eso la celeridad en venir.

El camino ha sido largo, y me ha dado tiempo a pensar en Elda. Se complica, podría decirse que ahora el problema es al cuadrado... Me ha llamado su hermana para contarme que hoy Elda no quería salir de la cama, que estaba más desganada de lo normal y por eso ha decidido avisar a un amigo suyo psicólogo para tratarla. Me ha parecido intuir que me pedía permiso, cosa que me ha sorprendido porque la sensación que tuve con ella ayer es que no es de las que piden opinión.

Elda... Ayer quizá fui un poco grosero, pero no quiero dar lugar a equívocos. Yo no veo a Elda de esa forma y menos ahora que estoy preocupado por su seguridad. Zanjado el tema, puedo quedarme más tranquilo y comportarme con naturalidad con ella, el beso que le di aquel día fue provocado por la confusión.

Me abre el control de seguridad de la prisión y aparco. Mientras accedo al módulo donde está presa Ramona envío un mensaje a mi jefe para que sepa que he llegado. Espero conseguir una declaración, pero de sobra sé que mi futura entrevistada es un hueso duro de roer.



Hablo con el funcionario que ha traído a Ramona a un locutorio especial donde los presos suelen reunirse con sus abogados. Me aclara que aunque su comportamiento es aparentemente ejemplar la junta de tratamiento conoce que hay presas que trabajan para ella y que es una de las líderes de la prisión. No me extraña, Ramona no pasa desapercibida, es una mujer con mucho poder, pero solo lo usa para mal. Los fallos del ser humano.

No me gusta el olor de las cárceles, se me queda impregnado en la ropa y aunque la lave no logro desprenderme fácil. Huele como si se quisiese ocultar la mezcla de falta de higiene general con desinfectantes al por mayor.

Accedo al locutorio y allí la veo sentada. No se molesta en disimular su sorpresa al verme. Su imagen me hace retroceder, por unos instantes, a mi época con ella, cuando vivía más de noche que de día.

—¡Hombre! ¡Mi policía favorito!

—Hola, Ramona. —Le tiendo una mano antes de sentarme frente a ella. La observo más delgada y algo desmejorada—. Te veo bien.

—Ja, ja, ja —se mofa—, ¡qué mal mientes!

—No es mentira, estás más delgada. —Es una mujer con curvas y esta pérdida de peso se las ha mermado. Aunque lo que más llama la atención de ella es su espesa melena a lo Lolita Flores. Le sucede que en un cuerpo tan delgado solo se ve pelo, como una fregona despeluchada, pero al revés.

—Eso es por la grandiosa comida que me dan aquí, por cierto, gracias a ti. —Suenan a verdadero resquemor.

—No me des las gracias, Ramona, si te dedicaras a negocios legales no te verías así —le reprocho seguidamente.

—¡Lo que me faltaba! Si vienes a darme lecciones de moral llegas muy tarde. No estoy para aguantar sermones, es lo que tiene la ausencia de libertad, que te permite mandar al carajo a quien te convenga. —Ramona tiene una forma de hablar muy peculiar. Además de que su voz es ronca como una fumadora octogenaria, no pronuncia del todo bien las erres y la ese la silabea. Como apenas pronuncia la ce por su acento malagueño, con tanta ese resonante te dan ganas de orinar.

—No, no seré yo quien te niegue ese placer, pero no vengo a sermonearte, solo quiero recordarte a qué me dedico, por tanto, no te será difícil deducir que solo hacía mi trabajo. No estamos inventado nada nuevo, siempre ha habido

malos y buenos, y tanto unos como los otros se necesitan para poder existir.

—¿Tú eres de los buenos, entonces? ¿Alguien que seduce a una mujer para meterla en la cárcel? Si eso es bondad prefiero ir al infierno.

Como no le falta razón, corrijo:

—Vale, siempre ha habido polis y ladrones... ¿Te vale así? —sonríe aceptándolo—. Me caías muy bien, Ramona, incluso sentí lástima cuando leí la condena, pero no me achagues a mí las culpas de tus errores, porque te estarás engañando a ti misma.

—Me mentiste, Rubén, y eso es lo que nunca te perdonaré. —Me reconoce mirándome a los ojos, donde leo toda su rabia. Es el momento.

—Tanto como para esto... —Le enseño la foto de Julieta semienterrada.

—¿Eh? ¿Qué es eso? —Se tapa los ojos espantada.

—¿No sabes quién es, Ramona? Algo me dice que sí.

Antes de mirarme de nuevo, Ramona aparta las fotos hacia un lado para perderlas de vista. Me topo con un gesto de estupefacción aliñado con sorna.

—¿Vienes a encasquetarme otro muerto? ¡Pues vas listo! No sé quién es este cadáver, pero no tiene nada que ver conmigo.

—¿No ves las noticias?

Se toma un tiempo para responderme.

—¿Es la chica de Murcia? ¿Sí? ¡Venga, hombre! ¿Qué tengo que ver yo con ella? —Suená más ronca por su eminente enfado.

—No sé, dímelo tú.

—Mira, guapo de cara, yo a esa chica no la he visto en mi vida, siento mucho lo que le he pasado, pero, visto lo visto, lo único que tiene en común conmigo es al policía.

—¡Eso es! —Aplaudo su deducción—. ¿Y no te fastidia?

—No te pillo —me confiesa.

—Te creía más lista.

—Pues yo a ti no te creía, claro, y esto lo corrobora. No sé qué quieres contarme, pero termina pronto que tanta estupidez me aburre.

—¿Me odias mucho?

—Pues hombre, en mi mayor estima no te guardo —sonríe al guiñarme un ojo.

—¿Tanto como para matar a quien se acerque a mí?

—¿Yooo? ¿Matar a esta chica? —Se hace la confusa.

—Sí, tú, Ramona Castro, ¿cómo has podido caer tan bajo?

—¿Yo? ¿Pero qué dices? ¿No te acuerdas de que llevo presa un año?

—¡Venga, Ramona, que nos conocemos! Tú chasqueas un dedo y tus secuaces actúan.

—Mira, Rubén, ignoro qué peli te estás montando, pero te aclaro que yo no soy la actriz principal.

—No, claro que no, la actriz era Julieta. —Levanto la foto para que la vuelva a ver—. Tú eres la mala de la peli.

—Encima vienes a insultarme, ¡anda y que te den! —Se levanta de la silla.

—No, espera, Ramona, perdona. —Consigo llamar su atención—. Solo dime que tú no tienes nada que ver, haz que te crea y no te volveré a molestar.

—¿Y por qué he de hacerte tal favor?

—¿Porque no quieres verte entrometida en la investigación de un asesinato?

—¿Estando en la cárcel presa? Pocas pruebas tienes tú.

Y es aquí donde voy a usar la información que me ha llegado hoy.

—Pues mira, tengo una ligera idea... Disponemos de fotos, en las que tu hermano Paco se reúne con Chin Kun, otro de los investigados en este caso.

—¿Y? ¿Qué me quieres decir con eso? —Se nota que la he pillado in fraganti.

—Sabemos que él está interesado en esta zona y se me ocurre que quizás tú le has pedido a Chin Kun un leve favor y a cambio tú le ayudas a instalarse en Marbella.

—Menuda imaginación gastas —ríe— y ¿por qué voy a querer matar yo a esa chica?

—Eso no te lo voy a decir yo, pero tanta casualidad me chirría... ¿comprendes ahora mi visita?

—No, no la comprendo... Es más, no voy a seguir hablando. No tienes pruebas de nada. Vienes a acusarme de asesinato cuando hace un año que no salgo de aquí. Por tu culpa no veo a mi hija, a mi familia, me has arrebatado la libertad. —Vislumbro algo de emoción cuando por lo general muestra un rostro impertérrito—. Si mi hermano ha hablado con el tal Chin Kun pregúntaselo a él, es lo único que te voy a confirmar, esto y que algún día me las pagarás, pero tú, no me hará falta matar a niñas.

—¿Entonces me estás diciendo que...? —Ramona se levanta de la silla y llama a la puerta para que le abran.

—Adiós, Rubén, adiós.

## Capítulo 25

### Elda

BENITA. 49 AÑOS. BURGOS. APUÑALADA.

Me he despertado como resacosa y eso que ayer solo tomé una pastilla para dormir. En principio no pensaba recurrir a la medicación como las otras noches, pero después del jarrón (por no decir río) de agua fría que me echó anoche no pude pegar ojo, más que nada porque estaban ocupados llorando.

¿Cómo pude ser tan ingenua? ¿Un dios como Rubén se iba a fijar en mí, alguien tan normalito? Porque, aunque no me considero fea (cierto es que si lo fuera tampoco lo sabría por mi problemilla), acepto que soy una mujer del montón. Dispongo de buenas cualidades, soy rubia, con piel clara y ojos azules, pero la belleza imponente no es cuestión de rasgos, es más bien de actitud, y de eso ando más que corta. Si me maquillara o me vistiera más provocativa seguro que subiría el escalafón, pero me sentiría disfrazada y a estas alturas de la vida uno ya sabe quién es y ha de actuar en consecuencia. Ni por Rubén, ni por nadie, voy a cambiar el estilo con el que más conforme me encuentro.

Aunque hoy tengo un bajón peor que el de una gripe, en el fondo, lo que ha hecho, aclarando las cosas, es lo mejor. A partir de hoy lo veré como a un amigo (muy guapo) y pasaré esta página virtual que yo misma me creé. El Rubén romántico rellenará otras muchas hojas, pero de mis novelas, porque de algo me va a servir este bandazo.

Bajo las escaleras del chalet de Rubén con cierta naturalidad y me sorprende no extrañarme, como las otras mañanas. Me estoy acostumbrando a su hogar y a pesar de que le faltan muchos detalles me gusta que esté tan vacío. La neutralidad, hoy por hoy, me viene al dedillo, no quiero muchos estímulos. Escucho una conversación entre dos hombres en la cocina y me dirijo hacia allá. Serán Julián y Rubén. Abro la puerta con decisión, no quiero que me descubra alicaída.

—¡Buenos días!

Me llevo un pequeño susto al encontrarme a Julián en compañía de Rafa.

Ellos, por el respingo que han pegado, entiendo que también, pero aun así me saludan sonrientes.

—Estoy preparando un bizcocho, Elda. Si esperas diez minutos te lo podrás comer recién hecho. ¿Te apetece?

—Gracias, Julián, sí, me apetece mucho. Me estás mimando demasiado...

—Lo que tú mereces, bonita. —Se acerca para apretarme el brazo en un gesto cariñoso. Sé que Julián es de poco contacto, pero poco a poco nos vamos acercando.

—Rafa ha venido a sacar a los perros —me aclara, e involuntariamente miro al referido.

—Siento mucho lo que te ha sucedido. —Entiendo lo que dice por los pelos, porque habla para el cuello de su arrugada camiseta.

—Gracias —respondo más o menos sincera.

—Si necesitas algo...

—Gracias de nuevo. Ahora vuelvo. —Salgo de la cocina porque no aguanto tanta tensión. Rafa se está esforzando por hablarme bien, obviamente porque se lo ha pedido Julián, pero ni me mira a la cara ni encuentro franqueza en sus formas. Sonaba a niño revoltoso que cede ante sus padres para que no lo regañen más, pero en cuanto se den la vuelta la volverá a liar. Es un bicho raro.

Justo cuando paso por el salón llaman a la puerta de la casa. Me dirijo a abrir porque si se lo ha permitido el escolta de fuera será alguien conocido.

—¡Buenos días, hermanita!

—¡Hola, Alisa! —Abro del todo—. ¿Dónde has ido? —Nos vimos por la mañana, me dormí de nuevo y cuando he despertado ya no estaba.

—Hola, cariño, he ido en busca de Leo. —Aparta su delgado cuerpo y descubro a un hombre de unos veintimuchos años, alto, moreno, con una nariz bastante destacable que contrasta a la perfección con unos ojos almendrados enormes. Lleva el pelo un poco largo, con un toque moderno, y una barba de diez días rodea una sugerente sonrisa. Viste con un niqui combinado con un pantalón formal, dejando claro que se preocupa por la moda y le gustan las mezclas. Es un tipo... interesantemente atractivo, sí señor. No es de una guapura tremenda, pero hay algo en él que emana sexapil. Le acabo de cortar el traje, esto de buscar personajes masculinos para mis novelas me hace parecer una directora de *casting* de lo más selectiva.



—¡Buenas días, Elda! —¡Madre, qué voz!—. Encantado de conocerte. — Me extiende su mano y yo, hipnotizada por ese sonido de locutor, le respondo como un autómatas, tendiendo la mía, sin dejar de mirar unas arruguitas que le han salido cerca de los ojos que le sientan de vicio.

—Encantada, Leo. —Y esta vez sí que es purita verdad.

—Leo es compañero de la carrera —me explica Alisa mientras se cuele en la casa—. Está especializado en casos como el tuyo.

—¿Intentos de secuestro? —pregunto consternada por tanta casualidad.

—Ja, ja, ja —ríe y los pájaros mueren de envidia porque suena al mejor trino de la Tierra—. Estoy especializado en estrés postraumático y tu hermana y yo consideramos que lo que te ha sucedido no es para menos.

¡¡¡Ohhh!!! Viene a analizarme el coco, ¡qué chasco! Ya está mi hermanita metiéndose donde no la llaman.

—Gracias por venir, Leo, pero yo estoy bien. Lamento que Alisa te haya hecho perder el tiempo.

—¡Ja! —gruñe el único miembro de mi familia que me queda—. Por eso esta noche gritabas y sudabas como un pollo. Os dejo un rato. Estás demacrada, Elda. A tu hermana no se lo puedes ocultar... Me voy a ver la colección de monedas de Julián. —Se encamina hacia la cocina.

—Como nos vemos tanto... —digo por lo bajini, pero como Leo está muy cerca de mí lo oye y me sonrío—. No me apetece hacer terapia, creo que eso lo debe decidir el implicado —digo, pero Alisa ya no me oye, por tanto, me giro para hablar—. No te ofendas, Leo, pero estoy acostumbrada a resolver mis problemas sola.

—No me ofendo, nunca me ofendería nada que saliera de una cara tan dulce.

*Ninoninoni naninoninoninoninoninoni...* (música de *Love Story*).

—Gracias. —Evito que le acompañe la melodía que resuena en mi pensamiento.

—No hay de qué. ¿Estás segura de que no quieres hablar? ¿Puedo sentarme? —Me indica un sofá.

—Claro, claro, siéntate.

Veo cómo dirige su esculpido cuerpo hacia un sillón de la casa del otro rey de la belleza que hay en mi vida. Desde luego no me puedo quejar, estoy rodeada

de Adonis, como ahora llame a la puerta Miguel Ángel Silvestre me caigo de culo.

—Fui compañero de tu hermana en la universidad, la conozco —me sonrío y las arruguitas de sus ojos aparecen de nuevo, ¿debería dejar de echarme contorno?, porque como me sienten igual de bien que a él me ligaba a Brad Pitt sin sudar—. Sé que es muy insistente, así que o nos quedamos aquí un rato o no nos va a dejar tranquilos. ¿No te parece?

Sonrío afirmando.

—Podemos hablar de lo que tú quieras. —Sueno tan sincero y amistoso que decido darle una oportunidad. No he nacido yo para ser borde. Este hombre se ha desplazado para venir a verme y no seré yo la que tenga la mala voluntad de irse. Por tanto, me siento en el sillón de enfrente y le digo que me pregunte lo que quiera. Sin comerlo ni beberlo esta mañana toca terapia (con bizcocho porque el santo de Julián nos lo acaba de servir).

## Capítulo 26

### Rubén

KRISZTINA. 43 AÑOS. CASTELLÓN. DEGOLLADA. SUS DOS HIJOS RESULTARON HERIDOS.

Llego a la comisaría a las seis pasadas. Hace bochorno, hasta el sol se esconde de este calor que no corresponde a la fecha en la que estamos, y que luego duden del cambio climático..., claro que quien duda es tan tonto que se ha metido a presidente por pura rabieta, a ver si sale vivo de esta El pelucas, o con algún amigo, porque dimiten por días. ¿Y yo qué hago pensando en Trump? Estoy tan cansado de coche que me he puesto las noticias de la radio y me han calentado los cascos, ¿me importará a mí mucho lo que haga el tocayo del pato Donald?

Necesito estirar las piernas. Vengo un poco desmoralizado. Creo que no ha servido de mucho mi viaje exprés a la cárcel y he perdido un tiempo que podía haber dedicado a otra cosa. Había que intentarlo, eso sí.

Nada más acceder me topo con Paco y él al verme cambia su gesto para mostrarme una cara de esas que te quieren decir algo.

—Dime. Espero que sea algo importante porque lo mío no ha servido de mucho —suspiro derrotado.

—Bueno... Hay dos cosas.

Le insto con un golpe en el hombro para que se deje de misterio y suelte lo que tenga que decirme ya. Paco es muy de este tipo de numeritos a lo *El mentalista*.

—La primera es que tenemos imágenes de Julieta en la Avenida de los Narejos, sobre las ocho y media.

—¿Sí? ¿Qué me dices?

—Pues sí, se ve que salió acelerada del gimnasio para llegar ahí, pero no hemos encontrado nada más.

—Eso está cerca de mi casa...

—Sí, lo sabemos.

—Quizás vino a verme. —Planteo más en alto de lo que hubiera querido.

—Es posible...

Una daga de culpabilidad atraviesa mi pecho. Quizás escogió el camino equivocado y eso la llevó a la muerte.

—Bueno, ya veremos, la otra cosa es que ya no vas a estar solo.

—¿A qué te refieres?

—A que tienes compañía. La Benemérita ha venido a ayudarnos y es muy buena, pero que muy buena compañía...

—¿Cómo? ¿La Guardia Civil?

—Sí, ellos nos dieron el dato de la reunión de Chin Kun y el hermano de Ramona, el caso ahora podría estar relacionado con el narcotráfico y han decidido involucrarse.

—Bien, cualquier ayuda es de agradecer, pero yo prefiero trabajar con gente que conozco.

Terminada esta frase oigo pasos a mi alrededor y diferencio la voz de mi jefe exclamando:

—¡Aquí está! Rubén, me alegro de que hayas llegado. —Me doy la vuelta y detengo mis ojos en «ella»—. Te presento a Garbiñe, ha venido a colaborar en el caso de Julieta.

—Ya, ya me ha contado Paco. —Le aprieto la mano que me ha tendido—. Gracias por venir.

—De nada —me dice atravesando mis ojos con su enorme mirada color miel—. Soy experta en criminología y tengo un doctorado en Psicología Criminal, llevo varios años trabajando en ello. —Le ha faltado enseñarme sus seguidores en LinkedIn para redondear la presentación.

—¿Sí? Se te ve muy joven. —Eso es mitad verdad, mitad cortesía, pero lo que sí es cierto como un templo es que es endemoniadamente guapa. Muy guapa. Una tía buena con mayúsculas, negrita, cursiva y todo lo que exista en el Microsoft Word para resaltar. Y eso que es pelirroja y nunca me he solido fijar en ellas, pero no creo que haya varón heterosexual en la Tierra que no se dé la vuelta al paso de esta mujer.

—Gracias. —Se sonroja—. Tú también eres joven y ya eres inspector. No te puedes quejar.

—Garbiñe ha venido a echar un cable, Rubén —nos interrumpe Luis—. Le he estado poniendo al día. Trabajaré contigo. Es lo mejor. Hay que encontrar al

asesino ya.

Por muy estupenda que sea esta noticia no sé cómo tomármela. Mi jefe sonrío, pero se rasca la barbilla, gesto que ya distingo lo que indica y creo que es porque sabe que a mí que me busquen una carabina no me apetece del todo y menos aún por la posible verdadera razón de este movimiento. Las cámaras grabaron a Julieta cerca de mi casa, ¿dudarán de mí? El silencio baila entre nosotros tres haciéndose un hueco cada vez mayor hasta que ella se extrae un coletero de la muñeca y en un movimiento hipnotizador recoge su melena rizada del color rojo del otoño en una trenza.

—Bien, Rubén, pongámonos a trabajar —expresa—, ¿qué tal en la prisión? Me ha dicho Luis que has ido a visitar a Ramona.

—Sí.

—¿Y qué tal?

—Mal —le respondo rápido y sencillo.

—¡Vaya! Lo siento. —Garbiñe se da la vuelta para señalar a mi despacho—. ¿Te importa que vayamos allí y hablemos mejor?

Le digo que no y la adelanto para que me siga. Al entrar cierro mi cortina veneciana, una manía que tengo, pero antes veo cómo varios compañeros siguen el rastro que deja Garbiñe y su espalda. No sé yo cómo va a salir este invento con la Guardia Civil.



Al regresar a casa me doy cuenta de que estoy agotado, son más de las once de la noche y ni acordarme de comer. Me encuentro el salón vacío y a oscuras, pero vislumbro luz en la cocina.

—¡Hola! ¿Qué haces aquí? —pregunto a Rafa, que es el único que habita en la planta baja.

—¡Hola, tío! —Se frota la cara adormilado—. Me has pillado medio sobado.

—¿Y Julián? —le cuestiono mientras pellizco un poco de pan que hay al lado de una cacerola de la que brota un olor tan fantástico que creo que me la comería hasta con la tapa.

—Lo he relevado, estaba reventado el hombre. Yo no tenía nada que hacer. Deberías haber contado conmigo también, macho —me recrimina.

—Ya, pero no quería inmiscuir a más gente y...

—Sí, pero Julián está un poco mayor, tiene unas ojeras que le llegan a los tobillos y cojea más, le debe estar matando la rodilla.

—¿Sí? Quizás me esté excediendo con él... —formulo en alto—. No quisiera que enfermara por mi culpa.

—Hombre, no creo que sea para tanto, pero quiero ayudar, ya sé que no me llevo con tu chica.

—Elda no es mi chica —le corrijo—, pero sí, no es que te lleves de vicio con ella y está pasando por un mal momento.

—¡Hombre, Rubén, todo tiene un límite! —Lo veo más ofendido de lo que pudiera pensar en un primer momento—. Sé comportarme y lo que le ha sucedido supera a cualquier riña ridícula.

Tiene razón. Yo le entiendo. Yo, que soy un hombre, pero ahora vete a explicárselo a una mujer y seguro que te dice que estamos locos y que no tenemos ni un pizca de entendimiento. No me la quise jugar. Lo pensé, por no sobrecargar a Julián, pero reculé.

Cuando ocurren cosas así la gente quiere ayudar y volcarse para sentirse útil, pero no todos pueden. Rafa, desde mi sentido común, era uno de los menos indicados para cuidar de Elda, aunque él creyese lo contrario. Se lo podía haber explicado, eso sí.

—¿Os habéis visto? ¿Has hablado con ella? —le pregunto.

—Julián se fue a las nueve y Elda se ha subido a descansar hace un rato. Hemos cruzado alguna frase. Está agradecida porque haya venido. De todas formas se ha pasado el día entero con el guaperas ese.

Esto último me pilló de sorpresa.

—¿Con quién? ¿Qué guaperas?

—Un tal Leo, un psicólogo que ha traído su hermana, que, por cierto, mira qué está buena la tipa, aunque a pesada no la gana nadie.

—¿Quién, Alisa? —La mente de Rafa siempre es tan rápida que cambia de tema cada vez que pestañea y con el cansancio que emano me cuesta pillarle.

—Sí, esa. Muy pija y mandona, pero tiene un revolcón... Le ha dado una tabarra a Julián con las monedas.

—¿Por?

—Quería ver su colección y el otro que no, que no podía enseñárselas.

—¿Por qué no? Si a él le encanta presumir de ellas.

—Pues no sé, pero le ha dicho que no cien veces y la otra erre que erre.

—¡Ufff! ¿Sí? ¡Qué pereza! —bromeo—. ¿Por lo demás todo bien?

—Sí, nada anormal. Excepto que tienes la casa llena de rubias.

Me río. Abro la cazuela y por fin descubro la receta que emana ese delicioso aroma: un calentito guiso de merluza que se come solo con olerlo.

—¿Has cenado?

—No, te esperaba. He traído unas cervezas. Tienes cara de estar agotado, tú. Venga, siéntate y cuéntame que es eso del cumpleaños de mañana.

¡¡Ostras!! ¡Se me había olvidado! La fiesta que me quería hacer Aridane es mañana. ¡Mañana! Si éramos pocos parió la abuela de la casera.

# Capítulo 27

## Elda

M.<sup>a</sup> ARANTZAZU. 51 AÑOS. BILBAO.  
ASESINADA A GOLPES.

Haciendo caso a Leo y a mi conciencia, hoy vuelvo a trabajar. Se lo voy a comentar a Rubén esta mañana cuando se despierte. Pero con mis argumentos estoy segura de que lograré convencerlo. Necesito volver a mi vida, poco a poco, del trabajo a casa, pero el sentirme útil y conectada con la Elda presecuestro me va a liberar de preocupaciones.

Al final, mi hermana se salió con la suya y terminé hablando con el psicólogo a domicilio que me trajo, pero también he de decir que me ha venido muy bien hacerlo. Solté un lastre que me había cargado yo solita bajo los hombros y me tenía paralizada de cuello para arriba. Mi mente se estaba dejando llevar por todos los que me rodeaban sin tomar decisiones por mí misma y eso te va inutilizando cada vez más. Me resultó muy sencillo conversar con él, más de lo que podría haber esperado conociéndome y no lo digo por lo de abrirse a un desconocido, sino por lo atractivo que es. Últimamente me rodeo de galanes y como cuando uno viaja y termina dejando de sorprenderse por los diferentes paisajes de tanto verlos, pues creo que a partir de esta errante etapa de mi vida voy a lograr conversar con los tíos buenos con toda naturalidad.

Leo me resultó muy, muy... ¿cómo decirlo sin parecer una enamoradiza de libro?, muy atractivo. Sí, eso suena apático, tal y como quiero aparentar. Porque en mi interior creo que Leo activó el interruptor que había apagado Rubén la otra noche a machetazos. Aunque cambiar de príncipe tan a menudo no es lo habitual en mí y me hace ver de lo más volátil e infantil, soy consciente. No obstante, he decidido, tras la charla de ayer, analizar y poner nombre a mis sentimientos sin juzgarlos para así poder avanzar en mi madurez emocional. Admito que Leo me gusta. Y Rubén también. ¡Hala!

Ahora, dicho esto, he de trabajar la otra emoción que me está paralizando. El miedo. Me dan miedo cosas en las que antes del secuestro ni caía en la cuenta. Las puertas entreabiertas y la oscuridad detrás de ellas. Asomarme a la ventana.



Salir a la calle y cruzarme con desconocidos... Mi paso por aquel maletero me ha inyectado altas dosis de neurosis que sé que me va a costar nivelar, pero también sé que por una valentía que ignoraba que tuviese salté de aquel maletero y corrí hasta mi salvación sin mirar atrás. Si pude hacer eso, puedo con todo.

Es muy pronto, pero quiero hablar con Rubén antes de que se vaya y me ha parecido oír el agua de su ducha correr. Salgo de la habitación en silencio para no despertar a Alisa, que descansa en el cuarto colindante y bajo la escalera donde mi gatita favorita me espera estirando la espalda. Lo de esta gata..., me sigue a todos lados, es como mi antiguo móvil, que no podía vivir sin él y me le llevaba hasta al baño. Ahora que estoy sin teléfono, me estoy quitando el mono con una gata (la cosa queda entre animales). Cuando recupere la normalidad creo que le pediré a Rubén que me la dé, a la gata. Este bichillo y yo conectamos desde el primer momento que nos vimos.

## Capítulo 28

### Rubén

XUE SANDRA. 32 AÑOS. BARCELONA.  
QUEMADA CON GASOLINA.

Madrugó más de lo normal. Quedé con Garbiñe, mi nueva compañera, a las siete para hacer el visionado de vídeos de la zona donde se vio por última vez a Julieta. Ayer, al final, no pudimos, puesto que nos entretuvimos rescatando y volviendo a analizar los movimientos de su móvil y nos llegaron las últimas señales captadas, que, como nos temíamos, son de una antena cercana al gimnasio. Todo apunta a que apagó su móvil, ¿quién hace eso ya?, y al salir no lo encendió.

Cuando ya estoy casi abriendo la puerta para irme escucho ruido en la cocina. Me puede la curiosidad, voy para allá. Últimamente mi casa está tan concurrida que parece un *bed and breakfast*. Es Elda.

—¡Qué madrugadora! —La sorprendo calentando algo en el microondas de espaldas a la puerta de entrada.

—¡Ayss, qué susto, Rubén! —Se voltea y observo su carita de sueño, deteniendo mi atención en sus párpados algo hinchados, probablemente víctimas del insomnio—. ¿Ya te vas? —me pregunta al reparar en mi atuendo.

—Sí, tengo muchas cosas que hacer hoy y quería adelantar, de todas formas no duermo bien.

—¿Te estamos molestando? Creo que deberíamos volver a casa —titubea mirando al suelo.

—¡Ni se os ocurra! —la reprendo—. Duermo mal porque tengo muchas cosas en la cabeza, me suele pasar. No os podéis ir, hasta que no sepamos quién te secuestró os quedáis. Además, hoy es la fiesta. Vendrá Aridane al mediodía, ya le he hablado de ti.

—El caso es que yo a mediodía no estaré, Rubén.

Lo que dice me deja tan consternado que no hace falta que le pregunte, ella continúa:

—Vuelvo a trabajar. —Con su mano abierta pidiendo silencio interrumpe lo

que estaba decidido a responder—. Ayer hablé todo el día con un psicólogo y llegamos a esa conclusión. Necesito recuperar mi vida, Rubén.

Ese debe de ser el tipo del que me habló Rafa, sabía yo que me iba a traer problemas...

—Me parece muy bien que hagas tratamiento, Elda, pero no tanto que vuelvas a trabajar. Tu psicólogo no cayó en la cuenta de que tu vida puede correr peligro.

—Sí, sí que lo hablamos, de hecho él se empeñó en que esperara, pero yo lo prefiero así. Necesito ir a la cafetería. De momento la universidad puede esperar, pero mi trabajo, no. Hablé con el escolta y me dijo que él irá donde yo vaya y que no le ve problema. Él puede estar ahí mientras que yo trabajo. Lo necesito, Rubén, de verdad.

Y siento, por su voz temblona, cercana al llanto, que lo que dice es cierto. No puedo negarme, aunque sepa que lo más seguro es quedarse aquí. Irá al trabajo con el escolta y él aguardará dentro a que ella termine. He de inspeccionar antes el bar, pero creo recordar que solo tiene una entrada, por lo que imagino que nadie se atreva a intentar agredirla. Sí, es verdad. Aunque de primeras me ha parecido una idea absurda, ahora admito que no es para tanto. Elda, que no ha levantado la cabeza de la taza de café, aguardando mi respuesta, sí lo hace y me ofrece una encantadora sonrisa al escuchar que le digo que perfecto, pero que ahora la llevo yo.



Garbiñe. ¡Ayss, Garbiñe! Es la persona más exacta y metódica que me cruzado en este trabajo. Incluso más que mi excompañera Aridane. Esta ni parpadea para no perder ripio, estoy seguro de que ni se percata del ruido ambiental de la comisaría y de que puede vivir sin comer ni beber un mes por no desconcentrarse. Nos hemos tirado más de cinco horas buscando otras posibles imágenes de Julieta por las cámaras de tráfico colindantes, pero nada. Hasta que de tanto repetir el vídeo en el que salía ella, he caído en que por la calle por la que pasa hay una joyería y muy probablemente tuviesen alguna cámara. Allí que hemos ido y he acertado. El complaciente dueño nos ha buscado los vídeos de ese día y nos los ha grabado en un *pendrive* que ahora examinaremos en comisaría. Las dos y sin parar a tomar café. Ya no puedo más. Mientras Garbiñe

abre la puerta de la comisaría, yo le digo que voy a pasar a la cafetería para ver a Elda y así de paso comprar algo para llevarnos a la boca.



Todo en su sitio. Elda sonreía como hacía días y Pablo, el escolta de hoy, me ha dicho que no ha habido ninguna incidencia. Entro con dos cafés humeantes y dos cruasanes rellenos. Espero que mi nueva compañera no sea muy delicada con la comida, porque Elda me los ha cargado de ensaladilla al saber que estaba prácticamente en ayunas.

—Ya he conseguido abrir el vídeo. Estaba en un formato desconocido, pero he descargado el SMPlayer y ya se puede ver.

Alucino con esta mujer. De momento no encuentro nada en lo que no destaque. Debe tener un coeficiente glorioso.

—Pues yo he traído comida, no muy sana, por cierto. Espero que no te disguste.

—Trae para acá. Me encanta la comida basura.

Mi cara de sorpresa no le pasa desapercibida, puesto que prosigue:

—No engordo. Gasto tantas calorías en el trabajo que me puedo comer lo que quiera. Me imagino que habrás visto mi nivel de concentración —sonríe—, eso adelgaza a cualquiera.

—Doy fe. Eres lo más parecido a un robot que me he echado a la cara.

Ríe y por fin oigo una adictiva carcajada.

—Parezco un poco enferma, ya..., no sé parar.

Mientras hablamos voy dándole su café y su comida y veo cómo sus ojos se iluminan de apetito. Es muy guapa. Muy, muy guapa. ¿Lo dije antes, no?

Quince minutos después, cuando ella regresa del baño, pulsamos el botón de *play* y continuamos la búsqueda...

—¡Ahí está! —exclamamos al unísono cuando vemos la silueta de Julieta pasar. Nos aseguramos varias veces de que es ella y cuando no nos queda duda alguna continuamos la proyección, hasta que...

—¡Qué coño! —profiero al distinguir a una persona—. ¿Qué hace este aquí?

## Capítulo 29

### Elda

JOHANA BERTINA. 32. ALICANTE.  
EMPAREDADA.

—¡Hola! Soy Aridane. —Me sonríe una mujer alta al otro lado de la puerta —. Tú debes de ser Elda, ¿no?

Afirmo y nos damos dos besos, como da lugar. La estaba esperando. He salido a las cinco de la cafetería. Rubén le dijo a la hora que llegaría yo de trabajar y así entre las dos poder preparar algo (un poco de morro sí que se gasta el tío). Con lo que no contó él es con mi hermana, que, viéndose invitada, ha organizado el evento del verano en la Costa Cálida. Rubén le dijo esta mañana, cuando ella bajó, al vernos tan madrugadores, que se lo dijese a quien quisiese y, cual obediente y eficiente beata, eso ha hecho. ¡Que no vengan Pipi Estrada o Carmen Lomana! Pero es que además ha preparado todo con una habilidad que ni que llevara toda la vida de organizadora de eventos; hasta farolillos ha colgado por todo el patio.

—Hola, Aridane, pasa. ¿Vienes sola? —Creía que iba acompañada de su pareja.

—Sí, luego vendrá este, se ha liado con unos negocios.

Es guapa y parece que tiene un cuerpo diez, claro que con esa altura no le hace falta mucho más. Su voz suena muy cercana y su acento madrileño me encanta. Me sigue hasta la cocina.

—¿Pero a quién tenemos aquí? —exclama señalando al suelo—. ¡Queca!  
—Ahora entiendo que se refiere a la gata. Deben conocerse, porque mi amiga mascota ya se ha subido a sus brazos y le está lamiendo la cara con una energía maravillosa, lo que hace que Aridane ría a carcajadas y a mí se me quiten los nervios por conocer a la íntima amiga de Rubén. Su risa suena tan franca y natural que ya me ha conquistado.

—Por lo visto sí que es la gata que tuviste tú —resuelvo—. Ya lo sospechaba Rubén.

—¡Pues claro! ¡Es Queca! Ni te imaginas lo importante que fue para

resolver un caso, esta gata es muy especial, no sé cómo demonios ha llegado hasta aquí. Es alucinante. —Aridane la posa sobre el suelo y Queca vuelve a situarse a mi vera, lo que provoca un gesto de sospecha en mi interlocutora.

—No se separa de mí. Es tremenda —le explico.

Aridane se rasca el cuello pensativa observando la situación.

—Algo quiere... Esta gata sabe mucho. Aunque te pueda parecer una locura, fíate de ella, hazme caso. Me da a mí que esta sabe por lo que has pasado. —Aridane pega un pequeño respingo llevándose una mano a la boca—. Rubén me lo ha contado todo. Espero que no te moleste —expone, y leo entre líneas su preocupación.

—No, no, tranquila. Sé que eres policía.

Aclarado este asunto, veo que ella se vuelve a relajar.

—¿Qué tal estás? Me imagino que no será fácil.

—Bueno..., no, no lo es. Hoy he empezado a trabajar y ha sido un poco raro.

—¿En qué sentido? —me pregunta mientras se sienta en uno de los taburetes de la cocina.

—Pues que yo creía que me iba a venir bien comenzar mi rutina diaria, pero no sé si ha sido acertado. Me he pasado la mañana asustada, cada vez que entraba en la cafetería algún desconocido me entraba el pánico. Lo que antes eran posibles nuevos clientes, hoy se han transformado en posibles asesinos. No fui capaz de relajarme hasta casi el final del turno.

—¡Pero eso es normal! —expone con total rotundidad—. Te va a costar un tiempo olvidar y sentirte segura, pero lo que no puedes permitirte es dejar que el miedo se apodere de ti, como sea él el que tome las riendas no saldrás de casa.

—Eso mismo le he dicho yo —nos interrumpe Julián, que ha salido de la cocina—. ¡Hola Aridane, bonita!

Julián y Aridane se abrazan.

—¡Qué bien te veo, caballero!

—Tú que me miras con buenos ojos.

—Yo creo que volver a estar de servicio te ha venido bien. —Le guiña un ojo.

—Pues mira, sí, ahora me doy cuenta de lo aburrido que estaba. Voy a opositar para policía —bromea Julián.

—¡Seguro que apruebas! Te veo de comisario.

Ríen.

—Mozas, os dejo un rato. Voy al súper a comprar y de paso saco a los perros. ¿Os parece bien?

Le decimos que sí. Se merece un descanso el hombre, lo tengo aquí recluido. Nada más llegar del trabajo ya estaba aguardándome con un café en la mano para que le contara qué tal me había ido el día.

Nos despedimos de él y después accedemos a la cocina.

—Tiempo al tiempo, Elda, poco a poco perderás el miedo. Es muy pronto.

La miro a los ojos con confianza y valoro lo que me acaba de decir. Tiene razón.

—Mira que en teoría nosotros estamos preparados por nuestra profesión, pero cuando te enfrentas a algún tiroteo o situación peligrosa luego te cuesta salir a la calle sin mirar a todos lados —me asegura.

Viene a mi memoria algún episodio similar vivido por mi padre...

—He traído pasteles y una tarta de cumpleaños, ¿quieres un té y un bollito?

—¡Ufff, qué tentador! ¿pero no deberíamos ponernos con los preparativos?

—me pregunta con un guiño apesadumbrado.

—Pues mira, resulta que casi todo lo ha preparado mi hermana.

—¿Tu hermana? —cuestiona sorprendida.

—Una larga historia. Pero sí, esta mañana mi hermana apareció en la cocina cuando Rubén y yo desayunábamos y él la invitó al cumpleaños y le encargó que lo preparase e invitase a quien quisiese.

—Y se lo ha tomado al pie de la letra.

—Totalmente. Yo creo que él lo ha hecho para que me deje un poco en paz. Es muy pesada.

—¿Tienes buena relación con ella? —me cuestiona dudosa.

—La veo muy poco. Vive en EE. UU., pero cuando viene se hace notar. Ya la conocerás.

—¡Pues dame uno de esos pastelitos! Me muero de hambre.

Y yo me doy cuenta de que también. Por tanto, sirvo ese té y me siento frente a mi nueva amiga policía.



Son las ocho pasadas y subo a mi habitación a arreglarme, bueno, a la habitación que Rubén me ha prestado en su casa. Me he pasado la tarde charlando con Aridane. Una mujer de lo más normal, y eso, por muy paradójico que parezca, no es fácil. Me ha caído fenomenal. Aunque yo tenga ese defectillo de no distinguir la fealdad, sí descubro la belleza y ella lo es. Sobre todo en su interior. Hemos conectado desde el primer momento y nos ha costado ahora despegarnos para arreglarnos.

Me sentía muy segura con ella, y eso en estos últimos días lo valoro como nunca pensé que haría. Aridane cada dos por tres se acercaba a la ventana a mirar al coche escolta, pero sin decirme nada, para que yo no me percatara de ello. Transmite seguridad, se la ve alguien firme, decidida y valiente, pero, sin embargo, me ha dicho que el terreno emocional nunca se le dio muy bien, al igual que a mí, por eso creo que nos hemos caído tan bien. Somos dos bichillos raros. Nos hemos reído contándonos batallitas.

Saco de la bolsa un pantalón ajustado con una camisa estampada larga semitransparente y unos zapatos de tacón. Me los ha traído mi amiga Cristina. Sabía que yo no podía ir a mi casa y me ha preparado todo el *look*, puede que me hiele, pero si no quiero discutir con ella tendré que vestirme tal cual. Mis amigas y su escasa confianza en mi estilo... Mónica y Cristina también vienen a la fiesta. Rosa no podía, tenía algo con su familia política, pero las otras dos me han wasapeado la invitación que les había remitido mi hermana y contestaban que no se lo perdían por nada del mundo entre emoticonos asombrados.

No sé decir si me apetece o no... Por una parte, sí, para despejarme, por otra, me siento tan perdida que ignoro si podré mantener conversaciones. A todo esto, espero que el homenajeador se digne a venir porque lleva toda la tarde posponiendo su llegada por asuntos de la investigación. Eso sí, nos ha llamado para añadir a más gente, una nueva compañera y varios polis más.

Oigo unos golpecitos en mi puerta.

—¿Puedo pasar, Elda? —Es mi hermana. Le digo que sí.

Alisa se adentra en mi habitación y me quedo obnubilada ante un vestido de lentejuelas pequeñas que brilla más que las carillas de las dentaduras de los famosos.

—¿Me he pasado un poco? —me pregunta frunciendo la nariz. Que Alisa dude de su vestimenta me hace apreciarla algo más humana y me detengo en



observarla indicándole que se gire con atención. Está guapa. Aunque la prenda es un poco recargada, para mi gusto, a ella le va bien en pro de un cuerpo escultural.

—Estás muy guapa, Alisa, de verdad.

—¿Sí? —Noto su cara de ilusión—. Es que me he traído poca ropa... Me lo pondré con la cazadora vaquera y así le resto importancia, ¿verdad?

—Puede que sí, ya sabes que no soy muy docta en moda.

Alisa sonrío y viene a sentarse en el borde de la cama y me observa mientras me sigo vistiendo.

—Pues esto te queda muy bien, no sé porque dices que no...

—Me lo ha traído Cristina —la interrumpo.

—Ahh... de todas formas, no te lo he dicho, pero estás muy guapa, Elda. Tú tienes tu estilo, no te hacen falta artilugios para brillar.

El apabullamiento se hace cargo de mí en estos momentos. Nunca mi hermana me había dicho algo así. Ella nunca reparaba en mi presencia y cuando lo hacía era para poner muecas de fastidio por mis fachas, según decía ella. Como advierte mi consternación, pega unos golpecitos a su lado de la cama indicándome que me siente. Le hago caso.

—Ven que te maquille un poco. No te muevas. —Alisa sale de la habitación y regresa a los segundos con un neceser del que extrae productos. Apuesto que cualquiera de ellos debe ser más caro que mi coche. Comienza a hablar:

—Va a venir Leo. Lo dejaste impresionado...

—¿Ah, sí? —digo intentado gesticular lo mínimo posible para no estropear su obra.

—Sí, me dijo que eras muy bonita y especial. Me gusta para ti. Leo es un gran tío... ¿Qué tal estás?

—Ahora mismo patidifusa. Leo es realmente guapo, ¿cómo pudo decir eso de mí? Se lo tienen que sortear.

—Bueno... No le ha ido muy bien. Y tú eres muy guapa, siempre estás igual, Elda, no te menosprecies. Después de lo que has vivido tienes que esforzarte en cambiar y dejarte de chorradas. Leo ya te conocía, te vio en los entierros de...

—¡Ahh! Pues no lo recuerdo. —Impido que hable de la muerte de nuestros padres. No me apetece hurgar en la brecha.

—Ya, me imagino..., pero siempre que hablaba con él, me preguntaba por ti, le pareciste muy guapa. No te muevas —me regaña.

No me lo puedo creer, pero si Alisa lo dice...

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte? —le pregunto sin intentar sonar mal.

—No sé..., creo que hasta que no detengan al culpable. Me da miedo dejarte sola.

—No estoy sola, están mis amigas...

—Y Rubén, ya... Este chico es muy pero que muy majo. ¿Te puedo preguntar algo?

—¿Cuándo has dudado tú en decirme lo que sea?

Alisa obvia mi comentario y va a lo que le interesa:

—¿Tienes algo con Rubén?

Le digo que no con mi cabeza.

—¿*Sure?*

—¿Tú crees que alguien como yo es para él? —Bajo mi cuello para mirarme de arriba a abajo.

—¡Ajjj! Eres muy pesada, ¿desde cuándo eres tan víctima?

—De siempre, se ve que de siempre... Igual que mi hermana pusiese cara de asco cada vez que me veía me ha ayudado a no sentirme la más bonita del lugar.

—¡*Oh, my god*, Elda, éramos pequeñas! Solo recuerdas de mí lo malo, continuamente me das las sensación de que me odias.

—Alisa, venga, que tú y yo no es que hayamos sido las mejores amigas, no me vegas con rollos —espeto un poco harta de tanta hipocresía.

—Ni las peores, Elda, ni las peores. Además, ahora solo nos tenemos tú y yo, deberíamos esforzarnos por mantener el lazo familiar.

—Eso lo dice quien no se dignó en venir ni una vez cuando murió papá a ver cómo estaba su familia...

—Eso lo dice alguien que ha sido madre, que sabe lo que es querer a un ser de tu propia sangre y que en su momento andaba un poco perdida en otro país intentando tapar el dolor que le provocaba haber perdido a su padre. Además, sabes que papá y yo... —me responde sin enfadarse.

—Muy bien. —Me niego a seguir con este tema—. Lo intentaré. ¿No echas de menos a tu hija?

Alisa se piensa la respuesta mientras me aplica colorete con un arte que ni un pintor de acuarela.

—Pues mira, Elda, no sé qué decirte. Adoro a mi hija, *of course*, pero es muy demandante, todo mi tiempo se lo dedico a ella y estos días me están sirviendo para volver a mí.

—¿Y tu marido? —le pregunto sorprendida porque al otro lado del charco no todo sea felicidad y alborozo.

—Cuando seas madre verás que los hijos son tuyos. Además, mi marido se pasa el día trabajando, apenas ve a la niña. Les viene bien un poquito de intimidad, y está mi suegra.

Me callo. Este no es el recuerdo que guardo de mi hermana, ¿habrá cambiado? ¿Estarán confundiéndome los prejuicios? La persona que tengo ante mí es más sincera y menos artificial de la Alisa que conozco. Debería plantearme darle una oportunidad, al fin y al cabo, tiene razón, es el único familiar que me queda. Es muy aburrido vivir constantemente enfadado.

—So, ¿me vas a dar una oportunidad? —me pregunta como si leyera en mi mente.

—Si dejas de hablar medio en español, medio en inglés ayudaría.

—Sé qué estás pensando —me ignora—, te conozco, eres *my sister*. Después de lo que te ha sucedido tengo claro que quiero formar parte de tu vida y que tú lo hagas de la mía. *Step by step*, no vamos a construir una relación en una charla, pero debes pensar que hoy por hoy nadie te quiere tan incondicionalmente como yo, por muy diferentes que seamos. Cada vez que me acuerdo cuando me llamó Rubén y... —Se le toma la voz—. ¡Ya estás! He de añadir que te he dejado preciosa. *Look at you*.

Me levanto y veo mi reflejo en el espejo. ¡Ostras, pues sí que estoy guapa! Parezco una presentadora. La ropa de Cristina me otorga un estilillo elegante y el maquillaje de mi hermana me destaca los rasgos, sobre todo los ojos, sin exagerar. Se lo agradezco con un abrazo fuerte. El que le tenía que haber dado cuando vino.

—Vamos a intentarlo, Alisa —le respondo con cierto temblorcillo en la voz llevada por la emoción.

Ella me besa en la frente y se gira para ver nuestra imagen en el espejo. Sonreímos y creo que las dos pensamos en este momento lo mismo, que nos

damos un aire.

—Venga, bajemos. Ya está todo preparado y se oye a gente en la terraza. — Tiene razón. Ya es un poco tarde. Abrimos la puerta y bajamos las escaleras cogidas de la mano—. Elda —dice a mi oído—, ese Rubén va a caer rendido a tus pies, eres la mujer más bonita de la fiesta—. En ese momento justo se abre la puerta de la casa y por ahí accede el susodicho acompañado de... —«¡*Oh, my god!*», resopla mi hermana al ver lo mismo que yo, al ejemplar femenino más perfecto..., ¡va! a la tía más buena del mundo.

## Capítulo 30

### Rubén

JANE. 58 AÑOS. LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.  
RUTAL PALIZA. MUERE UN MES DESPUÉS.

Ha sido un día duro. Difícil. Largo. Extraño. No sé cómo describirlo. Cuando he visto su imagen en el vídeo...

Hemos decidido no llamarlo, Garbiñe ha optado por vigilarlo, puesto que hoy es uno de los invitados a la fiesta. A pesar de que estoy casi convencido de que él no ha hecho nada, me parece bien. Ignoro cómo me voy a sentir engañando a uno de mis mejores amigos de por aquí, pero es lo que toca. Cuando uno elige esta profesión sabe a qué atenerse, pero creo que lo mío es excesivo hasta para los de *Hawaii 5.0*.

Por eso he invitado a Garbiñe a la fiesta y a dos compañeros más. Alisa me ha estado taladrando durante todo el día a llamadas para añadir gente a la lista y yo, sabiendo que son de confianza, he aceptado y así intentar que pasen más desapercibidas nuestras pesquisas.

Me ha resultado imposible acercarme antes para ayudar a preparar, aunque según me indicaban Aridane y Elda todo iba sobre ruedas gracias a mi voluntariosa organizadora de eventos. Sabía yo que a la hermana de Elda se le iban a dar bien estas cosas.

Hemos pasado antes por casa de Garbiñe para que se arreglara. Hace menos de cinco minutos entramos por la puerta coincidiendo con la incorporación a la fiesta de mis dos nuevas compañeras de chalet, que por cierto estaban preciosas, Elda sobre todo. Me he dado cuenta de la cara que han puesto al ver a Garbiñe, confirmando que mi nueva carabina resulta espectacular tanto para hombres como para mujeres. Las he dejado charlando y yo me he subido a pegarme un duchazo rápido y aviarme un poco.

¡Hay que ver lo bien que siento una ducha! Elijo un vaquero claro y una camisa negra como atuendo de mi fiesta por mi otro nacimiento, me echo mi perfume y bajo, sin más, a la terraza posterior del chalet, que, aunque está a la vista de todos los vecinos porque el murete no es muy alto y yo no me he

molestado en cubrirlo, es mucho más grande que el patio anterior y es donde está situada la barbacoa de obra. El coche escolta sigue apostado delante de la puerta principal, donde se localiza la carretera, y los dos compañeros que han venido, Marcos y Toño, se encargarán de vigilar que nadie se acerque al murete de la terraza.

Mientras bajo la escalera reparo en que se oye bastante follón y me entra un picorcillo de estrés. Quizás no sea lo más apropiado, sumergido en una investigación como me hallo, celebrar este tipo de fiestas, pero es que después del vídeo todo ha tomado otro sentido, aunque Garbiñe se ha empeñado en que yo disfrute de la fiesta y de mis invitados alegando que ella estará pendiente de él.

Abro la puerta del salón que conduce a la terraza y...

«¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!», todos corean y aplauden al tiempo que me miran y sonríen y, pese a que yo no soy muy vergonzoso, siento algo similar al rubor en mis mejillas.

—¡Venga, va! ¡Que todos sabéis que no es mi cumple! ¡Dejaos de chorradas! —les grito.

—¿Cómo que no es tu cumple? —Oigo una voz que me reprende a mi espalda—. ¡Debes celebrarlo más que el de verdad, sosainas! —Me vuelvo para abrazar a mi amiga Aridane.

¡Oh, Dios! Tener a Aridane cerca es volver a casa, a mi vida feliz, a Madrid... La abrazo con fuerza, percatándome de que la noto algo más escurrida, pero cuando me separo veo que está muy guapa, aunque no se haya arreglado ni la mitad que el resto de mujeres de por aquí. Por las piernas de Aridane no entran nada más que pantalones. Las faldas y vestidos, en contadas ocasiones, y el maquillaje suele brillar por su ausencia.

—¿Cómo está mi poli favorito? —me interroga mirándome a los ojos—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti, tonta. Os echo de menos a todos.

—¿Pero a mí más, no?

—Pues claro —le confieso entre risas y cosquillas.

Charlo con Aridane con la naturalidad que añoro, mientras ambos miramos al grupo que concurre en mi terraza. Por supuesto me pregunta por la impresionante Garbiñe y en voz más baja le digo quién es y cuál es la verdadera

razón por la que está hoy aquí. Para vigilar a Rafa. Mi amigo sale en el vídeo que conseguimos de la joyería instantes después del paso de Julieta. Aridane disimula su conmoción sonriendo y, tras un minuto pensando, expresa:

—Encaja. Es un tipo raro, sabe todos tus movimientos y conocía a Julieta y a Elda... Pero no sé, no lo veo claro.

—No, ni yo. Probablemente sea casualidad. No deja de ser el camino de nuestra casa.

En ese momento Julián se acerca a nosotros para saludarnos. Cambiamos de tema bruscamente, bromeamos un poco con él hasta que me informa de que se va un momento a su casa a por no sé cuál condimento imprescindible para la barbacoa. Cuando nos vemos otra vez solos, Aridane me pregunta mucho más cerca de mi oído (hemos de ser discretos):

—¿Y a Julián? ¿Se lo has contado?

—No, solo a ti. Julián... Garbiñe también duda de él.

—¡Sí, hombre! —Me golpea fuerte un hombro—. ¡Esa mujer es una Mata Hari! ¡Sospecha hasta de ti, fijo!

—No te digo yo que no —le confirmo—, pero no es para menos. Me acosté con la víctima.

—Pero con Elda, no... ¿No? —duda en el último momento.

—No, por supuesto que no.

—Pues esa chica es perfecta para ti, te lo iba a decir más tarde, pero ya que ha salido el tema...

«A», el novio de Aridane, aparece detrás de nosotros con cara de prisas. Acaba de llegar. Mi amiga lo fustiga con una pequeña reprimenda por ausentarse durante toda la tarde, pero él, como siempre, después de que ella suelte todo lo que le arde, le pide perdón con un comentario jocosos consiguiendo que los tres riamos y «pelillos a la mar». Así funcionan. Es imposible discutir con «A», un tipo de lo más tranquilo que desborda un gran sentido del humor, y sobre todo, está loco perdido por Aridane. Hacen una pareja envidiable, su relación refleja salud. Se lo pasan en grande juntos y eso, al fin y al cabo, es lo que importa. En otros tiempos, cuando tenía pareja, compartíamos muchos momentos con ellos y daba gusto. «A» es un tío muy grande y divertido... Y pensar que de primeras no me fiaba de él... las vueltas que da la vida.

Parece que se abre la veda de las felicitaciones y todos los reunidos se

acercan para hacer lo propio, incluso los desconocidos. Elda me presenta a dos amigas suyas y a Leo, diría yo que un tipo bastante chic, se da un aire a Santi Millán.

Mi compañero Paco ha traído a sus dos peques, que están disfrutando de lo lindo con mi perrita y la gata, y, junto a su mujer, son los últimos en felicitarme.

Justo llega Julián en ese momento y, como suele repetirse en las barbacoas mixtas, los hombres nos dirigimos al fuego y las mujeres se alejan de él para charlar. Después de todo, puede que haga caso a Garbiñe y me relaje un poco dejando a un lado la investigación. Con una cervecita que me trae automáticamente «A», suelto un poco el freno para dar paso a algo de diversión.



# Capítulo 31

## Elda

FLORI. 32 AÑOS. BARCELONA. ACUCHILLADA.

Mirándola llevo toda la noche. Creo que el resto de invitados también, por lo menos mi hermana es otra de las afectadas. A cada minuto se me acerca para decirme al oído cosas como:

«Debe de estar operada del pecho, imposible tenerlo en Groenlandia a estas edades».

«¿Te has fijado en los labios? Eso es colágeno fijo, no creo que sean naturales..., no».

«¡Vaya ojos! Aunque apuesto a que lleva pestañas postizas, sí, seguro».

«¡Y qué cutis! Seguro que se hace tratamientos *antiaging* cada semana».

«¡Ufff! Mataría por esa melena. ¿Tú crees que lleva extensiones?».

Y cuando Garbiñe se ha dado la vuelta para acercarse un momento a Rubén y todos nuestros cuellos han girado, probablemente llevados por la esperanza de que por detrás empeorase, escucho a mi Pepito Grillo particular:

«¡Oh, my god! ¡Qué culo tiene la tía! ¡Debería asegurárselo! ¡Ufff, qué coraje! ¡Se me está atragantando!».

No me queda más remedio que reírme, y al conjunto de mujeres que tengo a mi lado tampoco. De pronto se crea una carcajada cómplice porque todas y cada una de nosotras pensamos lo mismo y es mi hermana la que se encarga de verbalizarlo:

—¿Pero de dónde sale esta mujer? ¿Del mismo Venezuela? Está para darle en todos los morros a las suecas, ¡que viva España! ¡Qué barbaridad, chica!

Y entonces, se abre la veda, y antes de que llegue ella todas expresamos nuestra conmoción por ver a una mujer tan guapa.

Me estoy divirtiendo. Sí. Que mis amigas hayan venido me ayuda a sentirme más calmada, la conversación que he mantenido con Alisa hace un rato ha abierto un nuevo canal de comunicación entre nosotras y con Aridane creo que he encontrado a una nueva amiga. La mujer de Paco, Arancha, es muy maja,

pero la pobre está pendiente de sus fierecillas y apenas puede pararse a conversar (casualmente, a su marido sí que le da para charlar). Y Garbiñe... Encajaría en los cánones novelescos que fuese estúpida y engreída, pero no lo parece. La encuentro algo seria, quizás por timidez, y menos festiva que a las demás, pero lo poco que he hablado con ella me ha sonado bien.

Mientras la comida de la barbacoa se va cocinando, Aridane y yo, alistadas por mi hermana, sacamos unas bandejas de pinchitos que ha encargado en un *catering* a muy buen precio. Eso abre un poco la división heterófoba y nos mezclamos entre sexos. En los peroles que he estado, como dicen los cordobeses, al final, en el fuego, se quedan dos y todos los hombres, que al principio se acumulaban, van dispersándose como gránulos efervescentes al agua. En este perol los cocineros son, claramente, Julián y Rafa. El resto irán de vez en cuando a apostillar alguna cosita, a mover las brasas, pero la verdadera faena correrá a cargo de ellos, me juego una mano.

Posamos las bandejas en una mesa para que la gente picotee lo que quiera, e instantes después veo que alguien me mira desde la distancia con mucha, mucha profundidad... Voy hacia él. Leo está muy sexi hoy, este hombre sabe vestir muy bien, mezcla formal con casual de una forma magistral (o por lo menos para mí, lo mismo va hecho un *Los lunes al sol* y yo lo veo tan actual). Cuando estamos próximos nos saludamos con dos besos y reparo en un perfume suficientemente masculino, bastante potente, de esos que te pican en la garganta, pero que te dan ganas de volver a oler. Combina a la perfección con su sólida voz. Ayer quedamos en que la charla no había sido de paciente-psicólogo, que era algo mucho menos profesional, y me dejó claro que, por lo que a él respecta, no somos más que nuevos amigos y que no necesito terapia.

Miro a Rubén de soslayo y justo nuestras miradas coinciden. Él me sonrío, como agradecido, incluso irradia algo que no había visto en él, felicidad. Se halla junto a Aridane, su novio y Garbiñe. Ella sí que es una mujer para él, por eso debe de emanar esa luz. Me lastima no ser yo la que lo provoque, pero como la vida sigue me doy la vuelta para descubrir al otro hombre que no me deja indiferente. Soy una mujer joven, sana, soltera que no tiene que dar explicaciones a nadie. Después de lo que me ha sucedido no voy a dormirme en los laureles, pienso que si es verdad lo que me ha dicho antes mi hermana, Leo y yo... ¡Uyys! pisadas en mi estómago.

## Capítulo 32

### Rubén

ADA GRACIELA. 34 AÑOS. IBIZA. APUÑALADA.

Todo iba demasiado bien... Para la próxima me apunto que no vengan niños a la fiesta. La que acaban de liar los liendres estos. Han descubierto la manguera y en un descuido de sus padres la han abierto y ha sucedido en mi patio algo que no le apetecía a nadie: se ha hecho la lluvia, con sus temidas consecuencias, los invitados chorreando. Nos han puesto perdidos a casi todos, pero la peor parte (u ola) se la han llevado Garbiñe y Elda, que son las que estaban más cerca y han luchado por quitarles el dragón (como decían ellos). Esto en verano es una anécdota, pero, aunque hace muy buena noche, no tanto como para estar mojado. He tenido que ir corriendo a buscar toallas para todos los afectados y justo cuando estaba en ello han saltado los plomos de mi casa, dejándonos sin luz. Aunque lo he solventado pronto, me he asustado porque la luz de la farola de mi casa también se había fundido esta noche. Ha entrado a decírmelo el compañero que hacía escolta un rato antes. Total, que en un momento estábamos todos empapados y a oscuras en mi casa y fuera.

Ahora que hemos recuperado la calma y la fiesta comienza a resurgir me permito respirar hondo. Me he llevado un buen susto, el apagón me pilló lejos de Elda y fue lo primero en lo que pensé. Lo admito. Puede sonar paranoico, pero creí que alguien entraba a por ella. Cuando bajé, casi matándome por la escalera, y descubrí que todos habían encendido las linternas de sus móviles me sentí tonto perdido. De todas formas busqué a Elda y la vi muy bien acompañada, Garbiñe, Alisa y Aridane la escoltaban y esta última me lanzaba una mirada cómplice, dejándome entender que había sospechado lo mismo. Luego lo pensaré detenidamente, pero en mi casa nunca antes habían saltado los plomos y lo de la farola...

Me intento serenar dando un buen trago al Rioja que ha traído «A». Espectacular el vino, siempre te puedes fiar de sus elecciones, es todo un entendido en la materia. Me fijo en los invitados, las amigas de Elda, aunque no

he conversado mucho con ellas, me han resultado simpáticas y se han mostrado muy agradecidas por lo que estoy haciendo. Son guapas, por lo que mis compañeros no les han dado tregua y llevan toda la noche atacándolas. Como Leo, el tal Leo no se ha separado ni un segundo de Elda, excepto cuando sus ángeles de Charlie la han rodeado para protegerla, el tipo no ha cesado de hacerle carantoñas, bromas y caricias; cada vez que los miraba su mano estaba en alguna parte del cuerpo de ella, asunto que no parecía importarle a la acariciada, porque se la veía bastante contenta.

Paco y su familia se acercan para despedirse y anunciarnos que los niños van a estar castigados hasta que celebren las Olimpiadas en Madrid. Son los primeros en marchar, cerca de las doce. Al resto se los percibe muy animados, son más jóvenes, sin cargas y es viernes noche; ni con otro tsunami *mangueril* los echo yo de aquí.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Aridane.

—Mejor de lo que esperaba, según llevaba la semana... Me ha venido muy bien este oasis de vida despreocupada.

—Somos policías, Rubén, pero antes personas. Ser policía es tu trabajo y cuando sales de él estás en todo tu derecho de hacer lo que te dé la gana, pero sobre todo desconectar.

—¿Y me lo dices tú? —pregunto con sarcasmo.

—He cambiado, Rubén, por eso te lo digo. Yo no podía seguir así, llevándome todos los casos a mi casa. Ahora valoro mi tiempo libre y disfruto de él todo lo que puedo.

—Eso has de agradecérselo a «A».

—Por supuesto, él es quien me ha hecho ver que mi conducta me iba a acarrear algún problema a la larga. De lo que resuelvo que a ti te está faltando encontrar una «A» pronto.

—Deja, deja...

—Mira Rubén, lo de Fátima sucedió hace dos años y no era tu pareja ideal, tú quisiste creerlo, pero os faltaba algo, desde fuera se veía. Ahora que estás rehaciendo tu vida deja de escarbar en el pasado. Estás rodeado de mujeres interesantes, mira a tu alrededor. Mujeres que podrían hacerte feliz. Por cierto, por muy guapa que sea Garbiñe, me quedo con Elda, y tú, aunque no lo sepas, también.

—¿Yo? ¿Por? —pregunto sorprendido.

—Porque cuando las dos estaban empapadas tú no mirabas a la guardia civil, y ya te digo que el resto de machos de la fiesta sí, hasta «A». Querido, tus ojitos solo se han dedicado a desnudar a la escritora.

—¡Anda ya! ¡Tú alucinas! —La empujo, pero caigo en que es cierto que me sorprendí al encontrar a Elda muy sexi toda ella empapada y con la ropa pegada al cuerpo y a Garbiñe no la recuerdo—. Yo no me quedo ni con una ni con la otra, no estoy para líos.

—Precisamente para lo que estás es para líos... ¿O no dices que estás aburrido? —Me guiña un ojo traviesa.

—¡Rubén! —Me sobresalta la voz de mi compañero Paco por la espalda.

Aridane y yo nos damos la vuelta y, tanto ella como yo, advertimos que algo ha sucedido antes de que Paco vuelva a hablar. Su anterior cara de diversión que mostraba al despedirse se ha tornado en preocupación extrema. Nos hace un gesto de que le sigamos sin abrir la boca. Así hacemos. Rápido atravesamos mi casa siguiendo sus pasos y cuando estamos abriendo la puerta de entrada no aguanto más y le digo:

—¿Se puede saber qué pasa?

—Lo vas a ver tú mismo —dice antes de abrir la puerta.

Nos encontramos al compañero escolta fuera del coche alumbrando con su móvil al suelo que hay frente a la valla de mi casa. La familia de Paco lo espera al otro lado con cara de susto.

—Mira, Rubén —me dice Paco.

Voy hacia allá en tres zancadas y lo que veo en el suelo iluminado me provoca un vuelco al estómago descomunal, uno de esos que podrían hacerte vomitar toda la barbacoa.

—¡Un zapato! —explota Aridane, llevándose las manos a la boca después.

—¡Rubén, ven! —Oigo a mi espalda la voz de Garbiñe. Me giro.

—Ahora no puedo, hemos encontrado...

—Es mejor que vengas —me interrumpe—. Solo tú, por favor.

Su petición y su voz suenan tan extrañas que no puedo negarme. Voy hacia ella y pasamos al salón de mi casa. Cuando estamos dentro y ella se asegura de que no hay nadie más, saca de su bolsillo un pequeño objeto.

—Mira lo que había en las brasas de tu barbacoa.

—¿El qué? —pregunto consternado acercando mis ojos a sus manos.

—Una cadenita de oro, y aunque está un poco estropeada parece que pone *carpe diem*.

¡Oh, no! ¡La cadena de Julieta!

## Capítulo 33

### Elda

MÓNICA. 32 AÑOS. ÁVILA.  
ASESINADA DELANTE DE SU HIJO DE TRES AÑOS.

Hacía días que no dormía tan bien. Son cerca de las doce de la mañana y sigo saboreando los resquicios de un sueño tan profundo como reparador. Probablemente haya sido el vino, me dejé llevar y tomé varias copas. Ni recuerdo cuántas, pero es que estaba riquísimo, bajaba solito por mi garganta, suave y cálido a la vez, desinhibiéndome y ganando confianza en mí. ¿Por qué será que cuanto más borracha vas más segura te sientes? Paradójico.

Anoche me lo pasé como hacía tiempo y eso que al principio dudaba de la conveniencia de la fiesta. El caso es que me sentí tan arropada y tan querida por mis amigas, incluso por Alisa, que olvidé mis dramas. Amnesia selectiva. Leo también tuvo mucho que ver en mi diversión. Mucho que ver. Jugamos, mutuamente, al filo del coqueteo descarado pero clásico y eso creo que es lo que provoca que tenga esta sonrisa boba pegada en mis labios. Es que Leo me gusta bastante y más que eso. Es guapo, inteligente, divertido y se le ve tan interesado que me hace sentir especial. Ayer me reconoció que se había fijado en mí cuando vino al tanatorio a dar el pésame a mi familia, que le sonaba de la biblioteca, y que le parecí una chica muy guapa. Me confió que cuando Alisa lo llamó para contarle lo que me había sucedido no dudó en venir y así poderme conocer. No sé, Leo me lo pone tan fácil que creo que es en quien tengo que poner toda mi atención. Es como el señor Knightley en Emma y no el apuesto Frank Churchill, quien de primeras promete, pero todo se queda en un chasco olvidable.

Me siento un pelín golfa fijando mi atención en Leo cuando hace días suspiraba por los huesitos de otro, pero es que nunca se me habían presentado chicos tan interesantes como estos dos. Mira que es mala suerte, me tiro toda la vida rodeada de abejorros sin ton ni son y en menos de una semana se me aparecen dos abejas reales poderosas, de las que no puedo más que enamorarme como una estática florecilla repleta de polen que ofrecer a los insectos que la visiten. Por tanto, como me dijo ayer mi amiga Cristina en la fiesta: «La mancha

de mora con otra verde se quita. Rubén ya te ha explicado lo que siente por ti y tú no puedes cambiar eso, lo que sí puedes, y debes, es seguir viviendo y Leo parece que te quiere acompañar... Está como un queso, quiero detalles». Me río recordando la cara de bruja que puso.

Hoy tengo turno de tarde. Se lo pedí a Olga para poder disfrutar de la fiesta. Antes me gustaría hablar con Rubén, pero dudo de que esté en casa. Ayer pasó algo, lo sé. Vi salir y entrar a los policías de la fiesta, con cara de circunstancias, desde las doce hasta que acabó. Casi desde el apagón, cuando estaba empapada. Rubén, Aridane y Garbiñe no se separaron, estuvieron conversando con un ímpetu profesional, mirando de un lado a otro como si quisiesen evitar que el resto los oyéramos. Muy raro.

Bajo a la cocina y por suerte me encuentro con Rubén. Acepto que se me han subido los jugos gástricos por encima del nivel indoloro, es que es muy guapo y le tengo tanto cariño... Está solo. Me saluda con una sonrisa y una mirada tan intensa que mis propósitos de desplazarlo de mi mente al rincón de la amistad tambalean más que una casa de pladur en pleno terremoto. Me dice que acaba de volver de la comisaría y cuando reparo en que lleva la misma ropa que ayer me aclara que no ha dormido. Mataría por conducirlo a su habitación y quitarle la ropa, acostarme a su lado y... ¡¡Elda!! ¡¡Para!! ¿Qué me está pasando? Tengo las hormonas revolucionadas.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Te has puesto roja de pronto.

Se me ha debido notar mi desliz erótico. Toso para disimular.

—Sí, sí, estoy bien, un poco cansada... Bueno, cuéntame, ¿qué pasó ayer?

—¿Ayer?

—Sí, en la fiesta. Estabais muy raros. Desde el apagón. No te quise molestar, pero estaba preocupada.

—¡Vaya! ¿Te diste cuenta? Eres muy observadora. —Me halaga mientras da unos pasos para acercarse a mí. Me quedo más quieta que la flor de la que hablaba antes porque está tan cerca que puedo olerlo y huele tan bien... Rubén estira su mano para llevarla a mí. ¡¡Ay, por Dios!! ¿Tendré otra legaña? ¡Qué vergüenza! Pero no, noto sus dedos trasteando en mi cuello. Consigo elevar la cabeza para mirarlo de frente y pedirle una explicación. Creo que mi pulso se para cuando nuestros ojos se encuentran en tal proximidad.

—Tenías el cuello mal puesto. Ya está —dice, un poco titubeante, antes de



alejarse para volver a la posición de inicio, en la que yo podía respirar con normalidad.

—Gracias. —Saco fuerzas para recomponerme y proseguir al tema que me preocupaba—. ¿Entonces?

—No cuentas nada, Elda, por favor.

Le expongo con total firmeza que no pienso desvelar nada a nadie y entonces él me confiesa que anoche encontraron otro zapato de mujer en la puerta de la casa. Que no saben cómo llegó hasta allí si el coche escolta estuvo apostado en todo momento y que se han pasado toda la madrugada buscando a quién le puede pertenecer, pero no tienen avisos de mujeres desaparecidas. Creo que mis articulaciones pierden fuerza y busco una silla antes de caerme al suelo. Rubén se da cuenta de mi flojera y viene a mí en un segundo. Se pone de rodillas frente a mí, mientras yo me esfuerzo por respirar despacio y no llorar. Pensar que hay otra mujer en ese maletero, otra mujer sufriendo el miedo que padecí yo, otra mujer a la que van a asesinar en mi lugar... No lo puedo evitar, una lágrima se escurre.

—No debería habértelo contando —me susurra muy despacio mientras me seca las lágrimas que no he podido contener.

—No, has hecho bien. Prefiero saber, pero duele pensar por lo que puede estar pasando..., yo lo he vivido. —Me ahogo al hablar.

—Chsss. —Me pide que no siga hablando—. No sabemos qué pasa, Elda... Puede ser una casualidad, una broma de mal gusto, o vete a saber.

—¿Una broma? No creo que nadie juegue con algo así, además de que nadie sabe lo de los zapatos, ¿o no?

—No, eso no se ha filtrado a la prensa, pero da igual. Hasta que no tengamos el aviso de una mujer desaparecida solo son suposiciones. Con muy mala pinta, pero suposiciones. Así que tú tranquila, Elda, no quiero que lo pases mal antes de tiempo. —Rubén se levanta del suelo y tirando de mis manos me levanta de la silla—. Ven aquí, pequeña —susurra antes de abrazarme—. No me gusta verte llorar. A ti no te va a pasar nada, ¿me oyes?

Lo oigo, pero de lejos, estoy concentrada en sus caricias en mi cabeza y su figura corporal pegada a la mía. Yo no soy muy alta, pero lo suficiente para encajar a la perfección entre sus brazos. Rubén me abarca por completo y no puedo evitar pensar en dar al botón de pausa en el tiempo y quedarme aquí de

por vida. Desciende y sube sus manos por mi espalda con una cadencia tan exquisita que voy a morir de desconsuelo cuando se despegue de mí.

—Hueles muy bien —dice despacito con tono de gusto.

—Y tú, me encanta tu perfume —se me escapa con un entusiasmo revelador. Debería haberme quedado calladita, pero la taquicardia no deja espacio al autocontrol.

El momento que no quería que llegase se incorpora con rudeza a la escena y Rubén se separa de mí, pero añado que antes me ha echado una mirada diferente, tanto que por un segundo creía que me iba a besar, parecía que me estuviese descubriendo en ese instante, sus ojos me contemplaban interrogantes y su cabeza tomó un impulso hacia mí que me llenó de ilusión; ilusión que se desvaneció al advertir el cambio de dirección un tris después.

Se despide para subirse a descansar un rato y yo me quedo en la cocina compuesta y sin..., más bien me quedo descompuesta.

¿Qué ha sido eso?

## Capítulo 34

### Rubén

ESTEFANÍA MARÍA. 26 AÑOS. SEVILLA. APUÑALADA.

Ya es lunes. Tras un fin de semana agotador comienza un nuevo día y todo apunta a que voy a poder descansar poco. El asunto del zapato sin dueña y la cadenita nos traen de cabeza. Sigue sin haber denuncias por desapariciones. Al principio dimos el aviso a comisarias de la región, pero viendo que no había respuesta ampliamos el ratio al nacional, con el mismo resultado: cero mujeres desaparecidas.

Y estoy seguro de que una mujer debe de estar en manos del asesino, pero hay tantas posibles explicaciones del porqué de la ausencia de denuncias, como, por ejemplo, que viva sola, que no puedo frenar mi ansiedad por mucho que me digan que espere. Sé que una mujer puede estar a punto de morir y nosotros ni siquiera sabemos quién es. Desde luego el psicópata es de lo más macabro y cada vez tengo más claro que quiere acusarme. Lo de la cadena ha sido el colmo de los colmos. Otro asunto estresante. ¿Qué hacía la cadena en la barbacoa de mi casa? ¿Quién la dejó? En un comienzo pensamos en los invitados a la fiesta, pero luego analizamos la situación resolviendo que podía haberla echado cualquiera. Esa pared del patio es baja para una persona ágil; eso conlleva que pudo desprenderse de ella en cualquier momento, no solo el día de la fiesta. Aun así, Garbiñe sigue desconfiando de Rafa; yo nada. Estoy convencido de que él no ha sido. Conozco a Rafa y sé que es muy inteligente, nunca jugaría tan mal sus cartas, lo de los zapatos... Pero ¿para qué iba a echar la cadena de Julieta en mi barbacoa? No tiene sentido. Él no sabe que andamos tras él, por tanto, se estaría incriminando porque a partir de encontrar la joya todos los invitados se han convertido en sospechosos. Todos. Al menos, los hombres: Leo, Julián y Rafa, y mis compañeros de comisaría, pero estos quedan descartados. Alguno de ellos pudo desprenderse del zapato cuando entraba con disimulo y echar la cadena al fuego en un momento de despiste colectivo. Pero ¿para qué? No es lógico. Eso es lo que le llevo intentando explicar a Garbiñe desde el primer día,

y ella no cede.

Garbiñe... Es tozuda e incansable; no se agota nunca. Me sorprende, también, la capacidad que tiene para analizar varias hipótesis a la vez. No cierra ninguna probable vía y trabaja con todas ellas. Yo soy más de centrarme en una y tirar del hilo hasta que se tense o se afloje, pero ella abre varias madejas simultáneamente con un talento asombroso. Aquí la tengo frente a una pizarra que ha llenado de fotos y de hilos al estilo más yanqui que te puedas imaginar, parecemos salidos de cualquier serie de polis.

—Rebobinemos —dice sin mirarme, pero me alegra que me incluya, normalmente suele pensar sola—, tus líos con la mafia rusa los damos por descartados, el tal Paul está totalmente fuera de cobertura y tú no eres su principal enemigo, en todo caso Aridane, pero, vamos, nuestros informantes nos ha confirmado que está de capa caída.

—Sí, yo esa teoría también la descarto. —Me acerco a su lado para hacer como ella: mirar la pizarra sin tregua.

—Luego está el narco al que detuviste, Niky Juárez, tampoco parece claro. No le va mal en la cárcel, sus negocios siguen fluyendo, además, pronto saldrá por no sé qué vacío legal, no le conviene nada meterse en estos líos.

—Estoy contigo —coincido.

—Y Ramona, esta me gusta menos, sus tratos con Chin Kun, el odio que aparentemente te tiene..., no la descolguemos todavía.

—No, deja a Ramona en la pizarra —confirmo—. Hay algo que me huele mal con ella y este caso. Ella podría querer cabrearme... Además, el otro día recordé la conversación que mantuve el día que la detuve y se destapó mi tapadera, me dijo algo así como que iba a seguir habiendo prostitución y trata de blancas aunque ella estuviese presa y que no me creyese ningún caballero blanco porque solo era una pieza muy pequeña de ese puzle. He pensado que quizás ha asesinado a Julieta y lo ha intentado con Elda para darme donde más me duele —me explayo.

—Sí, dejémosla, a mí tampoco me convence... Vamos con Alejo, el exnovio de Julieta. Líos de juego, relación tormentosa, puede ser que se enterara de vuestro *affaire*, pero ¿por qué atacó a Elda? No me cuadra.

—Con este chico no sé muy bien qué pensar. Es bastante inmaduro y atropellado mental, pero de ahí a asesinar a Julieta, no lo veo. Asesinar no es

fácil, no todo el mundo puede matar a alguien, se necesita cierto arrojo...

—Bueno, el alcohol y las drogas convierten a cualquier mindundi en Barbaroja —me interrumpe—, y sabemos que el chico esa noche bebió.

—Pero la mataron a golpes, si vas muy borracho... —me cuestiono en alto sin terminar la frase.

—La autopsia se encamina más a la precipitación. Pudo darle un mal golpe, tirarla por una escalera, algo que puede hacer cualquier borracho.

Me da qué pensar. Pero sigo sin encontrarle explicación al secuestro de Elda.

—¿Pero para qué iba a secuestrar a Elda? —planteo mi duda.

—¿Para esto? —nos señala Garbiñe—, ¿para que lo descartemos? Quizás no sea tan tonto como crees y usó a Elda de paracaídas, o incluso de venganza, te vio con ella, pensó que era tu pareja y te la quiso arrebatarse. No sé, es un chico con líos de juego, ya tiene problemas de conducta... Bueno, sigamos: Rafa, ¿qué opinas? —me pregunta mirándome frente a frente.

—Rafa no ha matado a nadie —expongo—, es un tío un poco raro, tímido, un tanto huraño, digamos que con poca habilidad social, se ha pasado de porros, probablemente, pero yo he salido con él, le he visto tratar a las chicas que conocemos y jamás me ha hecho ningún comentario sexista o ha infravalorado a ninguna mujer.

—¿Y eso es lo que te convence de que él no ha sido? ¿Tus noches de marcha cuando salís a ligar? —me dice con un tono un tanto sarcástico.

—Pues sí, eso entre otras cosas. Rafa es buena gente, lo sé. Además, yo soy su amigo y él no me haría algo así.

—Fíate tú de los amigos —le dice al aire, y yo pienso que Garbiñe será muy guapa pero está llena de desconfianza, deduzco que algo le ha debido suceder para que su actitud sea tan recelosa—. Entonces, a Julián también lo das por descartado —afirma.

—Hombre, Julián es el que está cuidando de Elda, ¿tú qué crees? —Ahora soy yo el que usa la ironía—. Si pensara que es el posible asesino no lo hubiera dejado con ella. No creo que Julián, a estas alturas, se ponga a matar a jovencitas, además de que se pasa el día con Elda, no tendría tiempo real de secuestrar a ninguna más.

—Tenemos un zapato, no un secuestro —me corrige.

—Tenemos el zapato de una mujer secuestrada, lo pintes como lo pintes — la corrijo yo a su vez—. Ni Rafa ni Julián han matado a Julieta, puedes creerme o no. —Me enfado, que toquen a mis amigos me da mucha rabia, no lo puedo disimular—. Sé que eran los dos que estuvieron más cerca de las brasas toda la noche, pero ninguno sería tan tonto. Son buena gente. La cadena pudo echarla cualquiera y en cualquier momento. ¿Y el psicólogo? ¿Leo? ¿Qué te parece?

—Que estaba en la fiesta y no dejó de mirar a Elda. Por lo que dices acaba de aparecer en su vida —resopla—, que sea un *gentleman* no lo convierte en asesino, pero no lo perdamos de vista tampoco.

Casualmente ambos dejamos de mirar la pizarra a la vez y nuestras miradas coinciden. Garbiñe me sonrío con gesto amable y avergonzado. Ella misma se explica.

—Sé que soy un poco cabezota y algo tosca cuando estoy en modo investigadora, perdona si algo de lo que diga te molesta.

—No te preocupes, pero que dudes de mis amigos me ofende —le contesto tranquilo, conmovido por su sinceridad y por su belleza. Cuando Garbiñe se relaja es impresionantemente guapa—. Se va haciendo tarde, ¿te apuntas a comer algo que no sea un sándwich?

Ella aprieta sus labios y con una mueca mortificada dice:

—Faltas tú.

—¿Eh? —No la entiendo.

—Que faltas tú, tú también estabas en la fiesta y conocías a las dos afectadas.

—¿Cómo? —Me echo para atrás.

—Rubén, quiero ser sincera, en ningún momento has dejado de ser sospechoso para mí.

—¿Qué? —Mi tono de voz se alza solo.

—No te alteres, yo solo te estoy diciendo la verdad.

—Si desconfías de mí, ¿qué hago llevando el caso contigo? —El dardo envenenado que me acaba de lanzar no me permite regular mis emociones.

—No desconfío de ti, eso no, yo solo te estoy diciendo que también apareces en la lista de sospechosos.

—¿Me estás echando vaselina? Eso es lo mismo Garbiñe —le digo con rabia.

—No, no es lo mismo. Yo no creo que tú hayas asesinado a Julieta y secuestrado a Elda, pero apareces en todas las escenas y eso no puedo negarlo.

—Aparezco porque el asesino lo está haciendo así y si no lo ves no eres tan lista como creía.

—No te pongas a la defensiva.

—Me pongo como me da la gana —vomito lo que me arde dentro.

—Vale, dejémoslo ahí. —Levanta su palma de la mano para pedir tregua.

—Me voy a comer. —Le doy la espalda para dirigirme a la salida, pero antes de abrir le pregunto—: ¿O estoy detenido?

Garbiñe no me contesta y yo salgo pegando un portazo que hace que todos los que por allí rondaban se asusten.

# Capítulo 35

## Elda

ISABEL PAIXAO. 51 AÑOS. SALAMANCA.  
ASESINADA DE UN TIRO.

Me tiembla el cuerpo por dentro de miedo. Acabo de vivir unos minutos espantosamente reales. Por cada segundo que transcurría mis fuerzas flaqueaban más y mi interior perdía vida del aceleramiento al que estaba sometido.

A veces tienes la verdad frente a ti y no te das ni cuenta, esta vez ha sido Alisa la que ha puesto la voz de alarma. Me explico.

Estábamos en la cafetería y ella ha venido porque alegaba estar harta de pasar sola las horas y así aprendía a hacer bizcochos para su hija. Llevo ya unos días trabajando y parecía que iba superando el miedo a la gente, mi fobia social iba en descenso y ya hasta atendía a nuevos clientes. Tras sucesos traumáticos, de esos que desestabilizan tu cotidianidad, te das cuenta de todas las cosas que antes eras capaz de hacer sin percatarte y ahora sudas la gota gorda nada más que para intentarlo. Como cuando sufres de una contractura cervical y crees que jamás vas a poder girar el cuello, añoras tu anterior agilidad y percibes cada centímetro nuevo que la contractura suelta, pues así me siento yo cada vez que salgo a la calle y me cruzo con gente (o posibles psicópatas).

El caso es que la mañana iba tranquila, Alisa en vez de hacer bizcochos ejercía de psicóloga con Olga, puesto que lleva fatal la muerte de Julieta y la posible vinculación de su hijo, real o no, pero sabe que la gente lo señala con desconfianza. Todo en orden hasta que entró el búho con toda su parafernalia e incógnita, se sentó en su mesa, de espaldas al mostrador, y comenzó su habitual ritual de girar el cuello a trompicones cada tres segundos para observarnos. Olga y yo suspirábamos de cansancio, ya que no nos apetecía atenderlo hoy. Fui a preguntarle la comanda y cuando regresé Alisa me metió el miedo en el cuerpo con sus preguntas:

«¿Quién es ese?», «¿por qué os mira todo el rato?», «¿desde cuándo viene?»...

Y entonces me he dado cuenta de que él podía haber sido mi agresor y el



miedo ha ocupado toda mi esencia. Ellas insistiendo en que lo siguiera atendiendo mientras avisaban a Rubén, para que no sospechara, y yo sintiéndome encajada en el suelo y estática del mismo terror. Cuando fui a servirle, la bandeja temblequeaba más que el salpicadero de mi coche y cuando se levantó para pagarnos en caja, salí despavorida a la cocina porque no era capaz de permanecer allí sin gritar «socorro» ni un segundo más.

Ahora estoy escondida y llorando a moco tendido como una niña pequeña, arrodillada en el suelo, sujetándome las rodillas con la mano y escondiendo mi cabeza entre ellas. Yo diría que tengo un ataque de ansiedad en toda regla.

—Levanta, Elda —oigo a Olga—, tenemos que avisar a Rubén. No le cogía el teléfono a tu hermana.

—No puedo, Olga, no puedo —le contesto entre sollozos.

Siento cómo ella se agacha para ponerse a mi altura.

—Elda, relájate, ya se ha ido y no es más que una suposición... probablemente él no haya sido, tranquila, mi niña. —Intenta, muy inteligentemente, serenarme—. Escúchame, hay que llamar a Rubén. Yo no tengo su teléfono.

—No puedo, Olga, no puedo ni pensar —repito.

—Pues debes. No te vuelvas loca, es un cliente raro, nada más, probablemente él no haya sido. No te anticipes.

Cojo fuerzas para levantar la cabeza y explicarle:

—No es solo eso, Olga, estoy asustadísima. No es solo por él. Creo que nunca voy a poder dirigirme a un extraño sin desconfiar de él y yo no era así, yo vivía tranquila y ahora no, ahora no —lloro.

—No sabes cuánto te entiendo, cariño, pero se te irá pasando con el tiempo.

—Casi me matan, Olga, y sigue suelto. —Habla el miedo por mí, ese que estos días estaba conteniendo para no preocupar a la gente y que se ha liberado de mi endeble freno interno.

—Lo sé, cariño, lo sé..., relájate —me dice secándome el mar de lágrimas que estoy fabricando—. Venga, respira.

Le intento hacer caso e inhalar despacio y profundo. Parece que las lágrimas cesan, pero el miedo sigue ahí enganchado como una sedienta sanguijuela. Me siento sin fuerzas.

—Avisa a Leo —le pido—. Tengo un ataque de pánico.

—Ahora lo llamamos —me dice extendiéndome mi teléfono—.  
Desbloquéalo, por favor, primero hay que poner al corriente a Rubén, Alisa ha  
salido tras el búho.

—¡¡¿Qué?!!

## Capítulo 36

### Elda

JAQUELINE. 75 AÑOS. ALICANTE.  
ASESINADA A GOLPES.

—¡Alisa, por favor! —le grito por el teléfono.

—No consigo hablar con Rubén —me dice Olga con cara de preocupación. Probablemente se sienta culpable porque ella ha animado a mi hermana a seguir al búho, con la idea de avisar a Rubén, pero ahora no damos con él y Alisa anda detrás de un posible asesino y no hay forma humana de hacerle entender que deje de jugar a la Scully murciana.

—Tranquila, Elda —me responde mi hermana con un tono tan relajado que me estresa aún más—. No se ha dado cuenta de que lo sigo. Además, a mí no me conoce, soy una paseante más, *don't worry*.

—¡Que no me preocupe, dice! Vas detrás de un posible psicópata jugando a vete saber qué y dices que no me preocupe. No lo haría si estuvieras de compras, o tirando de tarjeta en la farmacia, pero ¡¡leches, estás siguiendo al búho!! —espeto con voz desesperada.

Veo cómo Olga se aleja de nuevo para llamar con su móvil a Rubén, antes le he dado su teléfono, pero no nos lo descuelga. Da señal hasta que salta el contestador.

—Yo creo que estoy llegando a su casa. —Escucho a mi hermana—. Estamos caminando por un barrio residencial, bastante lejos, por cierto. Hemos pasado varias cafeterías, lo que quiere decir que va a cosa hecha a la vuestra.

—¡No me importa, Alisa! Ya lo investigará Rubén en cuanto se lo contemos.

—¿Y qué le vamos a decir?, ¿que sospechamos de un búho? ¿Y quién es? Al menos así tendremos una dirección.

—¡Ya encontraremos la forma de que lo averigüe! ¡Pero jugándote la vida, no!

—¡*Oh, my god*, Elda! No seas *crazy*, aquí nadie se está jugando nada. Yo estoy dando un simple paseíto por mi barrio.

Ahora recuerdo lo cabezona que era mi hermana. A mis padres les costó la vida hacerse con ella (y no lo hicieron). Desde pequeña fue por libre, defendiendo a capa y espada sus ideas, y ellos más bien tuvieron que adaptarse a tener una hija independiente y testaruda como cualquier comentarista político. Todo lo debatía con tal cantidad de argumentos que por no oírla le daban la razón. Sé que no la voy a convencer, así que desisto.

—Imposible, Elda, Rubén no lo coge. —Regresa Olga—. ¿Qué hacemos?

—Nada —le contesto a ella y para que lo escuche mi hermana por el móvil—. No podemos hacer nada. Esperar a que Alisa nos avise desde algún maletero.

Durante más de un minuto Alisa nos va describiendo las casas que hay por la zona y cómo se llaman las calles hasta que al fin nos dice que el búho se ha metido en una.

—¡*Oh, my god!* No vive nada mal el tieso este, ¡menuda choza! Ni mi amiga Karen... Chicas, este ejemplar tiene un pedazo chalet independiente que ya lo quisiera yo para mí.

Me hace gracia cómo lo dice porque a pesar de que ella se esfuerza por sonar bilingüe cada día que pasa la murciana que habita dentro de ella está derrotando a la glamurosa norteamericana.

—Bueno, pues ya está, ya puedes venir, apunta la dirección y tira para la cafetería —le ordeno.

—Sí, sí, ahora voy, dejadme hacer unas fotos para enseñárselas a Rubén. Os cuelgo y ahora voy para allá. Corto y cambio —ríe y cuelga.

Me quedo mirando el teléfono con cara de interrogación, ¿cómo podemos ser hermanas mujeres tan diferentes? Es que el blanco y el negro o Paquirrín y su padre se parecen más que nosotras, Alisa es valiente, positiva, emprendedora, pragmática y la guinda de todas las fiestas y yo en lo único que coincido es en el apellido.

Olga regresa con el teléfono en mano.

—Toma, es mejor que se lo expliques tú. Es Rubén —me dice con cara de alivio.

Cojo el móvil.

—¡Rubén! Te hemos estado llamando.

—Ya, ya, es que me quedé sin batería. ¿Qué tal? ¿Pasa algo? —Hasta su voz me estremece y me eleva el pulso.

—Ehh, pues sí, sí pasa, es Alisa...



Rubén nos ha dicho que en cuanto Alisa regrese a la tienda lo avisemos para acercarse. Ha estado muy cariñoso al notarme tan nerviosa. Se preocupa por mí de una forma tan bonita que me halaga. Me deja espacio y acepta mis decisiones, pero sé que está ahí peleando para encontrar a quien nos ha hecho esto a Julieta y a mí y para protegerme. No es dictador ni empalagoso, me escucha y me entiende. Cuando todo esto pase sé que vamos a ser grandes amigos; cuando se me muera el enamoramiento.

El móvil vuelve a sonar. Es Alisa. Descuelgo.

—¿Dónde estás?

—Ni te lo imaginas. —Oigo su voz por los pelos, habla en susurros.

—Dime.

—Dentro, estoy dentro.

—¿De dónde? —No la entiendo, pero justo antes de que responda sé lo que va a decir y mi comida sube como un cohete a mi boca.

—De la casa del búho.

## Capítulo 37

### Rubén

YOLANDA. 50 AÑOS. BURGOS.  
ACUCHILLADA.

Del impulso me he dejado llevar y he hablado con Luis para comentarle que quería llamar a Rafa para interrogarlo. Pensando que, al fin y al cabo, el caso era mío y Garbiñe solo había venido para ayudar. Yo era el que tenía las riendas de la investigación hasta su aparición y ya estaba bien de tanto ninguneo.

Y eso he hecho. Rafa viene para acá. Le voy a interrogar, le guste a Garbiñe o no. Y si no que me detenga. No tiene sentido que el inspector que lleva el caso sea un posible sospechoso, ni aquí ni en la Conchinchina. Luis lo descartó por completo y por eso me dejó a cargo de la investigación, y ahora viene esta a dudar de mí, ¡venga, hombre!

Me ha dado tiempo a comer un sándwich de la máquina y llevo un rato intentando plantear el modo del interrogatorio. No tengo muy claro cómo preguntarle a Rafa, sin que se note, que estamos en posesión de un vídeo en el que se le ve detrás de Julieta el día de su desaparición. Estoy metido en mi despacho y no voy a salir hasta que me avisen de que Rafa me espera en la sala de interrogatorios. Eso es algo que sí que tenía claro, no ir a recibirlo; un poco de nervios al verse solo, y dentro del cuarto me servirá para valorar su conducta. Yo lo conozco; o eso creo.

Suenan unos toc, toc en mi puerta. Doy permiso para entrar y a la que veo un mechón pelirrojo mi gesto se endurece. Es ella. Cuando está totalmente dentro de mi despacho cierra la puerta. Nos miramos. Juraría que su gesto parece más amable de lo habitual.

—Me ha dicho Luis que vas a interrogar a Rafa.

—Sí —le respondo serio.

—¿Te importa que lo vea?

—No, pero no intervengas.

—Gracias. —Se da la vuelta y sale.

¡Ahh! ¿De qué va esta tipa? ¡No la aguanto!

Otra vez oigo que llaman a la puerta. Espero que sea ella para pedir disculpas, o mira, mejor no, prefiero no verla.

—¡Adelante!

—Rubén, ya está el sospechoso en la sala —me dice Paco.

—Genial, ahora voy.

—Suerte, tío.

Me he puesto un poco nervioso, así que me tomo unos minutos para sentarme y respirar, debo ir concentrado. No es plato de buen gusto interrogar a un amigo.



—¡Hola, Rafa! —Intento que me vea animado, sin la seriedad que se presupone en estos casos, que entienda que sigo siendo su amigo y que esto es cosa de otros o de otras.

Ni me responde, su cara es un crucigrama, debe de estar ansioso por desvelar el porqué de la citación.

—Hola, Rafa —insisto.

—¡Ahh! ¡Hola! No te había escuchado—. Si me había escuchado, eso es una coletilla nerviosa; por otra parte, normal.

—¿Qué tal?

No me contesta.

—¡Rafa! —le llamo la atención.

—¡Ahh! Perdón, estoy un poco constipado y no oigo bien.

Mentira.

—Pues conecta la antena porque esto es un interrogatorio y esa era la pregunta más fácil —bromeo, pero al escuchar la palabra interrogatorio se ha recolocado en la silla.

—Dime. —Mira descarada e intencionadamente a la cámara.

—Que, ¿qué tal?

—Como cuando tengo en mis manos un nuevo videojuego chino sin traducción, pues así. No sé qué pinto yo aquí.

Me hace gracia. Rafa suele hacer muchas comparaciones con videojuegos o juegos de mesa. «Esto es como el no sé qué del Call of Duty o del Catán». Nosotros nunca lo entendemos.

—Solo van a ser unas preguntas. No te preocupes.

—Ya lo veremos... —me interrumpe asustado.

—Tranquilo, Rafa.

—No sé de qué va esto, ¿puedes empezar ya, por favor?

—Vale, vale... En mi fiesta de cumpleaños sucedió algo, que no te puedo desvelar, que os ha convertido a todos en sospechosos.

—¡Joder, como el Cluedo! —se le escapa. Es un friki.

—Más o menos, sí. Quiero saber qué hiciste el miércoles 2 por la tarde.

—¿Cuándo desapareció Julieta? —Se lleva las manos a la cabeza—. ¡No me jodas!

—Tranquilo, Rafa. Es solo por rutina.

—Sí, rutina... ¿Y a Julián? ¿Le habéis preguntado? Porque él también estaba en la fiesta, lo he visto esta mañana y no me ha dicho nada.

—Hombre, Rafa...

—Ya... —Se disculpa.

—Pero sí, lo haremos. Os preguntaremos a todos. Cíñete a responder, Rafa. ¿Qué hiciste ese día?

—Pues no sé, no lo recuerdo.

Me quedo callado un tiempo para darle tiempo a recordar. Le observo rascarse la cabeza mientras mira hacia la izquierda. Como no dice nada, se lo aclaro.

—Piensa, Rafa. Esa respuesta no nos vale.

—Es que no me acuerdo, de verdad. Dame un momento. ¿Puedo mirar en mi móvil?

—Sí, claro.

—Si leo los correos o los wasaps igual quizás me venga algo —explica.

—Perfecto. Buena idea —intento animar.

Le dejo su tiempo mientras paseo por la sala. Fuera me están viendo por cámaras, presiento que Garbiñe debe de estar sufriendo por no poder entrar y eso me propina un picorcillo de gusto con sabor a venganza que me entusiasma.

—¡Ahh! ¡Ya! —exclama—. No hice nada. Tenía que presentar unas instrucciones de una expansión del Dominion y no salí de casa.

—¿No saliste? ¿Estás seguro?

—Sí, sí, segurísimo.



—¿Ni a comprar el pan u otra cosa?

Rafa me mira con extrañeza.

—Yo no como pan y la compra la hago por internet. No salí a nada.

—¿Al banco?

—¿Al banco? —Me mira como si le estuviera preguntando a qué huelen las nubes. Rafa, que es un obsesionado internauta, no irá al banco ni para abrir hipoteca. Le insto con un gesto a que se lo piense de nuevo—. Que no, que a nada. Tenía mucho lío. Es una expansión un poco farragosa y me había retrasado, lo debía haber entregado a finales de mes y estábamos a 2. Esa tarde lo envié, lo puedo demostrar.

—El día de la fiesta participaste en la barbacoa, ¿viste algo extraño en las brasas?

—Yo acompañé a Julián, no tengo ni idea de barbacoas, si había algún condimento raro no me habría dado ni cuenta.

—No me refiero a la cocina, ¿viste a alguien echar algo al fuego que no fuera lo propio? —puntualizo porque no me está entendiendo.

—No. —Resuelve rápido—. Yo que sé.

—¿Y cuando entraste por la puerta principal observaste algo en el suelo de la calle?

—No, no me acuerdo, vamos.

—¿Viste a Julieta después del día que la conocimos?

—¿De ese sábado?

Afirmo.

—No, la conocí esa noche y la siguiente vez que supe de ella fue por las fotos colgadas por todo el pueblo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Ya no sé qué más preguntarle... Está mintiendo. Rafa está mintiendo. Sí salió ese miércoles y en el vídeo se lo ve tan cerca de Julieta que es poco probable que no la viera.

La puerta de la sala se abre de golpe.

—Buenas tardes. —Veo a Garbiñe con un sobre en la mano. La miro estupefacto, ella me hace un gesto rápido con la cabeza antes de sentarse frente a Rafa y tenderle el sobre.

—¿Si no saliste a la calle por qué apareces en este vídeo? —Extrae una foto del sobre y se la muestra.

Yo tengo tal cabreo que creo que podría levitar al techo si empleara esa mala energía en ello. ¿Cómo puede ser tan prepotente? ¡Era mi interrogatorio!

—Pedí que no entrara nadie —le digo con el tono más neutro que sé poner.

—Lo sé —me responde sin dejar de mirar a Rafa—, pero eso ahora no es importante. ¿Qué hacías aquí? Te aseguro que es el día 2 y ese eres tú en la calle.

Debe de estar saliéndome humo por las orejas literalmente. Creo que nadie ha conseguido ponerme de tan mala leche como esta tipa, pero, como bien dice, eso ahora no es importante, luego hablaremos, ahora voy a empeñarme en observar a Rafa, que no deja de mirar la foto con cara de susto y preocupación.

—¿Me vas a contestar, Rafa? —suenan bastante tosca—, tengo más cosas que hacer, ¿sabes?

—Es que no sé..., no me acuerdo. —Conozco a Rafa, está mintiendo. La preocupación me ahoga.

—Eres muy joven para tener problemas de memoria. Aquí se te ve en la calle —Garbiñe extrae otra foto y se la enseña—, y, mira, justo delante caminaba Julieta.

Tras examinarla un segundo, Rafa emite un resoplido y se echa para atrás hacia el respaldo con una mano en la boca.

—No, no..., no me acuerdo, pero yo, yo no le he hecho nada. No la vi, lo prometo, iba pensando en mis cosas.

—¡Ahh! ¡Entonces, ahora sí que te acuerdas de en lo que ibas pensando, pero no de a dónde ibas! —eleva el tono.

—No, no, es decir... No me acuerdo, quería decir que iría pensando en mis cosas, yo nunca voy mirando a la gente por la calle, paso.

Rafa está hecho un manojo de nervios, no da pie con bola. Garbiñe lo tiene contra las cuerdas. Prefiero no intervenir a pesar de estar sufriendo por él y aunque me acabe de lanzar una mirada de «S.O.S.».

—No sé si no te estás enterando, Rafa..., apareces en un vídeo justo por detrás de la víctima momentos antes de que alguien la secuestrara para después asesinarla a palos. Creo que debes esforzarte en hacer memoria. ¿A dónde ibas?

—No me acuerdo..., iría muy fumado —susurra.

Me llevo las manos a los ojos. Rafa lo está haciendo fatal, ¿cómo ha podido

usar una excusa tan peregrina?

—¿No tenías que entregar un trabajo?

—Sí, y lo entregué, puedo demostrarlo. —Alza la cabeza hacia ella.

—Hombre, pues para trabajar ir muy fumado no es lo propio...

—Ya lo habría entregado a esas horas, por las fotos se ve que está anocheciendo. ¡¡Ahh!! Lo mismo estaba sacando a Sauron, mi perro, claro... Ahora recuerdo que cuando terminé salí de paseo con él a airearme.

—¿Sin perro? —le pregunta sarcástica señalando la foto.

Rafa se queda cortado y yo comienzo a sentir vergüenza ajena.

—Irás por delante, lo llevo suelto —responde y tose para aclararse la voz.

Mentira, no me hace falta ver el vídeo, Rafa nunca lleva suelto a Sauron por calles concurridas.

—He visto el vídeo más de veinte veces Rafa y no aparece ningún perro —le indica Garbiñe.

—Es que salí sin él..., iba tan fumado que se me olvidó.

Carcajada apabullante de Garbiñe y en mi caso pelos de punta asustados de tal idiotez. Desconozco qué le pasa, pero Rafa no es ni tan desmemoriado ni tan tonto.

—Rafa..., tranquilo, tío, creo que estás un poco nervioso. En ese vídeo apareces detrás de Julieta, pero no significa que irremediablemente tú la mataste. Por favor, intenta hacer memoria, piensa si fuiste a algún sitio y qué hiciste exactamente esa tarde.

Rafa me mira con cara de cordero degollado y gesticulando «no» con la cabeza me responde:

—Si es que no me acuerdo..., iba muy fumado, lo prometo. Terminé el curro, lo envié y me fumé varios canutos.

—Si ibas tan colocado igual pudiste secuestrar a Julieta y ni darte cuenta —plantea en alto Garbiñe.

—¿Y por qué iba a hacer yo eso? —Se cabrea—. Yo no le hecho nada a esa chica, ni a esa ni a ninguna.

—Pues hasta el momento eres uno de los principales sospechosos y después de este interrogatorio tan clarito —con sorna— has sumado bastantes papeletas —le atosiga.

—Muy bien, ¿me puedo ir a casa o estoy detenido? —le pregunta con mal

carácter. Rafa ya se ha cansado del tono de Garbiñe.

—Puedes ir a casa, Rafa —le aclaro—, pero te pedimos que intentes hacer memoria, por lo que más quieras.

—Lo intentaré. —Se levanta de la silla.

—Puedes ir a casa, pero no puedes salir de viaje y debes estar comunicado en todo momento —insta Garbiñe—, porque por lo que sé tu relación con Elda, la otra víctima, no es de caramelo.

—Eso fue una chorrada. —Se defiende mientras se levanta de la silla—. Yo no he sido. Os estáis equivocando de hombre.

—Si no te importa, eso lo tendremos que decidir nosotros. Y, lo dicho, no salgas de viaje y estate comunicado todo el tiempo. Muy pronto te volveremos a llamar y no quiero lanzar una orden contra ti.

Rafa pone cara de susto antes de abrir la puerta.

—¿Te acompaño? —le pregunto.

—No, no hace falta. Gracias —me responde claramente enfadado antes de evaporarse.



—¿De qué vas? —le reprocho a Garbiñe al entrar a mi despacho y bajar la persiana. Le he pedido que me acompañara para no dar el numerito delante de todas las cámaras.

—No voy de nada, estoy haciendo mi trabajo.

—Pues lo estás haciendo muy mal. He dado orden de que nadie podía entrar y vas tú y te lo saltas a la torera. En toda mi vida profesional jamás había visto tal falta de respeto. —Mi cabreo con ella es tal que grito.

—Pobre..., yo tampoco había presenciado un interrogatorio tan liviano. Me estabas poniendo enferma.

—Pobre... —la imito—. Era mi estrategia y tú me la has pisado. No sé cómo se funciona en la Guardia Civil, pero aquí no es así. Se deja a los compañeros trabajar, no se les acusa, se confía en ellos. Tú no cesas de pisarme y de dudar de mí.

—¡Qué pesado eres! ¡No dudo de ti! Si lo quieres entender así, tú mismo.

—¿Cómo quieres que lo entienda? —le digo frente a frente, tanto que aunque lo intento dejar pasar huelo su femenino y dulce aroma.

Nos paramos un momento. Creo que los dos nos hemos dado cuenta de que esta sarta de acusaciones no nos llevaban a buen puerto. Me mira. La miro.

—Serías un sospechoso si no fueras quien eres —me responde bajando el tono y con una actitud franca—. Sé que tú no has asesinado a Julieta, Rubén, perdona si antes te he dado a entender lo contrario. No soy muy hábil.

—Gracias, ya lo veo. Lo que me extraña es que tengas amigos, en serio te lo digo —suavizo después de sus palabras.

—Te sorprenderías con mi cuadrilla..., tú eres andaluz, yo soy vasca, hablamos idiomas diferentes, no se te olvide. Sé que en el trabajo a veces soy demasiado testaruda, obtusa y mandona, cuento con ello.

—Sí lo eres, sí, doy fe. Lo que has hecho hoy...

—Ya, perdona —me pide clavando sus verdes ojos en los míos, ¡qué guapa que es la tía!—, pero es que estabas...

—Chsss —llevo un mano a su boca y me sorprende la suavidad de sus labios, me alejo rápido—, no sigas o me volveré a enfadar. Solo te pido que me respetes igual que yo a ti. Si tú me solicitas hacer un interrogatorio a solas, yo me mantendré al otro lado, espero que tú te comportes igual.

—Vale, perdona de nuevo, pero no puedes negar que ha funcionado lo de hoy, esa era mi intención... Tú eres su amigo, pero yo no, que viera las dos caras de un interrogatorio. Yo sabía que te ibas a enfadar al verme entrar, el ambiente se iba a cargar de hostilidad y eso iba a ayudar a ponerle nervioso.

Tiene razón. Ha funcionado por mucho que me pese.

—¿He sido tu conejillo de Indias? —le pregunto, acercándome de nuevo.

Garbiñe no se ruboriza ante mi proximidad, eso me sorprende. Ella mantiene la atención sin aparente señal de consternación, no estoy acostumbrado y eso me hace adelantarme aún más hasta casi rozar nariz con nariz.

—Contesta, ¿me has usado? —susurro.

—Un poco —sonríe. ¡Qué espectáculo de sonrisa!—. Pero ha funcionado... —De pronto tira de mi brazo derecho con fuerza, me hace un quiebro de karateka y cuando me quiero dar cuenta estoy bloqueado de espaldas a ella—. No te me acerques tanto que no soy de piedra.

—¿De verdad? ¿Eres humana? —Me burlo quejicoso por el dolor que está provocando en mi articulación. Solo consigo que ella tire más fuerte—. Nadie lo diría. No he visto un témpano igual en mi vida.

Ella me empuja y así me devuelve la libertad. Regreso como un niño desobediente a dos pasos suyos, retándola con la mirada y con mi cuerpo, y vuelvo a observar lo mismo, nada, bueno, cierta sonrisilla tímida. Muy lentamente, pero haciéndolo visible, me acerco. No sé por qué estoy jugando a esto cuando se suponía que iba a tener una bronca monumental.

—Si pretendes intimidarme con tu más que consabido atractivo, vas listo. —Me desafía altiva y eso lanza a mis pies a invadir su espacio vital. Arrimo mi cara a la suya y bajo rozando mi nariz por sus mejillas. Garbiñe se queda quieta sin inmutarse, no percibo en ella ni la típica respiración agitada ni el nerviosismo previo a un primer beso (que no voy a dar).

—Nada, eres vasca, vasca —bromeo alejándome de golpe—, o lesbiana.

Garbiñe se ríe y ahora es ella la que en dos pasos se planta delante de mí y me dice al oído.

—A lo primero afirmativo, a lo segundo, negativo. Pero no eres mi tipo y si lo fueras nunca te darías cuenta, sé esconderme bien. —Se distancia.

—¿Te escondes?

—Vamos a ver, cómo te explico esto sin sonar pedante... Sé qué imagen proyecto y lo que suelo provocar, me he visto muchas veces en situaciones comprometidas porque cualquier gesto cariñoso se ha analizado de manera errónea. He aprendido a ocultarme para no enviar señales que no son y así evitar malentendidos.

—Te entiendo. Eres demasiado guapa y los hombres somos muy torpes.

—Algo así, ¿te ha sonado mal?

—No, me ha sonado sincero. Creo que es la primera vez que te abres un poco conmigo.

—Sí, me cuesta mucho, lo sé. Pero tú me caes bien, Rubén, eres majo y, si nada ha cambiado, mi compañero. Jamás tendría un lío contigo.

Después de lo que me sucedió con Aridane hace años le respondo:

—Ni yo contigo, aunque reconozco que si te hubiera visto en cualquier otro sitio, tú y yo habríamos acabado en horizontal por decirlo en fino, aunque por la mañana nos hubiésemos matado de lo diferentes que somos.

—Probablemente, pero no es el caso. ¿Estamos?

—Estamos.

—Pues queda claro. Tú y yo compañeros, nada más, y yo voy a respetarte.

Mi príncipe azul no está en ninguna comisaria.

Me hace gracia. Garbiñe es todo un enigma, pero no seré yo quien lo resuelva. Por muy guapa que sea no provoca en mí más que admiración, he estado tan cerca que podría haberla besado, pero nada me lo pedía. Cuando estoy tan cerca de una mujer siempre espero que mi propio cuerpo, o mi instinto animal, sea el que decida si lanzarse o no, y aunque me estaba conteniendo, no he tenido que frenar ningún impulso.

—Yo ya no creo en cuentos de príncipes y princesas —le respondo. Suena mi móvil, lo dejé cargando en el despacho y llevo un rato desconectado. Miro la pantalla. Es Elda. Descuelgo.

—¡Rubén! Te hemos estado llamando.

## Capítulo 38

### Elda

CELIA. 56 AÑOS. PALMA DE MALLORCA. GOLPEADA.

Mi hermana, de pequeña, siempre se metía en todas las casas. Mis padres se llevaron varios sustos descomunales porque no encontraban a su hija y ella aparecía al rato con una sonrisa de oreja a oreja, de la mano de algún vecino, puesto que había estado de visita en su hogar. Todo el barrio la conocía. Era como el niño ese del anuncio que se cuelga en la casa del vecino porque le encanta su coche, pues a Alisa lo que le enamora es cotillear.

—¡Por Dios! ¡Sal de ahí! ¡Ya! ¿Me oyes? —le grito.

—La verdad es que es una decoración de lo más sosa. —Me ignora—. No tiene ni un cuadrito, ni un jarrón, qué mal apaño, chica. A este le hace falta una novia, porque vive solo, fijo. Una mujer jamás podría vivir en una casa tan austera.

—Me parece perfecto, pero como vuelva verás tú cómo sí encuentra un jarrón para estrellártelo en la cabeza.

—¿Cuántas veces te tengo que decir que ha cogido la bici? Va a tardar, estoy segura. —Se calla y escucho sus pasos como subiendo una escalera—. En esta planta no hay nada que me emocione, voy arriba.

Estoy desesperada, pero si algo odio hacer en esta vida es repetirme. Alisa es mayorcita, ella verá.

—¿Qué tenemos aquí? Cuatro puertas. Un baño soso...

Prefiero callarme y así no entretenerla. Escucho sus descripciones.

—Una habitación de invitados con dos camas y punto pelota, *¡oh my god!* —exclama.

—¿Qué?

—No, nada, la *main room*, que es enorme y tiene el cabecero más ramplón que he visto en mi vida.

—¡Alisa! Esto no es un programa de decoración, esto es la vida real, déjate de chorradas y sal de ahí ya.



Me vuelve a ignorar y oigo cómo abre y cierra puertas que parecen de armarios.

—*It's terrible...* ¡Qué ropa más hortera! ¡Venga! Te voy a hacer caso, una última puerta y me voy de aquí no vaya a ser que se me pegue el baratillo este que rezuma por toda la casa.

Respiro algo más relajada.

—¡Ohhh, no!

—¿Qué pasa? ¿Qué?

—Está entrando —responde en voz baja—. Estoy oyendo ruido de llaves. Me meto aquí... ¡Ayss!

Me llevo una mano al corazón porque creo que se me acaba de parar. Olga viene corriendo al ver mi expresión y le digo en voz baja, ignoro por qué, que el búho ha vuelto.

—Os voy a enviar la ubicación. Haced algo para sacarme de aquí —susurra.

—¿No puedes escapar tú?

—No, estoy arriba, entré por una ventana trasera del bajo, pero me puede ver bajando las escaleras, no me atrevo. Inventad algo.

—¡Ves! ¡Te lo dije! ¿Ahora qué hacemos?

—¿*What?* —exclama en voz baja—. ¡*Oh, my god!* —Se repite más que el ajo con la expresión esa, mira que me da rabia—. ¡Hay fotos tuyas!

—¡¿Qué?!

—Tiene un tablón con dos fotos tuyas, deben de ser de hace tiempo, llevas el pelo más largo.

—¿Qué hago yo ahí?

—Y yo que sé, pero aquí estás, voy a hacer unas fotos a la pared y me quedaré quietecita, de momento sigue en la planta baja, venid a buscarme. Te cuelgo que me queda poca batería.

—¡Alisa! ¡No! —Tarde, ya ha colgado.



Rubén me lanza desde el asiento del conductor reproches silenciosos. Yo estoy sentada a su lado, una copilota de lo más inútil, con la marabunta de nervios que siento no sería capaz ni de quitar el freno de mano.

—No me mires así. Yo no he sido. —Me adelanto a su crítica. Desde que lo

he llamado no hemos hecho más que pensar en la estrategia para sacar a Alisa de casa del búho, a ser posible con vida, y ahora que ya estamos listos y aparcados frente al chalet en cuestión, sé que quiere amonestarme. Como bien decía mi hermana, el búho vive en un barrio residencial bastante *cool* de esta zona, con casas cercadas y patios y jardines privados. No imaginaba algo así para nuestro misterioso cliente.

—Es que te juro que no entiendo cómo no habéis podido frenarla.

—¿A Alisa? ¿De verdad que no lo entiendes? Pues eso es que eres corto de entendederas.

—¿Encima me insultas? —Hace que se ofende, en el fondo sé que está escondiendo una sonrisa.

—Yo creo que ya te has dado cuenta de cómo es mi hermana y creo que a mí me vas conociendo, ¿o no? —Obtengo una afirmación por su parte—. Pues si es así, sabrás que yo nunca haría nada así y también que a mi hermana no hay quien la frene, va por libre.

Ahora sí me sonrío y me quedo callada. Cuando Rubén me mira de esa forma no hay nada en el mundo que me apetezca más que besarlo, es inevitable. La sensación es como si sujetara un Magnum de chocolate a alguien (es mi helado favorito) y no pudiese hincarle el diente. Frustración en dosis patológicas.

—Te prometo que le he dicho más de cien veces que no entrara, que volviera a la cafetería, pero ella nada, ni caso —le aclaro un poco acongojada.

—Lo sé. La culpa es mía, al fin y al cabo yo fui el que la llamé... —Me propina un toquecito en la nariz a modo de burla recordando lo que me enfadé cuando me enteré.

—¿Por qué eres tan bueno? —le pregunto.

—Querrás decir que por qué soy tan guapo. —Pone morritos riéndose.

—Sí, eso también, pero yo me refería a tu paciencia conmigo y a lo bien que te estás portando.

—¡Anda ya!

—En serio, cada día me sorprendes más, eres mi ángel protector.

—Tus ángeles protectores están en el cielo, yo soy solo un amigo que quiere, por encima de todas las cosas, que estés bien —me dice sin mirarme, ahora toda su atención se la presta a Garbiñe, que acaba de dirigirse a la puerta de entrada de la casa del búho.

—Pero ¿por qué? Me acabas de conocer.

—Ya te lo he dicho más veces, desde el primer día que te vi me inspiraste confianza, supe que entre tú y yo iba a haber una bonita amistad. Además, esta última época en mi vida ha sido un poco tormentosa, parece que vuelvo a recobrar y necesito estar rodeado de gente que me sume.

—¿Qué te sumo yo?

Rubén me mira de perfil, con una sonrisa ladeada que le marca un hoyuelo que acabo de descubrir. ¡Ayss! ¿Por qué no le gustó? ¿Por qué?

—Tú me sumas naturalidad. Eres tal cual, bonita, llena de luz.

—¡Qué poético! —bromeo cerrando la boca porque casi se me cae la baba.

—¡Ya ves! Cuando me ponga...

Rubén se recoloca en su asiento para fijarse de pleno en su compañera. Yo lo imito. Ella llama a la puerta del búho. Cuando él abre la taquicardia vuelve a mi cuerpo, estoy perdiendo años de vida con tanto latido acelerado. Comienza el plan. Ella hará ver que ha pinchado una rueda y está sin batería del móvil para avisar a su seguro y le preguntará si le puede echar una mano. Cuando el búho salga de la casa avisaré a mi hermana para que se escape, aunque ella ya es conocedora del plan, le hemos enviado varios audios por WhatsApp. Yo no podía hacer nada, puesto que él me conoce, y Rubén ha optado por que fuera su compañera la que interviniera, es tan guapa que nadie se podrá negar a interpretar el papel del buen samaritano con ella.

Unos niños están jugando al balón en nuestra acera. Los dos los miramos, quedan pocos chavales que jueguen en la calle como antes, pero como este es un buen barrio los padres estarán tranquilos.

—¡Funciona!

Garbiñe ha hecho un gesto por la espalda para que nosotros lo veamos que indica que todo va como lo planeado y yo ya puedo ir avisando a mi hermana. Hemos quedado en que le hacía una llamada perdida para no perder tiempo.

El búho sale junto a Garbiñe hacia el coche de ella y en tres segundos le pierdo de vista porque se agacha a ver el pinchazo. Me llega un mensaje de Alisa que dice: «OK». Se lo muestro a Rubén, ahora solo queda esperar a que nos confirme que ha salido. No puedo evitar suspirar nerviosa.

—Tranquila. —Me toma una mano—. Va a ir bien, ya lo verás.

—Eso espero.

—¡Oh, no! —exclama Rubén.

El balón de los chavales ha cruzado la carretera y ha ido directo hacia el coche de Garbiñe. Veo levantarse del suelo al búho con la pelota en la mano. Los chicos que están al lado de nuestro coche le piden que lo tire a gritos. Pero él no les hace caso y se dirige a ellos, y por tanto a nosotros, con el balón en la mano.

—¡Que viene! ¡Que viene! ¿Qué hacemos? ¡Me va a ver! —exclamo nerviosa perdida.

—¡Calla! ¡Ven aquí!

Rubén tira de mí con fuerza y cuando me quiero dar cuenta una mano suya me aprieta la nuca para estrellarme contra su boca. La estupefacción me deja quieta como un palo milenario al sol.

—Bésame —me exige separándose de mí dos centímetros.

Y yo... hago caso. Le beso. Estampo mis labios en los suyos y llevo mis manos a su pelo, al igual que él hace conmigo.

Puede que sean los nervios, pero este beso no me sabe a lo que se supone que me tenía que producir Rubén. Es tan forzado... Creo que reina tal aceleramiento en mí que no he encajado mi boca como se debe, parecemos dos agapornis chocando sus picos de forma mecánica. Me da rabia. Rabia porque me gusta. Rabia porque llevo meses evocando este instante y está resultando un desastre. Acepto que no es un momento romántico, o por lo menos para él... Para mí sí y ¡ya está bien!, ¡voy a aprovecharlo! Al instante, me separo, le miro para darme cuenta de lo que voy a hacer y ahora sí lo beso como yo quiero. Con suavidad pero con muchas ganas. Acaricio sus labios con los míos, sin necesidad de que nuestras manos empujen a las nuca para acercarnos, que sea el mero hecho del contacto de nuestra húmeda piel el que juegue esta baza. ¡Funciona! Ahora su mano ya no me empuja, ahora acaricia mi cuello y con delicadeza me atrae hacia él. Sus suaves pero carnosos labios ya no me estrujan, ahora se abren para dejarme entrar, quiero hacerlo, pero... ¡déjate llevar! Mi tímida lengua cruza la frontera y al acceder a ese precioso país se ve, nada más entrar, recibida por su embajador y ¡ahh! una corriente de calor abrasador me recorre desde la punta de los pies y me provoca un placentero gemido que no intento ocultar y me aprieto más a su boca para que nada nos pueda separar. Ambos «embajadores» bailan totalmente compenetrados porque debe de estar sonando un reguetón de lo más calentito y lo estamos gozando a un ritmo tan «despacito»

que voy a gritar «¡Ay, bendito!» a la que me descuide.

Se me escapa una sonrisa feliz porque este sí que es el beso que imaginé con él. Paulatinamente, se desprende de mi ataque bucal y cuando abro los ojos y logro enfocar lo observo tan sonriente como creo que debo lucir yo. No dice nada. Ni yo. Solo me mira risueño y se acerca de nuevo para darme un pequeño y corto beso labial, sin «embajadores» de por medio, pero que me sabe igual o mejor que el anterior porque ha salido de él. Nos separamos a una distancia prudencial sin quitarnos el ojo de encima.

—¡Uhhh! —fuerza un gemido—, ¡qué bien besas, Elda!, voy a tener que hacer más guardias contigo —bromea. Un rayo de sol se cuela por la ventana iluminando su preciosa mirada oscura y su piel tostada.

—Tú avísame y si puedo iré. —Me siento tan estupendamente bien que soy capaz de seguirle el chance.

Ríe. Reímos. En lo que parece otro impulso Rubén lleva las manos a mi frente y deja un beso en ella mientras dice con un acento más cordobés de lo habitual:

—¡Pero qué bonita eres!

Unos golpes en mi ventanilla nos devuelven a la realidad. Es Alisa que nos pide con gesto divertido que le abramos la puerta. Busco inmediatamente al búho y lo veo agachado ayudando a colocar la rueda a Garbiñe... ¿Cuánto tiempo hemos estado...? Más del que me pareció, claro está.

—¡Vaya! —profiere Rubén, que parece que piensa lo mismo que yo—. ¡Con lo a gustito que estábamos! —Me guiña un ojo cómplice y le da al botón para desbloquear la puerta.

—¡Hola! ¡Gracias por venir a mi rescate, chicos! —Nos saluda el huracán de mi hermana sin un ápice de vergüenza en su voz.

—De nada, para eso estamos —le responde Rubén con bastante sorna, pero mi hermana parece ignorar.

—Casi me pilla... ¡qué susto! —sigue a lo suyo—, justo cuando vi las fotos de Elda apareció en casa. Me temblaba todo.

—Espera... —le interrumpe Rubén—. ¿Qué fotos? —pregunta buscándome a mí para que sea yo la que responda.

—Con las prisas no te lo he contado... —Me sonrojo avergonzada.

—Resulta que el tipo cuelga en su despacho dos fotos de Elda, de cuando

era más joven.

—¿Cómo? —exclama.

—Eso, eso... Tiene un pequeño tablón de madera con notas y entre ellas las fotos de mi hermana —le desvela Alisa.

—No me lo puedo creer... ¿De alguna mujer más?

—No, solo ella. He hecho varias fotos de todas formas, por si lo necesitabais.

—Gracias, Alisa. Nunca pensé que te diría esto, pero nos ha resultado muy útil —se sorprende.

—De nada —le sonríe agradecida.

—Esperad, voy a escribir a Garbiñe, debe saber que ya estás con nosotros.

Rubén se concentra en su móvil para enviar el mensaje y yo me quedo quieta observándolo. Me gusta por todos lados, lo reconozco, y también que ahora no es el momento de pensar en estas cosas porque es probable que hayamos dado con el asesino. Cada cosa a su tiempo.

## Capítulo 39

### Rubén

JUANA. 54 AÑOS. LEÓN.  
ASESINADA CON UN HACHA.

Esto funciona así, hay días que no sucede nada y otros a los que les faltan horas. Estoy acostumbrado, no sé de qué me extraño. Pero era tal cantidad de información la que ha ido goteando hoy que me he visto parando un momento en mi despacho para refrescar el resumen que hicimos esta mañana frente a la pizarra y así sujetar con claridad lo que tengo entre manos.

Seguimos sin avisos de una mujer desaparecida, asunto que me está volviendo loco. Hemos entrevistado a Rafa y no ha cesado de mentir, ¿por qué? A Alejo, el ex, parece que lo hemos olvidado, pero no, sigue siendo sospechoso. Ramona, la convicta, y sus líos con los chinos que hemos descubierto; pudo encargarle a Chin Kun que matara a Julieta y a Elda para involucrarme en los asesinatos y que me viera preso igual que ella. No es una idea tan loca, ella me odia y no es buena. Y ahora aparece la figura de Jaime Gil, el búho, en la escena y descoloca todo.

Total que como no podemos dormirnos en los laureles, aunque sean más de las ocho, vamos a interrogar a Jaime Gil y también al hermano de Ramona, a Paco. Puede que la vida de una mujer esté en juego y no hay espacio para el descanso. Como no hay tiempo nos separaremos, Garbiñe se irá con Paco y yo voy ahora mismo con el búho. Entro en la sala.

—Buenas tardes —le saludo.

—Hola —me responde él con voz dudosa.

—Tranquilo, son solo unas preguntas —le digo mientras me siento frente a él.

—Es que no entiendo..., no sé —se calla—, dígame.

Le tiendo una mano.

—Soy Rubén.

Él me responde con su nombre.

—Lo sé —le digo—. No sé si está al tanto de las noticias actuales.

—Eh..., sí, un poco.

—¿Sabe lo del asesinato de la joven de aquí?

Jaime afirma con la cabeza y por fin le veo sentido a su mote del búho, hace unos movimientos entrecortados, como a saltitos, de lo más curiosos. Me esfuerzo en contener la risa.

—Soy el inspector del caso.

—¡Ahh!, muy bien —titubea. Le puede el miedo. Este hombre no es capaz de fingir el susto que tiene.

—¿Conocía usted a la chica?

—No, yo no.

—¿Seguro? —Le muestro una imagen.

—Sí, sí. —Repite el gesto robótico—. No la conozco, no.

Es un tipo curioso, por su ficha hemos adivinado que tiene treinta años, pero aparenta más. Su piel se ve bastante curtida y algo arrugada, y aunque está delgado no se le aprecia en forma.

—He visto que usted gestiona un comedor social, vamos, que es el dueño.

—Sí. —Agacha la cabeza.

—Y que tiene usted una cadena de gimnasios, entre otras cosas.

—Tengo tres gimnasios, cadena es decir mucho —me corrige y creo que es la primera vez que elabora una frase con sujeto, verbo y predicado.

—Julieta iba a uno de esos gimnasios. —Esto es lo único que hemos averiguado en este rato que nos pueda relacionar con ella.

—¿Ah, sí? —se sorprende—. No lo sabía. Yo no voy mucho por allí, los gestiona un amigo. Tengo varios negocios.

—¿Sí? ¿Cuáles más?

—Dos tintorerías, dos guarderías, una pequeña residencia geriátrica... Ahora vamos a abrir unos apartamentos de alquiler a precios muy económicos para gente con pocos recursos.

—Es de lo más variopinto, ¿tiene socios?

—No, excepto en la residencia, que comparto con los antiguos dueños.

—¿Y cuál es la clave? No es normal que alguien a su edad tenga tanto éxito.

—Suerte, un golpe de suerte, no siempre me ha ido así de bien, no se crea... ¿Podemos tutearnos? —Me sorprende que se atreva a preguntarme.



—Sí, mejor —le digo, y continúo—: ¿Su familia? ¿Ha heredado algún negocio?

—No, no tengo. Crecí en familias de acogida hasta que cumplí la mayoría de edad.

—¿Entonces? —Esto ya lo sabía, por eso le he preguntado. Ignoro cómo ha llegado a acumular tanto dinero alguien así, de la nada.

—Lo que te he dicho, un golpe de suerte. Cambió mi vida y supe aprovecharlo. Me rodeé de buenos consejeros y poco a poco vamos sumando más hasta poder cumplir mi sueño.

—¿Cuál es?

—¿Conoces la CEMU?

—Me suena... ¿la Ciudad de los Muchachos? ¿En Getafe?

—No, es en Leganés —especifica—. Quiero crear algo así, para niños y adolescentes sin hogar. Poder darles una oportunidad, instruirlos, becarlos para acceder a la universidad, que no se los etiquete por no haber tenido la infancia que debían. Solo podrán permanecer si estudian, eso sí, pero se les motivará y ayudará para ello.

—Bonito...

—Pero difícil y caro —sonríe por primera vez.

Voy al grano.

—¿Conoces a esta mujer? —Le enseño una imagen de Elda. Poso a foto sobre la mesa.

Su rostro cambia. Había conseguido relajarlo con la anterior conversación, pero es evidente que se ha puesto alerta.

—¿La conoces?

Jaime carraspea y sostiene la foto.

—Sí, la conozco. Trabaja en una cafetería a la que suelo acudir. ¿Por? ¿Le ha sucedido algo? Estuve esta mañana.

—Le sucedió hace unos días, pero está bien.

—Me alegra saberlo, no imaginas cuánto.

—¿Por?

—Porque me parece muy buena gente.

—¿Mantienes algún tipo de relación con ella? —Sé que no, pero él no lo sabe.

—No, no... Ella no creo que ni me conozca.

No le puedo decir lo de las fotos en su casa porque las hemos obtenido de manera ilegal, pero hasta el momento está respondiendo de manera sincera o eso parece.

—¿Qué hiciste el miércoles 2? ¿Lo recuerdas?

Jaime se lleva una mano al mentón, parece que piensa.

—Pues creo que estuve reunido con mis gestores hasta tarde. Los miércoles nos reunimos —me sonrío.

—¿En qué horario?

—A partir de la una, creo que terminamos sobre las diez y media.

—¿Lo puedes demostrar?

—Sí, claro, preguntando a mis gestores. No tengo nada que ocultar. Si quieres te doy ahora mismo sus teléfonos y los llamas.

Lo miro. Al principio me pareció alguien inseguro por su forma de moverse, pero una vez que ha comenzado a hablar resulta bastante directo y creíble. Su voz suena sincera. Sorprende. Y, aunque esto es totalmente subjetivo, una vez le conoces parece buena persona.

—Sí, dámelos. Te voy a hacer una pregunta que no vas a entender y no tienes por qué responderla, ¿estás enamorado de ella? —Le señalo la cara de Elda.

Jaime reanuda su movimiento tan particular con el cuello para levantar la cabeza. Sus grandes ojos ahora parecen enormes por la consternación. Me va a responder, lo está cavilando.

—¿Enamorado?, no, pero sí eternamente agradecido. Esta chica me vio cuando nadie lo hizo. —Se calla.

—¿Me lo puedes descifrar?

—Si no es necesario, preferiría que no o pareceré un loco.

—Pero entonces, ¿vas a la cafetería para verla a ella?

—Si te soy sincero, en parte sí, necesito saber que está bien. Tengo una deuda con ella.

—¿Qué deuda? —Me levanto y tras un desesperante silencio le digo—: Es mejor que me lo cuentes, no te he llamado por causalidad, no te puedo explicar los motivos, pero te considero alguien inteligente que será capaz de entender que no te hemos citado por nada. Quiero salir de aquí convencido de que tú no le has

querido hacer daño a Elda. Quiero salir de aquí con la total convicción de que tú no asesinaste a Julieta. Me caes bien, pero tienes que hablar.

Me quedo en silencio apoyando mis palmas de las manos en la mesa frente a él. Lo miro serio y concentrado para que sienta algo de presión. Antes me he mantenido sentado para igualar miradas y no infravalorarlo, pero ahora al incorporarme intento marcar mi autoridad y empujarle a confesar. Suspira. Lo he vencido. Jaime entrecruza sus dedos antes de comenzar a hablar.

# Capítulo 40

## Elda

ALICIA. 26 AÑOS. MADRID. DEGOLLADA.

—Queca, suelta... —le digo a la gata más pesada del mundo. Desde que hemos llegado a casa no se despegaba de mí. La perrita de Rubén me hace caso, pero no a su nivel, Queca se ha convertido en mi sombra, entra hasta al baño conmigo, y porque cierro la mampara si no compartíamos ducha. Si esto fuera un cuento diría que la gata es un animal escolta contratado por Rubén para protegerme—. Han llamado a la puerta, debo abrir —le digo a mi sombra peluda.

—¿Puedes ir? —Oigo a Julián, que me grita desde la cocina.

—Sí, sí, voy —le respondo a voces.

Me he quedado traspuesta. Cuando regresamos de nuestra aventura y tras una deliciosa comida que nos había preparado nuestro chef favorito me fui al sillón a leer y no me dio tiempo ni a pasar de hoja. Más que nada porque se me ocurrió contarles a mis amigas, por el chat, lo del beso con Rubén y no han parado de preguntar hasta que las he mandado a vendimiar y he preferido dormir.

¡Uhmm! ¡Qué bien huele! ¿Qué estás preparando, Julián? —grito de nuevo.

—¡Sorpresa! —me responde.

Sonríó mientras me dirijo a la puerta. Este hombre se puede pasar la vida entre cacerolas. Mi hermana le está intentando convencer para que vaya a MasterChef porque si hay una persona a la que le guste cocinar es a él. Disfruta cada vez que le decimos que algo está bueno, se le ilumina la cara como a un bebé al ver un Aspito. Alguien que se pasa las horas cocinando para otros, por amor al arte, se merece un cachito de cielo; además de ser mi escolta por el mismo precio. Yo bromeo diciéndole que con nosotros no hace negocio, pero él siempre me responde que él ya ha trabajado todo lo que tenía que trabajar y que nada le hace más feliz que vernos a todos bien. Es muy buen hombre. Alisa está empeñada en que le va a organizar una comida con la madre de Leo, una viuda joven, quiere convencerlo para que intente encontrar a alguien con quien

compartir su vida y que le cause más felicidad.

Abro sin miedo. Continúa apostado el policía frente a la casa y si ha permitido el acceso a quien sea será porque puede. Es Leo. No había tenido señales de él.

—¡Hombre, Leo! ¿Dónde has estado? —le pregunto mientras le doy besos y me deleito con su aroma.

—Perdona, ya he visto que me habéis estado llamando... —dice con su voz de locutor.

—Sí, y como tienes esa patata de móvil pues no te hemos podido enviar wasap —le reprocho. Debe de ser el único español que quede sin un móvil con internet.

—Hoy tocaba desconexión.

—¿Cómo? —le pregunto mientras cojo a Queca del suelo, ya que no cesa de arañarme la pierna, y me encamino al sillón a sentarme.

—¡Dios, qué bien huele! —profiere—, está Julián por ahí, ¿no?

Afirmo. Leo toma asiento a mi lado. Muy cerca. Me mira. Sonríe. Yo, ídem.

—Apenas se te nota ya. —Señala la herida en mi cara—. Estás muy guapa...

—Gracias, tú también.

—Gracias —responde imitándome.

—¿Qué es eso de desconectar? —Cambio de tema.

—Algo que me pide el cuerpo. Un día te llevo.

Noto en él algo diferente hoy, algo llamado ganas. Ganas de arriesgar. Está más juguetón que de costumbre, normalmente se muestra cariñoso pero con cautela, hoy esta última parece que se ha quedado en su casa y ha traído a la osadía. Y me gusta. Porque sonrío, siempre sonrío. Y me lo contagia.

Lleva un dedo a mi boca y recorre mis labios con él. Mis jugos gástricos, que ya estaban en aumento por el aroma que proviene de la cocina, acaban de ascender en tropel a mi nuez. ¿Me está besando con su mano? Pues no sé, pero lo que sea que está haciendo es de lo más erótico.

—Tienes los labios más apetecibles del planeta.

—Mentiroso. —Ahora su dedo recorre mi mentón.

—Pronto, cuando todo esto pase, espero poder acercarme un poco más —se explica—, si me dejas, claro.

No soy yo, es mi cuello el que le dice que sí. ¿En serio que le gusto a este hombre? No me lo creo. Vale que yo no soy la más indicada para valorar la belleza, pero cuando alguien tiene rollo sí lo veo, y Leo es de los tipos más atractivos y sexis que me he cruzado nunca (y mis amigas me lo han confirmado, si no nunca me atrevería a estar tan segura).

—¿En serio? —me pregunta y creo vislumbrar ilusión.

—Yo te iba a preguntar lo mismo —respondo franca.

—Me muero por besarte, Elda, quiero que lo sepas. Si me dejara llevar por lo que se cuece aquí dentro —se señala el corazón—, te tenía ahora mismo entre mis brazos.

—Vaya... ¿Y qué... te detiene? —Me armo de valor.

—Varias razones, pero la principal: la gata —contesta y yo me troncho de risa al darme cuenta de que Queca ha construido un muro gatuno entre Leo y yo—. No, en serio —reanuda cuando dejamos de reír—, me detiene tu momento actual y tu relación con... Rubén.

Boquiabierta.

—Ya, ya sé que soy un poco directo, te prometo que no pretendía hablarte de esto hoy, pero me embarullo cuando te tengo cerca, solo pienso en besarte y en contenerme. Por la forma en que lo miras sé que sientes algo por él.

Intento hablar, pero lleva una mano a mi boca.

—No, no hace falta que lo aclares, no pasa nada, él llegó antes. Dime la verdad, ¿tienes algo con él?

—No. Él me ve como a una hermana —respondo a la vez que visiono el beso que nos dimos hoy en su coche... No fue de hermanos, pero el resto de su actitud sí. Ya lo voy conociendo y sé que en cuanto me vea me va a aclarar que «aquello» fue puro trabajo para que no me confunda.

—¿Y yo te gusto?

—¡Pues claro! —vibran mis cuerdas vocales.

—Pues con eso me vale de momento. Ven aquí. —Las manos de Leo toman mi cabeza para acercarme con rotundidad a su boca, que me espera entreabierta, y en menos de un instante nuestros labios se secuestran el uno al otro, retozándose, mordiéndose, lamiéndose. Es uno de los besos más intensos de mi vida. Tanto que, dejándome llevar por lo que me provoca, me acerco rápido para encararme a él rodeando su cintura con mis piernas y la gata salta del sillón

expulsada.

—¡Oh, Elda! —susurra—. ¡Cuánto te... deseo!

Me desarmo. Jamás me han dicho nada igual, parece de novela. Y suscita lo mismo que me imaginaba cuando lo leía, una ola de seducción tremenda.

Lo vuelvo a besar incluso con más fogosidad que antes. Leo me amarra del pelo con fuerza y lo revuelve entre sus dedos. Creo que pocas veces me he sentido tan fuera de mí como ahora. No pienso, me pierdo en este momento y en lo que nos estamos haciendo el uno al otro.

—Perdón por molestar. —Oigo la voz de Rubén.



Despido a Leo desde la puerta. Se nos ha ido de las manos y a mí se me ha ido la cabeza de todo. ¿Qué estoy haciendo? Acepto que el *carpe diem* es una gran filosofía de vida cuando te ha sucedido algo así, pero besar a dos hombres el mismo día no concuerda con la mía, es más, se da de trompazos como un pollito de cuerda en una barra de acrobacias. Es feo. Esto sí que lo sé distinguir y lo es, muy feo. Cada vez que lo rememoro. Rubén, con evidentes signos de cansancio, mirándome con burla, como si fuese mi hermano mayor y me acabase de pillar fumando. Ese era su gesto, de pitorreo. Me gustaría haber visto otro, pero no, ese es el que vi. Leo y yo nos despegamos aceleradamente y ambos, colorados como guindillas, le pedimos disculpas, pero apenas nos dejó hablar, se marchó a la cocina cachondeándose y diciendo que nos dejaba intimidad. A partir de ese momento Leo y yo hemos conversado desde la distancia y le he contado la angustia que sentí esta mañana con el allanamiento de mi hermana en casa del búho. Él me ha entendido, escuchado y relatado unos datos que desconocía, y que voy ahora mismo a desvelárselos a Rubén si me dejan los nervios.

Voy a la cocina, sé que está solo porque Julián se marchó hace rato, debe estar deleitándose con su receta. Cuando me siento abrir la puerta, se gira desde su silla y enseguida retoma su posición frente al plato:

—¡Hombre! ¡Si está aquí la nueva rompecorazones! —exclama dándome la espalda.

—¡Venga, va, no te burles! —le reprocho mientras me acerco a la mesa para ver qué está ingiriendo que huele tan espectacularmente bien.

—Si es la purita verdad —Rubén tira de mi brazo con energía y al instante me veo sentada encima de él—, o no te has besado hoy con dos maromos... ¡que yo sepa! —duda—, lo mismo hasta con alguno más, ¿eh, brujilla?

Me intento zafar, pero Rubén me sostiene con potencia a la vez que sus dedos me hacen cosquillas en la cintura. Río, las cosquillas siempre han sido mi debilidad desde pequeña y estando sentada donde estoy, pierdo fuerzas a un ritmo desproporcionado.

—¡Quita, por favor! —le ruego entre risas y a manotazos, pero obtengo lo contrario: que me amarre con más vigor y las cosquillas recorran nuevos horizontes en mi sensible cuerpo.

—¡Te lo mereces! ¡Vas a ver tú, ahora! —anuncia entre sus carcajadas.

Solo puedo reír, apenas me queda fuerza para escapar, pero no sé de dónde las saco para agarrar el vaso de agua que hay en la mesa y tirárselo por encima. Consigo mi objetivo, sorprenderlo y así poder soltarme de su amarre.

—¡Serás...! —grita empapado—, ¡te vas a enterar, bicha! —Corre hacia mí y no le hace falta esforzarse mucho porque me he doblado de pura risa apoyando mis manos en mis rodillas.

Rubén roza su cabeza empapada en mi cuello mientras que las cosquillas vuelven a atacarme entera. Me troncho, literal, caigo al suelo.

—¡No, no te hagas la víctima que no cuele! —declara sentándose encima de mí para bloquearme y así poder continuar su ataque.

Creo que hacía tiempo que no reía de tal forma. Me siento blanda, totalmente indefensa, a su merced, y tan feliz que no quiero que acabe este momento nunca y, sin embargo, digo:

—¡Para, para, para! ¡Por favor! —Levantando las manos.

Rubén por fin cesa, entre carcajadas, y se tumba a mi lado en el suelo. Ambos continuamos resacosos de la risotada, aunque de vez en cuando algún resquicio resurge y no es difícil frenarlo. Me giro apoyándome en mi costado y sin darme cuenta llevo una mano a su pecho y se planta ahí con toda confianza (me debo de estar convirtiendo en geisha).

—Eres un payaso, pero no sabes cuánto te lo agradezco. Echaba de menos reírme así.

Rubén me imita y se pone de lado, frente a mí, pero sujetando mi libertaria mano en su pecho para que no la quite. Eso provoca tal escalofrío en mi



entendimiento que luego tendré que reiniciarme para no crearme falsas esperanzas.

—Y yo. He tenido un día horrible. Acabo de soltar todo lo malo, gracias a ti, brujilla.

Me quedo perpleja, fija en su mirada, en sus ojos enormes con sus largas pestañas, en ese color que le proclama el tío más guapo que he tenido nunca frente a mí. Un tono pardo, que en su interior guarda gotitas doradas de miel. Creo que dejo de respirar. Rubén alarga su mano y me toca la cara con suavidad.

—Nadie te va a hacer daño, Elda. No lo permitiré. Eres... —Se calla.

—¿Qué soy? —le pregunto. Me ha dejado intrigada. Su voz sonaba tan de verdad, desde su interior, sin broma, sin añadidos.

—¡Una golfilla de cuidado! —Cambia de tono, muy a mi pesar—. Y, aunque se está muy a gusto en el suelo, ¿nos sentamos como personas a cenar?

Blanqui y Queca entran en la cocina, con cara de sueño, las hemos debido despertar con nuestra juega. Se reparten para lamernos, a mí Queca y a él, Blanqui.



—¡Que te ha dicho qué! —estalla.

—Pues que conocía a Julieta, vamos, que fue a terapia con él —le repito.

—¿De verdad? —me pregunta con gesto confuso.

—Sí, sí, eso me ha dicho. Ha salido el tema y él me ha contado que era una chica un poco insegura y que hizo terapia para poder verse con fuerzas de dejar a Alejo.

—¿Eso te dijo?

—Sí, que fueron pocas sesiones, porque enseguida vio con claridad que su novio era el que la estaba frenando y que no le iba bien, pero no me ha podido contar mucho más porque no puede hablar de sus pacientes.

—Lo suficiente, Elda. Ignoraba por completo que Julieta hubiese ido a terapia, pero encima con Leo...

—Casualidades de la vida.

—¿Tú crees? —me interroga con gesto arduo—. Yo no sé qué pensar. Leo ha aparecido aquí de la nada...

—De la nada, no, lo trajo mi hermana —le corrijo—. Son amigos.

—Sí, como sea, pero aparece y no deja de moñearse...

—¿Moñearme?

—¿Hace falta que te lo explique? —afirmo—, pues de intentar conquistarte. Siempre está pegado a ti. A mí no me molestaba, pero ahora ha cambiado todo.

—¿Por? —¿Se referirá a nuestro beso?

—Porque ahora no me fio de él y te recomiendo que tú tampoco.

—¿Por lo de que conocía a Julieta?

—Hay cosas que no te puedo contar, Elda, pero sí, en parte sí. Tampoco me gusta que vaya con ese móvil antiguo, puede ser que sea un rarito de esos antitecnología o que no quiera estar controlado. No sé, hay cosas que no me cuadran, puede que no sea nada, pero intenta evitarlo hasta que me entere mejor, ¿vale?

Responde el miedo por mí que sí.

—¿Pero crees que él puede ser el que...? —No me atrevo ni a finalizar la frase.

—No, no sé. Vamos a esperar, tú no te preocupes, ¿vale?

Ni le contesto de lo absurda de su pregunta. Ahora mismo tengo de gritar a los cuatro vientos que ya está bien.

—Vamos a ver. —Acerca su silla a la mía y toma mis manos—. No te estoy diciendo que sea el asesino, solo que te lo tomes con cautela y me dejes investigar antes de seguir con él.

—¿Seguir cómo?

—Pues la relación que tengáis o lo que sea, ¿recuerdas que te he visto besándolo?

—Sí, pero no tengo ninguna relación, ha sido un impulso —explico muy malamente.

—Perfecto, pues guarda esos impulsos con candado hasta que te diga lo contrario, ¿vas a poder, o te gusta mucho?

—No sé cuánto me gusta, no es medible, hay quien me gusta más. —Menos mal que he omitido su nombre. Me levanto antes de seguir hablando o mi incontinencia verbal me va a meter en problemas.

Rubén me imita y también se levanta. Ambos recogemos la mesa en silencio y metemos los platos, donde antes habitó una escandalosa *quiche* de verduras y setas, en el lavavajillas.

Estoy muy confundida y un pelín asustada. Necesito irme a la cama para poner en orden mis ideas.

—Me subo, Rubén. Estoy muy cansada.

—Muy bien, yo voy a hacer unas llamadas...

Oímos a mi hermana gritar desde el salón:

—*¡Fuck you!*

Rubén se extraña y, antes de que vaya, le explico:

—Está discutiendo con su marido. Lleva desde que volvimos así. Creo que él quiere que regrese.

—¡Vaya! Bueno, vete a descansar, pequeña.

Rubén se acerca para abrazarme y dejar un suave beso en mi sien.

Yo se lo doy en la mejilla y lo vuelvo a abrazar. Necesito tanto calor humano que no me da reparo buscarlo en él. En Rubén la línea de pudor que te hace evitar el contacto se está desdibujando, cada segundo que pasamos juntos estamos más cerca y nos tocamos más. La diferencia reside en lo que sentimos cada uno cuando lo hacemos. Importante diferencia.

—¡Buenas noches, poli!

—¡Buenas noches, escritora!

Me despego de él.

Rubén tira de nuevo de mí y me estruja entre sus fornidos brazos de nuevo.

—Me abrazas tan bien..., que me da pena soltarte —me dice.

—Vale, desde hoy soy tu abrazadora oficial —le digo mientras disfruto, de más, de su calor. Este nombramiento no es conveniente para mí. Lo sabemos todos.

Alisa entra con móvil en mano gritando en inglés y nuestro momento gominola se esfuma. Recibo una cachetada en el trasero de parte de mi anterior rey de las cosquillas y un «vete a la cama» que me envían directamente a mi habitación. Temblorosa y calentita, todo hay que decirlo.

¿La mano de Rubén ha estado en mi pompis? Hoy no duerme ni la gata.

# Capítulo 41

## Rubén

ANA MARÍA. 25 AÑOS. VIGO. APUÑALADA.

Me he despertado con la noticia de otra mujer asesinada por su pareja. Esto se nos está yendo de madre. Es tan primitivo... Cómo puedes matar a la madre de tus hijos, o a la persona que comparte vida contigo, no lo entiendo. Soy policía y trabajo cara a cara con el submundo (y digo submundo porque hay muchos privilegiados que ni se imaginan lo que hay por ahí), detengo a ladrones, estafadores, pero cuando veo casos como este de hoy, una chica que estaba embarazada y su novio la ha degollado en el coche, me detengo. No me acostumbro. Ni quiero. Si por mí fuera, esas personas, y los elevo llamándolos así, estarían detenidas hasta el fin de sus días, porque no hay muestra más evidente de ser detestable y ruin que quitar la vida a alguien al que supuestamente quieres o querías, a quien en algún momento te hizo feliz. Si pueden hacer eso pueden matar a cualquiera que se les cruce.

En fin...

Lo primerito que hemos hecho esta mañana, además de comprobar que no existiese aviso de ninguna mujer desaparecida, es buscar datos de Leo, pero, evidentemente, no está fichado.

Lo que me contó ayer Elda mientras cenábamos me ha dejado dándole vueltas toda la noche, total, sin dormir. ¡Cómo he podido ser tan idiota! ¡Habrase visto semejante inspector! Tenía al enemigo en casa y ni cuenta. Acepto que me preocupé más por su relación con Elda que en constatar que fuese alguien de fiar. Error de novato. Tampoco hubiese descubierto mucho, porque no hay nada turbio en su expediente y no teníamos conocimiento alguno de que Julieta hubiese ido al psicólogo, pero acepto que ni lo miré, al pan, pan y al vino, vino: soy un manta.

He llamado a sus padres, que están destrozados, todo hay que decirlo, e ignoraban lo de la terapia. Una de sus amigas sí lo sabía y ha reconocido que se le olvidó comentarlo. He conseguido sonsacarle que Julieta fue porque

necesitaba ayuda con su tormentosa relación y que incluso había tenido crisis de ansiedad en alguna ocasión.

Por tanto, Leo va a ser vigilado. Hemos decidido no llamarlo y seguir sus movimientos en estos días por si nos llevan a donde pueda que esconda a la tercera mujer secuestrada. De hecho, Garbiñe ha pedido ayuda a su compañía porque Leo conoce a nuestro personal de la fiesta en mi casa, así que lo van a espiar dos guardia civiles. Luis y Garbiñe se han llevado toda la mañana para poder arreglar este tema. Los líos burocráticos a mí se me escapan. Yo lo único que quiero es detenerlo ya y que nos diga dónde esconde a su última víctima. Me da en la nariz que Leo es el asesino, y mi nariz no suele errar.

Garbiñe interrogó el otro día a Paco, el hermano de Ramona. De esa entrevista no sacó nada en claro más que Chin Kun y él quieren trabajar juntos... Dios los cría y ellos se juntan.

Garbiñe... Hoy está más guapa de lo normal. Lleva un peinado extraño, de esos de trenzas por todos lados que le favorece. Además, la noto especialmente cariñosa conmigo, se ve que nuestra aclaración de sentimientos del otro día ha abierto la veda de su cercanía... Pero ¡por Dios, que no se me acerque tanto que está muy buena y ando en la reserva! Desde el beso de ayer con Elda estoy para meterme en ducha frías a cada hora o hacerme un *electroshock* en cierta zona. Besa muy bien mi vecina. Fue... diferente, como cuando muerdes un simple cruasán y te encuentras un chocolate líquido, dulce e intenso que se apodera de tus sentidos, pues así fue. Comenzó como un juego y de pronto me encontré besando una de las bocas más sabrosas de mi vida. Luego me di de bruces con ella y con Leo y lo que había subido cayó; he de reconocer que no me hizo mucha gracia ver que contaminaba lo que quedara de mí en sus labios con él. No es que sienta algo por ella, eso ya está más que claro, pero sí por ese beso, uno de los mejores besos de mi historia que fue sepultado al basurero de la vulgaridad al aparecer Leo en la ecuación. En fin... Y yo luego me comporté como un perrito faldero, sin poder parar de tocarla. No sé qué me sucede con Elda, pero cuando ella está cerca me pego como una sombra, cuando me quiero dar cuenta la estoy tocando... Un buen baño en cualquier playa del Cantábrico y se me pasaban estos sofocos.

Paco viene hacia mí con cara de noticia y folios en la mano.

—¡Al fin Hotmail nos ha dejado acceder a la cuenta de Julieta! ¡Mira lo que

hemos encontrado!

Todavía no habíamos podido leer su correo por aquello de la privacidad y temas legales.

—Resume —le ruego.

—El pequeño Alejo vuelve a aparecer en escena.

—¿Cómo? —Cojo los papeles y veo que son varios correos abiertos.

—Le escribió varios días antes. Le pide dinero. Julieta le responde que ni en broma, que está harta, y él la amenaza con dañar el coche que tenían en común y que ella le pagó. Como ella lo ignora, le pide que le devuelva las joyas que le regaló y Julieta le dice que vale, que no las quiere para nada y que la vaya a buscar al gimnasio.

—¿Hablan algo de las joyas? ¿Cuáles son?

—Creo que anillos y pendientes.

—¿Y quedan oficialmente ese tarde a la salida del gimnasio?

—No, esa tarde, no, la anterior. Después no hay más mensajes.

—¡Lo sabía! Alejo nos ocultaba más cosas, ese chico puede que no sea tan tonto como parece.

—Ni tan inocente —dice Paco.

—Llámalo ahora mismo para que venga antes de inmediatamente.

—Perfecto, jefe —bromea animado.

Voy en busca de Garbiñe, que está reunida con Luis, y les relato las novedades. Parece que, al final, sí que va a ser el novio. Me entristece, hasta diría que es una deshonra para el género masculino. ¿Cuándo va a acabar esto?



—Alejo, esta es en la segunda mentira que te pillo. Me desagrada, no sabes cuánto, volverte a tener aquí bajo la sombra de la sospecha —me expreso en un tono poco festivo.

—No sé a qué te refieres —dice el primo de Zumosol hueco—. Yo no te he mentado. Lo prometo.

—Sí, sí lo has hecho. Y más te vale que me des las explicaciones pertinentes. —No le dejo apenas terminar con la intención de que se sienta presionado.

—Dime, dime. —Funciona. Se lo ve tan nervioso que hasta me da risa.

—Sí que viste a Julieta.

—¿Cuándo? —dispara asombrado.

—El día previo a su desaparición. Le pediste dinero.

Alejo se queda callado y apoya su más que aparente estrés en el respaldo de la silla. Espero a que hable.

—Sí, pero no pasó nada. Además, no recordaba que fuese el día de antes.

—Te pregunté si la habías visto y me dijiste que hacía bastantes días... Me mentiste. ¿Por qué?

—Porque no lo recordaba, de verdad. Estaba muy preocupado por lo del dinero. Nos vimos a la salida de su gimnasio. Ella me dio varias joyas que le había regalado y apenas hablamos.

—¿No hablasteis?

—Bueno, ella sí, ella me dijo que daba pena, que parecía un yonqui y cosas varias... Fue algo muy breve, de verdad. Yo estaba como loco por vender las joyas y conseguir *cash*.

—¿Las vendiste?

—Sí. Me dieron poco.

—Y no fuiste al día siguiente a pedirle más.

—No, ni de coña. Bastante humillante fue lo de antes. No la volví a ver. Era muy buena tía, se preocupaba por mí. Incluso me dijo que me veía muy mal y que si era necesario podía dejarme unos ahorros o... —Se calla tan intencionadamente que llama mi atención (y la de cualquiera que tenga más de un dedo de frente).

—¿O qué?

—No, nada.

—¡¡Alejo!! Habla ahora o a la próxima te meto en el calabozo —lo amenazo con confianza.

—Es que no quiero... pobre, era tan buena conmigo, me quería tanto que llegó a hacer cosas que nunca hubiese hecho.

—¿A qué te refieres?

—No es la primera vez que tengo deudas, ella me ayudó y vendió cosas para conseguirme la pasta.

—¿Qué cosas?

—No lo sé, no me lo decía, pero sé que no le hacía nada de gracia y me

pedía que por favor no la obligara a volverlo a hacer. Era tan buena... —Se emociona. Mucho. Tanto que se acaba de poner a llorar—. Era lo mejor que me había pasado en la vida y la dejé escapar. Ahora lo veo claro. Si hubiese estado conmigo no le habría pasado eso.

—¿Quién sabe? —Lanzo esta pregunta para intentar reconfortarlo.

—No, seguro que no. Pero me la perdí. Y ahora está... —Llora. Desconsolado. A modo berrinche con caída de agüilla por la nariz incluida—. Es muy triste, muy triste. Si hay alguien bueno a tu lado no la dejes escapar —me dice—, aunque seguro que tú eres más listo.

No sé yo...

—Venga, tranquilízate. —Le acerco el refresco que le llevé. Pañuelos no tengo, así que se seca con la manga.

—Déjame llorar. Por fin lloro. Llevo con un nudo aquí —se señala el estómago— desde que desapareció. No había podido llorar. Todo el mundo me señala a mí, lo sé, me hago el duro, voy con la cabeza alta como me dicen mis colegas, pero es que ya me da igual. Si queréis detenerme, hacedlo, me da igual. Soy un cabeza hueca, pero no le hago daño a nadie y menos a ella.

Pues lo está dando todo ahora. Está colorado como un salchicha y las lágrimas siguen cayendo a raudales y, lo peor, me está conmoviendo, si no fuera porque hay un tufillo forzado, lo acompañaba en el sentimiento.

—Se supone que soy el chico duro, al que ya no tiene que afectarle porque ya no era mi novia, pero sí que lo hace, claro que sí. Estoy muy jodido. No sé si me entiendes.

Asiento. Se está marcando un Shakespeare aquí por todo lo alto, pero, desde luego, parece de lo más real. No sé qué más hacer y se me da fatal consolar.

—Alejo, te dejo un rato aquí para que te relajes. Luego pasará un compañero a tomar nota para comprobar lo que has dicho.

—¿No te has dejado nada?

—No... —Llora.

—Perfecto, pues hasta luego —digo dirigiéndome a la puerta—, ¡Ah! Y lo siento.

Al salir me espera Garbiñe con una preciosa sonrisa.



—Has estado muy bien, compañero.

—Gracias, compañera —recalco su tregua subliminal.

—Tengo una gran noticia. Ya estamos vigilando a Leo. Mantengo contacto directo con los compañeros. De momento está encerrado en su gabinete. Son muy buenos, ya verás como pronto nos dicen algo.

—¡Dios te oiga! No valgo yo para estar aquí quietecito.

—¿Eres hombre de acción? —me pregunta juguetona.

—Más bien sí.

—Me lo imaginaba —dice sonriente antes de girarse para ir al despacho. Me quedo mirando su silueta. No es posible, son imaginaciones mías, ¿no?... ¿O realmente me está tirando los trastos?

El teléfono interrumpe mis elucubraciones. Es Vera, mi hermana. Descuelgo.

—¡Morenazo!

—¡Hola, hermanita! —la saludo mientras me dirijo a mi despacho para hablar con tranquilidad.

—¿Qué tal ese murcianico?

—Bien, voy bien, ¿y tú?

—Pues yo haciendo la maleta, mañana me tienes allí. Huelo a playa.

—¡Mañana! ¿No venías el viernes? —pregunto en plena conmoción.

—Sí, pero lo he adelantado, ¿te va mal?

—La verdad es que ando muy liado con un caso y tengo mi casa a tope de gente... —Me quedaría una habitación libre si las hermanas compartieran habitación, pero tanta fémina en mi hogar, no sé, llámame loco, pero como que no me apetece; hay que incluir a la gata y a la perra.

—¿Cómo? ¿Tienes más invitados?

—Sí, dos... Pero bueno, sabes que es tu casa, si quieres venir, vente, aunque no te voy a poder hacer mucho caso. —No le puedo negar nada a mi santa hermana.

—¿Quiénes son esos invitados?

Hace muchos días que no hablo con Vera y no está al tanto de nada. Me siento para contarle con algo más de detenimiento.

—Pues verás...

## Capítulo 42

### Elda

ELENA MIHAELA. 30 AÑOS. LA CORUÑA.  
APUÑALADA.

No encuentro fuerzas para ir a trabajar. He avisado a Olga y lo ha entendido perfectamente. Lo de anoche con Rubén me ha terminado de rematar. No soy boba, sé leer entre líneas y a pesar de que él intentase minimizar su expresión de preocupación la capté y esta es la lectura que me ha elevado el miedo a niveles paralizantes: Leo ha subido a la lista de posibles sospechosos y creo que ha entrado por la puerta grande.

Solo pensar que pueda ser él... No sé qué siento. Nada bueno. Pero es posible que todo cuadre. Es un tío listo, nos conocía a las dos. Deja los zapatos en casa de Rubén para amonestarlos por tener relación con nosotras y además, lo que más me encaja, ¿cómo iba a fijarse un hombre así en mí? ¿No será todo ficción? ¿Cómo me he creído que semejante ejemplar iba a morir por mis huesos como aparentaba, así, de repente? Tonta. Ciega. Engreída. Tendría que haberlo sospechado. No me infravaloro. ¡Cuidado! Yo valgo mucho, pero más por dentro que lo que dejo ver por fuera.

Y, no solo eso, es que después de esto no estoy preparada para superar mi miedo a los desconocidos. Hoy no. Esto ha sido un balonazo en toda la cara de realidad, de la cruda y sucia realidad. Hoy con la boca llena puedo decir que hay gente muy mala en el mundo. Acostumbrada a no ver la fealdad de las cosas, siempre acabo justificando los actos «no buenos» de otros, pero si Leo es el asesino de Julieta es una verdadera mala persona. Pensar así me hace llorar, no es que viviese en una cúpula de corazones y cielo azul, pero sí intentaba negar la maldad injustificada, y hoy no logro hacerlo. No. Él no está loco, no le hemos hecho nada, y encima juega a enamorarme... ¡Maldito gañán! Te odio, o te odiaré más que a la muerte como se demuestre esta teoría. Te lo prometo, Leo.

Julián se halla en su zona preferida y yo he optado por ir al salón. No me apetece dar charla a nadie, soy la depresión hecha carne y rodeada de una piel que oculta mi pesar. Así que finjo que escribo para aislarme en mi desgracia.

¡Oh, no! Baja Alisa. Se acabó. Esta me pillá.

—Buenos días —enuncia con un tono neutro, dista mucho del suyo habitual.

—Hola.

—¡Ufff! Adivina quién tiene peor día. —bromea y consigue hacerme gracia. Sabía yo...

—No sé tú, pero creo que gano —respondo, aunque las dos somos la viva imagen del estado anímico gris.

—Pues desconozco qué te sucede a ti, pero a mí mi marido me lleva haciendo chantaje emocional desde hace dos días. Ya he apagado el teléfono para no tener que oírle más acusaciones.

—¿De qué te acusa? —Alisa se sienta a mi lado y encoje sus piernas sobre su abdomen, subiendo los pies al sillón. Continúa en pijama, como yo.

—Pues de haber abandonado a mi hija. ¿Te lo puedes creer?

—Es un poco bestia, ¿no?

—Elda, es la primera vez que los dejo unos días. Él, sin embargo, cada dos por tres se va de viaje, pero no sucede nada. Me voy yo porque han raptado a mi hermana, a la que hacía años que no veía, y los he abandonado, ¡venga, hombre! —Ahora que la miro de cerca se ve que ha llorado y mucho. Lo ha intentado ocultar echándose corrector de ojeras a *cascoporro*, pero hasta para mí resulta más que obvio—. ¿Y a ti, qué te pasa? ¿Se sabe algo del búho?

—Dice Rubén que él no ha sido, pero no hemos tenido tiempo de hablar más.

—¿Entonces?

—Leo...

—¿Ya estás llorando por Leo? Pero si acabas de conocerle.

—No, no es eso.

—¡Venga, no finjas conmigo, que os he visto más que acarameladitos! —  
Me empuja.

—No es eso. Leo conocía a Julieta.

—¿Sí? —Se extraña—. ¿Y?

Antes de que responda creo entrever que ya sabe lo que le voy a decir porque se lleva una mano a la boca.

—¡Oh, my god!

—Sí, *¡oh, my god!*, exactamente eso... —refunfuño. ¿He dicho que detesto esa expresión? Sí, varias veces. Lo voy a seguir repitiendo. Aviso.

—¿No estarán sospechando de él? —me cuestiona en voz baja, apenas audible, misteriosa.

—¿Tú qué crees? —le susurro ahora yo.

Me mira incrédula. Tres segundos. Ni uno más, ni uno menos.

—¡Pero Leo no ha hecho nada! *¡It's imposible!* Es muy buena persona. Lo conozco desde hace años y sería incapaz de matar a nadie. ¿Cómo puedes estar dudando de él? —Lo defiende ahora con tesón, abandonando su conato de misterio anterior.

—¿Yo? Yo ni pongo ni quito. Eso es lo que me ha contado Rubén. —Me defiende.

—¡Pues, vaya! ¡Como sea a Leo a quien están investigando van listos! Él no ha sido —se queja—. ¿Y el búho? ¿Qué ha pasado con él?

—No sé, dice Rubén que él no ha sido, pero no me ha contado mucho más.

—¿Lo interrogaron? —me pregunta.

—Creo que sí.

—¿Y lo de tus fotos en su casa? *¡So stupid!*

—Algo me dijo Rubén de que tenía una explicación, pero muy por encima.

—¿Y ahora el sospechoso es Leo? —brama—. Están muy perdidos, pero mucho, así no resuelven esto en años. Fíate tú...

—Rubén me cuenta poco, pero no creo que sea el único sospechoso. Leo es uno más y tiene sentido. Él nos conocía a las dos. Por supuesto, tú no digas ni esta boca es mía, ¿entendido?

Alisa asiente claramente enfadada. Yo cruzo los dedos porque no se vaya de la lengua.

—¿Has almorzado? —me pregunta. Le digo que no. Juntas nos levantamos para desalojar el hambre de nuestro cuerpo y, si se puede, la ansiedad.



Lo de esta casa ni el camarote de los hermanos Marx. Estábamos charlando con Julián, que se había soltado a contarnos, para alegrarnos el despertar, la lista de sus fracasos amorosos, haciéndonos reír con sus anécdotas «poncelescas» cuando han llamado a la puerta. Han aparecido un marido y una hija. Los míos

no. Los de mi hermana. A-lu-ci-nan-te. Casi le da un síncope del impacto. A histriónica no le gana nadie. Yo reconozco que tampoco me lo esperaba y me ha sorprendido, pero los gritos de mi hermana y el casi posterior mareo de tanto hiperventilar han superado a todo. Cally, la niña, daba palmitas de ilusión al principio, pero al ver la reacción de su madre se ha echado a llorar a moco tendido. Brandon, el padre, intentaba serenar a su mujer y a su hija como buenamente podía. Julián y yo no sabíamos dónde meternos. Blanqui y Queca tampoco. Hay momentos en los que te arrepientes de no haber estado en un *reality* para poder volver a ver las caras de cada uno; este es uno.

De lo que se han dicho he entendido poco porque, aunque mi nivel de inglés es aceptable, lo que hablan esos dos es otra cosa, ¿desde cuándo mi hermana es de la América profunda? Sonaba a yanqui auténtica. Hasta me he sentido orgullosa, de eso, y de su comportamiento. Del susto ha pasado a la ternura con su hija y comprensión hacia su marido. Tras varias frases, como he dicho antes, inentendibles, se han abrazado a lo hollywoodiense. Aunque son pocas las horas que llevamos juntos ya puedo afirmar el rol que tiene mi hermana Alisa en su familia: es la viga que sostiene su casa, una viga práctica, resolutiva y alegre. No me extraña que la echaran de menos. Yo lo haría.

Y qué decir de Cally, mi sobrina, que es una niña tan bonita que ha superado a Alisa en belleza y está educada como toda una señorita. Nada más verme me ha preguntado en un practicado español:

—¿Tú eres mi tía Elda? —Afirmé—. Tenía muchísimas ganas de conocerte, tita Elda. —Y me dio un abrazo tan amoroso que cada esquinita de mi interior sonrió de pura felicidad. Es tan linda que ahora me arrepiento de no haberla ido a conocer y haberme perdido su crecimiento. No tengo perdón. Mientras que sus padres decidían qué hacer, me la llevé a la playa junto a Blanqui y Queca. Disfrutaba tanto..., de la arena, las olas, de las mascotas, de mí. Le sorprende todo: el viento, la gente, las gaviotas, los cometas. Y ella, a su vez, me sorprende a mí. Su carita blanca, con dos canicas azules y una boca de fresa redondita y brillante. Un tesoro. Tiene la melena rubia como nosotras y, aunque ya me lo había dicho mi hermana, ahora creo que tiene razón, se parece más a mí que a ella. En todo. Físicamente y en su comportamiento, apocado y tímido pero amable y positivo. He caído redonda a sus pies. Lo admito. Sí.

Al regresar pude conocer más a Brandon, su marido. El que yo tenía por un

pijo de Wall Street se ha convertido en un hombre enamorado de mi hermana, que es divertido, cercano, bastante dicharachero y nada esnob. Nuestras casas le han encantado, y, en concreto la mía, donde se van a instalar, le ha chiflado. Sorprendida quedo. Ha repetido más de una vez que envidia esta calidad de vida y que se vendría aquí en un chasquido de dedos. Tal cual. Mi hermana le ha enseñado español. En su casa solo se habla nuestro idioma y así lo han aprendido la hija y el papá sin mucho esfuerzo. Resulta muy gracioso su acento guiri. Julián y yo nos hemos reído alguna vez, es inevitable, pero Brandon sonrío, no se lo toma a mal, todo lo contrario, lo repite para que sigamos riendo. Otro grato descubrimiento.

Entonces, ahora me vuelvo a quedar sola con Rubén, cuando no esté Julián en casa. Le hemos llamado para decírselo y a él le ha parecido bien porque además mañana viene su hermana. Entre él y yo, llenamos nuestro vecindario.

Como solo se van a ir a mi casa a dormir, porque así se ha empeñado mi hermana, que no quiere perderme de vista, Julián se ha ido a comprar víveres para preparar una cena de bienvenida y llevamos más de una hora picoteando y haciendo de auxiliares de cocina para ayudar a Julián y a Brandon, otro fan de los fogones.

Son las nueve. Por fin aparece Rubén, con cara cansada, pero se le refresca al ver el buen ambiente que hay en su hogar. Alisa le presenta a su familia y observo cómo Brandon le da las gracias por cuidarme, velar por mí y cedernos la casa a las hermanas. Le hace reír por un guiño que hace del tipo «eres un santo varón», y acto seguido Rubén me mira, sin que él lo vea y gesticula con cara de asombro y aprobación. ¡Qué guapo! ¡Por favor! Seguro que lo había prejuzgado mal por mi forma de hablar de Brandon. Con razón. No lo vuelvo a hacer. Me la apunto. Mal hecho, Elda. No hables de quien no conoces.

Nos sentamos todos en la mesa de la terraza. Rubén a mi lado. Felices mis muslos que le tocan. Como no ha habido momento de saludarme, ahora se acerca a mi mejilla y me da un suave beso que electriza mi vello corporal.

—Qué bonita es tu familia —susurra a mi oído.

—Gracias. —Me giro para poder mirarlo de frente y las agujas del reloj se paran. La brisa marina se detiene. Todo el mundo se calla, o no, pero no los oigo. Mi corazón deja de latir porque cuando nuestras pupilas se cruzan las señales que redactan mis retinas activan directamente a las mariposas y él, Rubén, su

aroma, su imagen, su ser, se cuelan en mí dejándome como un espantapájaros a su merced. Soy tonta. Él no me quiere. De esa forma, no. ¡Qué lástima! ¡Con lo bien que lo íbamos a pasar!

Sonríe. Me toma la mano que está a su lado, sin que nadie lo vea, y la aprieta fuerte unos segundos. Luego la relaja para entrecruzar los dedos y dejarla ahí. Creo que resucitan mis esperanzas. Creo que nunca estuvieron muertas del todo.



Los despedimos. A todos. Julián se marcha también. Lo hemos pasado tan bien...

Queca y Blanqui se van a sus respectivas camitas y Rubén y yo regresamos a la cocina para terminar de recoger.

—¡Qué tío más majo! —dice mientras me da uno de los últimos platos enjuagados para meterlo en el lavavajillas.

—A mí también me ha sorprendido. No me lo esperaba así —reconozco—. Y Cally, Cally es la niña más bonita del mundo. —Me emociono.

—Se parece mucho a ti. Es muy dulce. La verdad es que la niña es una pasada. Tienes una sobrina espectacular, tanto como su tía.

—¡Anda ya! ¡Pelota! —Termino de meter el último plato y me incorporo. Rubén cierra el lavaplatos que nos separaba. ¡Uyss, qué cerca! ¡Muy cerca! Nos callamos, pero mantenemos una mirada alegre.

—Me ha venido muy bien este plan... Estaba agotado —habla él—. Cada vez hay más presión por todos lados, si a esa le sumas la que uno tiene, parece que voy a estallar como un tarro demasiado lleno en el congelador. Necesito resolver esto ya.

—Te entiendo. ¿Sabes algo nuevo? —pregunto con voz distraída, indicativa de que no estoy preparada para asimilar ciertas cosas.

—No..., pero hazme caso, no te acerques a Leo, ¿vale?, espera unos días. A no ser que l eches de menos porque te hayas...

—¿Me haya qué?

—Pues eso...

—¿Enamorado? —No soy tonta y sé que su parón iba por ahí. Leo, entre líneas, es fácil, solo hay que prestar atención.

—Hombre, no diría tanto, pero algo así.

Me sienta mal. Me aturdo. Cuando Rubén está cerca yo no me puedo controlar del todo; ni a mis manos, ni a mis palabras. Es como si él tuviese la llave maestra que abre los candados donde guardo mi cautela interna. Peligroso.

—¿Tú crees que estoy enamorada justamente de él? —Para muestra, un botón. Acabo de comenzar algo que no quería.

—No sé, te vi besándolo. —Sube los hombros despistado.

—A ti también te besé —digo con un ímpetu del que estoy segura de que me arrepentiré después, cuando repita esta escena en mí, más que seguro, desvelo.

—Y no estás enamorada de mí. —Termina mi frase.

Me callo. Con mucho esfuerzo, pero me callo. No quiero liarla más.

—No hemos hablado de aquello... Fue un gran beso. —Parece que él sí que tiene ganas de liar más las cosas, porque además de decir esto se acerca y coloca cada una de sus manos en el hueco de encimera en el que estaba apoyada, abarcándome. ¡Venga! Percibo su aroma y si me apuras su calor. Se me acumula la saliva en la boca y de la presión soy incapaz de tragarla, no sé qué hacer porque escupir como que no...

—Sí, a mí también me gustó —emito nerviosa perdida.

—Tienes unos ojos preciosos, además del azul, flotan pizquitas verdes. Me pasaría el día mirándolos, me relajan.

—Pestaño mucho —digo tal tontería por mi estado febril—. Tú también.

Rubén ríe y con sus espasmos se acerca aún más. Sus piernas rozan mis rodillas y sus brazos tocan mi entorno. Me excita. Me excito. Verás tú.

—Estás poco charlatana. ¿Qué te pasa? —me pregunta juguetón.

Me decido a responderle con toda la sinceridad que pueda.

—Que estás muy cerca, cuando estás así mis neuronas se atontan.

—¿Quieres que me aleje? —Con morritos de pena.

Inspiro, espiro y vuelvo a decidirme por la franqueza:

—Quiero que te quedes, incluso más cerca, pero si lo haces no me digas luego que me ves como a una hermana.

Rubén echa la cabeza para atrás como si hubiera recibido un golpe. Solo unos segundos. Para mi alegría no cambia la postura que nos mantiene tan pegaditos.



—No sé cómo te veo, para ser sinceros... —Me mira profundamente acelerándome entera—. Pero como a una hermana, no, ya no.

—Eso es un paso —contesto.

—¿Un paso a qué? —Frunce el ceño.

—A que si me besas no cometamos incesto.

Sonríe.

—¿Quieres que te bese? —Avanza hacia mí y me muero de vergüenza porque creo que va a escuchar los latidos de mi corazón.

—La pregunta real es si tú quieres besarme, Rubén. —¡Sí! Lo más cuerdo que he formulado. En años.

Se toma un tiempo para contemplarme y yo hago lo mismo. Me gusta tanto su cara que nunca me cansaría de verlo, cada gesto, cada arruguita de expresión, sus perfiles, su tez morena lisa y perfecta. ¡Tan bonito que es!

Como si no pudiera evitarlo, es lo que leo en su gesto, Rubén salva la distancia que nos separaba y pega sus labios en los míos. ¡Bien! Suave, despacio, llevando sus manos a ambos lados de mi cabeza para moverme a su antojo. Floto. Son ráfagas de besos cortos pero excitantes, cada uno lleva un regalo sorpresa: mordida de labio superior, de labio inferior, caricias con la lengua...

—Solo sé que cuando estás cerca solo pienso en tocarte, Elda —dice entre regalo y regalo—. Eso, antes de que me besaras, después de aquello esto es lo que quiero hacer nada más verte.

Dejo de estar quieta y me atrevo a llevar las manos a su espalda, por debajo de la camiseta y acaricio su baja espalda. Es curioso el instinto animal que surge en estas situaciones, porque aunque me muero de los nervios y me duele la barriga más que un herpes, no hay quien me pare. Creo que mis propios dedos gimen de felicidad al sentir su piel bajo ellos. Rubén da un paso más y mete una pierna en el espacio que dejaban las mías empujándome aún más a la encimera.

—Tú... ¿Tú quieres esto? —me pregunta con voz ronca.

Le digo que sí con la cabeza, tan segura que él deja la ráfaga de besos para tocar con sus dedos mis labios.

—¿Estás segura?

—¿Y tú? —Le devuelvo el envite, pero mi propio ser egoísta besa sus dedos para que su respuesta sea la que quiero oír—. ¿Tú estás seguro?

—¡Joder, Elda! ¡Me vuelves loco! —En un impulso brutal me ha elevado y ahora estoy sentada en la encimera con mis piernas enroscadas en su cintura. Rubén besando mi mejilla y bajando por mi cuello. Cientos de calambres me desarman, esto provoca él con su asalto a mi piel. Encorvo mi espalda y exhalo un gemido de placer—. ¡Oh, Dios! No hagas eso o no podré parar.

—¿El qué? —ríó. Estoy desbordada.

—Esos ruiditos... Me animan.

—Para eso los inventaron. Para jalearse al contrario.

Los dos reímos. Rubén apoya su frente en la mía.

—No puedo separarme de ti ni para reírme. En la cena tuve que darte la mano, necesitaba tocarte, cuando estás cerca mi cuerpo busca al tuyo sin que yo pueda hacer nada para frenarlo.

—Yo te doy carta libre, Rubén —le sonrío—. Me gusta estar así, me gusta poder hacer esto. —Llevo mis labios a los suyos y lo beso—. Me gusta tanto que podría quedarme así para siempre y no es una frase hecha.

—Pero... —Una sombra de duda le oscurece el rostro. Siento miedo. No quiero que esto termine —. No sé qué significa, Elda. No tengo ni idea de lo que significa.

—¿Atracción?

Rubén asiente.

—Eso está más que claro, pero no quiero... —Se vuelve a callar.

—Estropear nada —le interrumpo y encuentro su afirmación—. Mira, Rubén, he estado a punto de morir y ahora, hace unos segundos, cuando tu boca bajaba por mi cuello y he hecho ese «ruidito» que te ha gustado tanto, me he sentido más viva y libre que nunca. Somos adultos, pero dejemos de preguntarnos por todo, vivamos esto que hay aquí. Ya le pondremos nombre si es necesario, pero de momento bésame cómo y dónde quieras.

—¿Es lo que quieres?

«Sí». Le digo ansiosa con mi cabeza.

—¿Segura?

—Desde que te vi. No me preguntes más. No quiero asustarte. ¿Me besas o qué?

Rubén me toma la palabra y pega su boca a la mía con tanta fuerza que tengo que dejarlo pasar. Nuestras lenguas se enredan provocando que cualquier

ápice de contención se evapore y nuestras manos busquen la piel del otro con ansia.

—¿Dónde está esa Elda tímida e inocente que conocí? —me pregunta cuando nos tomamos un respiro y accedemos al salón. Él detrás de mí, agarrándome por la cintura y comentando sexi, escalofriantemente sexi a mi oído.

—La guardo para los desconocidos. Lo que siento por ti hace que saque fuerzas para hablarte de verdad. No hay tapujos.

—Me gusta. —Muerde el lóbulo de mi oreja.

—Te prometo que nunca he hablado así con nadie, suelo ser más reservada, hasta en estos momentos.

—¿Estaré sacando la Elda atrevida que hay en ti?

—Probablemente, pero solo estará así contigo. Esta Elda solo es para ti —le confieso.

—¿Solo para mí? —Ronronea cariñoso rozando su mejilla con barba de tres días en la mía—. Me gusta cómo suena. Solo para mí, pequeña.

—Y a mí me gusta que te guste —respondo dándome la vuelta—. ¿Ves? No puedo contenerme. Soy pura franqueza.

Rubén ríe. Me besa de nuevo. Y yo. Tantea mi espalda y sé que duda si desabrocharme o no el sostén. Se decide. ¡Bien! Noto cómo mis senos se sueltan de la presión que ejercía la prenda sobre ellos.

—¿Y esto? ¿Qué te parece? —Pone cara de niño travieso. Me lo como.

—Que estabas tardando.



Me despierta un calor extremo. Empapada en sudor, no logro moverme. Está todo a oscuras. Cuando me queda un suspiro para ponerme nerviosa me sobreviene un aroma inconfundible y recuerdo dónde me encuentro y qué es lo que me inmoviliza. Rubén. Me hallo en su cama, junto a él, en modo «cucharita», con su cuerpo pegado al mío y su brazo rodeando mi abdomen, evitando la camiseta que escogí en el último momento para dormir: una suya. Rememoro que eso nos provocó varias carcajadas porque cumplía el tópico de las pelis románticas: la chica durmiendo con la camisa del maromazo y apareciendo maquillada y peinada mejor que cualquier mujer al uso. Nos hemos

reído tanto que sé que mañana voy a tener agujetas. Y no me extrañaría que mis labios se descubran pelados de tantos besos y, puestos, que las huellas dactilares de mis dedos amanezcan en su piel. Ha sido tan, tan mágico, que no hay nada que pueda estropear mi regocijo. Nada.

Pese a que no culminamos, no nos hizo falta. Lo bueno es que en el fragor del momento supimos ponerle freno y dar nombre a lo que estaba sucediendo: pasión, amistad, protección, cariño y confianza; tanta que me vi con fuerzas de decirle que prefería esperar, que aunque me moría de ganas de sentirlo dentro de mí, había que prorrogar las acciones, dejarlas reposar para evitar posibles arrepentimientos (por su parte, claro está). Nos une algo más que una amistad, ahora él tiene que ponerle nombre y, sobre todo, me niego a ser su error. Me resquebrajaría por dentro si se arrepintiera de lo que ha sucedido entre nosotros. Así se lo dije y él, entre besos melosos, me aseguró que eso no iba a suceder. Le creí. Quiero creerle. No me ha podido mentir estando tan cerca. Sé que ha sido todo verdad. Hoy sí. Mañana puede que dude.

Noto cómo se mueve pegando aún más su ardiente cuerpo al mío. Jamás disfruté de un calor tan rico. Siento cómo su nariz trastea por mi melena hasta hacerse un hueco cerca de mi cuello. Emite un gemidito de placer y sus respiraciones retoman la cadencia del sueño.

El placer se mezcla con la modorra y poco a poco la segunda vence y me sumo a su estado.

Tan feliz que solo podré soñar cosas bonitas.

# Capítulo 43

## Rubén

M.<sup>a</sup> CARMEN. 44 AÑOS. TARRAGONA.  
APALEADA Y DEGOLLADA.

He gastado tantas energías en no dejarme llevar que, aunque he dormido como un bebé (de los que duermen), presiento que voy a sentirme agotado. Lo que no quita que haya sido el mejor despertar en meses.

Es lo bueno de no tener cortinas, que la luz te desvela y cuando lo hace iluminando a un ser tan maravilloso como el que me acompañaba hoy, el sol atraviesa cada poro de mi interior hasta llegar a la cajita donde escondía la felicidad... Me he levantado poeta. Que nadie se entere. Sonrío mientras enjuago las tazas del desayuno para meterlas en el lavavajillas. Elda se acaba de subir a duchar y ya la añoro. ¿Soy un moñas? Puede ser, pero es que aunque me repito más que un loro, nunca había sentido tanta necesidad de tocar a alguien como a ella. Y soy consciente de que he cruzado una línea que ni pensaba ni quería cruzar, pero, también, de que he estado autoengañándome desde que la conocí.

Oigo cómo cae el agua de la ducha. Me la imagino ya dentro. Desnuda. Clavo mis uñas en la encimera de la cocina para anclarme y no subir en tres zancadas y colarme donde no se me ha invitado, todavía. Vuelvo a sonreír. Por no llorar. ¡Qué frustración! No estoy acostumbrado. Lo que quiero lo tomo sin recatos. Y que conste que ayer estuve conforme con su decisión de esperar, pero entre el despertar de esta mañana, que ha sido otro batalla de besos, caricias y pasión recién descubierta en el colchón, y la siguiente guerilla sobre la encimera de la cocina con sus piernas enroscadas en mí, dejando el placer retenido entre la ropa, no me veo con fuerzas de vencer ningún asalto más. La deseo tanto que me desconozco.

Y nos ha dado tiempo a hablar y a pactar. Vamos a seguir con lo que hemos empezado, a ver a dónde nos lleva. Puede que cuando salga de casa y su influjo se esfume el vértigo me paralice. Lo sé. Espero que no sea así, porque me siento tan bien que no quiero estropearlo. He de contarle algunas cosas para que entienda de dónde vengo y qué es lo que cargo, aunque intuyo que lo imagina.

Elda lee en mí.

Otro asunto pactado es que vamos a mantenerlo en secreto. Por seguridad. Solo la podré disfrutar cuando esté cien por cien seguro de que nadie nos ve. Hasta que no se resuelva el caso solo habrá besos escondidos.

Miro el reloj. He de irme a trabajar. Hago una llamada perdida a Julián para que deje el paseo con los perros y venga a casa a proteger a mi secreto y subo la escalera para despedirme de ella.



Salgo. Saludo al compañero que hace de escolta hoy. Es Pedro, un policía de otra comisaría vecina. Hemos tenido que pedir ayuda porque no nos llegaba el personal.

Oigo los ladridos de Sauron. El perro de Rafa viene tranquilamente a saludarme. Justo después dobla esquina «mi amigo» y no me pasa desapercibido su gesto amargo al cruzarse conmigo.

—¡Hey! —le saludo—. ¿Cómo vas?

Rafa se acerca, pero mantiene una distancia más que evidente y una mirada escurridiza dirigida al mar.

—Aquí vamos.

—Siento si te lo hicimos pasar mal, Rafa, pero...

—Ya, ya —me interrumpe. Es obvio que no le resulta cómodo recordar el tema.

—Tenemos que hablar, tío.

—Ya, lo sé. —Ahora sí que consigo que sus ojos me miren, pero desde la desconfianza. Parecemos dos extraños.

—¿Por qué mentiste sin parar? No quise descubrirete ante Garbiñe porque estarías a estas horas en calabozos, pero a mí sí me lo tienes que contar. —Doy un paso hacia él—. Nunca puedes asegurar cien por cien por nadie, pero te doy un porcentaje muy alto, Rafa. Sé que tú no has matado a nadie.

—Gracias por la confianza. Después de mi penoso interrogatorio de ayer pensé que me había convertido en el sospechoso número uno. —Respira y parece que gana fuerzas para mirarme con más intención, pero no dice nada más.

—Rafa, estoy esperando a que te expliques. Pasarás a ser al primer puesto como no me digas nada más. Es el momento perfecto.

—Ya... No es fácil.

—Soy yo, macho... Empieza y verás cómo te sale poco a poco.

Los ojos de Rafa buscan el suelo.

—¿Te lo cuento ahora?

—Pues sí, ¿o prefieres delante de Garbiñe?

Emite un bufido que sé que va por el mal carácter de la guardia civil en cuestión.

—Vamos a ver... Tú sabes que yo soy un *beta tester*.

—Pues no, ¿un qué?

—Un *game tester*, que pruebo videojuegos.

—¡Ah, vale, sí! —Cuando Rafa se pone en modo tecnológico no hay bicho que lo entienda.

—Nosotros firmamos un contrato de confidencialidad. No podemos filtrar nada, ni en red ni a otras compañías, evidentemente.

—Lo entiendo...

—Pues bien, me lo he saltado a la torera y me han pagado un montón de pasta por ello —dice de seguido y lo culmina con una sonrisa cínica.

—¿Cómo?

—En mi favor diré que es la primera vez que lo he hecho.

—¿Pero eso qué tiene que ver?

—Venía de reunirme con ellos, de pasar la información. Me bloqueé cuando me preguntaste, si se enteran me veo entre rejas una larga temporada.

—Pero ¿por qué lo has hecho? No te hace falta el dinero.

—Bueno, falta, falta... Es que era mucha pasta, no sé, a una oferta tan tentadora no es fácil decir que no, me embaucaron.

No quiero saber la cifra, pero en serio que no entiendo cómo la gente se puede complicar tanto la vida.

—¿Y qué pensabas hacer con tanto billete? No lo puedes ingresar, es dinero negro, ¿Suiza?

—Una de mis opciones. —Se rasca la cabeza.

—¿Y ahora qué hago yo? —le pregunto, porque estoy totalmente perdido.

—¿No decir nada? —me ruega.

—Es que no está bien lo que has hecho Rafa, no puedo permitir que te quedes con ese dinero.

—Lo entiendo —responde apesadumbrado.

—Déjame pensar... De momento no digas nada a nadie y ya veremos qué hacemos. Eso sí, más te vale no volver a hacer alguna de estas porque entonces sí que cantaré.

—Te lo prometo, Rubén, si no me entregas seré a partir de hoy el ciudadano más honrado de la faz de la Tierra.

—Más te vale. Me voy que tengo prisa, a ver qué le digo a Garbiñe para que te olvide.

—Ya... —afirma apesadumbrado.

—Por cierto, ¿no viste a Julieta ese día, no? Caminabas detrás de ella.

—No, Rubén, no me di ni cuenta, te lo juro. Iba a lo mío.

Le creo. Le pega mucho más esta coartada que las idioteces que dijo ayer, pero a ver cómo se lo cuento a Garbiñe...



—Entonces me dices que me olvide de Jaime porque has hablado con él y crees esa historia estrambótica que te contó de Elda. Ahora que deje de investigar a Rafa porque te has encontrado esta mañana con él y te ha desvelado un secreto que es mejor no contarme para no implicarme. ¿Te das cuenta de la carencia de pruebas?

—Sí, soy consciente. Te estoy pidiendo que te fíes de mí y entiendo que no es fácil. Solo te queda confiar en mi instinto.

Consigo relajar un poco el humor de Garbiñe.

—Es que para fiarme suelo requerir más datos —afirma malhumorada.

—Como te he dicho, es preferible que no sepas de qué va ese paseo de Rafa el día de la desaparición de Julieta. No tiene nada que ver con ella. Ha cometido un acto ilegal, eso sí te lo digo, pero nada que ver con el caso.

—¿Y pretendes que dé carpetazo? —Eleva el tono—. ¿Tú sabes lo que me estás pidiendo?

—Te estoy pidiendo que lo dejes en mis manos. Ahora hay que centrarse en lo que nos ocupa.

—Sí, eso está claro, yo estoy centrada, lo que no tengo claro es que lo estés tú —escupe—, demasiadas implicaciones personales.

—¡Vaya! Pensaba que habíamos superado la etapa de los reproches.



Ya voy conociendo a Garbiñe y cuando está enfadada tiende a lanzar dardos envenenados a tutiplén hasta hacer diana. Pero ni ella ni nadie va a estropear me el buen humor con el que me he despertado hoy.

—Estoy centrado Garbiñe, sabes que sí. Los dos imaginábamos que ni el búho ni Rafa eran los culpables, reconócelo. La línea que estamos llevando ahora creo que sí que es más certera. Leo huele a chamusquina.

—Hasta que le preguntes y te cuente una milonga y le creas —sonríe sarcástica.

—Garbiñe..., vale.

—Está bien, corramos un tupido velo. Coincido contigo en las sospechas con Leo, pero te advierto que ayer no hizo ningún movimiento extraño. Trabajo, compras y a casa.

Parece que se relaja y vuelve a fluir (con cierto atascamiento, pero fluye) la comunicación sana. No nos podemos permitir malos rollos. Debemos estar concentrados para no saltarnos nada. De primeras seguimos sin aviso de mujer desaparecida y esto es un factor de lo más estresante. Continuamos con la vigilancia las veinticuatro horas sobre Leo y Alejo. El exdespistado persiste en el punto de mira porque son varias ya las mentiras que nos ha dicho. Ayer comprobamos su coartada y es cierto que malvendió unas joyas, pero no quiero perderlo de vista, por eso le hemos pinchado el teléfono y le seguimos.

De momento, Garbiñe y yo vamos a interrogar de nuevo a Chin Kun. Siempre he preferido hacer yo las cosas, pero en este caso se abrían tantas puertas que no comprobé yo la lista de llamadas del teléfono de Julieta. Esta mañana me ha dado por hacerlo y he encontrado una de un número oculto, que pasaron por alto, del martes por la mañana previo a su secuestro. Lo he mandado descodificar y cuál es mi sorpresa: la línea pertenece a Chin Kun. No pudo ser Alejo, a esa hora trabaja, así que se lo voy a preguntar al chino, por esto y por los negocios que se trae con Paco, el hermano de Ramona.

# Capítulo 44

## Elda

VICTORIA. 57 AÑOS. BARCELONA.  
ASESINADA DE UN TIRO.

Llevo toda la mañana jugando con mi sobrina Cally, y no me cansaría nunca. Blanqui y Queca me ayudan en gran parte. A la pequeña le encantan los animales y no se cansa de ir tras ellos. Mi hermana y Brandon se han ido a pasear. Ella me ha insinuado que las cosas andaban un poco tirantes entre ellos y que les vendría bien alejarse un poco de la nena para hablar con calma. Así que me he ofrecido a quedarme con ella, y tan bien que lo estamos pasando. Me parece tan adorable que no sé que voy a hacer cuando se vaya.

Definitivamente me voy a tomar un tiempo en la cafetería. No me siento preparada para ir a trabajar, y en el fondo es algo que tenía que hacer más tarde o más temprano. Terminar mis estudios y volcarme en encontrar trabajo de lo mío y de paso terminar alguna novela de las varias que tengo comenzadas.

He recibido una llamada de Leo, pero no me he visto con fuerzas para descolgar. Le he enviado un mensaje que dice que ando un poco liada con mi sobrina. No quiero verlo. Me da miedo verlo. Pensar que ha podido ser él... Alisa sigue en sus trece, ella pone la mano en el fuego por él y yo quiero creerla, de verdad que sí, pero la duda ya se ha instalado en mí. Él conocía a Julieta, a mí también, ¿existe tal nivel de casualidad?

Y, por otra parte, me besé con él, y ahora con Rubén. De los dos tengo claro quién es el que me hace flotar, dar piruetas en el aire y volar como una cometa sin rumbo. Aunque Leo se haya portado tan bien conmigo y cuando nos besamos desbordáramos pasión, faltan las chispas de electricidad que saltan cuando Rubén me toca. Esas solo se las puedo otorgar a él. Por tanto, debería frenar cualquier ápice de intento de acercamiento por su parte y no me encuentro con ánimos de dar calabazas. Mejor no verlo. ¡Qué cobardona!

Suena el timbre. Julián lleva la mañana encerrado en la cocina preparando una supertarta para Cally. Vamos las cuatro. Queca es mi guardiana mayor, a donde voy yo ella me sigue.

Me encuentro con una chica despampanante. Morena, pelo largo, ojos rasgados, silueta con curvas, vamos una musa para Julio Romero de Torres. Debe de ser la hermana de Rubén. Ella misma me lo confirma:

—¡Hola! Soy Vera. —Se adelanta a darme dos besos y después deja una maleta en el suelo—. ¿Elda, verdad?

—Sí, soy yo.

—He llegado muy pronto. Entiendo que Rubén estará trabajando, pero tenía tantas ganas de venir...

—Pasa, pasa, estás en tu casa.

—¿Y quiénes son estas preciosidades?

Me río. Lo ha dicho con mucha gracia. Queca y Cally la miran como si no hubiesen visto una mujer en su vida.

Le respondo a la pregunta mientras se adentra en la casa. Julián sale a saludarla. Ya se conocen y se funden en un abrazo. La miro de espaldas. Su pelo llama la atención. Y no es que sea Garbiñe, eso no, ella es monumental, pero tiene mucho atractivo. Se parece un poco a Rubén.

Suena de nuevo el timbre. Abro. Es mi hermana. Trae aspecto más relajado. Hago las presentaciones pertinentes.



El acento cordobés se ha instalado en el salón. Vera y yo llevamos hablando todo el santo día. Alisa se llevó a Cally a casa y nos dejó solas. La hermana de Rubén es una charlatana de cuidado, pero habla con tanta gracia que mantiene tu atención. Aunque la pierdo cada vez que refresco lo que ha pasado entre su hermano y yo esta noche o cada vez que él me envía un mensaje. Son textos sencillos, nada románticos, más bien prácticos, pero es leer su nombre en el móvil y me pongo nerviosa perdida.

Julián se ha marchado tras comer los tres juntos a sacar a los perretes y descansar un rato en su casa. Al fin y al cabo hay un escolta y no estoy sola. Pobre hombre. Tanto chascarrillo femenino le ha debido poner dolor de cabeza.

Suena una melodía que me resulta familiar. Es del teléfono de Vera. ¡Ahh! Es la música de *Nothing Hill*, me encantaba esa canción... Ella corre a descolgar su móvil que está escondido en algún bolsillo de su teléfono. Observo cómo se pone colorada al hablar con quien quiera que sea y cómo su voz se suaviza,

suenan a enamorada perdida.

Esa canción... Hay algo que me ronda en la cabeza, pero no sé qué es... ¡Ahhh! ¡Yaaa!

El mando de la tele que tenía en mis manos cae al suelo y busco un asiento porque mis nervios han entrado en ebullición. ¡Madre mía! Acabo de recordar algo que se me había olvidado por completo y la sensación oscura del secuestro ha regresado a mí. No puedo. Respira, Elda, respira.

Vera cuelga inmediatamente y viene hacia mí. Se ha debido dar cuenta del cambio en mi estado.

—¿Qué te ocurre, mi niña? Estás pálida —me pregunta mientras se sienta a mi lado y me acaricia mis manos heladas y temblonas.

—Acabo de recordar algo, Vera...

—¿De qué? —pregunta preocupada.

—De mi secuestro. Tengo que hablar con tu hermano ahora mismo —me trastabillo.

—Vale, vale... Espera que lo llame.

Vera coge su móvil, pero Rubén no da señal. Lo intenta con el mío y tampoco. Me pongo nerviosa. Necesito verlo. Después de varios intentos fallidos me pregunta:

—¿Puedo saber qué es eso que has recordado?

—Sí... La melodía del móvil de mi secuestrador. Mientras estaba encerrada en el maletero sonó y era una canción. La había olvidado por completo. Puede que no sea importante, pero me ha hecho rememorarle y quiero contárselo a tu hermano.

—Sí, claro, puede que sea importante. ¿Quieres que vaya a la comisaría?

Me lo pienso, pero prefiero ir yo. Me ha entrado tanto miedo que necesito tenerlo cerca. Seguro que cuando lo vea me sereno. Se lo explico a Vera y se muestra conforme. Iré con el escolta.

Me preparo rápido mientras ella avisa al policía que aguarda en la puerta. Antes de irme, Vera me da dos besos y un abrazo reconfortante que disminuye en varios latidos mi acelerado corazón.

—Venga, tranquila. En un rato te veo. Algo me dice que va a ser una pista importante.

—Eso espero —le respondo.

—¡Oye! —me reclama antes de abrir la puerta para salir—. No me has dicho qué canción era.

—¡Ahh! Sí, no recuerdo el nombre, pero era de una serie de polis de los ochenta que me ponía mi padre. Siempre decían una frase típica: «Tengan cuidado ahí fuera».

—Ni idea, chica, pero no creo que haya mucha gente con esa melodía... Te espero aquí.

—Vale —le digo mientras salgo—. Avisa a Julián. No te quedes sola.

—Sí, sí, ahora mismo lo llamo.

# Capítulo 45

## Rubén

MÓNICA. 42 AÑOS. GRAN CANARIAS.  
ÚLTIMA ASESINADA 2016.

Los compañeros de Garbiñe nos avisaron de que Leo comenzaba a hacer movimientos sospechosos y hemos salido pitando tras ellos.

Ha partido con una mochila de deporte del gabinete y ha aparcado en un bosque cercano a donde cree recordar Elda que saltó del maletero. Nosotros no podemos salir del coche pero los guardia civiles sí, y ellos nos van contando lo que pasa. De momento, nada especial, camina con paso rápido, pero no se ha parado en ningún sitio en especial.

Esto es lo que queríamos, por eso no lo llamamos a interrogatorios, para que al sentirse libre él solo nos condujera a la guarida donde es más que probable que esconda a la víctima. Me siento nervioso a la par que expectante. Nunca he servido para estar en la segunda fila de la acción y esta espera me va a volver loco.

—¿Crees que se va a delatar él solo? —le pregunto a Garbiñe por hablar de algo.

—¡Ojalá! No quiero cantar victoria, pero huele un poco podrido. Una lástima.

—¿Por? ¿No quieres pillarlo?

—Quiero detener al culpable, pero no me apetecía que fuese él. Me pareció un tío interesante.

—¿De verdad?

—Sí, es atractivo e inteligente. Pero ves, está claro que escojo mal a los hombres —bromea.

—Pues como todos los elijas como este te lo vas a tener que mirar.

—No te creas, estoy en ello. Aquí donde me ves he tendido a prendarme de los malos, aunque con aspecto de buenos. Tengo un imán para los manipuladores.

La miro estupefacto. No me puedo creer que alguien se atreva a ningunear a

Garbiñe. Primero por su carácter y segundo por tal nivel de mujer. Debes sentirte tan afortunado de poseer al santo grial de las féminas que deberías cuidarla como a una orquídea.

No sé qué decir. Miro mi móvil. Llevo sin cobertura desde que nos adentramos en el bosque. Menos mal que Garbiñe sí que tiene y así puede hablar con sus vigías.

—De todas formas, estaba claro que yo no era el objeto de sus miras... No dejó de coquetear con Elda. ¿Ha llegado a haber algo entre ellos?

Se me revuelve el cuerpo al recordarlos besándose.

—Sí, se besaron. Pero no se han vuelto a ver.

—Ya decía yo... Pobre chica. Esto va a ser un palo difícil de digerir.

—Sí..., bueno, yo la ayudaré.

—Eso está bien. Tiene a mucha gente cerca, su hermana, sus amigas, a ti... Cuidadla, porque le va a hacer falta como se demuestre que Leo es quien buscamos.

—Lo haremos.

—Pobre chica... —Se repite y no puedo evitar molestarme al oírla llamarla así. Elda no es ninguna pobre chica, ella es valiente, decidida y tiene más coraje que muchos, pero no voy a entrar en discusión con Garbiñe cuando sé que su intención no es mala.

Suena el móvil. Lo descuelga en modo altavoz.

—El sujeto acaba de parar.

—¿Qué hace? ¿Se ve alguna construcción?

—En principio no. Está alisando el suelo con las manos. Mira para todos lados. Parece que se quiere asegurar de que nadie lo ve.

—Tened cuidado —les dice.

—Entendido.

Garbiñe me mira emocionada y yo a ella. Puede que por fin resolvamos este maldito caso.

—Está abriendo la mochila. Repito: abre la mochila.

La inquietud usurpa mi esencia, temiéndome que como no digan algo pronto vaya a saltar como una chinche en colchoneta elástica.

—Ha sacado un objeto negro.

¿Un machete? ¿Una pistola? ¡Qué angustia! ¡Maldita sea!

—Lo extiende —continúa la radiación—. ¡Es una esterilla!

¿Una esterilla? ¿Qué demonios va a hacer con una esterilla? Garbiñe y yo nos miramos confusos.

—Se sienta encima.

Sentarse. Va a sentarse en la esterilla, para lo que generalmente se usan estas cosas. Nada fuera de lo común.

—Un momento, ¿qué hace? Saca otra cosa de la mochila. Repito. Saca otra cosa.

Ya no sé qué pensar, pero admito que sigo nervioso. Garbiñe se está mordiendo las uñas y yo el nudillo del dedo pulgar derecho lo tengo en carne viva.

—Un termo. Lo abre..., bebe. Lo vuelve a guardar. Se levanta. Arquea la espalda...

—El saludo al sol, está haciendo el saludo al sol —distingo otra voz—, eso lo hace mi mujer todos los días. Es yoga.

Transcurren unos segundos.

—Efectivamente, está haciendo yoga. —Oigo la voz de siempre, pero más alicaída que antes. O nada lo remedia o eso es un fracaso en toda regla.



Entro en la comisaría. El buen humor con el que accedí esta mañana ha resbalado al semisótano. Y todo por culpa del yoga. Del estúpido yoga. El maldito Leo se ha ido al quinto pino para meditar y estirar su espalda como un monje budista, y nosotros pensando que íbamos a pillarlo in fraganti.

Me siento tan tonto que no puedo ni mirarme al espejo.

Luis, mi jefe, viene hacia nosotros. Ya le hemos contado lo del yoga.

—Chicos, lo siento, pero no perdáis la fe, estáis muy cerca.

—Gracias, jefe. —Menos mal que es un tío comprensivo, otro nos mandaba una temporadita a donde amargan los pepinos.

—Por cierto, ha venido Elda, la muchacha quiere hablar contigo. Ha recordado una canción, cree que la que sonó en el móvil de su secuestrador.

—¿Dónde está?

—En tu despacho —me responde—. Otra cosa, hemos recibido informes de narcóticos, parece ser que Chin Kun no solo se dedica al juego. Entre eso y la



llamada a Julieta le vais a tener que apretar las tuercas hasta que cante. No lo dejéis escapar. Está en la sala de interrogatorios, vuelve a venir a pecho descubierto, sin abogados. El tío es un valiente.

—Esperad que hable un momento con Elda y voy.

—Perfecto —responden al unísono.

## Capítulo 46

### Elda

MATILDE TERESA. 40 AÑOS. MADRID.  
ASESINADA A PUÑALADAS.

Siempre me he considerado alguien relativamente inteligente y con una memoria aceptable. No entiendo cómo se me ha podido olvidar lo de la música que escuché cuando estuve encerrada. Ilógico. ¿Será verdad que al final padecí un *shock* postraumático? Porque lo había arrinconado del todo en mi cabeza. Y puede que no sea importante, pero prefiero contárselo hoy a Rubén. Sí.

Gracias a Vera se me ha encendido la bombilla que había apagado inconscientemente. Ahora, mientras espero a que venga Rubén, me ha entrado la neura porque la he dejado sola en casa, pero no tengo su teléfono para poder llamarla y asegurarme de que esté bien. No me lo perdonaría jamás. Es que mira que hemos sido torpes, podría haber venido conmigo.

Me han dicho que Rubén no tardaría, pero llevo aguardándole más de una hora y cada vez me estoy poniendo más nerviosa. Tengo ganas de soltarlo.

Al fin la puerta se abre y entra. Solo. No sé cómo actuar. Voy hacia él mientras cierra y gira la persiana veneciana para proveernos de intimidad.

—Suelo cerrarla, es una costumbre, las comisarías son muy indiscretas — dice con un tono desprovisto de cualquier alegría por ver a la mujer con la que ha pasado la noche.

—¡Ahh! —habla mi frustración y mis pasos echan para atrás todo lo avanzado.

Nos miramos desde lejos. Nos separa todo lo ancho del despacho, pero eso no es nada comparado a las dudas, ellas sí que alejan.

—¿Qué me tenías que contar? Me han dicho que era importante. Ven, siéntate.

—Prefiero estar de pie, si no te importa —le respondo rápida y fría.

—¿Hey? ¿Qué te ocurre? —Viene hacia mí en tres zancadas y lleva sus manos a mi cara para fijar mi atención en él sin remedio—. Elda, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

Ahora me siento como una niña tonta y caprichosa.

—No, nada...

—Ven aquí. —Rubén me acerca aún más a él con sus manos y me regala varios besos tiernos en mi frente. Me reconforta tanto solo con tocarme que si sigue a mi lado no habrá síndrome premenstrual que me deprima.

—Es que estabas tan serio al entrar que pensaba que te había molestado o que dudabas de...

No tengo filtro, como vengo advirtiéndolo. Rubén es mi perfusión de suero de la verdad. Totalmente.

—Estoy confuso, no te lo niego, pero dentro de los límites de la normalidad, Elda. Esto es nuevo para mí, pero de ahí a que en unas horas ya opine lo contrario sería muy preocupante.

—¿Sigues el pacto en pie? —le pregunto con voz infantil porque es la única que me sale.

—Por supuesto, lo único que lo de que sea secreto no va a ser fácil de mantener, porque es verte y necesito tocarte, eres como una barra de pan calentito, o la pellizco o muero de la ansiedad —bromea—. ¿Y por tu parte? ¿Quieres seguir con el inspector más inútil de España?

—¿Tú qué crees?

—He preguntado yo.

—Rubén, me gustas desde antes de conocerte —¡que alguien para la perfusión, por favor!—, lo de esta noche ha sido tan especial que quiero repetirlo y repetirlo hasta que sea viejecita.

—Perfecto, seré tu repetición, pues. Claro que habrá que avanzar y probar nuevas versiones, o aceptas o moriré pronto.

Reímos e inmediatamente después nos besamos primero con mesura y tres segundos después con todo el cuerpo. Es que me fundo en él, en su calor, en su aroma, en su suavidad. Tocar su piel con mis labios es la mejor experiencia sensorial que he disfrutado nunca. Si fuera una espía y hubiera que sustraerme información, la desvelaría solo por un beso suyo. Deberían inventar unas capsulitas que te proporcionaran esto que siento. Se acabarían las guerras.

Rubén se separa para coger aire y en ese instante me percato de dónde estoy y para lo que he venido. Me separo unos centímetros.

—¡Dios! ¡Qué bien me vienes, Elda! Acabas de enchufarme energía para

acabar el día. Entraba agotado.

—Pues a mí me tiemblan las piernas —admito medio en broma, medio en serio.

Se ríe y de la mano me conduce a la silla. Aposento mi enamorado y débil cuerpo. Rubén se apoya en la mesa.

—¿Qué me tenías que contar?

—He recordado algo del secuestro. Os dije que le sonó el móvil y se bajó del coche, pero había olvidado que era una canción.

—¿De politono?

—Sí.

—¿Cuál?

—No sé el nombre, era el de una serie de polis de los ochenta. A mi padre le encantaba, decían una frase mítica...

—«¿Tengan cuidado ahí fuera?». —Se me adelanta. Afirmo—. *Canción triste de Hill Street*. Debe de ser esa.

—Sí, creo que sí —respondo animada.

—Espera que la busco en internet.

La pone. Al escucharla de nuevo, un escalofrío me recorre, es esa, seguro. Le pido a Rubén que la quite. Me angustia.

—Es una buena pista... Poca gente tendrá esta melodía en su teléfono. Hay que dar con él, pero en cuanto lo tengamos comprobaremos su móvil.

—¿Ayuda, entonces?

—Sí, mucho.

—¿Por qué venías tan serio cuando has entrado?

—En resumen y para que sea menos doloroso: hemos seguido a Leo a un bosque y el tío se ha puesto a hacer yoga. Creíamos que lo teníamos y saca la esterilla y se lía a hacer flexiones.

—Mi hermana insiste en que él no ha sido. Dice que lo conoce y que Leo jamás haría daño a nadie.

—Bueno, tú no te fíes de él.

—¿Y si viene? No le estoy cogiendo el teléfono, pero igual se acerca.

—Tiene prohibida la entrada. Lo saben los escoltas.

—Genial, me quedo más tranquila. Otra cosa que me preocupaba es que al venir con el escolta porque tú no cogías el teléfono he dejado a Vera sola en

casa.

—¿Y Julián?

—Se marchó a sacar a los perros y a descansar un rato.

—Espera que lo llamo.



Regreso a casa. Asustada. Por el camino, Rubén me ha llamado con una muy mala noticia. Han de retirar al escolta, en cuanto me deje en casa se tiene que ir. Por lo visto hay indicios de un posible atentado terrorista y necesitan todos los efectivos habidos y por haber. El disgusto se reflejaba en su voz y yo he intentado calmarlo. Es lo que hay en los tiempos que corren...

Pedro, el escolta, sale de casa de Rubén. Antes de dejarme a solas ha tenido a bien inspeccionar la casa.

—Todo despejado, Elda. Puedes entrar.

—¿No hay nadie? —pregunto sorprendida.

—No —repite—. Me tengo que ir. Cierra con llave. No abras a nadie.

—Vale, sí —respondo por cortesía, pero sin pensar mucho. La intriga y la preocupación ocupan mi raciocinio. ¿Dónde pepinos está Vera?

Camino hacia la puerta rápido para que Pedro se pueda marchar, pero escucho el ruido del motor antes de que abra. Debe de tener prisa y lo de hacer de escudo de una niñata no le venía muy bien, aunque se ha esforzado por ser amable saltaba a la vista que la ocupación de hoy le gustaba menos que nada de nada. Lo de leer entre líneas no siempre es bueno. En fin, en parte lo entiendo. Soy un rollo.

—¡Elda! ¡Por fin! Te he estado llamando.

¡No, no, no, no! ¿Estoy oyendo a Leo? No me quiero dar la vuelta por no hacerlo real, pero, vamos, que muy confundidos tienen que estar mis oídos. Es él, fijo. Tengo esa estrella.

—¡Elda! —Sube el tono y ya no me queda excusa. Me giro. En este momento soy como un *coulant* de chocolate, por fuera un bizcocho amable y sonriente, pero por dentro estoy fundida de miedo, aunque mal hecho. Como me toque me derrumbo y adiós el bizcocho.

—¡Leo! —¡Ay, Dios! ¡Qué falsa he sonado! No hay quien me crea y partiendo de la base de que el receptor es psicólogo voy mal, muy mal; o me

esfuerzo o voy a estar muerta en dos minutos máximo.

Ahí le tengo. Mi sentido auditivo no se equivocaba, es él. ¡Qué barbaridad! ¡Ni hecho a posta! Murphy, donde quiera que estés, porque existes, eso queda claro, quiero que sepas que te odio y que tus bromitas o leyes, con las que seguro que ahora te estás descuajeringando, a mí no me hacen nada de gracia. Voy a morir por tu culpa. ¡Desgraciado!

Leo se acerca, parece que ignorando mi tembladera de piernas y mi gesto forzado. Cuando le tengo enfrente y pienso que cómo puede ser un asesino tan guapo, él se adelanta para darme dos besos. Encojo la tripa por inercia, he visualizado que me clavaba un puñal a lo *Crónicas vampíricas*. Pero no, solo me ha besado y dejado su maravilloso perfume, de asesino, pero maravilloso, en mi piel.

—¿Qué tal estás, preciosa? —La verdad es que su ronca voz puede ser de psicópata. No lo había pensado antes.

Articular palabras se vende muy caro en este momento. Hay tanto chocolate fundido tiritando en mi interior que el bizcocho se va a desintegrar en segundos, vamos, que puede que me desmaye del colapso.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado, que por otra parte, ya era hora, ha tardado en darse cuenta de que tiene en frente a un conejillo indefenso y asustado.

—Estoy. —Consigo empujar a mis cuerdas vocales.

Leo suelta una carcajada.

—Eso ya lo veo... ¿Estás bien, Elda? —reitera.

—Sí, bueno, no. No muy bien.

—¿Qué te pasa?

«¿Que puede que seas un asesino?». Omito enunciarlo en alto.

—Nada, estoy cansada y preocupada.

—¿Por?

—No sé dónde está Vera, la hermana de Rubén. —En los momentos en los que crees que ya no hay escapatoria, siempre se enciende una lucecita inteligente. ¡Menos mal!

—¿Y eso?

—Es que he salido con el escolta para contarle una cosa a Rubén y ella dijo que me esperaba aquí.

—¿Y el escolta? —Señala al hueco que ha dejado el coche.

—Se ha ido.

—¿Cómo? —se extraña—. ¿Estás sola?

—Sí, pero en un ratito vendrá otro. —Miento descaradamente, más que nada para que se piense el matarme con prisa.

—¡Vamos para casa ahora mismo! Tú no puedes estar sola aquí. ¿Lo sabe Rubén?

—Sí, claro... Se suponía que iba a estar Julián, pero aquí no hay nadie.

—Venga, entremos —dice a la vez que me empuja para que abra la puerta—. Llama ahora mismo a Rubén y cuéntale la situación. Dile que yo me quedo, que no se preocupe.

Estoy por reírme en su cara. Pero me contengo y hago lo que me dice, no sin antes tropezarme con el felpudo y tirar el móvil al suelo de los mismos nervios.

Mientras espero a que Rubén descuelgue, Leo se asoma a la cocina llamando a Julián y sube parte de las escaleras para repetir la acción. Rubén descuelga.

—Dime, Elda, ¿todo bien? Me pillas en un interrogatorio. Vas a alucinar cuando te cuente lo que acabamos de descubrir —me susurra al teléfono—. ¿Ya estás en casa?

—Sí, pero no hay nadie, bueno...

—¿No está Julián? —me interrumpe.

—No, ni tu hermana.

—Pero si he hablado con él y me dijo que estaba en casa con ella... ¡qué raro!

—Pues ya ves, pero ha venido...

—¿Seguro que no están? —me interrumpe de nuevo sin dejarme contarle lo más importante.

—No, Rubén, aquí no.

Leo, que está intuyendo la conversación, vuelve a gritar «¡Julián!».

Escucho cómo Rubén exhala fuerte. Esa ronca voz es inconfundible.

—¿Con quién estás?

—¡Ah! Sí, con Leo, ha venido justo ahora. Dice que no te preocupes, que él se queda conmigo —digo al fin.

—No me jorobes, ¿está ahí? —Baja el tono de voz y lo cambia por preocupación.

—Sí, una suerte, si no llega a venir él estaría sola. —Disimulo, porque se ha acercado como para oír lo que dice Rubén.

—Voy para allá. —Se oye.

Leo me quita el teléfono para hablar.

—Rubén, tranquilo, estoy yo, no corras. No voy a dejar que nadie se acerque a ella, no te preocupes. Antes tienen que matarme —me sonrío. Y yo a él... Se está portando tan normal que hay algo que empieza a no encajarme. ¿Cómo va a querer el asesino que yo avise al policía? Pero igual está jugando al despiste, a hacerse el bueno, porque no ha traído las herramientas para asesinarme. Puede ser...

Al ser más alto Leo, no alcanzo a oír lo que Rubén le responde.

—Que tranquilo, no corras, que estoy yo... Vale, OK. Genial. Nos vemos.

Leo cuelga y me tiende el teléfono.

—No sé si he logrado convencerlo. Se le notaba asustado.

—Ya, sí... Me cuida mucho y eso de que esté sola no le hace gracia.

—Ni a mí. A mí tampoco.

De pronto, caigo que Queca, mi gatita protectora, no ha venido a saludarme. Blanqui sí ha vuelto a su camita después de pegarme varios lametones en las piernas, pero Queca no.

—¡Queca! ¡Queca! —la llamo a voces. Leo me mira confundido—. No está la gata, ella siempre viene a saludarme.

—¡Anda! ¡Es verdad! Otro misterio. Vamos a buscarla.



Ni rastro de la minina. Y yo me voy relajando. Intento escuchar las palabras de mi hermana para convencerme de que Leo no es el asesino y olvidar todo lo dicho por Rubén. No me está resultando difícil porque si juzgo su actitud desde luego es de lo más común. Nos sentamos en el sillón.

—Pues nada, a esperar —dice—. ¿Estás más tranquila?

—Sí, sí, ya sí.

—Al principio te he notado demasiado nerviosa... Creí que era por lo que sucedió el último día que nos vimos. —Va al grano y encima escurre su trasero



para aproximarse a mí.

—Un poco sí, no te voy a engañar.

—¿Te arrepientes? —me pregunta *ipso facto*.

—Arrepentirme, no, pero me gustaría ir despacio. Tengo que reflexionar.

—Lo entiendo. Lo pensé cuando me fui. Por eso me he ausentado estos días, para dejarte espacio. No es el mejor momento para comenzar nada. Primero has de salvar tu vida.

—¿Cómo? —Me asusto. Ha sonado fatal.

—Me refiero a que primero tienes que sentirte a salvo —ríe—, para después poder saborear los regalos que la vida nos ofrece.

—¿Regalos?

—Sí, besarte lo es. —Leo en un arranque imparable lleva sus labios los míos y los besa con dulzura y suavidad. Como ya ni sé qué demonios hacer opto por dejarme llevar para no levantar sospechas.

Se separa pronto.

—Ves. Se para el tiempo. —Desliza sus manos por mi cara—. Pero, aunque me gustaría estar así de por vida, primero has de salvar tu vida, elegir qué quieres y a quién.

—¿A quién? —repito como un loro.

—Rubén o yo. Y no hace falta que lo niegues.

—Vale.

Solo digo eso porque la confusión me bloquea y ya no entiendo nada. Un montón de señales me taladran a cada instante, «es un asesino», «no, no lo es», «demasiado perfecto para ser verdad», «pero ¿por qué no me mata?»; así no hay quién pare. Lo único que llego a reflexionar es que dudo de que haya sido él mi secuestrador y si lo fue, hoy no me va a asesinar. Así que intento respirar tranquila para darle la respuesta que merece:

—Leo, no te voy a engañar... Entre Rubén y yo puede que haya comenzado algo, pero como tú muy bien dices es tiempo de parar, salvar mi vida y después elegir un camino.

—Eso es. Muy bien. Me gusta que seas sincera. Por encima de todo está tu seguridad y, aunque somos dos hombres muy distintos, los dos velamos por lo mismo. Por ti. La elección dependerá de ti, yo te prometo una vida llena de calma, conexión, de conversación y naturaleza y él, él no sé.

—¿Eres siempre igual de comprensivo? —se me escapa.

—Te acabo de prometer una vida cargada de calma, conexión y conversación, ¿tú qué crees? Es muy difícil enfadarme, llevo muchos años esforzándome en autocontrolar mis instintos más primarios.

—¿Cómo?

—Con meditación. Dos días por semana me alejo y busco cualquier rincón tranquilo y bonito para desconectar. Te encantaría. Aprendes a conocerte bien.

—Me vendría estupendo.

—Cuando quieras, y puedas.

—Me lo apunto. Quiero ser como tú.

—Elda, sé que cuando he llegado aquí ya se había forjado un nexo entre él y tú. Aparecí tarde, por eso no me enfado, ni tengo nada que objetarte. Te planteo mi opción. Me gustas. Mucho. Quiero seguir conociéndote y si no puede ser como yo quiero, pues será como amigos, pero de verdad, nunca estés incómoda conmigo, antes te he visto así y se me ha hecho duro.

¿Pero este hombre es real?

Escucho trastear en la cerradura. Mis ojos se dirigen hacia allá. Pero no veo a quien pensaba.

—¡Hombre, Leo, estás aquí! —Mi hermana acaba de usar las llaves que le prestó Rubén para entrar con toda su familia.

Leo se levanta para saludar y Cally corre hacia mí.

—¡Tita, tita! Mañana te vienes con nosotros, ¿please?

—Sí, claro, mañana vamos al zoo, ¿vale?

Recibo un amoroso abrazo como respuesta.

Observo cómo Leo y Brandon se saludan. Ahora recuerdo que ya se conocían, que mi hermana me dijo que Leo los visitó hace unos años. Alisa se adelanta y me hace una mueca que entiendo perfectamente.

«¿Ves como no es un asesino?».

Y no me queda más que poner morritos de aceptación.

—Tita, ¿dónde está la gatita?

—No sé, cariño, no la encuentro. ¿Por qué no vas a buscarla?

—Vale —responde encantada.

—¡Pero no salgas de la casa! ¡Eh! —le recuerdo.

—Sí, tita.

Cally se marcha en búsqueda de Queca. Brandon y Alisa se sientan en el otro sofá y se me pasan, del todo, los nervios por Leo. Ya iba serenándome antes, por su actitud, pero tan acompañada como me hallo se me hace camino llano y sin baches para echar a un lado al miedo. ¡Qué paz!

Conversamos. Les cuento que he conocido a Vera y que ahora no sé donde está. Alisa, que es la que lleva la batuta en esta reunión improvisada, plantea varias hipótesis *lights* para que no me preocupe, pero ninguna termina de parecer creíble. Es que se me hace tan raro, y que tampoco esté Julián... No sé, no sé. Espero que no les haya pasado algo por mi culpa.

Unas llaves vuelven a hacer ruido al introducirse en la cerradura. Cierro los ojos y deseo que sea Vera para que desaparezca mi desasosiego, pero no me hace falta abrirlas, reconozco la nueva voz que entra en escena, y es la de Rubén. Un Rubén nervioso perdido.

—¡Ahh! ¡Estáis todos! —observa en alto.

Brandon y Leo se levantan para saludarlo, quizás un poco incómodos por estar ocupando su casa. Alisa, sin embargo, se eleva para cambiar su posición y sentarse a mi lado para cuchichearme:

—¿Ha pasado algo? —le respondo que no con la cabeza.

—¿Ves cómo no es el asesino? Leo es un cacho de pan. Sería incapaz de matar a nadie.

—Puede ser —afirmo mirando al frente. Detesto los cuchicheos y además quiero encontrarme con la mirada de Rubén, a ver qué me dicen sus ojos. Logro mi objetivo y descifro algo parecido a la calma después de la tormenta. Ha debido venir a toda prisa pensándome en manos de Leo y al verme sana y salva el relax está pidiendo acceder a su ánimo.

—¿Y mi hermana? —pregunta en alto para que cualquiera de nosotros responda.

Lo hago yo:

—Ni idea, Rubén, desde que yo he venido no hay nadie aquí.

—¿Ni Julián?

—¡Mira, mami! —nos interrumpe Cally—. ¡Me he encontrado este teléfono! ¿Me lo puedo quedar?

Sonrío. Es tan buena. Otro niño se lo guarda y no dice nada, pero ella le pide permiso a su mamá... ¡Ayss!

—No, cariño, devuélveselo a su dueño.

—¡Mami, *please, please!* —le ruega con su vocecita de pato. Ya entiendo por qué los niños tienen móviles desde pequeños, si te lo piden así no hay quien se resista.

—Cally, ya has oído a mamá, devuélveselo a su propietario —intercede ahora Brandon.

Mi sobrina le hace caso y tiende su brazo para que alguien lo coja, pero todos gesticulamos que no es nuestro. En ese momento miro de nuevo a Rubén y advierto cómo su color cambia. Da dos zancadas hacia la niña y agarra el teléfono.

—¡Es el de Vera! ¡Es el de mi hermana! Ella no se iría a ningún lado sin su móvil.

—¿Cómo? ¿Estás seguro? —Me levanto rápido hacia él.

—Segurísimo. Es el de Vera. ¿Dónde lo has encontrado? —le pregunta a Cally con un tono de voz tan alto que ella se echa a llorar desconsolada al percibir tanta tensión.

Brandon y Alisa corren a consolarla para que responda, pero no hay manera.

—¡Por favor! ¡Convencedla para que os diga dónde ha visto el móvil! Necesito saberlo ya.

—Es una niña. La has asustado. Si le hubieses hablado con otras formas... —le sermonea Leo, que hasta el momento permanecía en un segundo plano.

Rubén se gira lentamente hacia él para increparlo:

—Perdona por no saber guardar las formas cuando la vida de mi hermana está en juego.

—Igual te estás precipitando, ¿no? ¿La vida de tu hermana? Quizás ha salido a comprar y tú acabas de gritarle a una niña gratuitamente.

Rubén bufa aire y no cuenta hasta tres antes de responderle:

—¿Sabrás tú algo? ¿Conoces acaso a mi hermana? ¿O sí? ¿Puede que sí?

—No, para nada.

—¡Pues entonces cállate de una puta vez!

Se lo ha dicho de tan malas formas que Cally, que parecía que se calmaba, reanuda el berrinche.

El ambiente se tensa. Mezcla de susto, tensión y llanto exacerbado; no hay

nada como un niño llorón para activar el simpático y que la adrenalina se apodere de los nervios. Nada.

—No es necesario que me hables así. Yo solo quiero ayudar.

—¡Pues te metes la ayuda donde te quepa! —Confirmado, Rubén ha perdido las formas.

—Te insisto, no me hables así —se reafirma Leo, que más parece un maestro zen—. Yo no soy el culpable de que estés así, erras el tiro en tu diana, así que relaja, tío, relaja.

—¿Sí? ¿Seguro que fallo? No lo tengo yo tan claro.

—Venga chicos, dejadlo ya. —Me atrevo a intentar calmar el ambiente, acercándome a ellos, para que Rubén no diga nada que no quiere.

—No, si yo no soy aquí el que está nervioso —me responde Leo, tomando una de mis manos y llevándome hacia él—. Es mejor que vayamos a la cocina hasta que se relaje el señor policía.

—¡Suéltala! —grita el aludido.

La familia americana hace caso a Leo y se aleja porque así no va a haber manera de calmar a su hija.

Leo hace todo lo contrario a la «amable petición» y me sitúa detrás de él.

—¡Qué la sueltes te he dicho! —grita.

—Y yo que te relajés.

Y ocurre aquello que no quería que sucediera por nada del mundo. El contacto. Rubén empuja a Leo para separarlo de mí y una vez que me ve libre me amarra con fuerza. Estoy tan consternada que si me dan la vuelta por los pies ni me enteraría. Leo cae hacia un lado, pero no llega a tocar el suelo, gracias a un fantástico equilibrio digno de cualquier gimnasta de élite.

—¿De qué vas? Eso ha sido innecesario —le demanda con un tono ya más caliente.

—No quiero que estés cerca de ella, ¿me has entendido?

—¿Y eso? ¿Por qué? ¿Eres su dueño?

—¡Vale ya! No digáis chorradas —les ruego.

—No, pero no me gustas, Leo, nada. ¿Te queda claro? —le amenaza Rubén acercándose a él.

—A quien le tengo que gustar no es a ti, precisamente. No eres mi objetivo —le responde el psicólogo, que se va pareciendo a la típica mosca cojonera

famosa.

—No te acerques a ella. Vete de aquí, ¡ya! —El matiz sonoro desborda ultimátum.

—Rubén, vale ya —tercio, me está empezando a jorobar que hable de mí como si yo no estuviera—. Leo solo quiere ayudar.

—Tú no te metas —me responde con voz áspera y descontrolada. Me separo bruscamente de su amarre y le mando a la mierda. Tal cual. A voz en grito.

—¡Elda! ¡Ven aquí! —me reclama desesperado.

Ni caso le hago. Marcho a la cocina a ver si consigo saber algo de Vera, pero justo en ese momento aparece Alisa en el salón con el móvil en mano y actitud enérgica.

—¡Estaba en el suelo del baño, Rubén!

—¿Cómo? —gritamos a la vez.

—He logrado que Cally me dijera de dónde lo cogió y me ha señalado el suelo, a la entrada del baño. De hecho, si te fijas, está un poco rota la pantalla.

Rubén toma el móvil con sus manos para inspeccionarlo y lo desbloquea. Una foto de Vera con él se ilumina. Alisa se asoma y frunciendo el ceño dice:

—¿Esta es tu hermana?

Rubén afirma.

—¡Ahh! ¡Pues no te preocupes!

—¿Por qué? —le cuestiono yo.

—Porque la vi hace un rato caminando con Julián.

—¿Seguro? —pregunta él.

—Sí, sí, me acuerdo perfectamente.

—¿Iban solos?

—Sí, sí. El caso es que pensé... A ver cómo te digo esto sin que suene mal... —duda.

—Dilo.

—Pues pensé que sería un lío o algo porque caminaban muy juntitos.

—Mi hermana tiene novio, y se sacan cuarenta años mínimo. No tiene sentido —le aclara.

—Ya, pero es que iban muy juntos, yo solo te digo lo que pensé, por si puede ayudar.

Rubén se sienta en el sillón y parece que toma aire. Leo se ha ido a la cocina y ahora solo quedamos Alisa y yo, que permanecemos en silencio. Yo me niego a verbalizar más hipótesis no vaya a ser que meta la pata. Rubén saca su teléfono.

—Voy a llamar a Julián —nos explica—. Es probable que hayan ido a comprar algo o yo que sé. Los voy a matar cuando los vea, os lo prometo, me va el corazón a mil —dice mientras espera a que Julián descuelgue.

—No hace falta que lo jures —le reprocho. Su comportamiento de antes ha sido lamentable.

—Perdona, Elda. Estaba fuera de mí, no sabía ni qué decía.

—Ya lo he visto.

—No tengo excusa, pero es que verte tan cerca de él, mi hermana desaparecida, él casualmente por aquí... Me ha puesto de los nervios.

—Bueno, ya hablaremos. Ahora centrémonos en encontrar a Vera. —No es momento, ni lugar. Soy de dar pocos numeritos o más bien de evitar discutir en caliente.

—No lo coge. Me da señal, pero no descuelga... Los voy a matar. ¡Vaya dos!

Unas tosecitas de mi hermana rompen el silencio angustioso que estaba comenzando a emerger.

—No es por ser pesada, pero ¿estás seguro de que no están liados? A algunas mujeres les gustan mayores.

Rubén se toca la frente y cierra los ojos antes de responderle:

—No, Alisa, estoy seguro. Vera no está liada con Julián. Y no se conocen mucho. Me extraña que fueran tan pegados como dices.

—¡Oh, no! ¡Eso, no! Cuando yo digo que los vi muy juntitos es que los vi muy juntitos, de eso no dudes porque no.

Rubén gesticula extrañeza, pero no insiste. Unos golpecitos en la ventana llaman mi atención. Miro hacia allá. ¡Es Queca!

—¡Queca! —Voy en su búsqueda y la abro—. ¿Dónde estabas, pequeña?

La minina se vuelve loca a lamerme y me hace reír. Es cariñosa, pero lo de hoy es exagerado. Cuando se ve que se cansa salta de mis brazos y se dirige a repetir las carantoñas a Rubén, que no está para tantos mimos, pero le acaricia el lomo.

Lo miro. Continúa nervioso, no lo puede ocultar, ni yo que su actitud posesiva no me ha convencido nada. Vamos a tener que hablar luego, cuando todo vuelva a la tranquilidad. Es que no me ha gustado. Ni un pelo.



## Capítulo 47

### Rubén

ESTEFANIA. 24 AÑOS. MADRID.  
ARROJADA POR UNA VENTANA.

He perdido el control y me avergüenzo. Jamás me había comportado así. En menos de un minuto he zarandeado a Leo y gritado a Elda, y yo no soy así. Pero verlo aquí, sujetándola, cuando creo que él ha sido quien asesinó a Julieta... Venía muy nervioso, eso también suma. El camino en el coche se me hizo eterno. Nada más colgar salí escopetado de la comisaría temiéndome lo peor. Y a todo lo anterior hay que añadirle la preocupación por Vera. Algo no cuadra. Ella nunca se dejaría el móvil.

El caso es que todo apunta a que está con Julián y eso me relaja, pero no entiendo a dónde han podido ir que tarden tanto. Ya he hablado con Garbiñe. Ella ha ido al compra-venta al que fue el otro día Alejo. Tenemos varias preguntas que hacerle.

Me he quedado a solas con Elda en el salón, pero se nota que mi comportamiento anterior no le ha sentado bien porque está sentada en el otro sillón lejos de mí, sin apenas mirarme. Alisa entra y sale de vez en cuando y el resto se han autoinvitado al patio exterior donde juega Cally. Desde aquí se oyen las risas de la niña, que parece que destensan un poco el ambiente.

Elda se levanta.

—Voy a salir un rato fuera, si no te importa.

—Eh, sí, como quieras —le respondo.

—Avísame si sabes algo.

—Elda..., perdona por lo de antes.

Ella se gira y me mira bastante seria, como nunca la he visto.

—Sé que ni es el momento ni el lugar, pero jamás, ¿me oyes?, jamás me vuelvas a tratar así.

—Ha sido por los nervios, Elda, no quería gritarte.

—No me refiero a eso, Rubén. Me tratabas como si fuera de tu propiedad, hablando por mí cuando yo estaba delante. No me ha gustado y te lo tengo que

decir —se sincera con voz entrecortada. Está a punto de echarse a llorar.

—Sabes lo que pienso de él... Mi reacción no se debía a lo que hay entre tú y yo, era por tu seguridad. Entiendo que te haya podido parecer un loco de libro y un machista neandertal, pero nunca me había comportado así, lo ha provocado el verte cerca de un posible asesino, no de un ligue.

—Ya hablaremos... No es el momento. —Finiquita con semblante frío antes de desaparecer. Suena mi teléfono. Es Garbiñe.

Mientras yo he volado a casa, ella se ha ido al comercio de compra y venta donde Alejo traspasó las joyas. ¿Por qué? Pues porque Chin Kun nos ha desvelado que ya le ha pagado e ignoramos de dónde ha sacado tanto dinero.

—Rubén, tenemos algo.

—Dime —respondo con menos energía de la que debiera.

—El dependiente nos ha dicho que el día que Alejo llevó las joyas le ofreció otra cosa, pero que él a eso no se dedica.

—¿El qué?

—Monedas. Una colección de monedas. Ha debido venderlas y de ahí ha conseguido el dinero —especula. Yo... Yo me acabo de quedar sin una gota de aire.

—Ven cuanto antes, Garbiñe. —Le cuelgo.

Alisa entra en el salón. Ella sola. Me mira y se extraña al ver mi gesto.

—¿Habéis discutido?

—¿Quién? —Estoy a mil kilómetros de este lugar ahora mismo.

—Elda y tú.

—Puede llamarse así —le respondo intentando orientarme.

—Es que has venido con demasiada energía.

—Ya, lo sé. Estoy sometido a bastante presión y encima pensaba que ella estaba en peligro.

Alisa mueve la cabeza de un lado a otro, mordiéndose el labio inferior.

—No sé qué te ha contado Elda de mis padres..., pero él nunca se portó demasiado bien con mi madre.

Me quedo más helado de lo que ya estaba. Ella siempre habla maravillas de él.

—Nada, no me ha contado nada. Me dejas fuera de juego.

—Es lo que siempre me ha separado de ella, Rubén, su obsesión por mi padre. Hiciese lo que hiciese ella iba luego detrás de él, como su perrito faldero.

—¿Pero maltrataba a tu madre?

Alisa piensa. Se toca la frente.

—No lo sé. Nunca vi nada físico, pero muchas veces no le hablaba bien delante de nosotras. Yo me enfadaba y Elda lo excusaba.

—¿Y con vosotras?

—Un gran padre. Atento y cariñoso, pero yo no podía perdonarle los desplantes a mi madre. Ni a él, ni a ella por soportarlos.

—¡Vaya!

—Hoy has actuado igualito que él, y por eso creo que se ha enfadado. Cada uno tenemos nuestras basuras y hoy has rebuscado en la suya.

Me quedo callado. Ahora lo entiendo todo mejor. La relación fría entre ellas, su reacción conmigo...

—Cambiando de tema: no sé cómo deciros que Leo no ha hecho nada. Lo conozco, le he visto en multitud de situaciones y sé cómo es, jamás le haría daño a una mujer. Es una certeza —apuntilla—. ¡Ah! Hay algo que se me escapa de todo el follón de esta tarde.

Queca, la gata, emerge de nuevo. Trae en su boca algo, un cacho de tela que aposenta en mis piernas después de subirse al sillón. ¡Lo que me faltaba ahora! ¡Una gata desordenada!

—¿El qué? —le pregunto a Alisa.

—¿Por qué se ha ido Elda a verte? ¿Qué pasaba?

—Se ha acordado de algo del día de su secuestro. —Queca me araña con su pata en la pierna. La miro y ella a mí. Cojo el cacho de tela que ha dejado sobre mis piernas. Es un delantal. Debe de ser de Julián porque yo no uso de eso.

—¿De qué?

—Mientras estuvo encerrada en el maletero sonó el móvil del secuestrador y tenía un politono. —Interrumpo mi explicación porque Queca no deja de arañarme la pierna—. ¡Vale ya! Me estás haciendo daño Queca... —la regaño a la vez que le acaricio el lomo. No quiero enemistarme con nadie más hoy.

—¿Cuál? —cuestiona. Alisa es una interrogadora nata.

—La de *Canción triste de Hill Street*.

—¡Ahh! —exclama llevándose una mano a la boca y altera su gesto—. Yo

lo he oído hace poco, pero no recuerdo a quién.

Dos más dos son cuatro por mucho que me empeñe en negarlo. Hay un nombre que no quiero ni mencionar, pero todo apunta a...

Queca ha saltado del suelo al sillón con una agilidad digna de una gata. Con su pata me araña el brazo y continúa con el trapo en la boca. La observo. Me quiere decir algo. Y sé qué es.

—¿Quieres decirme algo, Queca?

—Miau, miau. —La gata maúlla.

Impacto por lo lista que es.

Tomo aire y repito la pregunta, no vaya a ser casualidad.

—Queca, ¿sabes dónde está Vera?

Maúlla de nuevo.

—No recuerdo quién tenía ese politono, ¡maldita sea! —repite Alisa.

—Julián, lo tiene Julián —afirmo apesadumbrado.

—¡Es verdad! Es él... —grita y al segundo me mira con los ojos muy abiertos—, eh, ¿cómo lo sabes?

—Lo acabo de averiguar, Alisa —respondo todo lo tranquilo que puedo.

Elda reaparece en el salón seguida por todos debido al grito que ha propinado Alisa.

Ya no logro hablar más. Me miran. Cientos de planteamientos corren por mi cabeza. Ninguno me convence, pero hay un nombre que acaba de emerger y me revuelve el estómago. Julián.

—¡Julián lleva esa canción en el móvil! —Se adelanta a mis explicaciones Alisa—. Lo recuerdo perfectamente porque pensé que era muy curioso que le hubiera asignado esa música. Además, papá veía esa serie y me hizo recordar.

—Sí, papá la veía... ¿Estás diciendo que es Julián el que tiene ese politono? —repite despacio.

—Sí, Elda, sí —le respondo yo.

—No me lo puedo creer —dice y se arrastra por la pared hasta caer al suelo. Leo va corriendo en su búsqueda para sujetarla.

El silencio se instaura en el salón. Como si fuesen los momentos posteriores a una bomba en la que los supervivientes vagan por los rescoldos como zombis. Creo que así hemos quedado nosotros.

—¡Todo encaja, Rubén! —Se levanta enérgica Elda y rompe la pausa—. ¡Vera está en peligro! ¡Tú lo llamaste cuando estaba con ella! Y ella sabía lo del politono porque se lo había dicho yo. ¡Seguro que se dio cuenta!

—Ya... Él lo notó, ella quiso avisarnos, fue al baño con su teléfono, Julián la siguió y tiró su móvil al suelo antes de llevársela por la fuerza —continúo. Ahora veo con claridad lo que ha sucedido aquí esta tarde.

—Miau, miau —maúlla Queca confirmando mi planteamiento. Queca sale disparada hacia la puerta de salida y pega con sus patitas.

—¿Vera está con Julián? —le pregunto al animal sin importarme que pueda parecer un esquizofrénico.

—Miau. —Golpea de nuevo la puerta.

—¡Ay, Dios! —exclaman Elda y Alisa a la vez, esta última en inglés.

Voy corriendo hacia la puerta para abrirla, pero antes paro para intentar racionalizar las cosas y organizarme. Le tiendo el teléfono a Alisa.

—Busca en mi agenda el teléfono de Garbiñe, llámala y dile que venga cuanto antes. No puedo esperar, la vida de mi hermana está en peligro. Quedaos aquí.

—Yo te acompaño —exclama Leo logrando que me dé la vuelta para mirarlo—. Si no te importa. No puedes ir solo.

—¡Y yo! —Se añade Brandon.

—OK, chicos, gracias, pero seguid mis indicaciones, por favor.

Abro la puerta agradecido y Queca sale disparada hacia fuera.

—¡Rubén! —me grita Elda, que ha venido corriendo hacia mí. En un segundo la tengo abrazándome con todas sus fuerzas—. Ten cuidado, por favor. Me moriría si te pasara algo..., perdona...

—No me va a pasar nada, pequeña. —La beso rápido sin importarme que nos vean—. Ahora vuelvo. Todo se ha acabado, tranquila.

—Tráela, Rubén, Vera va a estar bien...

—Lo sé. —Miento—. ¿Vamos, chicos?

—¡Vamos! —me responden.

Alisa sale con el teléfono en la mano:

—Estoy avisando a Garbiñe, Rubén. ¡Viene para acá!

—Perfecto —digo antes de dar media vuelta y salir corriendo detrás de Queca.



Si no lo veo, no lo creo. Lo de esta gata lo grabas y se hace viral en horas. Nos ha llevado directamente a la casa de Julián. Se ha colado por el hueco de una ventana y no hemos vuelto a saber de ella.

Las cortinas están echadas y no se ve nada desde fuera. Como me he quedado sin móvil ignoro cuánto tiempo le queda a Garbiñe para llegar con efectivos, pero no voy a esperar. Mi hermana puede estar en peligro. Tengo llaves. Brandon ha ido corriendo a mi casa a coger el juego que guardo del que yo creía que era mi buen vecino y amigo y ya están en mi poder.

¿Cómo he llegado hasta aquí? Pues porque Julián posee una colección de monedas, una de la que presume siempre y he recordado que hace unos días no se la quiso mostrar a Alisa, asunto que me extrañó, pero a lo que no le di más importancia. Cuando Garbiñe me ha dicho que Alejo ofreció una colección de monedas, he atado cabos. Se la debieron robar. No sé qué ocurrió, pero he aquí el móvil del asesinato de Julieta. Estoy seguro.

—Chicos, voy a entrar. Vosotros aguardad aquí.

—¿Por qué no esperas? —me pregunta Leo.

—No puedo, es mi hermana.

—Te acompaño. —Se anima.

—No, Leo. No estáis armados y no me perdonaría que os pasara algo. Gracias, pero entraré yo solo. Apartaos. Voy a meter la llave.

Sin ningún tipo de esfuerzo la cerradura se abre. No hay obstáculos que impidan su apertura. Asunto curioso. Si yo hubiera raptado a alguien en mi casa bloquearía todas las entradas, pero claro es probable que no estén aquí, me estoy fiando de una gata.

Accedo a su hogar pistola en mano. A pesar de la oscuridad no distingo nada anormal. Todo parece en orden y el silencio reina en la estancia. Queca resurge y viene hacia mí. Mi corazón late acelerado. La sigo despacio. Ella recorre el salón, donde no veo la famosa colección de monedas de Julián, y pega con sus patitas en la puerta que da al sótano... ¡Oh, no! ¡Odio los sótanos! Miro en la cocina que hay a mi espalda y no hay nadie. Dudo si subir primero a la planta de arriba para asegurarme de que no haya bicho viviente que pueda encerrarme, pero Queca parece muy segura de a dónde hay que ir...

—¿Hay alguien arriba? —le pregunto agachado y en susurros. Ella golpea

con sus patitas la puerta.

—¿Y aquí? ¿Hay alguien aquí?

—Miau, miau. —Alucino en colores. Estoy entendiéndome con una gata y me fio de ella al cien por cien. Parecemos los protagonistas de una película de Disney.

Me levanto para girar el pomo del sótano. No tiene cerradura y se abre sin más. La oscuridad es lo primero que percibo. Odio los sótanos. De pequeños, mi padre nos castigaba allí, y tanto Vera como yo los detestamos. Yo no he bajado al de mi casa nunca, pero aquí no me va a quedar otra.

Queca ya me espera abajo. Desciendo con sigilo, dirigiendo la pistola hacia el sótano.

Un escalón, todavía no veo nada.

Otro escalón. Nada.

Otro. Vislumbro parte del suelo y los muebles apoyados en la pared. Mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad. Me parece oír algo de movimiento.

Un nuevo escalón y mi perspectiva mejorará. Lo bajo. Distingo unos pies atados entre sí. Me acelero y bajo otro tranco con la pistola apuntando con firmeza.

Hay alguien tirado y Queca a su lado. Creo que es ella. Bajo.

¡Es mi hermana! ¡Está maniatada y tendida en el suelo!

—¡Vera! ¡Vera! —Voy corriendo hacia ella saltándome todo el protocolo de seguridad—. Sus manos están sujetas a la espalda, la boca cubierta con celofán y las piernas atadas entre sí. Tiene los ojos cerrados y no puedo ni describir el miedo que siento. Me acerco a su cara para sentir si respira y no noto nada.

—¡Vera, Vera! —La zarandeo, pero no abre los ojos.

Vuelvo a acercarme a su cara y ahora sí que percibo su aliento en mi mejilla.

—¡Vera, Vera! ¿Me oyes? ¡Despierta! —le grito mientras la sacudo semiincorporada entre mis brazos.

Un ruido gutural es lo único que distingo.

—¡Despierta, Vera! ¡Despierta! —La zarandeo con más energía y logro que poco a poco vaya abriendo los ojos.

¡Está viva! ¡Está viva!



No es extraño que con el trabajo que he elegido viva más momentos de miedo que la media de la población, pero el de hoy se ha ganado el puesto de uno de los más terroríficos de mi vida. Ver a mi hermana en esas condiciones no lo puedo describir y cuando a eso le añado pensar en lo que ha tenido que pasar ella mi angustia se multiplica por cien.

Los médicos me han dicho que ya va despertando. La hemos llevado de inmediato al hospital porque parecía sedada. No hay signos de traumatismos graves ni heridas, por lo que Julián le ha debido administrar algo; apuesto por el propofol.

Ahora eso concuerda. Él trabajó sus últimos años de seguridad en un hospital, de ahí pudo obtener el medicamento sin tener que comprarlo. El resto..., no termino de entender por qué Julián se ha metido en tal jaleo. Alguien sin antecedentes, con una vida hecha, ¿cómo?, ¿le robaron las monedas y se vengó?

Estoy deseando que Vera vuelva en sí para poderle preguntar.

La puerta del *box* se abre y salen dos médicos y un enfermero.

—Ya puedes pasar. Está bien, un poco confusa, pero puedes hablar con ella. Si estáis conformes, en cuanto se encuentre mejor, por nuestra parte le damos el alta.

—¡Ah! ¡Perfecto! —Aplauden mis oídos.

Accedo a la habitación. Vera me esperaba. Está semiincorporada en la cama y me mira con ojos avergonzados, como cuando hacía una trastada.

—La culpa la tuve yo..., lo siento. —Se calla porque sus lágrimas quieren protagonizar la escena.

Camino rápido hacia ella y la abrazo.

—No digas eso, no. La culpa no es tuya. Lo siento yo por no haberte protegido.

Vera llora en mi hombro. Es raro verla así, ella es muy fuerte y orgullosa, de pequeños cuando nos peleábamos jamás se derrumbaba delante de mí, pero luego la oía a moco tendido en su habitación. Le acaricio el pelo y le susurro que se tranquilice, que ya está sana y salva, hasta que poco a poco se separa de mí con mejor cara.

El primer momento duro ya ha pasado, falta que vengan mis padres y Vera



no volverá a llorar por esto. La conozco, lo peor es ver a sus seres queridos, pero en dos días lo contará hasta como algo anecdótico.

Nos miramos con los restos de la emoción todavía en el aire.

—Tienes cara de cansado, morenazo.

—Lo estoy y defraudado..., muy defraudado. Me va a costar digerir esto, lo sé.

—¿Julián?

Afirmo.

—Le creía mi amigo y mira lo que ha hecho... Encima te secuestra a ti, a mi hermana...

—No me hizo daño, Rubén. Fui yo, que le saqué de quicio... Déjame contártelo.

—¿Lo que pasó?

—Sí. Tú lo llamaste y de pronto oí una música muy particular en su móvil, cuando colgó le pregunté qué música era esa y, tal cual, me describió lo que me había dicho Elda antes de irse, hasta la frase esa que decían.

—Sí, nos lo imaginamos. Y que te fuiste a avisarnos por teléfono y él te pilló.

Vera baja la cabeza tímida.

—No fue exactamente así... Me volví loca, Rubén, en vez de hacer eso, que era lo lógico, me puse a chillarle.

—¿Qué?

—Pues eso, que le chillé diciéndole que había secuestrado a Elda y matado a Julieta, que lo acababa de pillar, hasta casi le tiro una sartén en la cabeza.

—¿Pero cómo?

—No lo sé, no entiendo cómo fui tan idiota, me podía haber matado, lo sé, pero es que me sentó tan mal descubrirlo, justo a él, una de las personas en la que más confiabas tú, que se me fue la boca.

—¿Y él qué hacía?

—Pues al principio intentar serenarme hasta lo de la sartén, allí ya se calentó, me dio dos tortazos y me llevó a rastras a su casa, amenazándome con un cuchillo. Intenté llamaros, pero había tirado el móvil. Recobré el sentido común tras los bofetones, y me callé porque sabía que me estaba jugando la vida.

—¿Te hizo algún daño?

—No, no. Solo me llevó a su casa, me ató en el trastero, me avisó de que me iba a administrar una medicación para relajarme y que él pudiera ganar tiempo, el pobre.

—¿Como que el pobre?, os ha secuestrado a ti y a Elda, ha matado a Julieta...

—Es que en todo momento era él, Julián, el hombre apacible y bueno que conocemos, solo que quería ganar tiempo, eso decía, y que no me iba a hacer daño, que no me preocupara.

—¿No pasaste miedo?

—No, nada, Rubén. Si es que el hombre me lo iba explicando todo, tenías que haber visto cuando me pinchó la medicación, me untó antiséptico y todo... Me dejó agua en una botella con una pajita para cuando despertara. Él solo repetía y repetía que tenía que ganar tiempo, que no me iba a hacer daño, ¡Ah! y que le perdonarais.

—¿En serio?

—Sí. Me da pena, Rubén, yo creo que va a hacerse algo malo.

—¿Huir?

—No, peor, suicidarse o algo... Es que estaba tan deprimido.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Me enfado—. Hablas como si te pareciera bien lo que ha hecho. Es un asesino, ha matado a una chica. Me ha engañado, sustraído información, ¡maldita sea! Le puse a cuidar de Elda, ¡se ha reído en mi cara!

—Rubén, ese hombre a mí no me quería hacer daño, yo solo sé eso y que parecía que se estuviese despidiendo. Se llevó una cuerda metida en una bolsa, por eso te digo lo del suicidio... ¿Qué va a hacer con una sogá si no es ahorcarse? Si lo llegas a ver, estaba hundido.

Me callo. Ese dato lo desconocía. Suena mal. Pero no puede suicidarse, no, necesito saber qué le ha llevado a esto. Vibra mi móvil, es Rafa. Salgo de la habitación para hablar con él, quizás él sepa algo.

—¡Rubén! ¿Qué pasa? ¡Hay un montón de polis en la casa de Julián! —me asalta nada más descolgar.

No tiene sentido ocultarlo, es más, quizás él pueda saber a dónde ha huido.

—Hola, Rafa. Julián ha secuestrado a mi hermana y fue el que raptó a Elda, es muy probable que sea el asesino de Julieta.

Oigo conmoción en forma de silencio al otro lado de la línea.

—Eso es imposible, tío, imposible. Julián es la mejor persona que conozco, debe de ser un error.

—Pues todo era una fachada, porque a mi hermana la ha secuestrado y drogado esta tarde. Estamos con ella en el hospital y me lo acaba de contar.

—¿Cómo? No, no me lo creo...

—Pues hazlo porque es verdad. Por eso hay tantos polis, están buscando pistas. Creo que le robaron su colección de monedas y de ahí nace todo.

—¿No está detenido?

—No, ha huido.

—¡Madre mía! ¡No me lo creo!

—Ni yo, Rafa, te lo estoy contando y alucino al oírme.

—Es que es un tío normal, nunca mataría a nadie.

—Los asesinos son gente normal hasta que dejan de serlo.

—Pero es que Julián...

—Una cosa Rafa, no digas nada, ¿OK?

—Sí, sí.

—¿Y otra?

—Mi hermana, que parece que tiene el síndrome de Estocolmo, dice que Julián estaba muy mal, que pedía perdón y que se ha llevado una soga, ella cree que era para suicidarse.

—No me extraña, es que vaya movida chungueta.

—¿Tú sabes de algún sitio...?

—¿Yo?

—Sí, algún lugar donde Julián quisiese ir por última vez, algún lugar oculto, no sé...

—¡Ufff! Déjame pensar. Si se me ocurre algo te llamo.

—Perfecto. Te tengo que colgar, no digas nada, ¿OK?

—Sí, sí. Joder, Rubén, me dejas KO.

—Ya, lo sé, lo siento.

—Pensaré en lo que me has dicho.

—Sí, pero date prisa, no tenemos tiempo. Puede ser cuestión de minutos.

—¡Espera, no cuelgues! ¿Rubén? —duda.

—Sigo aquí. Dime.

—¿Por qué no miráis en Cartagena, su ciudad natal? Es muy sentimental y muchas veces me ha hablado de su vida allí.

—Es una opción.

—¡Oh! ¡Espera! Él una vez me dijo que donde fue más feliz, que la mejor época de su vida fue cuando trabajó en la empresa Cormiga.

—¿Y?

—Pues que ahora es una nave en ruinas, allí no hay nadie y es más, hace poco me dijo, medio en broma medio en serio, que si moría echásemos sus cenizas allí.

Me quedo pensando. Puede que sea una buena pista. Si está vacío y quería sus cenizas allí es buen sitio para esconderse y hacer lo que le venga en gana con su vida.

—Me gusta, Rafa, creo que puede ser.

—Y yo. Cuánto más lo pienso, más me cuadra. Allí fue muy feliz. ¿Sabes dónde están?

—No.

—Te explico...

# Capítulo 48

## Elda

TOÑI. 33 AÑOS. ALMERÍA. DEGOLLADA.

Como cuando hay una tormenta eléctrica; el cielo está oscuro, los repentinos rayos lo iluminan avisándote de que va a caer una monumental, y sin embargo ni llueve ni se oye un trueno y sientes que algo no está en su orden, que falla, que aunque no te gustan las tormentas las prefieres a esto. Porque lo desconocido asusta, cuando lo desconocido encima trae apellidos dramáticos, asusta el doble y prefieres justificarlo o esconderte para no enfrentarse de cara con la realidad. No puede ser Julián. Él no. Le veía tan buen hombre... Ha estado todo este tiempo conmigo, cuidándome, preparándome los mejores platos para animarme. No, no ha podido ser él. Yo no he notado nada. Me habría dado cuenta. Debe de haber una explicación. Sí, sí, seguro. Esto se aclarará, no estoy preparada para encajar algo así.

Rubén nos ha llamado desde el hospital para informarnos de que Vera ya ha despertado y se encuentra bien y ha confirmado que Julián la llevó a su casa, la maniató y le administró un sedante para tener tiempo para huir.

¿Está el mundo loco? ¿Será una pesadilla y voy a despertar en algún momento? Por una parte me gustaría, así volvería a mi vida normal, con mis amigas, Mónica, Cristina y Rosa, a una rutina de la que a veces me quejaba, pero que ahora añoro. Por otra, perdería muchas cosas, entre ellas la nueva unión con mi hermana, conocer a mi sobrina, a Leo y a Rubén. Pero me ahorraría sentirme como lo hago ahora, inadaptada conmigo misma, extraña, estúpida, absolutamente repleta de dudas. Bloqueo continuamente a mi mente, no la dejo pensar, porque a cada tema que me plantea más incertidumbre me ahoga: mi futuro, Leo, Julián, Rubén... Rubén.

Alguien que era un punto de partida, con el que estaba todo claro: me gustaba mucho y encima al conocerlo me gustaba más aún, y, sin embargo, hoy tengo un sabor agridulce con él, su comportamiento agresivo con Leo y menospreciativo hacia mí me han alejado de esos sentimientos anteriores o, al

menos hoy, no los disfruto, ha despertado algo que había ocultado. Ya lo sé. Y a pesar de que me lo ha explicado y le entiendo, cada vez que me acuerdo lo agrio parece vencer al dulzor.

Nos hemos ido a mi casa, no tenía sentido seguir en la de Rubén, cuando éramos ciento y la madre y, en teoría, ya han descubierto al culpable, aunque no me lo creo, ni me lo creeré. Todos, a pesar de que lo intentan disimular, están preocupados por mí.

Leo sigue aquí, acompañándome. Su actitud sí que es digna de subrayar. No ha perdido los nervios, incluso cuando Rubén lo empujó, y luego, olvidándolo todo, se ofreció a ayudar, arriesgando su vida. Ha logrado que lo mire con otros ojos y que piense que yo quiero compartir mi vida con una persona con la que sentirme orgullosa, y con alguien tan pacificador lo estaría. Sí. En varios momentos me ha preguntado por mi estado. Al final le he explicado que me siento como expectante de una espera que sabes que conllevará un desenlace catastrófico, que un enjambre de dudas zumba en mi cráneo y que no me encuentro ni a mí misma. Ha sido él quien me ha puesto el ejemplo de la tormenta eléctrica, intentado normalizar mi paranoia.

También mi hermana Alisa, que es más de hablar y hablar, para que no quede espacio para abstraerte en ti (cosa que hoy agradezco inmensamente) me ha contado, mientras cambiábamos sábanas y toallas, que Brandon está pasando un mal momento en su trabajo y que ha reconocido que este descanso le está viniendo fenomenal para reflexionar. Van a estar una semana más en España para barajar opciones y quizás dar un giro a su vida.

«Hay alguna posibilidad de que nos vengamos a vivir aquí», me ha dicho muy ilusionada.

¡Ojalá! Ahora que parece que nos vamos entendiendo y que he conocido a Cally no quiero perder el contacto. Son mi familia. Me había engañado, culpado a mi hermana de la tragedia de la muerte de mis padres, ahora lo sé. Nunca fuimos muy amigas, no, eso está claro, pero cuando mi padre murió sin sentido alguno, yo le puse su cara a mi desdicha. El fallecimiento de mi madre lo terminó de rematar, volqué en su ausencia toda mi rabia interna y así justifiqué, para seguir viviendo y no morir de la pena, que la vida me hubiese arrebatado a mis seres más queridos.

Suena el timbre de mi casa. Va Brandon a abrir. Reconozco que lo

agradezco, porque me da miedo. Solo espero que no sea ninguna nueva mala noticia.

—Un hombre pregunta por ti, Elda —dice—. Yo no lo conozco. —Me levanto extrañada y camino hacia la puerta con la mirada de todos en mi espalda y los pasos de mi hermana tras de mí.

A quien veo al llegar es a la persona que menos me esperaba. Tanto Alisa como yo hemos exhalado un «¡uy!» sin querer.

—Hola, Elda.

—Hola... —No recuerdo su nombre.

—No sé si puedes hablar un momento —me pregunta apocado, como pidiéndole permiso a mi hermana. Es la primera vez que oigo su voz de corrido. Ignoro qué hace aquí, quién le ha dado mi dirección, y qué quiere contarme, pero voy a averiguarlo. Me doy la vuelta para pedirle que se vaya a mi guardaespaldas.

—Os dejo solos, chicos —nos dice—. Estoy por aquí, Elda —aclara con voz de «si le haces algo te aplasto como a una hormiga voladora».

—¿Aquí fuera? —le cuestiono.

—Por mí, perfecto —me sonrío.

Salimos y nos sentamos uno frente al otro en mi mesita del patio.

—Perdona, no sé si quieres algo, ¿un refresco?

—No, no... Gracias.

—Pues tú dirás, eh... —Es un poco violento. Lo he tenido frente a mí en cientos de ocasiones y nunca me he parado a mirarle.

—Jaime, soy Jaime.

—Ah, perdona.

—No, tranquila, nunca te lo he dicho, soy un poco tímido, como habrás observado —se rasca una barba de días—, pero voy a ir al grano, porque no quiero entretenerte.

—No te preocupes —le sonrío—, habla a tu tiempo.

El búho cierra los ojos, inspira fuerte y los abre de nuevo para prestar toda su atención en mí.

—Me imagino que sabes quién soy.

—Bueno, sí, vienes a la cafetería muchos días —reconozco un poco cortada. Sus enormes ojos intimidan.

—Sí, soy un cliente —afirma—. Pero hay una razón por la que voy a esa y no a otras.

—¿Por que está más rico el café? —bromeo.

Se ríe y rejuvenece diez años. No es tan mayor como creía, y tiene su atractivo, sobre todo porque le envuelve un halo de misterio que no te deja indiferente. También es verdad que a mí siempre me han llamado la atención los chicos tímidos.

—La razón eres tú, Elda —dispara sin que me dé espacio a discernir.

—¿Yo? —¡Ay, Dios!—. ¿Qué he hecho?

—Pues hiciste algo muy bien —sonríe—, hace muchos años, y con ello me cambiaste la vida.

—¿Yo? —Me señalo con el dedo incrédula.

—Sí, a ver... ¿Recuerdas que una vez salvaste a un vagabundo de la calle llevándolo al hospital?

—¿Salvarlo?

Él afirma.

—Yo era aquel vagabundo que metiste en tu coche, en estado de hipotermia, sucio y borracho.

Me llevo una mano a la boca. ¡Ahora me acuerdo! Hace muchos años de aquello. No sé qué decir.

— ¿Tú?

—Sí, yo.

—Ah, ¡pues cuánto me alegro de que estés así de bien!

—Gracias a ti.

—Bueno, yo no hice nada que cualquiera no hubiera hecho —le explico ahora que he comprendido lo que hace aquí—. Trasladé a alguien que lo necesitaba al hospital.

—Uno, eso no lo hace cualquiera y dos, gracias a eso decidí recuperar mi vida. Me dijiste algo cuando te fuiste...

—¿El qué?

—Que apostase por mí, que me hubiese pasado lo que me hubiese pasado apostase por mí.

—Pues no me acuerdo, pero veo que me hiciste caso, aunque tampoco era el sumun de las frases, ¿no?, te lo diría más gente.



—No, no fue lo que dijiste, fue cómo lo dijiste. Mirándome a los ojos, sin asco, sin miedo, sonriendo. Hacía tiempo que nadie me hablaba a mí, me había convertido en un despojo humano y nadie se atrevía a verme de cerca. Tú sí.

—Hombre, eso de que eras un despojo vamos a dejarlo, yo vi a un chico joven con problemas, nada más.

Sonríe.

—Cuando me dieron el alta y salí a la calle, recuerdo que me sorprendió todo, la luz del día, el cielo azul, los niños jugando en los parques, llevaba bastantes meses borracho de sol a sol y me había perdido la vida de mi ciudad.

—Hace un silencio.

Me callo. Le dejo hablar. Le noto conmovido y me tiene intrigada, las cosas como son.

—Paseé y paseé, sin rumbo, viéndolo todo, como por primera vez, con esperanza, tú encendiste ese botón en mí. Me senté en un banco del paseo marítimo para pensar qué quería hacer con mi vida. No coloqué mi habitual cartón para pedir, pero estaba tan sucio que un transeúnte al pasar por mi lado me echó una moneda de dos euros. Antes de tu aparición esa era una gran limosna, me daba para comprar vino, pero aquel día no. Reconozco que el primer pensamiento fue ese, que ya tenía para mi primera bebida del día, pero recapacité. No quería, no. —Niega con la cabeza—. Me sentí humillado, era alguien joven, como tú, que podía hacer muchas cosas...

—Claro. —Le animo.

—Levanté la cabeza. Al lado del comercio donde vendían bebidas había un local de quinielas. Me dije, ¿por qué no?

—¡Ahh! —Abro la boca de par en par, no me puedo creer lo que me está contando. —¿No me digas que te tocó? —me anticipo.

Sonríe de nuevo y después niega con la cabeza.

—Ese día, no, pero después sí. Ese día, la dueña de las quinielas, Clara, me dio trabajo. A los cinco meses sí nos tocó un pellizco. A los dos, Clara estaba empeñada en que yo le iba a dar suerte y todas las semanas me pedía que le dijera los números. Nos tocaron varios millones.

Estoy tan asombrada que ni puedo hablar. Lo prometo.

—He fundado varios negocios, ayudo a gente con problemas... y todo gracias a gente como tú y como Clara.

—¿En serio?

—Sí, tuve muchos problemas en mi infancia y eso desencadenó una adolescencia problemática y una madurez que nunca llegó hasta aquello.

—Lo siento. —Me sincero.

—¿Todo bien? —nos pregunta Alisa, que ha abierto la puerta como un ninja y casi me mata del infarto.

—Sí, todo bien —le informo, llevándome la mano al pecho—, si no fuera por el susto.

—Vale, vale. ¿Un refresco?

—No, gracias —rechaza Jaime.

—Estoy por aquí si queréis algo —repite.

—Ya lo sabemos, Alisa. —Sueno malhumorada y logro que pille la indirecta y se marche—. Lo siento, es un poco entrometida.

—Bueno, la entiendo, soy un desconocido.

Nos quedamos en silencio. Lo rompo yo.

—Lo que me has contado es... Suena a película.

—Ya, pues es verdad. Tú comenzaste mi salvación.

—¡Y dale! Yo te ayudé, te salvaste tú, fue un acto solidario, sin más.

—Elda, fuiste un ejemplo para mí. Algo como lo que tú hiciste, un acto solidario sin más, me cambió. Nunca te he perdido de vista, mi reto ha sido ser como tú, convertirme en alguien que logra el bien de manera natural, sin ceremonias.

—¡Pero yo no soy ningún ejemplo a seguir! ¡Qué dices!

—Te acabo de decir que no te he perdido de vista, voy muchas mañanas a esa cafetería a inspirarme, porque tú me inspiras y veo cómo regalas café y bollos a los que no pueden pagarlo.

—¡Pero eso no es nada! Además, mi jefa me deja.

—¡Nos ha jorobado! ¡Sale ganando! ¡Se lo pagas con el bote de propinas!

—¿Y tú cómo sabes eso? —Me extraño.

—Porque os escuché hace tiempo.

—¡Anda! ¡Por eso nos dejas esas propinas tan succulentas!

Jaime afirma sonriendo. Me cae bien. Me gusta su sonrisa y eso me hace confiar en él, suelo fiarme más de las sonrisas que de las miradas.

—Eres buena, Elda. Si supieras la de veces que te lo he querido contar...

Pero me daba apuro, hasta que vino el otro día ese policía y me convenció para que te lo confiase.

Me callo. Sí que es cierto que sufro mucho cuando veo a alguien sin casa y que no puedo pasar sin intentar hacer algo, siempre les ofrezco ayuda, pero eso lo hago desde pequeña..., a mis padres les hacía mucha gracia. He hablado con muchos vagabundos y me he encontrado historias de todos los colores, desde el loco hasta el que le persigue la desdicha como una sombra. Cuando lo vi a él, semiinconsciente, tiritando y tan joven, no pude darme la vuelta. Lo metí en mi coche para llevarlo al hospital y me esperé a que me dijeran que estaba bien. Era poco mayor que yo, y eso me llamó la atención, ¿cómo había llegado alguien de mi edad a dormir en la calle? Recuerdo que hablamos, que me contó que no tenía padres y que había vivido en centros hasta que se intentó independizar. Me dio mucha pena. La persona que tengo enfrente es totalmente distinta a ese chico deshecho que conocí. Jaime es ahora un adulto, con un movimiento de cuello extraño, pero ha construido una vida y se le nota orgulloso de ello.

—Estoy alucinada, Jaime... ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque nunca he encontrado el momento. Clara me lo repetía una y otra vez, que viniese a hablar contigo. Pero sonaba todo tan raro...

—¿Sigues trabajando con Clara?

—No, en las quinielas no, es mi socia en algún negocio y mi mejor amiga. Ella es tan especial como tú. Ve más allá de la apariencia.

Nos quedamos callados. Puede que yo participara sin pretenderlo en mejorar su vida, pero hoy él ha hecho lo mismo con la mía. Lo que me ha contado... Hay gente mala, sí, asesinos, violadores, ladrones..., pero también la hay muy buena, o al menos personas que en algún momento actúan haciendo el bien y eso genera unas maravillosas consecuencias. Quiero volver a ser así, quiero olvidarme de los malos, mañana, cuando todo esto pase y salga a la calle, ya no voy a ver a potenciales criminales, voy a cruzarme con generosos, con altruistas, con donantes, con esperanzadores desconocidos.

## Capítulo 49

### Rubén

BLANCA ESTHER. 48 AÑOS. NAVARRA.  
ESTRANGULADA.

Rabia máxima.

Llegamos tarde.

Efectivamente, Rafa tenía razón, Julián ha venido a la nave de Cormiga, pero no hemos llegado a tiempo.

No sé qué hacer... Un coche aparca a mi lado. Es Garbiñe. Estaba esperándola aquí, en este polígono. Ella viene de comisaría. Baja del coche.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Atónito.

—Normal.

Sale del auto, me mira y se apoya, como yo, en el mío, observando a la nave.

—¿Por qué no entras?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Me puede la rabia, ha sido cuestión de minutos. Si llego a darme más prisa lo pillo.

—No sabes cuándo lo ha hecho, quizás no —lleva una mano a mi espalda y me acaricia en su primer gesto cariñoso hacia mí—, ¿cómo estás?

—Mal.

—Se te ve.

Me apoyo de lado en mi coche para mirarla a ella:

—Estoy superado, Garbiñe. Esto ha sido la gota que ha colmado el vaso. Cuando Chin Kun nos reveló lo del zapato pensé que el día podía mejorar, pero me llamaste para decirme lo de las monedas y recordé que Julián no se las quiso enseñar a Alisa y eso me pareció muy raro.

—Al menos sabemos que no hay ninguna mujer más secuestrada y que Julián no tiene nada que ver. Fue una bromita de Ramona que ejecutó Chin Kun

vete a saber con qué recompensa. Le dará carta libre en Marbella o algo peor. Menos mal que nos lo ha confesado, si no a estas horas estaríamos dándonos de cabezazos.

—Sí, eso sí. Ramona se tuvo que enterar del caso cuando yo fui a la cárcel a preguntarle y quiso volverme loco dejando un zapato en mi puerta. Su humor es de lo más macabro. Pero esta me la paga, te lo digo yo.

—¿Te encuentras bien?, ¿quieres irte a casa?

—No, no, prefiero sentirme útil. Aunque sea el policía más bobo de la historia.

—No digas eso —me reprende.

—¿Cómo que no? ¡Todos se ríen de mí, Ramona, Chin Kun, Alejo, pero lo de Julián, lo de Julián es de nota! —bramo desahogándome.

—Para tu información, yo tampoco sospeché nunca de él, jamás, te lo decía por protocolo, pero sin creer que fuese él. Nos la ha pegado a los dos, así que no te martirices.

—A mí más, yo era su amigo, confié en él, le conté cosas del caso, cuidó de Elda. Cada vez que me acuerdo de eso me entran ganas de vomitar del asco.

—Ya..., no sabes cuánto te entiendo. A veces tienes al enemigo en casa y ni cuenta te das.

—Total.

—A mí me pasó... algo parecido.

—¿Cómo? —Sería mucha casualidad que le hubiese ocurrido algo así.

—Me casé con el malo —enuncia con tristeza.

No digo nada, solo dejo que ella hable si es lo que quiere.

—El malo que parecía el bueno, el amable, el atento, el detallista. Mis amigas me decían que qué suerte tenía y yo pensaba igual. Hasta que se transformó.

—¿Te maltrató? —le pregunto incrédulo—. ¿A ti?

—Sí, a mí, a Garbiñe, esta que aparenta ser tan fuerte... Odio esa palabra, «maltratar», se queda corta. A mí no me maltrató, a mí me manipuló, me mintió, me humilló, arrasó con mi autoestima, destrozándome, y, cuando ya me tenía ahí, desnuda e indefensa, fue cuando me golpeó con todas sus fuerzas, una y otra vez, una y otra vez. —Vuelve a dirigir su mirada a la nave.

—¿Hace mucho?

—Me divorcié hace dos años. Encima se fue con otra.

—¡Madre mía!

—Sí, pero yo le doy gracias a Dios, porque quizás habría seguido con él, estaba ciega. Cuando me alejé de él fue cuando me di de bruces con la realidad.

—¿En serio?

—Sí, así soy yo. Parezco de piedra, pero soy de piedra pómez. —Habla con resentimiento.

—No digas tonterías, no eres la única —últimamente no escucho otra cosa — y no pareces de piedra, eres una tía exigente, seria y cabezona —bromeo—, pero se te ve buena gente tras todo ese disfraz de sargento.

—Gracias. Te he contado esto para que veas que los malos no pasan *casting* como los de la tele y llevan cara de malos, en la vida real cualquiera te puede sorprender.

—Pero es que Julián...

—Ya, no le des más vueltas... ¿Qué has encontrado?

—Un bote de tinte gastado, su ropa, el coche aparcado. Se ha fugado. Lo tenía todo planeado.

—Nadie dijo que fuera tonto.

—No, no lo es. Estuvo todo el tiempo con nosotros para sonsacarnos información y si la cosa se ponía fea, plan B, que es lo que ha hecho. Lo que no me queda claro es el móvil.

—No, ni a mí —me secunda—. Ni cómo han llegado las monedas a Alejo.

—Ya..., no cuadra. Julieta visitó la casa de Julián la mañana que despertó en mi casa, lo acompañó a por caramelo de fresa que él tenía y yo no. Me imagino que vería la colección de monedas, se lo diría a Alejo. Él se las robó y Julián ataría cabos.

—¿Pero matarla a ella? —duda Garbiñe.

Me despeino rascándome la cabeza con fuerza. Es que cojea por todos lados, pero sé que va por ahí.

Miro a mi alrededor. Tengo una sensación extraña, como que me estoy saltando algo. Pienso en Julián, en las cosas que me ha contado, en cómo puede estar pensando, es un hombre muy listo, no sé por qué nos ha traído hasta aquí. Es obvio que se lo dijo a Rafa con este fin. Un momento... Busco en mi móvil la empresa Cormiga.

—¡Efectivamente! ¡Hay dos! —exclamo.

—¿Qué? —me pregunta Garbiñe.

—Julián siempre que habla de su trabajo antes de el del hospital dice que aquí empezó a cocinar y aquí no hay ninguna cocina.

—¿Y?

—Pues que acabo de encontrar que hay otra nave de Cormiga por aquí, donde están las cocinas, se quemó hace años y por eso cerraron. Julián le habló a Rafa hace unos días de esta dirección, pero si ha sido para despistarnos, ¿no te parece demasiado obvio que deje su coche, el tinte...?

—Puede ser.

—Vamos, no perdemos nada —le digo con la intuición en modo *on*.



Llegamos. Estaba cerca y era mejor echar un vistazo, me ha dado como una corazonada... Garbiñe y yo nos bajamos del auto en la dirección que me ha indicado el GPS. Nuestros compañeros se han quedado en la otra nave sacando huellas.

—Hay un coche aparcado allí. —Señala a un Citroën viejo.

—Ya lo veo... Por aquí no hay ni un alma. Está todo cerrado.

Es cierto. Este segundo polígono tiene muy pocas naves y las que no están cerradas, están destruidas, la crisis ha acabado con ellas. Un coche aquí pinta poco. Llevo mi mano a la pistola. Garbiñe también.

Caminamos en silencio hasta la entrada. Tengo frente a mí un edificio medianamente grande, de dos plantas, comido por el fuego, sobre todo el piso superior. Quizás por eso Julián eligió el otro, por el mal estado.

—Yo primero —le digo. Garbiñe asiente. Sacamos nuestras pistolas. Cuento tres con los dedos y accedemos.

No se ve nada. Tropezco con una lata.

—¿Linterna? —cuestiona Garbiñe.

—Sí. Mejor. Yo apunto.

Garbiñe extrae su móvil del bolsillo y enciende la linterna.

Caminamos con cuidado por el desastre. Un local totalmente devastado por las brasas. No se salvó nada y dudo de que sea seguro estar por aquí. En el techo de esta primera planta hay verdaderos agujeros que te dejan ver el piso de arriba.

Oímos un ruido, como un gemido proveniente de uno de esos agujeros. Nos miramos. Se me acelera el corazón. Ha sonado muy humano. Garbiñe enfoca al local para buscar una escalera, está justo a nuestra derecha. Corro hacia allí y ella me sigue. Subo apuntando con la pistola, pero tan rápido que me escucho mi propia respiración. Aquí hay más luz. Llego y al girarme para visualizar lo que queda de esta planta.

—¡Nooooo! —grito precipitando mi carrera hacia él—. ¡Nooooo!

Sujeto sus piernas para que dejen de tirar de la soga. Garbiñe se sube al palé que ha usado Julián para ahorcarse y lo sostiene con más fuerza.

—¡Quítale la cuerda! ¡Quítasela! —grito, creo que entre lágrimas.

Garbiñe, que ya estaba en ello, deshace el nudo que apretaba el cuello de Julián y en dos segundos entre los dos lo bajamos al suelo. Yo estoy paralizado por la impresión. Es ella la que se acerca a su pecho para intentar escuchar signos de vida. Es la segunda vez en el día que vivo una situación parecida.

—No sé si tiene latido... —murmura—. No le cojo pulso. Avisa a una ambulancia, ¡venga, Rubén!

Saco mi móvil del bolsillo, pero las manos me tiemblan tanto que me cuesta desbloquearlo. Garbiñe comienza a hacerle la RCP.

—112, dígame.

—Traigan una ambulancia. Hay un hombre ahorcado... —Me ahogo. Estoy llorando. Ahora lo advierto.

—¿Dónde? ¿De dónde me llama?

Garbiñe se da cuenta de mi estado y me quita el móvil para atender al 112.

—Sigue tú, Rubén, sigue. ¡Tú puedes!, ¡venga!

Le hago caso y me pongo a apretarle el pecho y a insuflarle aire como me han enseñado en decenas de talleres.

El cuerpo de Julián inerte, de pronto, mueve el tronco superior con energía tomando aire por sí solo. Me echo para atrás del susto. Sus ojos se abren con dificultad y veo en ellos una capa de debilidad crítica.

Lo elevo, sujetándolo entre mis brazos, ascendiendo su cabeza y su tórax para facilitarle respirar. Una lágrima se escurre entre sus mejillas azuladas.

—¿Por qué, Julián? ¿Por qué?





Regreso a mi casa. Está vacía, excepto Blanqui, que viene a saludarme con su energía característica. No sé si eso me alegra. Estoy muy cansado. Mucho.

Abro la puerta del patio para que salga si quiere a hacer sus necesidades, no encuentro ninguna fuerza para irme de paseo con ella. Otro día será.

Descubro una nota en la mesa de la cocina.

Te hemos dejado cena en la nevera y hemos sacado a Blanqui. Me he venido a mi casa para que descanses, pero si no te importa avísame cuando llegues. Vera está con nosotros.

Elda

Leo y Elda fueron a buscar a mi hermana al hospital. Se lo pedí yo. Me tenía que quedar allí por Julián y rellenar los cientos de informes. Son las once de la noche. No son horas de llamar a nadie. Opto por enviarle un mensaje.

Abro la nevera y saco un plato con ensaladilla y una jarra de gazpacho. Enciendo la tele y su sonido aparta al silencio que reina en mi casa. Suficiente para relajarme. El móvil se ilumina.

Le respondo:

Dejo el teléfono en la encimera para probar la ensalada. Está riquísima y me la como en un santiamén.

Me repite Elda.

Recibo tras un rato de ver en su estado que escribía.

## Capítulo 50

### Rubén

VIRGINIA. 55 AÑOS. OURENSE. ACUCHILLADA.

—Alejo, o hablas ahora te diga lo que te diga el abogado o te vas a ver más salpicado de lo que te está contando —lo amenazo acercando mi cara a la suya. Es uno de esos momentos en los que le dabas dos tortazos al interrogado y te quedabas más ancho que pancho. Para que espabile, no en plan ejército americano, no, por Dios.

—¿Cómo ha llegado a tus manos la colección de monedas de Julián? —le pregunta por vigésima sexta vez Garbiñe.

Silencio.

—¡Pero no ves que te queremos ayudar! —le grito.

—¿Vosotros?, ¿la pasma?, ¿de qué? —Consigo que por fin diga algo, aunque sea eso.

—Nosotros no somos jueces, Alejo, no te equivoques, nosotros les tendemos a los sospechosos a los tribunales y ellos los juzgan. Te hemos reunido para que nos cuentes de una vez la verdad y de ahí valorar si entras en el expediente del caso Julieta o no.

—Llevo dentro del caso desde el primer minuto —afirma—, no creo que exista alguien que no le haya puesto mi cara al asesino de Julieta. Y yo no fui. Yo estaba estresado porque necesitaba dinero. Los hombres de Chin Kun me amenazaban, incluso llamaron a Julieta para sugestionarla.

—¿El día anterior a su desaparición, verdad?

—Sí, me lo contó cuando me dio las joyas. Estaba asustada. Y yo.

Se calla.

—Habla, por Dios, Alejo —le ruego.

Cierra los ojos con cara de cansancio. Apoya los codos en la mesa para sujetar su cabeza.

—Mira, Alejo, más tarde o más temprano se va a saber la verdad, si colaboras correrá a tu favor a la hora del juicio.

—Y, además, te sentirás mejor —añade Garbiñe—. Llevas mucho tiempo guardándolo.

Miro a mi compañera, suele ser más poli mala, pero en este instante ha sonado de lo más dulce y comprensiva. Hasta Alejo ha levantado la cabeza.

—Fue un error. Estábamos desesperados. Chin Kun había amenazado a Julieta, hasta ahí llegaba la onda expansiva de mis errores. Ella estaba aterrada pero decidida a ayudarme. Me habló de la colección de monedas que había visto en la casa de Julián y tramamos el plan.

—¿Los dos? —le pregunto consternado—. ¿Julieta también?

—Sí, los dos. Es más, fue su idea, Julieta tenía un don especial para robar.

—¿Cómo? —cuestiona Garbiñe.

—Sí, era muy buena. Robaba en droguerías, centros comerciales... No se ha comprado un perfume en su vida, todos los sustraía, como decía.

—¿Desde cuándo? —le pregunto.

—No sé, antes de mí. A veces se le iba de las manos y se sentía mal, pero no podía evitarlo, según decía. Creo que estaba yendo al psicólogo para eso.

Esto no me lo esperaba. Desde luego que no.

—Total, que dijimos de entrar a robar al viejo al día siguiente y concretamos la hora. Quedamos allí, nada de llamadas, ni mensajes para no dejar pistas. Pero todo se torció. Esperamos a que él saliera para entrar, regresó muy pronto y nos pilló. Yo salí pitando por la ventana de la cocina, pero a ella no le dio tiempo. Se quedó allí. Yo la dejé. —Corrige con gesto amargado—. Fui un cobarde. Tenía las monedas. Escapé. Me fui a casa, no sabía qué hacer... Decidí ir donde Chin Kun para deshacerme de las monedas cuanto antes, pero no me atreví. Bebí, para no pensar. Bebí hasta emborracharme y volver a casa.

—¿Y después?

—Nada. Julieta desapareció. Yo no quería llamarla por si nos encerraban por el robo, y a los dos días mi madre me vino con la milonga de su desaparición.

—¿Sabías quién había sido y no dijiste nada?

—¿Y acusarme a mí mismo?

—Pero podrías haberle salvado la vida.

—Dudaba, no sabía si era el viejo o Chin Kun quien la había hecho desaparecer.

—¿Y las monedas? —pregunta Garbiñe.

—Puse un anuncio con un perfil falso para vender la colección. Alguien contactó conmigo y las vendí hace unos días. Eso es todo.

—¿Te parece poco? —insta Garbiñe —. Dejaste a quien se estaba jugando la vida por ti sola. Igual no vas a la cárcel, pero te quedarás con eso toda la vida. Fuiste tan cobarde, tan irresponsable y tan zafio que te mereces el dolor que ahora siente su familia multiplicado por cien.

Sale malhumorada de la sala de interrogatorios.

Nos quedamos callados siguiendo su rastro.

—¿Ya está todo?

—Sí, de verdad. Lo siento, siento ser una mierda. Como dice ella, tendré que vivir con esto toda la vida.

Garbiñe abre la puerta y se asoma.

—Rubén, ha despertado. Me imagino que quieres ser tú el primero.

—Sí, ya voy... Adiós, Alejo.

Me despido. Necesito hablar con Julián cuanto antes.

# Capítulo 51

## Rubén

CRISTINA. 38 AÑOS. TOLEDO. APUÑALADA.

Un mes después.

Cuando era más pequeño jugaba al tenis. Se me daba bien, excepto cuando no ganaba. Parece de Perogrullo, pero no lo es. Cuando perdía le daba mil vueltas al punto en que todo había cambiado y el partido se me había ido de las manos. Una y otra vez: ¿por qué la había lanzado al lado equivocado o errado una derecha que tenía controlada?

Hay decisiones banales, que crees que carecen de importancia, y sin embargo pueden traer el caos a tu vida. Respuestas que repites en tu recuerdo y que pagarías lo que fuese por cambiarlas. Estos últimos meses han estado repletas de ellas. Y no solo por mi parte. Como si el universo se hubiera confabulado para descomponer la vida de todos los de mi alrededor. Pueden pasar años sin que nada cambie y en un mes cualquier trivialidad lo trastoca todo. Eso es lo que nos ha pasado. Y, en concreto, a mí me ha dejado hundido en el fango del arrepentimiento. Claro, que siempre hay alguien que te puede superar, y esos, sin lugar a dudas, son Julieta y Julián.

Él sí ha pagado el devastador efecto de sus malas decisiones. Es más, jamás había visto un ejemplo tan claro, ni creo que lo vuelva a ver.

Mi amigo Julián... Hoy iré de nuevo a verlo. Lo está pasando tan mal que me llega y me traspasa su injusticia. Me entristece verlo así, pero no puedo dejarlo solo. Lo ha hecho mal, muy mal, peor que eso si cabe, y sin embargo le entiendo. He tardado unas semanas en acercarme a él, a su error, pero una vez que lo he hecho, no me ha costado creerle. Y lo he perdonado. Yo, sí. Los demás no saben lo que yo. Todavía.

Julieta. Ella empieza la gran cadena de errores con desproporcionado final. Ella fue la que causó este terremoto que ha fraguado nuestras vidas. Otra que tomó una decisión errónea, empujada, probablemente, por el amor, un impulso, por el que, a sabiendas de que era un delito, optó. Chin Kun la llamó y se asustó. Quiso ayudar a Alejo y se acordó de la colección de monedas de Julián. Nadie

pensaría en ella.

No era la primera vez que lo hacía, Alejo nos lo dijo y después lo confirmamos. Ella había robado para él. Se le daba bien. No le hacía falta, pero le gustaba el subidón de adrenalina que le proporcionaba cometer un acto delictivo. Ahora lo sabemos. Atando cabos. Hablando con él y con sus amigas. Julieta era cleptómana. No solo fue al psicólogo para prepararse para romper con Alejo, fue también para tratarse de su cleptomanía. Él lo ha confirmado.

Parecía que estaba mejor, pero cuando Chin Kun la llamó quiso zanjar el tema rápido y decidió que Julián fuese la víctima que pagase las deudas de Alejo. Lo que no imaginaba es que estuviese ante un hombre ágil y fuerte, un tipo que había trabajado de seguridad toda su vida y sabía cómo inmovilizar a una persona.

¿El siguiente en seguir la cadena de errores? Julián, que decidió no avisar a la policía. Que se cabreó tanto con ella que optó por dejarla pasar la noche allí y puede que el día siguiente hasta que dijese quién le había robado las monedas. Y así hizo. La maniató en su sótano toda la noche. Al mediodía posterior, después de darle de comer, no la ató lo suficientemente fuerte y ella se intentó escapar. Él la oyó, forcejearon en el principio de la escalera hasta que ella cayó abajó y se mató.

Y he aquí otro gran error. No avisó a la policía. Pensó que lo declararían culpable de secuestro y homicidio, que nadie creería que ella había entrado a robar. Así que unas noches después, viendo que su compañero de robo no daba señales de vida, decidió enterrar el cuerpo. La cubrió con bolsas de plástico, una alfombra vieja y la metió en su maletero. Pero se le cayó un zapato justo al pasar por mi casa... Mira que es mala suerte, pero eso es lo que pasó.

Cuando vio el zapato en el suelo la mañana siguiente, lo tiró a la basura sin dudarle en cuanto partí a la comisaría, pero me di cuenta de que aquella bailarina era la de Julieta. ¿Qué hace alguien cuando se ve cercano al huracán? Luchar para no volar por los aires. Y eso hizo. Optó por hacer ver que era una venganza personal hacia mí y me vio con Elda. Tramó el plan. Le habíamos explicado que su coche se había roto y Elda dijo que iría al día siguiente al taller. La secuestró. Le pinchó propofol. Julieta le había dicho durante su retención que ese día la habían sedado para una gastroscopia con el medicamento. Julián no tuvo nada que ver, pero lo usó para que atáramos cabos y relacionáramos los dos casos, tal

cual sucedió.

Él no iba a hacerle daño a Elda. La iba a soltar, quería que ella misma saltara del maletero como muy bien hizo. Cierto es que él salió del coche porque yo lo llamé. Fue en ese momento, coincidiendo con que Elda intentaba abrir el maletero por su cuenta, que se alejó, apretó el botón del mando y la dejó escapar. De ahí el retardo que ella narraba cuando decía que tiró de los cables y a los cinco segundos se abrió. No fue ella, fue él. Yo le creo. Solo quería su zapato y que Elda se llevara un susto para que pensáramos que se trataba de un asesino en serie relacionado conmigo. Una decisión inteligente pero desacertada porque lo complica todo mucho más para su defensa.

El siguiente error y del que más se arrepiente es haber intentado pringar a su amigo. Pero eso no lo pensó con calma, fue en el momento. Cada día tenía más miedo de que la verdad saliera a la luz. Había un cabo suelto, el otro ladrón, puesto que, aunque no se sabía nada, ahí estaba y en cualquier momento podía ir a confesar. Jugaba con algo a su favor, que yo le iba desvelando asuntos del caso y dedujo que quien acompañaba a Julieta aquel día en su casa era Alejo. Y en sus testimonios no había dicho nada de las monedas.

Nos oyó a Aridane y a mí hablar en la barbacoa y se enteró de que sospechábamos de Rafa. Dice que estaba desesperado, que no pensaba con claridad y fue a su casa a por la cadenita de oro que le había quitado a Julieta para que, si encontraban el cadáver, pensarán en un robo, y la echó a las brasas, donde había estado gran parte de la noche Rafa. Una mala decisión. Egoísta. Injusta. Detestable.

Cada vez que me ve me pregunta por él, por Rafa. Uno de sus principales motivos para optar por suicidarse. El reconocerse en una persona tan ruin que quiso entregar a un amigo inocente por salvarse él. Se sentía acorralado y sus prioridades cambiaron, hasta que se paró a pensar y advirtió la magnitud de los errores. Ahí es cuando decidió que si lo pillaban y tenía tiempo se iba a suicidar.

Le contó a Rafa lo de Cormiga para que fuésemos a esa nave y pensáramos que había huido y así darle tiempo a escribir unas explicaciones y ahorcarse después. Llegamos a tiempo, gracias a mi corazonada.

Rafa... es muy buen tío. Hoy vendrá conmigo. Sabe toda la verdad y lo ha perdonado. Dice que entiende que tomara una decisión tan precipitada y se lo va a decir hoy para que Julián deje de fustigarse.



Y con respecto a su delito de piratería, a su error, ya tenemos a quién darle su dinero. A Jaime. El búho. Otra gran persona. Alguien que se está convirtiendo en un buen amigo, mira tú por dónde.

Un eslabón de la cadena más, mi hermana Vera, que se comportó como una tarada cuando descubrió la melodía del móvil de Julián y, si llega a ser un asesino de verdad, hoy no lo cuenta. Ella precipitó todo, la huida de Julián y su intento de suicidio.

Y si seguimos con la cadena de errores toca hablar de mí. De mí y de Elda. De que le dije vía mensaje cuando se ofreció a venir conmigo «Mejor, no». Mejor, no, algo muy tonto, y lo repito todas las noches, porque ahora, después de un mes sin verla, nunca escribiría aquello. Le diría: «Sí, ven, corre, estás tardando...», pero no escribí eso. Y se fue.

Los días posteriores a la detención de Julián fueron puro caos, no aparecí apenas por casa. Cuando me quise dar cuenta, Elda se había marchado con su hermana a EE. UU. Me envió dos mensajes.

«Rubén, me marché un tiempo con mi hermana. Necesito distanciarme de todo esto y reflexionar. Me imagino que lo entiendes. Has sido un gran apoyo para mí desde que te conocí y te lo agradezco, pero con respecto a nuestro pacto, estoy hecha un lío. No sé ni siquiera si tú quieres continuar con él, pero tampoco te voy a preguntar. Necesito ponerme en orden y ver qué quiero hacer con mi vida. Quizás me arrepienta, es probable, pero no me siento preparada para iniciar nada. Espero que no te sienta mal, que me respetes. No te digo que me esperes porque ignoro qué sientes tú y me parece egoísta y prepotente. Han sido tantas cosas... No quiero que pienses que me arrepiento de «esa noche» porque no es así, fue maravillosa y ojalá haya muchas más, pero ahora no es el momento. Te quiero mucho, Rubén. Gracias por todo.

¡Ahh! Dame el espacio que te pido y no te intentes comunicar conmigo».

¿Mi decisión?

Respetar la suya y reflexionar yo también. ¿Y a qué conclusión he llegado?

A que me enamoré de Elda nada más verla. A que es un ser transparente, bueno, especial y precioso. Y que no es para mí. Por eso la he dejado libre. Tarde o temprano le acabaría haciendo daño porque no sé vivir en pareja, mi exnovia me lo dejó muy claro. No quiso tener un hijo mío.

Sé que gran parte de sus dudas corresponden a mi actitud del día en que todo se descubrió. Pero ya no me he esforzado en explicárselo. Si le ayuda pensar que soy alguien violento, como su padre, para olvidarme, pues que así sea. No soy para ella.

No es que haya leído novelas de amor, pero alguna película sí he visto, lo reconozco, y parece el típico comportamiento del protagonista atontado que se niega a vivir la felicidad que ella le puede proporcionar y el espectador sufre porque no se da cuenta. Este no es el caso. Yo sí sé que ella me puede hacer muy feliz, pero dudo de que yo a ella. Elda es tan especial, tan pura, que no, me niego a ser yo el que la fuerce a llorar, porque tarde o temprano pasaría. Y no me estoy haciendo el mártir porque la quiero tanto que solo deseo su felicidad, no, no eso, es que sé que no soy para ella, ¡por Dios, vivo en un caos constante! Cuando he dicho que me enamoré es cierto, y todavía lo estoy, y lo estaré, pero de su forma de ser. De Elda como mi pareja no me dio tiempo a saberlo, aunque reconozco que tenía muchas posibilidades.

En fin, la he dejado marchar. Sé de ella porque la hemos tenido que llamar por asuntos del caso, pero no he sido yo..., aunque hace unas noches, un poco bebido y con mi determinación tiritando le escribí:

Ella me respondió. Sí, me respondió:

Aproveché para preguntarle.



Y así se ha acabado. Me he prohibido volver a beber no vaya a ser que me compre un billete de avión y aparezca en su casa. Está decidido. La voy a dejar escapar. Sé que Leo está allí, él la hará feliz.

Termino mi café y me subo a arreglar. Hoy iré a la cárcel. Después he quedado con Garbiñe. Ella y yo..., pero solo es sexo.

## Capítulo 52

### Rubén

J. D. 40 AÑOS. TOLEDO.

Tres meses después.

—Tranquilo, Julián. Ya está todo hecho. Tu abogado cree que el fiscal no va a ser muy duro, la familia de Julieta habló con él.

—Es que no me lo creo —suspira—, ¿unos meses más y puede que salga?

—Bueno, sí, depende del juicio. Si el juez ratifica el cargo de homicidio imprudente leve con las dos atenuantes de «legítima defensa» y «miedo insuperable», te condenarían entre uno y cuatro años. En el primer tercio de la condena ya podrías tener permisos, y, cuando llegues a la mitad, el tercer grado, que no es lo mismo que estar aquí dentro.

—¿Y si no?

—Te acusarían de homicidio imprudente y si acepta las atenuantes puede que se quedase en seis años..., pero a los dos ya puedes solicitar permisos.

—No es tanto...

—¿Y lo de Elda?

—Tentativa de secuestro. No he hablado todavía con ella, pero te quiere ayudar. Puede que solo sume seis meses a la condena.

—Será raro...

—¿El qué?

—Cruzarme con gente, me van a mirar. —Se calla. De sobra sé que esto es uno de sus mayores pesares.

—Eso será al principio...

—Estoy tan arrepentido, Rubén. Te prometo que no entiendo cómo pude meterme en tal barullo. Cuando vi a esa pobre chica caer por las escaleras toda mi vida se me puso delante. Yo solo quería darle un susto. Bajé corriendo, me caí yo también en los últimos trancos —se le nublan los ojos—, pero estaba muerta, no respiraba. Me senté en el suelo y lloré, no sé ni cuánto. Cuando estaba llamando al 112 y descolgaron me arrepentí. Creí que iría a la cárcel por homicidio y comenzó todo este lío —me repite. Me ha contado esta historia

muchas veces, dice que en su cabeza no cesa de ver ese momento, que le quita el sueño y las ganas de vivir.

—Esa llamada es una prueba de tu coartada. —Reproduzco las palabras de su abogado.

—Ojalá nunca hubiera tenido que hacerla... Te mentí. Os mentí a todos. Me sentía tan mal —declara afligido.

—Me lo imagino.

—No sé cómo has podido perdonarme. —Busca mis ojos.

—Porque eres una buena persona que se equivocó en un momento de su vida.

—¡Ufff! —Gesticula duda—. El miedo, Rubén... Nunca permitas que el miedo y la rabia sean los que tomen tus decisiones. Lucha siempre por la verdad.

—Eso intentaré.

—Nadie lo va a entender —afirma, regresando al segundo tema que más le preocupa—, la secuestré unas horas...

—Te había robado.

—Tendría que haber llamado a la policía, pero pensé que yo podía arreglarlo y así ella se quedaría sin antecedentes, que era una buena chica con malas compañías, idiota de mí...

—En el fondo, quisiste ayudarla.

—¡Menuda ayuda! Está muerta. Nadie lo va a entender —se repite.

—Probablemente tengas que mudarte, yo lo haría.

—Y lo harás. Has logrado trasladarte a Madrid.

—Sí, es temporal, pero sí. Prefiero salir de aquí, han sido muchas cosas... —reconozco.



Salgo de la prisión. Rafa aparecerá más tarde o mañana, nos turnamos para que tenga más visitas y no se sienta solo. Le está pasando factura su paso por la cárcel, aunque lo intenta negar. Eso, y toda la culpa, que, aunque verbaliza, no le deja perdonarse a sí mismo y mirar hacia delante. Duele encontrarlo así, cada día más ojoso y delgado. Repetitivo, contándome el momento en el que muere Julieta cada vez que voy, sin esperar a que le diga nada, solo por desprenderse de aquello que lo martiriza. Cabizbajo, es difícil verle mirándote a la cara, no sé si

por vergüenza o por cansancio. Reservado, de su intento de suicidio no logro que hable, creo que le desconcierta. Julián no es el que era e ignoro si lo volverá a ser. Se ha echado diez años encima y una losa de pesadumbre le impide sonreír.

A pesar de que me voy a mudar a Madrid en unos días, vendré a visitarlo siempre que pueda, hasta que salga. Siento que es mi deber. Últimamente, me esfuerzo en hacer las cosas bien, quiero disfrutar de la vida, de ellos, de mi familia, de mis seres queridos.

No me va mal.

El traslado a Madrid ha sido un chute de energía, lo que me faltaba para despegar del todo. Vuelvo a la comisaría de Aridane, pero sin ella. Por fin se ha quedado embarazada y tiene que guardar reposo, va a ser una baja larga y quieren que yo la cubra. En cuanto me lo ofrecieron, no lo dudé ni un segundo, a pesar de que al final me he ido adaptando a este lugar, necesito cambiar de aires, y la contaminación, el ruido, la prisa, el anonimato y el ambiente de Madrid a mí me van bien.



Voy a ver a Elda. En unos segundos estará delante de mí. Llevo esperándola tantos días... Necesito saber qué tal está. Averiguar si el continente americano le ha curado las heridas.

¡Ahí la tengo! El momento que me he imaginado cien veces acaba de hacerse real. Está de espaldas, hablando con Leo y el abogado defensor de Julián.

—Inspector —dice el letrado.

Elda se gira.

Mis pies se paran.

¡Oh, Dios!

Me esfuerzo por disimular mi vuelco al estómago y camino hacia el grupito sin volverla a mirar.

Saludo con un abrazo a Leo y un apretón de manos al abogado. Llega el turno de acercarme a ella.

—¡Elda! ¡Qué bien verte! —Me aproximo para darle dos besos.

—Hola, Rubén —me responde sin mucha emoción, yo diría que tímida.

Ha sido muy rápido, apenas nos rozamos las mejillas y le doy la espalda

para preguntar al abogado. En seguida sale un auxiliar para indicarnos que entremos al despacho.



Vuelvo a casa conduciendo y rememorando lo sucedido esta tarde. Lo podría enumerar en el libro de mi vida como uno de los momentos más incómodos y eso que apenas han transcurrido diez minutos. Elda estaba sentada entre Leo y yo, frente al abogado, callada y rígida. Aparentemente concentrada en las opciones que le presentaba. Yo... A mí me vuelve a suceder lo que antes me ocurría. Pensaba que se me había pasado. Va a ser que no. Mi único afán era poder tocarla.

Cuando quedó todo claro y el letrado nos dijo que ya podíamos marchar, le escuché preguntarme:

—¿Y Garbiñe? —Leo tomó distancia dejándonos solos.

—Bien, está bien. Ha vuelto a su trabajo —le dije.

—La otra mañana la vi, no me dio tiempo a saludarla, iba con prisa. Salía de tu casa.

Me quedé tan cortado que no supe responder otra cosa que:

—No sé, llegaría tarde...

—Me lo imaginé, por eso no quise molestarla. —Apuntó a sus pies.

—Estás muy guapa. —Se me escapó eso, y la mano que acudió sedienta a su barbilla para erguir su cabeza.

—Seguro que no tanto como ella. —Descifré una mirada cargada de rencor.

—Elda..., no...

No pude hablar más. Leo regresó, le dio un toque en el hombro y se despidieron.

Aparco y entro en mi casa con cientos de preguntas bombardeándome, pero una de ellas sobresale de las otras con luces de neón:

«¿Qué estoy haciendo?».

## Capítulo 53

### Elda

«TE VOY A DAR DONDE MÁS TE DUELE». SE ARROJÓ, PRECIPITANDO CON ÉL AL BEBÉ DE NOEMÍ.

Gris. Me vestiría de gris. No porque no me guste, a mí todos los colores me gustan, pero siempre he escuchado que es tristón, que combina a la perfección con un estado de ánimo apagado. Y así estoy yo todo el rato, desde que he regresado de EE. UU. no logro revivir a la antigua Elda.

Leo opina que es el choque con mis fantasmas, que volver los ha resucitado, pero que tengo que trabajar para enfrentarme a ellos, en vez de esconderme, como me apetece. Mantita, chocolate y pelis de época hasta vomitar de empacho, eso es lo que haría, sí, sí, tal cual y no lo hago porque mi psicólogo/novio no me deja. Entre salidas a la naturaleza a meditar, humus, quinoa, y tofú como pilares de nuestra dieta y nada de siestas durante el día, ese plan se me hace más imposible que encontrar un zapato con tacón perfecto para mi pie (debe de ser otra anomalía, pero o se me salen o me aprietan a lo *morcillesco*).

Una vez que supe que fue Julián quien me secuestró para disuadir a la policía, perdí el miedo a recordar aquel episodio de mi vida, en eso he mejorado, pero no logro desalojar la angustia vivida, las sospechas y la incertidumbre. Vivo en un estado constante de alerta.

En Nueva York, con mi hermana, me relajé por completo. Calzarme las zapatillas y pasear por cualquier rincón de Manhattan fue totalmente curativo. Se ha convertido en mi ciudad favorita y, aunque sé que no puedo vivir allí, voy a situar a muchos de los personajes de mis novelas en la Gran Manzana. De hecho fui con una agendita, apuntando calles, bares, sensaciones para poder describirlas sin tener que recurrir a mi memoria. Me sorprendió que, a pesar del bullicio de coches, gente, turistas ruidosos y las ensordecedoras sirenas de policías y bomberos, siempre encontraba algún rincón de calma cerca; un lugar donde poder respirar y admirar el mundo. Porque puedo resumirla en eso, Nueva York es el mundo.



Leo se vino al mes y aunque intenté tomármelo con tranquilidad, a las tres semanas terminamos enrollándonos, en un local de Greenwich Village, escuchando jazz y brindando con cerveza cada vez que sonaba la trompeta. No lo pensé mucho y eso que había ido a reflexionar, pero aun sabiendo que el «virus Rubén» seguía activo en mí, me lancé sin tomar retrovirales olvidadizos, ni intentar paliarlo con paracetamoles antiromanticismos. Aposté a que Leo sería mi sanación y así fue. Me curé. Allí sí. Pero he vuelto, le he visto y todo apunta a que el virus se ha reactivado.

Soy una inepta en multitud de cosas; en descifrar mis sentimientos, no. Rubén me sigue gustando. Lo acepto. Leo también, que quede claro, pero imaginé que al estar con uno olvidaría al otro, y no ha funcionado. Estoy más liada que el cable de mi secador. ¿Ahora qué hago yo? Pues de ahí mi ánimo gris tormenta, porque no tengo ni idea.

Y encima el otro día cuando lo vi me comporté como una desagradecida niñata. No le pregunté por Julián ni por Vera, no, lo hice por Garbiñe. Porque la vi salir de su casa y eso me sentó a cuerno quemado. Y aquí no hay ningún cuerno, él está con ella y yo con Leo.

Rubén, que me dejó su casa, que se desvivió por mi seguridad, que me besó como nunca nadie lo ha hecho y respetó que pusiese límites, a ese voy yo y ni le miro a la cara porque está con Garbiñe. ¿Se puede ser más ingrata y mala? Hay que sumarle a todo esto que fui yo quien le dio carta libre; fui yo la que se alejó porque lo vi enfadado y no me gustó. ¿Cómo esperaba que reaccionara si me creía en manos de un asesino? Bastante... Pero me recordó a mi infancia, ahora puedo admitirlo. Mi padre no era tan fantástico como yo me empeñé en creer. Alisa le plantaba cara, yo no, yo le justificaba para no ver la maldad en él. A veces era malo, muy malo con mi madre. Nunca llegó a pegarla, pero la menospreciaba y la humillaba cargado de ira y delante de cualquiera. ¿Qué hacía ella? Callar. ¿Qué hacía yo? Correr a mi habitación y ponerme los *walkies* para huir de la realidad. De ahí que me inventara esa tontería de que no sé ver las cosas feas, que todo me parece bien. No, no es así. Es una patraña. Una tapadera. Sí las distingo, pero huyo cual cobarde. Es mejor. Más cómodo. Lo reconozco y estoy trabajando en ello (y odio decir esta frase porque no puedo evitar recordar a Aznar con acento tejano).

—¿Estás lista? —Se asoma Leo a la puerta.

Me doy la vuelta para contemplarlo. Es tan sexi que no sé qué demonios hago pensando en otro. Es como estar comiendo un solomillo y pensar en la lubina que puede que saborees en la cena.

—Sí, ya voy.

Leo se adentra en la habitación sonriendo. Abre mi armario, rebusca dentro y extrae una blusa amarilla que compré en Manhattan.

—Ya está bien de gris, ¿no? Un poco de color a la vida. —Me trae la prenda y un reguero de besos en mi espalda, que queda desnuda al quitarme el blusón que había elegido yo. Me dejo complacer, me hace falta su contacto, cuando él está tan cerca no me asaltan las dudas.

Me sobra su ropa, siempre. El mejor estado de Leo es desnudo, ahí es cuando se muestra más hermoso y masculino. Prácticamente le arranco la camisa y pego mi torso al suyo para que nuestras pieles se peguen. No hablo. Solo actúo. Y él entra al juego. Quiero hacer el amor. Ya. Con prisa. Quiero dejar de pensar y solo sentir.



Accedemos al juzgado un poco acelerados. Nuestro encuentro sexual casi nos hace llegar tarde. Cuando ya puedo respirar el aire de la sala, paro mis pies, inhalo fuerte y busco la mano de Leo. Necesito la seguridad que me transmite.

Hay bastante hueco. Nos sentamos en la tercera fila, detrás de Rubén, Rafa y Garbiñe. Estos dos últimos se dan la vuelta para saludarnos. Rubén, no. Mejor.

Miro a la derecha donde hay más gente, creo descubrir a los padres de Julieta y me imagino que a más familiares. Deben serlo porque sus caras lo dicen todo y se nota que el resto intenta protegerlos. La muerte de un hijo afirman que es de las cosas más difíciles de superar si se consigue, que no sé yo.

El abogado y alguien que no conozco se sitúan en un lateral. Julián está sentado en la primera fila, en el banquillo de los acusados, solo. Inconscientemente me he llevado una mano al pecho al reconocerlo. Está mucho más delgado, y no solo eso, su semblante ha cambiado, se ha endurecido, ya no hay rasgos amables como aquellos con los que conviví. No existe crema ni tratamiento *antiaging* que venza el paso de las desgracias por la piel.

Sale el juez. Se sienta en el estrado. Es joven, casi más que yo. Me pregunto cómo ha llegado a tal puesto tan pronto, debe de ser un estudiante fenómeno, de

esos que salen en la tele todos los años porque quedan primeros en Selectividad. Nos da los buenos días. Me pareció más serio al salir, pero cuando ha hablado ha mejorado. Es guapo. Últimamente todos me lo parecen, mi criterio no es el más acertado en general, pero apuesto a que mis amigas también le darían el visto bueno.

Comienza la letanía, que ya me comentó el abogado, sobre quiénes presiden el tribunal y los nombres de los colegiados y el fiscal y, después, leen los delitos. Lo miro mientras recitan el triste monólogo. Julián se encoge, no busca el frente, traga saliva con esfuerzo, como si se fuese a desmayar en instantes porque su rostro cada vez luce más pálido. Me da tanta pena... Parece que levanta la cabeza para mirar a Rubén y veo cómo sus ojos se paran ante los míos y se altera su aparente desgana. Lo saludo con la mano y pongo la mejor de mis sonrisas para que entienda por qué estoy aquí. Él niega con la cabeza y me mira con tristeza y arrepentimiento. No le hace falta hablar. Le entiendo.

A pesar de lo que hizo se portó muy bien conmigo. Me intentaba convencer todos los días de que volviera a la vida normal, alegando que era muy poco probable que el secuestrador regresara. Me cocinaba los mejores platos y me contaba batallitas cuando me veía alicaída... Incluso, ahora lo recuerdo, se empeñaba en que me curase la herida de la cara y se ofrecía él a hacerlo. Me quedo con ese Julián; sin duda.

—¿Ratifica su conformidad con los hechos objeto de la acusación? —le pregunta el juez, presto atención porque esta es la parte más interesante—. Le informo de que tiene derecho a guardar silencio, a no declarar si no quiere, a no contestar las preguntas que no desee contestar y a no confesarse culpable. Asimismo, puede usted mostrar su conformidad con los hechos objeto de la acusación, en cuyo caso, la pena a imponer es la que fue pactada con el Ministerio Fiscal.

El magistrado se calla y le da paso a Julián. Él lo mira un poco perdido como queriendo hablar, pero sin saber qué decir. El joven juez sonrío y repite:

—¿Ratifica su conformidad con los hechos objeto de la acusación?

—Sí, sí —responde alto y claro.

—Pues bien, queda el juicio visto para sentencia.

Los ojos del abogado se dirigen a mí, sonrientes. No me ha tocado salir a testificar, respiro tranquila, hasta que él se da la vuelta, él, Rubén y al pillarme

desprevenida no puedo retirarle la mirada. Mi diafragma deja de moverse y mis pulmones se quedan sin aire, pero eso no es lo importante.

—Ya está. No ha hecho falta que testificaras —me comenta feliz.

—Sí, menos mal. —Iba a decir que no recordaba nada. Mentir en un tribunal no es que me hiciera mucha gracia.

—De todas formas, muchas gracias, Elda. No todo el mundo haría lo que tú.

—¿Hablamos fuera? —nos dice Leo—. ¿Intentamos despedirnos de él?

Parece que ya se van a llevar a Julián. Vamos rápido a la primera fila. Todos. Rubén, Garbiñe, Rafa, Leo y yo. Hablamos unos y otros a la vez, pero en general son palabras de ánimo atropelladas. Él nos da las gracias, con tono alicaído mientras los policías lo conducen a una puerta. Antes de salir mira al flanco derecho, sus ojos se humedecen al dirigirse a un lugar en concreto y vocaliza en silencio:

—Perdón.

Busco al objeto de sus disculpas y encuentro a quienes pensaba, los padres de Julieta. La madre llora acurrucada en el hombro de su marido, que se mantiene férreo e impassible mirando a Julián. Me centro en una chica de más o menos mi edad que tiene un bebé en sus brazos. Debe de ser su hermana porque se parecen. Cruzamos las miradas y me dispara rencor por apoyar a Julián, pero también pena, mucha pena. Solo de imaginar cómo se sienten se me genera ese nudo que impide el paso de saliva por la garganta. Si me dejara llevar lloraría, pero soy adulta y se nos ha programado para que ocultemos las emociones. Nada les va a devolver a su hija, a su hermana, pero al menos quieren que nadie más sepa que ella entró a robar. Por eso el fiscal ha aceptado pedir para Julián el cargo de homicidio imprudente leve.

Leo toma mi mano con fuerza y me guía hacia la salida, donde nos esperan la nueva parejita y Rafa. Sin seguir ningún protocolo nos abrazamos uno a uno. Ha salido todo bien y estamos contentos. Pronto Julián tendrá permisos y en poco más de un año el tercer grado. Sin quererlo, Rubén se ha quedado para el final en el turno de abrazos. Dejo que él sea el que se adelante hacia mí y así hace. Al principio apenas me toca, pero cuando yo doy un paso aproximándome para abarcar sus hombros él me estruja con fuerza.

—Gracias, Elda. Eres muy buena —me susurra al oído.

No le puedo contestar. Estoy a otras cosas: intentando averiguar por qué no logro olvidarlo.



Chocamos nuestras cervezas brindando por Julián. Se nos ha complicado la celebración y vamos todos un poco borrachos. Jaime, el búho, que ahora es íntimo de Rafa y Rubén, se ha sumado a la celebración. El club de los marginados, así se han bautizado.

Es simpático, bastante payaso cuando se siente cómodo, pero si hablas en serio es un tío muy listo. Mantuve el contacto yo también con él, desde aquel día que vino a hablar conmigo para contarme la verdad supe que era alguien que quería tener cerca porque nuestras vidas se cruzaron hace años por algo y quiero disfrutarlo. Además, he descubierto que es tan buena gente... En fin, que quiero a gente con calidad humana próxima a mí.

Lo estamos pasando bien. Esa es la verdad. Hemos vivido una etapa un poco dura, pero no dejamos de ser gente joven que con amigos y unas cañas se desconectan de los problemas con facilidad. Hasta he logrado mirar a Rubén a la cara sin ponerme nerviosa y hablar con él con naturalidad.

La cerveza está cumpliendo su labor diurética en mi organismo, voy al baño. Cuando salgo me miro al espejo, creí que iba a estar peor, pero no se me ha corrido nada el rímel y tengo unos coloretos favorecedores, o eso creo yo, ¡vete a saber!, igual voy como una adolescente en sus primeros automaquillajes.

—¡Ups! —se me escurre al ver entrar a Rubén. Es uno de esos aseos que comparten *hall* para chicos y chicas.

—¡Hey! —Me saluda con matices tostados (borracho)—. Estás muy guapa, no hace falta que te mires más.

—Gracias, Rubén —le digo a su imagen en el espejo. Él se acerca y se sitúa detrás de mí, de manera que ambos nos reflejamos en el cristal.

—Hacíamos buena pareja... Tú rubia y yo moreno.

—Los contrastes siempre funcionan —le respondo, gracias a mi borrachera.

—Pues tú y yo parece ser que no funcionamos. —Inclina su juguetona cabeza aproximándose más a mí.

—Tampoco lo intentamos mucho... —Ya voy notando su aroma y mis nervios están cogiendo carrerilla.

—No me eches a mí la culpa de eso —dice tajante—, de eso no.

—Me declaro culpable. —Levanto una mano interpretando que estoy en un juicio.

Rubén se ríe y aprovecha para coger mi cintura y voltearme. Cara a cara. Nervios a flor de piel.

—¿Estás escribiendo? —¿En serio? ¿Me ha dado la vuelta para preguntarme eso?

—Sí, ya lo terminé. Estoy en fase de corrección.

—¿De qué va?

Me repito: «¿En serio?»

—No te lo puedo decir.

—¿Y el título? ¿Eso me lo puedes decir?

Vamos a ver, ¿es necesario que se pegue a mí como un bebé hambriento para preguntarme esto?

—Se titula *Ni un zapato más*.

—Me gusta. —Sonríe o eso creo porque está tan próximo que o me pongo bizca o no le veo; y bizca no, cierro los ojos.

—Gracias.

—¿Por qué estás con él?

—¿Eh? —Me hago la confusa.

Rubén pega su suave boca a mi oído:

—Dímelo para que así te pueda olvidar, ¿por qué lo elegiste a él?

—¿Y tú a ella?

—Yo no estoy con ella.

—¡Ja! —Lo empujo, pero no logro moverlo ni un centímetro, es más juraría que se ha arrimado aún más.

—Solo nos acostamos, pero hace tiempo que lo dejamos. No nos iba a llevar a buen puerto. ¿Me quieres responder? ¿Qué tiene él?

—No sé, Rubén... —Ya no logro pensar con claridad.

—Dímelo, por favor. —Juraría que ha besado el lóbulo superior de mi oreja.

—Tú no estabas...

—Me pediste que no fuera.

—Ya, lo sé.

Definitivamente, me había besado porque ahora lo está haciendo por mi carrillo. Me voy a desmayar. Lo presiento.

—¿Por qué él?

—Nos van a ver, Rubén —le reprendo en modo madre.

—O me contestas o te beso ahora mismo. Uno, dos...

—¡Porque no eras tú! —Lo lanzo lejos de mí con fuerza—. Porque no eras tú —repito con voz baja y secuestrada por el inminente llanto.

Él me mira diría que asustado o más bien como un niño al que le acaban de decir la verdad sobre los Reyes Magos. Me encuentro mal. Ha sonado fatal. La presión ha podido conmigo, sentirlo tan cerca y tener tantas ganas de que cumpliera su amenaza me ha devuelto por un segundo a la realidad de que estoy con Leo y ha sido ahí cuando he soltado la bomba.

—Perdona, quería decir que...

—No, tranquila, ha quedado claro. No te molestaré más —dice con voz gélida antes de desaparecer.

Salgo despavorida y sin consuelo del bar. Necesito respirar aire fresco, pero no penetra ni una gota. Las amargas lágrimas mojan mi piel. No he hecho nada bien y solo quiero gritar y gritar hasta quedarme muda. Él me ha confesado que sigo atrayéndole y yo le he gritado una maldad, que además es mentira. Ahora sí lo es. Cuando me fui, no, creí que Leo era mejor persona, no sé, ahora, contando con la perspectiva que te otorga el tiempo pasado, diría que realmente tenía miedo a sentir algo tan desproporcionado como me sucede con Rubén y me inventé otra tapadera (visto lo visto, se me da muy bien). Con Leo es todo mucho más normal y manejable. La buena de Elda tuvo miedo a sentir de verdad y se quedó con la relación neutra. Aprieto mis puños con fuerza, eso o chillar en plena calle que soy una cobarde. Varios transeúntes me miran preocupados al pasar, debo lucir de estampa, no encuentro cómo parar mis lágrimas.

Siento que alguien conocido me abraza por la espalda, por un instante dudo, pero no, no es él quién quiero que sea. Me aparto.

—Llévame a casa, Leo —le ruego.

## Capítulo 54

### Rubén

Ocho meses después.

Hoy es un buen día. Sin duda lo es. Hay una personita nueva en el mundo: la pequeña Eva. Aridane ha sido mamá, después de un parto difícil, con uno de esos momentos de susto, en el que «A» casi se desmaya del miedo y yo me he tenido que sentar porque me temblaban las piernas. Más tarde que pronto nos avisaron de que había salido todo bien, y que la niña y la madre estaban perfectas.

Cuando la vi, con su cara de recién nacida, así como de monito y toqué su mano me enternecí. Eso y encontrarme a una Aridane viva y emocionada perdida.

Por eso es un buen día, porque Eva tiene una vida larga que vivir, con sus risas, elecciones, amores, dramas, con todo el equipo, y espero estar muy cerca de ella. Es mi propósito. Aridane es una hermana para mí.

Hacía tiempo que no me sentía tan bien. Cierto es que he estado tan liado con el trabajo que no me ha permitido disfrutar. Tampoco me veía con muchas ganas, prefería esconderme en mi comisaría. El asunto de Julián acabó pasándome factura, él, Elda... Si no llega a ser por Aridane y por Vera, que se dieron cuenta de que algo no iba bien, me hubiera sumido en una especie de depresión. Creo que sí. No me apetecía salir, ni a correr, solo trabajar y trabajar. Pero estuvieron ellas y gracias a eso ahora me veo como me veo. Un Rubén repuesto con ganas de reiniciar su vida en todos los sentidos y no solo en el laboral.

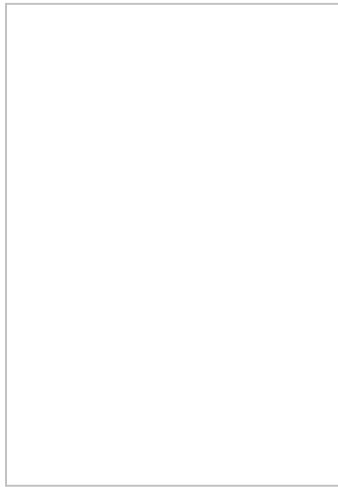
Tengo varios días libres y me apetece pasear por el Retiro, además creo que es la Feria del Libro y siempre me ha gustado su ambiente. He retomado la lectura; mi relación con las letras se caracteriza por su temporalidad, ahora estoy en una fase en la que nada me gusta más que meterme en casa y leer. Siempre y cuando no ande enganchado a una serie, porque si ese es el caso no hay libro que pueda con la facilidad de darle al *play*.

Hace calor, pero corre esa refrescante brisa que te hace olvidar el sol.



Accedo por la mitad de la Feria. Ambientazo, como diría mi amigo Nacho. Paseo sin buscar nada en concreto, me paro en las casetas que tiene el escritor y los miro. Algunos son conocidos, otros no, pero todos ellos se han expuesto al mundo y eso les honra. Leo algo que llama mi atención en una caseta en la que no hay escritor. Un libro... *Ni un zapato más*.

¡Oh, Dios mío! ¡Es el título que me dijo Elda aquel día! Me acerco a la librería y sujeto un ejemplar con mis manos. Efectivamente:



¡Lo ha conseguido! No sé muy bien qué siento. Identifico alegría por un lado y por otro miedo, miedo a que su decisión vuelva a amargarme los días ahora que ya estoy bien. Pero lo compro. Ni lo dudo. Se lo tiendo a la librera.

—¿Este? —me pregunta sonriente.

—Sí.

—Es muy interesante. A mí me ha encantado. Espero que te guste.

—Muchas gracias.

—Mañana por la tarde estará aquí la autora, por si te quieres pasar.

—¡Ahh! Muchas gracias —suspiro tranquilo porque me he librado de verla.

Le pago y me marcho con mi tesoro. Es alucinante que entre todos los libros que comparten protagonismo en la Feria haya dado con este. Es que no me lo creo, y, aunque no soy yo seguidor de las teorías del destino, esto parece que es cosa suya. Me alejo del reguero de casetas y me siento en un banco que veo vacío a la sombra. No puedo esperar ni un segundo. Lo abro y leo la dedicatoria.

A todos los que me ayudaron en esos momentos. Gracias por volcaros en mí y mi seguridad. Y a ti... perdón.

¿Se referirá a mí? Puede que sí, algo me dice que sí, mi corazón late fuerte y ansioso por leer más. Comienzo.

Son volteretas que da la vida. Piruetas que trastocan el curso habitual del pasar de los días. En ocasiones, ni sabes que estás introducido de pleno en una y cuando te percatas es tarde para rectificar y tomar la decisión correcta. Otras sí que eres consciente de ese momento crucial y eliges con toda tu conciencia, pero, por lástima, estos son los menos. Alguien debería encender una alarma roja en nuestra cabeza que nos avisara de que ese momento es de una importancia nivel tres, como cuando hay un fuego y se activa el protocolo de emergencia.

Si a mí se me hubiera accionado dicho nivel no lo hubiera echado todo a perder, pero comencemos por el principio. Cuando él entró en mi cafetería.

## Elda

Despacito. Los nervios han ido cediendo poco a poco. Pero ahora ya estoy más segura de mí misma. Mi trasero está sentado sobre un taburete, que se halla dentro de una caseta de la Feria de Madrid. Un sueño hecho realidad, y no solo eso, tenía una pequeña fila de gente esperando para que le firmara un ejemplar de *Ni un zapato más*, mi primera novela publicada.

No sé lo que es tener un hijo, pero que te publiquen creo que es de los momentos que más se le pueden parecer. Cuando la que ahora es mi editora contactó conmigo supe que la alegría iba a volver a mi vida. Llevaba un tiempo triste, apagada, ni mis amigas ni mi hermana supieron darle la vuelta al viento como hizo ella, Tere, mi hada madrina, la dueña de la editorial. Estoy viviendo uno de los momentos más especiales en cuanto a autorrealización se refieren. Me siento orgullosa de mí misma, de haberlo conseguido, y aunque este proceso literario está acompañado de muchos fantasmas, como el de la crítica, nada emborrona mi felicidad.

Muchos días me llegan mensajes de lectores que me dejan con la boca abierta porque mi libro les ha pellizcado y les ha hecho sentir. No hay nada más gratificante que eso. Y hoy, hoy me estoy llenando el cajón de la inseguridad de halagos, para cuando lo necesite, seguro que en cualquier bajón tengo que recurrir a ellos.

En *Ni un zapato más* me he abierto, he liberado mis miedos, mis dudas. Muchas de las tapaderas que había creado en mi vida las he destrozado a golpe de tecla. Es una novela de ficción, policiaca si me apuras, pero hay mucha verdad y quien me conozca lo va a notar. No fue fácil dar al botón de enviar cuando decidí probar suerte con las editoriales, pero ahora me alegro tanto...

La gente es muy amable. En especial, Manuela, la librera de la caseta. Se confiesa como una auténtica fan mía, le encantó mi libro y dice haber vendido muchos durante estos días. Yo tengo la sonrisa fotografiada en mi cara, luego tendré agujetas en las mejillas, pero es que estoy tocando la felicidad con mis manos. Ya se ha volatilizado la fila de lectores y me encuentro concentrada firmándole dos ejemplares a Manuela para dos amigos suyos.

—No he podido parar. Lo compré ayer. —Escucho una voz frente a mí. Me

resulta tan familiar que los músculos de mi cuello se niegan a trabajar para levantar la cabeza. Nos puede a todos el miedo—. Enhorabuena, Elda, no lo dudaba, pero después de leerte me siento con la total confianza de decirte que eres una gran escritora.

Es Rubén. Es él y yo no consigo desbloquear a mi nuca para atenderle. Inhalo, exhalo y ¡voilà!, ¡mirada al frente!

¡Madre mía! ¡Qué guapo es! Lleva una camiseta sin dibujo alguno, blanca, de cuello pico, con escote limitado, no de esos horteras. Unas gafas de sol abrigan su mirada y me impiden leer en él.

—¿Eres tú? —bisbiseo impactada.

Ríe por lo bajini.

—Si te refieres a Rubén, sí, soy yo.

No gesticulo. Me siento tan petrificada que si me soplara me rompería en pedacitos.

—Me ha encantado tu libro.

—¿De verdad? —pregunta mi mismo miedo.

—Sí, sobre todo el final.

—¿El final? —repito como un loro.

—Sí. Me gusta que ellos decidan darse una oportunidad. Por un momento me hiciste dudar y pensé que los ibas a separar de por vida.

—Nunca escribiría algo así... Mis libros tienen que acabar bien, otra cosa es la vida real —expreso con la naturalidad de haber reiterado esta frase en varias presentaciones.

—Sí, eso es otra cosa. —Se muerde los labios—. ¿Me lo firmas?

—¿Aquí?

—¿Dónde si no? —Encoje los hombros.

Miro a Manuela, la librera, que aunque disimula sé que es consciente de toda la tensión que se respira entre el mozo y yo. Ya llevo más tiempo del que iba a estar *a priori*. Ella rebusca en una de las estanterías y me devuelve mi bolso. Gracias, Manuela.

—Ya es hora de que te marches. Pásate algún día más, ¿vale?

La abrazo. Es un amor.

Cuando salgo de la caseta y accedo a la calle donde pasean los visitantes busco a Rubén, que se ha alejado unos pasos y está en el centro de la calle con el

libro en sus manos como estandarte. Sonriéndome. Su estado natural. Es tan brillante. Vuelvo a inhalar, exhalar y tomo fuerzas para hacer lo que llevo queriendo hacer mucho tiempo. Camino en su dirección hasta llegar.

—Cena conmigo —le ruego.

—¿Ahora? —pregunta sorprendido.

—Sí.

—Vale.

Las mariposas resurgen y vuelan por mi estómago.

Nos miramos, diría que alegres, él me ha leído y ya lo sabe todo. Lo que siento por él, lo arrepentida que estoy de no haberme arriesgado, de haberme inventado un problema para no enfrentarme a la intensidad de la pasión que me provocaba con solo rozarme. Eso es lo que hay de verdad en mi novela, la infelicidad de tomar una mala decisión apoyándose en los fantasmas del pasado.

No dudo. Me sitúo a su lado y le tomo una mano. Rompemos a caminar él y yo, uniendo nuestros brazos, sorteando al resto de vidas que pasean alrededor.

—¿Es todo cierto? ¿Lo que cuentas aquí? —me pregunta.

—Lo importante sí —respondo a sabiendas de a qué se refiere.

—¿Ya no estás con él?

—Hace meses.

—¿Por qué?

Me paro. Le retiro las gafas para ver sus increíbles ojos y poder colarme en su interior cuando le diga esto que llevo queriendo repetirle desde aquel día.

—Porque no eras tú.

# Elda

6 meses después.

—Se ha ido, definitivamente se ha fugado —le digo llevándole el desayuno a la cama.

—¿En serio? —Se despereza. Hasta habiendo dormido tres horas está guapo.

—Sí, lleva días sin aparecer, nunca ha faltado tanto tiempo. —Dejo la bandeja en la mesilla y me meto en la cama para acurrucarme en él.

—Se habrá ido a investigar otro caso, es una gata detective, ya lo sabes. —Rubén se apoya en mí para llegar al desayuno y agarrar un vaso de agua.

—Ya, pero me da penita..., estábamos tan bien todos. Formábamos la familia perfecta, éramos la envidia de los vecinos —bromeo.

—¿Tú crees? —pregunta después de beberse el vaso entero—. Yo creo que ellos piensan que soy el soltero del ático que vive con una perra y una gata y que se ha inventado a una novia para que no lo molesten.

—Es que se está tan bien aquí... —le acaricio la línea interpectoral—, con mi perrita, mi ordenador y mi chico, que para qué quiero ir a la calle si tengo la felicidad en casa.

—Eso es verdad. —Nos recoloca para besarme suavemente con una energía en ascenso de recién despertado—. Esto es lo más parecido a la felicidad que he vivido nunca y hoy más aún.

—¿Hoy? —bromeo haciéndome la olvidadiza—, ¿qué pasa hoy?

Rubén mueve la cabeza para los lados mordiéndose los labios de pura diversión.

—Hoy me vas a convertir en el hombre más completo del universo.

—¿Sí? —Gesticulo extrañeza a la vez que me subo a horcajadas sobre él.

—A no ser que te arrepientas.

Me encorvo y lo beso con todo el amor y ganas que siento.

—Estoy deseando ser tu mujer, ¿me oyes?

—¡Alto y claro!

—Pues ahora demuéstreme qué me va a deparar la vida contigo, en lo que asuntos de cama se refiere —le ordeno mimosa— y no te des prisa que nos

casamos por la tarde.

—Eso está hecho, mi amor. Ven aquí.

Me deshago. Voy a sentir tanto placer que es adictivo. Jamás había practicado tanto sexo como en estos últimos meses. Rubén y yo somos como dos imanes con polos opuestos. Si nos acercamos no hay alma que nos impida tocarnos, y una vez que nuestras pieles entran en contacto la naturaleza pide su turno y acabamos haciendo el amor hasta caer extasiados. Es amor. Amor con todas las letras. Y puede que sea pronto, pero lo hemos pasado tan mal que queremos gritarle al mundo todo lo que nos amamos, que sabemos que hemos hecho daño a algunas personas por nuestras inseguridades, pero que el perjuicio es por algo real, por algo que ha conducido a que en unas horas seamos marido y mujer y comencemos a vivir nuestra propia familia. Parecerá antiguo, pero no nos importa. Él y yo estamos de acuerdo.

## Rubén

Se lo pedí yo. En eso soy un tradicional. No fue algo muy premeditado, lo pensé una mañana y por la tarde lo tenía todo planeado. Paseamos por el Retiro, cenamos en un restaurante italiano y al llegar al piso, gracias a Vera, que me echó un cable, se encontró la casa repleta de velas, música suave de fondo y una cajita en el suelo. No era un anillo, era mejor, una foto del pequeño tatuaje que me había hecho en el antebrazo y había cubierto hasta ese momento con un reloj, y que resumía el cómputo de las frases importantes de nuestra vida:

«Nadie es como tú».

Lo leyó y al instante le pedí que se casara conmigo y... ¡Aquí estamos! ¡En la fiesta que hemos dado tras nuestra boda! Solo nos acompañan algunos familiares y amigos. Incluso Julián, que ha logrado su primer permiso y se le ve tan animado que me lo creo, en las últimas visitas parecía interpretar un papel, pero hoy sí le veo contento.

Comienza la música. Es una boda inusual, aquí no hay gran banquete, ni vivan los novios, ni baile preparado. Solo somos un grupito de gente disfrutando de una fiesta con motivo de la unión de dos de ellos. Es bonito.

Me alejo unos metros y la observo sonreír mientras bromea con Brandon y Alisa, los nuevos residentes de España. Suspiro. Lleno de aire mi pecho, más

que henchido de felicidad. Nuestra historia no ha sido fácil, pero hoy completamos otro capítulo de este libro, el nuestro. Por lo que a mí respecta solo puedo añadir que estoy tan enamorado de ella que me da miedo hacerle algún daño, que sé que lucharé con todo mi ímpetu para que eso no pase. Después de leer su libro entendí que yo sí era para ella, porque me quería tanto o más que yo. El tiempo dirá. De momento sé que pienso dedicar mi vida a buscar su felicidad, la de Elda, la chica a la que le robaron el zapato, la mujer que lo ha cambiado todo, sobre todo a mí.

Ni un zapato más.

Fin



## PORQUE ME SALE DEL MOÑO

Porque me sale del moño, porque quiero y porque puedo he escrito esos nombres. Sí, los que encabezaban cada capítulo. La lista de mujeres asesinadas por violencia machista, de género o como quiera que lo llamen ahora y sea políticamente correcto. Todas las de 2016 y las primeras de 2017. Ya el 1 de enero de 2017 hubo un homicidio, así comenzamos el año. Tan triste.

Ni un zapato más. Ni una menos.

Y lo explico también porque me sale del moño, no porque nadie me lo pida, lo aclaro porque yo sí que tengo voz. Tengo esa suerte de que nadie me la haya querido apagar. Una gran suerte. Más que una lotería. Y sí que hubo en mi adolescencia un potencial silenciador, pero por suerte escapé de él airosa y sin más daños que una autoestima hundida que pronto recuperé. Y lo cuento porque me sale de donde ya sabéis. Me sirvió de algo, sí, aunque era muy joven: para entender y no sentirme a salvo nunca. Porque parecía bueno. Como todos. Y no lo era. Yo, sí.

Ni un zapato más. Ni una menos.

Y sé que os habéis leído una novela fresca, ágil, en ocasiones divertida (o eso he pretendido), una historia romántica, con conatos duros como el asesinato de Julieta, pero, en general, una historia para entretener, y puede que penséis que esto pintaba poco. Pero no dudé. O sí. Pero esta vez sí que ganaron ellas. Se me coló la idea en la cabeza y no pude negarme. Ellas son los zapatos de mi título, ellas, que han perdido la vida, ¡su vida!, en manos de sus parejas, exparejas, exlíos, etc. Y una vez que estaban cada una en su capítulo dudé solo una cosa, si escribir su apellido. Por desgracia no se lo pude preguntar, así que lo borré.

Ni un zapato más. Ni una menos.

No fue fácil. Encontrarlo sí. Redactarlas no. Se me hizo muy duro y hasta me enfadaba con cada nuevo nombre o nueva tortura que había inventado el agresor para añadirlas a la lista de defunciones que no tocaban. Es que es tan absurdo todo. Y creo, de verdad, con mi más absoluta convicción, que son muertes innecesarias y que se podrían suprimir de raíz. ¿Cómo? ¿Metiéndolos presos hasta el fin de sus días? ¿Con órdenes de alejamiento? ¿Con perros de protección para las víctimas? Sí, también, pero primero con educación. Con

educación en valorar al prójimo igual que a uno mismo. En dejar la competencia para los trabajos adultos y en la escuela insistir en formar personas y no ingenieros. En civismo. En igualdad. En autocrítica. En perdón.

Ni un zapato más. Ni una menos.

Madres, hijas, amigas, mujeres..., lo siento mucho. Y se me empapan los ojos porque hoy habéis llegado a mi día y no soy capaz de olvidaros. Me da tanta pena. Porque la vida es bonita y vosotras ya no lo sabéis. Y es injusto. Inútil. Ridículo. Corregible. Pero, sobre todo, es tarde. Tarde. Os han matado quienes supuestamente os quisieron. ¡Ja! Insisto, la educación es tan importante... Mujeres de mis capítulos, os ofrezco este alegato porque no os lo merecéis, deberíais SEGUIR VIVAS.

Ni un zapato más. Ni una menos.

¿Me permitís unos consejos que aprendí tras mi adolescencia con aquel...?

No os creáis a aquellos que insisten en haceros daño por vuestro bien porque vosotras lo hacéis mal. Dudad de esos a los que no les parecéis lo suficientemente listas, guapas o delgadas. Poned en duda a los que os impidan tomar cualquier decisión, por tonta que sea. No los justificéis. No. Pensad. Ellos no os justifican a vosotras, ellos os infravaloran continuamente. Es difícil verlos, pero no estáis solas aunque os lo hagan creer.

Ni un zapato más. Ni una menos.

Y este libro no trata sobre la violencia de género machista. Es una novela. En la vida real a Julieta con un porcentaje muy alto la hubiese matado su exnovio. Pero no quise. Porque esto no es la vida real. Ni se le acerca.

Se me apareció la idea, primero la del título, jugando con el eslogan «Ni una menos» y después sus nombres, y supe que debía hacerlo. Punto. Porque como dije antes: a mí nadie me ha arrancado la voz y porque me sale del moño, que no tengo, puesto que decidí, YO, cortarme el pelo.

Ni una menos, por favor.

Irene Ferb.

## Agradecimientos

En primer lugar quiero dar las gracias al lector que ha decidido darme una oportunidad y apostar por este libro. Espero que haya merecido la pena.

Por supuesto, a mi editorial por darme, de nuevo, otra oportunidad de mostrarle al mundo lo loca que estoy. Gracias, Teresa.

Este libro me ha resultado mucho más difícil de escribir por la carencia de tiempo, gracias a mis padres y a mis suegros esto ha sido posible. Y a Miliki, sí, a Miliki, si no es por su *Había una vez* Eire no come.

Gracias al padre de la enana, por lo mismo, y por comprenderme, animarme, acompañarme y quererme aunque me siente siempre que pueda, sea despistada, desordenada y un poco cabezota.

Gracias a mis lectoras cero: Natalia, Verónica, Victoria y Mónica, me habéis regalado vuestro tiempo y dado muchas ideas para finiquitarlo como pedía esta historia. Gracias a mi amigo juez por ilustrarme en temas tan alejados a mi realidad.

Gracias a mis nuevos compañeros de la UCI de Getafe porque sigo más verde que una lechuga y vosotros me ayudáis cada día. No resulta sencillo sentirse torpe después de tantos años, pero gracias a vosotros hasta me lo paso bien cada mañana (las noches son otra cosa, ¡qué malas, por favor!).

Gracias a mis amigos. A todos. Soy de amigo fácil porque creo que la vida es mucho más bonita si la compartes y hay muchas personas que pueden aportarte momentos inolvidables.

Y gracias a todo el que crea que ha hecho algo por mí, no lo dudes, GRACIAS, siento si no te lo he podido agradecer personalmente, pero tengo que entregar el libro hoy, he dejado los agradecimientos para el final y no me da la vida (la frase que más repito últimamente).

Y, por último, un favor:

Si te ha gustado corre la voz, házmelo saber, pásalo en el metro, en el tren o donde te dé la gana, pero pásalo. Si no, calla, por lo que más quieras (y dame otra oportunidad).

Un abrazo. Un beso... Un buen libro.